LOS FENOMENOS REVOLUCIONARIOS

JEAN BAECHLER

LOS FENOMENOS REVOLUCIONARIOS
JEAN BAECHLER
LOS FENOMENOS REVOLUCIONARIOS
JEAN BAECHLER
LOS FENOMENOS REVOLUCIONARIOS
JEAN BAECHLER
LOS FENOMENOS REVOLUCIONARIOS
JEAN BAECHLER

EDICIONES DE BOLSILLO

Jean Baechler, nacido en 1937, es profesor adjunto en la Universidad de París desde 1962. Colabora en el Centre National de la Recherche Scientifique, Sección de Sociología, desde 1966. Ha sido profesor de Historia y de Geografía en el Liceo de Mans de 1964 a 1966. Además de **Los fenómenos revolucionarios** que hoy presentamos, ha publicado **Politique de Trotsky** (1968) y **Les origines du capitalisme**, de próxima aparición en esta misma colección.

El hecho decisivo de la teoría de las revoluciones, según Baechler, ha de partir del análisis de la fragilidad de los sistemas políticos. En efecto, las tensiones y los conflictos son universales y permanentes, y las crisis más numerosas que las revoluciones. Sólo queda el sistema político para constituir el medio en el que las diversas variantes se combinen para desembocar en una revolución. Para su estudio el autor ha partido de seis pares de situaciones límites existentes en los sistemas políticos: la anarquía y la administración por el Estado; el inmovilismo y la mutación; el pluralismo y el monopolio; la fuerza y la debilidad; la paz y la guerra; la legitimidad y la ilegitimidad. El presente ensayo es, pues, un completo y riguroso estudio de las revoluciones políticas en sus múltiples aspectos: desde sus orígenes, su formación y sus funciones, hasta sus ideologías y sus posibilidades futuras. / EDICIONES PENÍNSULA.

JEAN BAECHLER

LOS FENÓMENOS REVOLUCIONARIOS

Ediciones Península®
BARCELONA, 1974

Título de la edición original:
Les phénomènes révolutionnaires

Traducción de
Núria Vidal y Carles Reig

Cubierta de
Jordi Fornas

© Presses Universitaires de France, 1970.

Realización y propiedad de esta edición
(incluidos traducción y diseño de la cubierta):
EDICIONS 62, S|A.
Provença 278, Barcelona-8, 1974.

Depósito Legal: B. 32.380 - 1974
ISBN: 84-297-1013-2.

Impreso en Gráficas Cap, S. A.,
Corominas 28, Hospitalet.

PREFACIO A LA EDICIÓN CASTELLANA

Preparar una reedición de una obra como la presente tiene algo de mortificante. De ella he pretendido hacer, no un manifiesto, lo que resultaría bastante presuntuoso, sino más bien una apertura sobre un campo de investigaciones, del que tenía la convicción de que era rico y estaba descuidado. Esta convicción no me ha abandonado, antes al contrario. Esta posición de partida ha tenido por resultado llevarme a reflexionar y escribir sobre toda una serie de puntos y problemas, cada uno de los cuales habría exigido una atención mucho mayor. De lo que se deduce que casi no pasa un día de trabajo que no me anuncie la prueba de mi ligereza o de los límites de mi información.

Sólo citaré un ejemplo. En mi libro, un poco por todas partes, he ido introduciendo algunas notas sobre el suicidio. Confieso francamente que estas observaciones no fueron incorporadas después de unos estudios emprendidos sobre el problema, sino que lo fueron porque, en cierto momento, se me apareció que, de la manera en que construía el análisis de los fenómenos de oposición al orden, un escaque se dibujaba a sí mismo para recibir en él al suicidio. Ahora bien: después de la redacción de estas páginas, sucede que he trabajado y reflexionado bastante sobre los suicidios; así, lo que he escrito no hace mucho se me aparece ahora simplemente como cómico. No se trata de que el progreso de mis conocimientos haya hecho esfumar este escaque, no, al contrario, pero la cuestión es hasta tal punto compleja que, algún día, necesitaré un libro bastante más importante que el presente para representar sus elementos e intentar responder.

Ni qué decir tiene que, si la inclinación de mis intereses actuales me hubiera conducido hacia cualquier

otro tipo de fenómeno, lo que hubiera hecho habría sido sonreír. ¡Bueno, está bien!, tengo la audacia de no arrepentirme de nada, puesto que al escribir este bosquejo ya sabía perfectamente que el saber requerido para cumplir mi tarea excedía a mis fuerzas. En realidad, estoy enteramente dispuesto a reconocer errores en cualquiera de las páginas de mi libro (para algunas, sería necesario que la argumentación adversa fuera muy fuerte); hay, sin embargo, algunos puntos fundamentales de los que todavía no he conseguido hacerme soltar la presa y que me han decidido a escribir:

— No existe una ciencia de la totalidad, sólo existe ciencia de lo parcial.
— Existe un campo científico parcial, constituido por los conflictos internos de las sociedades humanas; a falta de algo mejor los he llamado fenómenos revolucionarios. A partir de ahí, mantengo que aparecen unos hechos que las revoluciones políticas no logran absorber y que son otras maneras de entrar en conflicto con el orden social.
— La ciencia sólo puede aprehender rigurosamente objetos que ella misma ha construido; las ciencias sociales construyen objetos que yo he llamado casos o acontecimientos; la construcción de tales objetos precisa de largos rodeos: he intentado recorrer estos rodeos en el presente libro.

He aquí a lo que me inclino y lo que he intentado hacer. Confidencialmente, confieso una debilidad de autor de la que no consigo curarme: estoy ávido de toda clase de crítica que me aclare algo sobre mis propias intenciones, no puedo resistir ningún comentario sobre puntos que no entran en mi propósito del momento. Por lo que parece, es ésta una debilidad a la que también sucumbió un buen autor, el cual escribió: «Un buen juez debe apreciar el valor de un escrito por lo que contiene y no por lo que deja de contener» (Polibio, *Historia*, VI, V, 11).

Estas observaciones no justifican un prefacio. Después de todo, publicar un libro es confiar en la inteligencia del lector eventual y arriesgarse a la incomprensión: el libro tiene que defenderse a sí mismo, el autor debe continuar su propio camino. Si, a pesar de todo, he deseado infligir a mi lector algunas páginas suple-

mentarias es porque me ha parecido que, en un punto importante, mi argumentación exigía algunas precisiones. Quiero decir que, en el esquema general que he intentado elaborar, hay un elemento capital que no destaca suficientemente, lo que ahora me parece un defecto grave. Me gustaría corregirlo aquí brevemente.[1]

A lo largo de todo este libro se dibuja, en filigrana, la idea de que los fenómenos que he estudiado están en una relación privilegiada con el sistema político. Ahora creo que es necesario ir más lejos y, en lugar de tomar al sistema político como una variable entre otras,[2] hacer de él el medio en el que las demás variables van a refractarse. Ya creo haberlo dicho y escrito, pero sin insistir lo suficiente. Cuando uno se ocupa más particularmente de las revoluciones en sentido estricto, es decir, de las tomas ilegales del poder, esta precisión se convierte en indispensable. Doy un ejemplo sencillo. James Davies aboga por una teoría de las revoluciones llamada —con algo de pedantería— la teoría de la curva en J.[3] Confío en no traicionar el pensamiento del autor resumiéndola como sigue. En una economía en expansión, los individuos responden a las satisfacciones de las que se benefician a través de una expansión de sus aspiraciones; crecimiento material y aspiraciones evolucionan paralelamente, con la diferencia de que las aspiraciones no son reversibles, sino que crecen indefinidamente; es suficiente con una crisis económica para que una separación creciente aparezca entre las aspiraciones y las satisfacciones; esta separación engendra el descontento; es en este momento cuando puede estallar una revolución. La teoría se ve confirmada por un material histórico incontestable y debe aceptarse. No

1. De forma más profunda, he desarrollado este problema en el artículo: *De la fragilité des systèmes politiques*, en "Archives Européennes de Sociologie", XII, 1971, n.º 1, p. 67-92.

2. Variable que podrá encontrarse más adelante en el capítulo IV, A, 3.

3. El autor ha abordado este tema una y otra vez: James C. Davies: *Toward a Theory of Revolution*, en "American Sociological Review", vol. XXVII (feb. 1962), p. 5-19; *Human Nature in Politics*, Nueva York, Wiley, 1963; "The J-Curve of Rising and Declining Satisfaction as a Cause of Some Great Revolutions and a Contained Rebellion", en *Violence in America - The Complete Official Report to the National Commission on the Causes and Prevention of Violence*, junio 1969, p. 671-709.

obstante, es suficiente con una sencilla reflexión para comprender que contribuye a explicar la génesis de algunos descontentos (pero no todos, como por ejemplo el que surge de la derrota) y, por este hecho, el carácter más o menos popular y masivo de los acontecimientos, pero no nos dice por qué existen las revoluciones. Volvamos del revés la proposición de Davies: «Cuando sobrevienen las revoluciones, puede observarse, en el seno de la población, una separación entre las aspiraciones y las satisfacciones»; y digamos: «Cada vez que aparece una separación entre las aspiraciones y las satisfacciones, sobrevienen las revoluciones.» Esta segunda proposición es evidentemente falsa, puesto que las excepciones a la regla son infinitamente más numerosas que las confirmaciones. Una situación como la descrita por Davies desembocará o no en una revolución en función de los sistemas políticos que han de sufrirla. En consecuencia, el punto decisivo de la teoría de las revoluciones me parece que ha de ser el análisis de la fragilidad de los sistemas políticos. En efecto, las tensiones y los conflictos son universales y permanentes y las crisis más numerosas que las revoluciones; sólo queda el sistema político para constituir el medio en el que las diversas variables se combinen para desembocar en una revolución.

Sin embargo, el estudio de los sistemas políticos desde el punto de vista de su carácter precario es una tarea extraordinariamente compleja. Ya se excluye que se consiga levantar una lista de los sistemas políticos y destinar a cada uno de ellos un coeficiente de fragilidad. La orientación que actualmente me parece que ofrece más garantías de eficacia consistiría en despejar lo que, en un sistema político, hace aumentar o disminuir su fragilidad. Se trataría de tomar los principales aspectos de cada sistema político conocido y mostrar de qué manera pueden obrar sobre su duración. Esperando poder volver a emprender este difícil problema de una manera más extensa, aprovecho la ocasión que se me brinda para sugerir un método. Lo que podría hacerse es tomar cada aspecto pertinente del sistema político y determinar en qué clase de condiciones es, desde este punto de vista, perfectamente estable y perfectamente inestable. Así se estaría en posesión de una serie de proposiciones antitéticas, que ofrecerían una escala de apreciación

de la fragilidad de los sistemas concretos: cuanto más nos aproximáramos a las condiciones de la estabilidad perfecta, menos el sistema estudiado habría de temer por este lado.

Me parece que tomando seis puntos de vista sobre los sistemas políticos, es posible no olvidarse de nada importante. En consecuencia, voy a intentar construir seis pares de situaciones límite; las siguientes: la anarquía y la administración por el Estado; el inmovilismo y la mutación; el pluralismo y el monopolio; la fuerza y la debilidad; la paz y la guerra; la legitimidad y la ilegitimidad. Cada pareja se dirige a un *aspecto* diferente de los sistemas políticos. La anarquía y la administración por el Estado conciernen al grado de autonomía y concentración del poder político; en este sentido, constituyen la condición más general para que una historia política como tal sea sencillamente posible. El inmovilismo y la mutación tienen relación con los movimientos que afectan al sistema social en sus profundidades; por sí mismos no son políticos (sino económicos, religiosos, culturales), pero necesariamente tienen repercusiones sobre el sistema político. El pluralismo y el monopolio están en relación con el *reparto* del poder; se trata de eso que los politicólogos tienen la costumbre de llamar los *regímenes* políticos. La fuerza y la debilidad apuntan a las manifestaciones del poder con respecto a los que lo impugnan (o contestan); caracterizan la actitud de los gobernantes con respecto a los gobernados en su conjunto o a una fracción de entre ellos. La paz y la guerra designan las relaciones de un sistema político con otro o varios sistemas exteriores. En fin, la legitimidad y la ilegitimidad examinan de qué modo se establecen las relaciones de los gobernados con los gobernantes o, más generalmente, los sentimientos de los gobernados hacia los gobernantes. Ahora es preciso repetir que es evidente que todo sistema político concreto tiene que ser analizado bajo cada uno de estos aspectos y que la mayor o menor fragilidad de tal o cual sistema político viene determinada por *el conjunto* de tales aspectos. Así resulta comprensible que sea imposible construir una tipología de los sistemas políticos *desde este punto de vista:* el mismo lector podrá entender que la combinatoria de los diferentes factores es tan compleja que no termina ofreciendo unos tipos, sino que

desemboca directamente en los casos históricos. Así pues, por una sencilla medida de economía, la etapa de la tipología tiene que saltarse.

1. *Anarquía y administración por el Estado*

Si —para adoptar de nuevo una terminología hégelo-marxista— la sociedad civil absorbe enteramente al Estado, los conflictos que agitan a toda sociedad humana ya no pueden repercutir en la sede del poder público ni hacerlo vacilar, sino que deben arreglarse en la esfera privada o —para decirlo de una manera más exacta— no estatal. Según sea el nivel en que se sitúe el mecanismo de solución de los conflictos —tribu, pueblo, clan, linaje...—, tendremos una mayor o menor dispersión de los conflictos y cuanto mayor será la dispersión, más insignificante resultará cada conflicto y más estable será el orden. Un segundo argumento en favor de la estabilidad de estos sistemas está relacionado con la ausencia concomitante de una concentración del poder en unas pocas manos. Quiero decir que un golpe de Estado militar resultará imposible, no solamente porque no existe un Estado, sino también porque el ejército como cuerpo distinto de especialistas que es no puede aparecer: todos los miembros válidos de la sociedad son soldados y combaten según las necesidadess de la defensa o la *razzia*. En fin, una última razón está relacionada con la inanidad de toda coalición de intereses particulares para apropiarse del Estado, puesto que o bien éste no existe o es tan débil que no puede despertar las ambiciones.

En la situación inversa, el Estado absorbe enteramente a la sociedad civil, lo público elimina enteramente a lo privado. De lo que se deduce que cualquier asunto, sea el que fuere, se convierte en político y pone en juego al poder en algún grado determinado. La solución de cada conflicto se opera en función de la relación general de las fuerzas e influye en su reparto. Como sea que ningún acontecimiento no es políticamente neutro, un sistema semejante, bajo la apariencia exterior de la estabilidad, se encuentra en perpetua agitación y en todo momento corre el riesgo de estrellarse sobre un problema decisivo, sobre el que los dirigentes se dividen

en partes iguales y quedan paralizados. Según la lógica de este sistema, resulta pues necesario, o bien reducir la innovación e inclinarse hacia el inmovilismo para limitar los riesgos de conflicto, o bien concentrar la totalidad del poder en un solo hombre para evitar la parálisis. Un segundo factor de inestabilidad procede de que todo interés particular (material, moral, ideológico, artístico, científico...) supone para su realización, aunque no la toma del poder, por lo menos que el Estado abdique de una fracción de sus prerrogativas. Así pues, toda clase de disidencia, incluso individual, es percibida como si fuera una coalición y una conspiración. Lo cual efectivamente es así, puesto que toda sublevación es tendencialmente una revolución y debe ser reprimida. Un último factor de inestabilidad está relacionado con el hecho de que este sistema segrega un aparato del Estado que se inclina hacia la autonomía y hace surgir el riesgo de un golpe de Estado por una fracción del aparato. Este riesgo resulta tanto mayor en cuanto que el sistema se encuentra comprometido en las relaciones internacionales y debe desarrollar un aparato militar: el golpe de Estado militar está siempre amenazante.

Resumiendo, diría que la fragilidad de un sistema político está en relación directa con el carácter público de los asuntos, puesto que cuanto más públicos son los asuntos, más los conflictos ponen en desacuerdo la relación de la fuerzas y más las fuerzas están concentradas en un aparato del Estado.

2. *Inmovilismo e innovación*

En ciertos aspectos, puede compararse una sociedad a un vasto sistema de entrantes-salientes, en el sentido de que la vida en sociedad continuamente hace surgir diversos problemas, cuya solución exige una decisión. Tales problemas están relacionados ya sea con datos exteriores (variaciones climáticas a largo y corto plazo; agotamiento de los suelos; humedad o sequía, etc...), ya sea, más a menudo, con datos internos (sucesión de las generaciones; conflictos intestinos; innovaciones técnicas; desarrollo económico, etc...), ya sea —y este caso es probablemente el más frecuente— con los conflictos con las demás sociedades. Una vez admitidas estas vul-

garidades, pueden establecerse dos proposiciones generales que definan un modelo estable de entrantes-salientes:

— En el caso de que, en una sociedad dada, los problemas que se plantean a la colectividad se encuentren bien especificados y cada uno de ellos esté relacionado con una solución única, entonces en cada ocasión solamente será posible una única decisión, que será siempre la adecuada. O, para decirlo más brevemente, cuanto más limitada es la elección, más estable resulta el sistema.
— Llegamos al mismo resultado si, sean los que fueren la novedad de los problemas y el silencio de la tradición, la decisión está basada en la negociación entre todos los interesados y en el consenso (es decir, que cada cual acepta este procedimiento y sus resultados) y si se efectúa la relación sistemática de las decisiones que dividen.

De estas dos proposiciones, se deducen fácilmente los rasgos de un sistema perfectamente inestable. Me parece que también son dos:

— El sistema político es tanto más inestable cuanto menos la tradición responde a las solicitaciones del presente y menos utilizada es la negociación para encontrar nuevas soluciones.
— El sistema político es tanto más inestable cuanto menos dilación y compromiso sufran las nuevas decisiones que hay que tomar. La decisión no puede trasladarse a una fecha en que la unanimidad será tal vez restaurada y una solución tiene que triunfar contra todas las demás.

En conclusión, si bien el inmovilismo social, quiero decir el triunfo de la tradición, lleva necesariamente a la estabilidad política, ello no quiere decir que la innovación deba conducir ineluctablemente a la inestabilidad: todo depende de las capacidades de negociación del sistema y de la parte de negociación que la innovación tolera.

3. *Pluralismo y monopolio*

Lo Uno y lo Múltiple que aquí se señalan conciernen al reparto del poder político en una sociedad dada. Si

el pluralismo se ve llevado adelante hasta sus límites últimos, todo miembro de la sociedad es a la vez ciudadano y participa en las decisiones en una parte igual. En este caso, el consenso es seguro, puesto que la mayoría opinará alrededor de una solución media, mientras que dos minorías impotentes se unirán en las soluciones extremas. En este sentido, Rousseau tiene razón al afirmar que la voluntad general no puede equivocarse. Pero ésta es una posición hasta tal punto teórica que se convierte en irreal y peligrosa. En efecto —y Rousseau no deja de insistir en ello—, un modelo semejante supone que los ciudadanos opinan individualmente, sin interferecias exteriores. Es suficiente con que intervengan dos elementos perturbadores para que, de perfectamente libre, el modelo se convierta en perfectamente tiránico:

— Si una minoría se transforma en coalición, mientras que la mayoría queda repartida en individuos autónomos, la minoría puede llegar a imponer a la mayoría un poder sin límites.
— Si los ciudadanos se aglutinan en una muchedumbre, entonces ya no opinan en función de sus íntimas convicciones, sino que obedecen a las pasiones de una muchedumbre sensible a los argumentos de los demagogos.

Por otra parte, la experiencia histórica prueba la evidencia de que la probabilidad de una evolución semejante es tan grande que el modelo rousseauniano se corresponde inmejorablemente —muy a su pesar— con la tiranía íntegra y no podría responder a las condiciones de la estabilidad política.

En consecuencia, el modelo pluralista estable ha de ser construido según otros principios. La estabilidad está asegurada a partir del momento en que las fuerzas en activo en una sociedad se encuentran repartidas entre centros lo suficientemente numerosos para que ninguno de ellos tenga la posibilidad de conquistar la hegemonía. Se alcanza esta situación cuando resulta que un centro o una coalición no puede intentar romper el equilibrio de las fuerzas sin que determine una reacción de los demás centros lo bastante fuertes como para anular la tentativa y mantener el *statu quo*. Lo que en primer lugar supone que los centros han alcanzado el mayor número

compatible con la cohesión. Lo que también supone que los centros no se hayan encerrado sobre sí mismos, puesto que algo así bloquearía cualquier decisión y llevaría a la parálisis y a la explosión. Así pues, es preciso que los ciudadanos, individualmente, no se identifiquen con un centro, sino que participen en varios de ellos según sus actividades y/o es preciso que algunos individuos sirvan de agentes de enlace entre los centros ejerciendo en ellos una influencia decisiva.

La expresión política de un modelo semejante es lo que Raymond Aron llama un régimen pluralista-constitucional. Aquí el poder se posee a título temporal y dentro de los límites fijados por una minoría designada por el soberano; existen varias minorías (o partidos o tendencias) en competencia para recojer los sufragios del soberano. Por sí mismo, un régimen semejante es eterno, puesto que funciona según unos principios constitucionales que eliminan todos los problemas de la sucesión. Pero resulta evidente que los mecanismos propiamente políticos sólo pueden funcionar si descansan sobre una base sociológica como la que acabamos de definir. Dicho de otro modo, el pluralismo político sólo es estable con la condición de reflejar, y apoyarse en, un pluralismo social.

El monopolio está concentrado en un hombre o una asamblea. Dentro de un sistema semejante, las decisiones las tomará un hombre o una asamblea. En términos rousseaunianos, diremos que triunfa la voluntad particular. Si tal voluntad particular coincide con la voluntad general, el sistema es estable; si, por el contrario, diverge, entonces los riesgos de explosión aumentan; riesgos que serán tanto mayores cuanto más profunda sea la divergencia. El riesgo de que la explosión desemboque en una revolución depende del lugar en que se produzca. Mientras que solamente afecte a la masa de la población, sólo pueden aparecer algunas emociones y levantamientos, que pronto o más tarde serán sofocados por la fuerza pública. La explosión se convierte en revolucionaria en el sentido en que la he definido, a partir del momento en que las divergencias alcanzan al aparato del Estado que el monopolio segrega para imponerse. Dicho de otro modo, el peligro más inmediato que amenaza a un monopolio es la revolución de palacio y el golpe de Èstado.

La fragilidad del monopolio se ve aún reforzada por factores intrínsecos, relacionados con los problemas que plantea la sucesión. Hay que distinguir cuatro casos:

— *El régimen tiránico,* en el que la totalidad de la potencia se encuentra concentrada en las manos de un hombre que se sirve de ella a su gusto, no puede contar con ninguna clase de duración, quiero decir que no puede ser hereditario. En efecto, este régimen se basa en el terror que, como ya veremos más abajo, se ejerce prioritariamente de cara a los miembros del aparato del Estado. Cuando acaece la muerte del tirano, entonces o bien los herederos se ponen de acuerdo para limitar el uso del terror y se entienden para limitar el poder, o bien combaten entre ellos y el régimen se hunde. Por otra parte, la tiranía no se encuentra al alcance de cualquiera; son precisos un aura o un carisma y unas cualidades personales que no son en modo alguno hereditarias: cuando el titular muere, de alguna manera el encanto se rompe. Se trata de un régimen excepcional ligado a unas circunstancias excepcionales y esencialmente transitorias: la sucesión determina necesariamente una crisis, que puede llegar hasta la disolución del sistema.

— *El régimen dinástico flojo* es aquel en que el poder se transmite hereditariamente dentro de una familia, pero sin que el orden de sucesión se encuentre fijado con rigor. Si el mismo titular designa a su sucesor, los demás pretendientes pueden levantarse y desencadenar guerras de devolución. Una variante más peligrosa está relacionada con el régimen poligámico: la multiplicación de los pretendientes hace que el presunto heredero se vea políticamente obligado a matar a los posibles competidores. La situación más peligrosa sigue a la división de la sucesión entre varios herederos, puesto que éstos se ven obligados a batirse. De esta manera, se tienen periódicamente unos cambios de dinastía que, en cada ocasión, llevan consigo una crisis que puede resultar grave, por poco que presione un peligro exterior.

— *El régimen dinástico regulado* escapa a estos inconvenientes. A partir del momento en que el poder se

transmite dentro de una familia monógama por orden de primogenitura, sin exclusivas en cuanto al sexo, una dinastía puede subsistir indefinidamente, puesto que se encontrará siempre a un titular, por muy lejano que sea.

— *El régimen burocrático,* en el que el poder está monopolizado por un aparato del Estado, jamás existe en estado puro. Una burocracia está al servicio y bajo las órdenes de uno o varios gobernantes. Sin embargo, puede hablarse de régimen burocrático cuando los titulares del poder son la emanación de las oficinas: los regímenes soviéticos se aproximan a este modelo. En la medida en que la burocracia se presente como un bloque unido, un régimen semejante puede subsistir indefinidamente, puesto que la elección de los gobernantes se operará por negociación en el interior de la burocracia. Pero la burocracia está técnicamente dividida en varias ramas especializadas (partido, ejército, policía, administración, *intelligentsia*). Siempre se corre el peligro de que una fracción mande sobre las demás y quiera fomentar un golpe de Estado. Dicho de otro modo, la estabilidad de un régimen burocrático está en relación directa con el grado de unidad de las diversas burocracias y el equilibrio de fuerzas que ellas representan.

En resumen, diría que un régimen es tanto más estable, cuanto más reconoce la pluralidad de los proyectos humanos y las actividades sociales y se encuentra en posibilidad de ordenarla. E inversamente, un sistema es tanto más frágil, cuanto más concentra el poder e impone una interpretación.

4. *Fuerza y debilidad*

Para que un sistema político sea perfectamente estable, es preciso que el uso de la fuerza sea proporcional a los ataques que pretenden subvertir el orden establecido. Dos situaciones límite responden a esta condición:

— Cuando el consenso social se encuentra ampliamente establecido, el orden sólo ha de sufrir ataques indivi-

duales: la fuerza sirve para reprimir los crímenes y los delitos.

— En cuanto la voluntad se convierte en más particular y se opone a la voluntad general, la oposición aumenta, por lo menos potencialmente, y, por este hecho, la fuerza ha de concentrarse más y su uso debe generalizarse: más allá de un cierto umbral de tensión social, el terror es necesario. El terror consiste no solamente en la eliminación violenta de toda forma de oposición, sino además en la prevención de toda posible oposición: instaura la era de la sospecha y el espionaje recíproco. El objetivo está en disponer de una sociedad atomizada hasta el punto de que ninguna clase de oposición pueda organizarse; en cuanto se ha alcanzado este estadio, una tiranía puede subsistir indefinidamente, tanto como el mismo tirano. Las únicas formas de contestación todavía posibles son el crimen, la locura y el suicidio. Pero el tirano no puede ejercer el terror él solo: tiene necesidad de un aparato terrorista. Como sucede con cualquier aparato, éste también tiende hacia la autonomía, limita el libre ejercicio del poder tiránico y constituye una base virtual para un golpe de Estado. Así pues, el tirano se ve obligado a dirigir sus golpes contra el aparato terrorista: debe mover una herramienta (policía, ejército, partido) contra las demás y hacer que toda posición sea aleatoria y arbitraria. Un régimen terrorista se instala, pues, en dos tiempos: atomización del pueblo, lo que no resulta difícil por poco que se ponga un precio a conseguirlo; luego purgas continuas, y a la vez imprevisibles, en el aparato terrorista. Cumplidas ambas condiciones, una tiranía puede subsistir indefinidamente.

La mayoría de las sociedades históricas se reparten entre estos dos extremos.

Un sistema se convierte en perfectamente inestable a partir del momento en que el orden se niega a hacer uso de la fuerza o la utiliza a ciegas (lo que es menos grave, pero que traduce un nerviosismo y una falta de confianza en sí mismo). La amenaza resulta tanto más actual y directa cuanto más concentrado se encuentra el poder. En efecto, la mayoría está virtualmente poseída por la subversión: es suficiente con que emerjan uno o varios jefes y que encuentren la técnica adecuada para

la toma del poder. Un poder débil es un poder muerto. Hay la debilidad que está relacionada con la falta de voluntad y la otra, mucho más frecuente, ligada a la falta de medios. Esta segunda ocurrencia sobreviene, o bien cuando el tirano desaparece, o bien cuando la élite dirigente se divide y paraliza. En este segundo caso, la debilidad sólo es transitoria y hace sitio a un nuevo poder, generalmente más concentrado que el precedente. En el primer caso, la situación lleva más bien a la disolución del poder y a la anarquía.

5. *Paz y guerra*

No existe un sistema pacífico por sí mismo, puesto que tanto para hacer la paz como la guerra es preciso por lo menos ser dos. Una unidad política que decidiera unilateralmente la paz y se negara a sí misma los medios de la guerra, tarde o temprano se encontraría, merecidamente, absorbida o dividida entre sus vecinos. Así pues, sólo pueden existir sistemas neutros: son pacíficos en el sentido de que se niegan a entrar en cualquier sistema de alianza y a participar en cualquier guerra; pero no lo son en la medida en que, para defender su neutralidad, se dotan a sí mismos de unos medios militares disuasivamente eficaces. Una situación semejante sólo puede ser rarísima. En ella es preciso un sistema internacional pluripolar (en un sistema bipolar, existiría el riesgo de participación entre ambos protagonistas); es preciso que ninguna de las unidades del sistema tenga un interés decisivo en conquistar o influenciar a la unidad neutra, sino que es necesario que todas tengan algún interés en la conservación de la neutralidad. Por lo que respecta a la unidad neutra, las condiciones todavía son más rigurosas y se relacionan con nuestro sujeto. En primer lugar, es preciso que la unidad sólo represente, sobre la escena internacional, a una potencia demasiado débil para que su neutralización suponga graves perturbaciones; lo que, inversamente, significa que una política exterior activa se ve, de todas maneras, excluida. Después, es preciso que los neutros tengan una conciencia aguda de su identidad, que alimenten un fuerte sentimiento de superioridad con respecto a sus vecinos y que su valor político supremo

sea la independencia. La neutralidad no tiene nada de un repliegue miedoso sobre sí mismo, sino que es una manera soberbia y orgullosa de jugar el juego internacional de la grandeza. Cuando una unidad política ha puesto en marcha un sistema semejante, éste sólo puede ser perfectamente estable. La conciencia de la identidad determina un consenso por lo menos sentimental. Sobre todo, la razón indica la evidencia de que el peligro supremo que amenaza a la neutralidad es la pérdida de la unidad interior; el mal mortal es la guerra civil, puesto que desarma al país y lo ofrece a las codicias exteriores. Por otra parte, se pueden aplicar a los conflictos políticos los esquemas de la escalada y considerar que todo conflicto, si se deja que se desarrolle, corre el riesgo de llevar a la ruptura decisiva y a la guerra civil. El único medio de evitar la escalada es negociar cualquier decisión y volver a plantearse cualquier decisión que divida.

Si bien la estabilidad relacionada con la paz es de tal modo escasa que casi no puede citarse más que el caso suizo y, tal vez, el caso sueco, la inestabilidad relacionada con la guerra, sin embargo, sólo nos plantea el embarazo de la elección.

El sistema más frágil posible es el que basa su equilibrio en la expansión militar; una minoría de guerreros obtiene su subsistencia y sus razones para vivir de la conquista de unos territorios cada vez más lejanos. Este sistema es frágil, porque toda expansión tiene sus límites y porque el paso al imperio plantea unos problemas que no son sencillos de resolver. En el caso de un sistema pluralista que se ha visto arrastrado a una política de anexión, la fragilidad aumenta con la extensión del imperio. En efecto, la extensión espacial lleva consigo una concentración del poder, puesto que la conservación de las conquistas supone un poder fuerte. Lo probable es la aparición de una inestabilidad que jugará a favor de los militares. En fin, si la guerra no pretende la conquista de un imperio, sino que sobreviene en razón de las necesidades del equilibrio de un sistema homogéneo, la situación se complica. Un análisis detallado nos llevaría demasiado lejos. Digamos que una derrota militar determina una revolución tanto más probable cuanto más popular es el ejército y más monopolista es el régimen. Efectivamente, allí donde el pue-

blo participa en la guerra debido a las quintas, está directamente afectado por la derrota, en sus fuerzas vivas y en su orgullo; y allí donde el poder se encuentra concentrado, el responsable de la derrota se designa a sí mismo para las acusaciones de incapacidad. Así, el sistema de reclutamiento por quintas, introducido por la Revolución Francesa y generalizado luego por la necesidad de oponerse a la expansión francesa, ha sido un elemento que no hay que descuidar en la fragilidad creciente de las monarquías europeas.

6. *Legitimidad e ilegitimidad*

Entiendo por legitimidad a la facultad de un poder para hacerse obedecer por los gobernados por su propia voluntad y sin apelar a la fuerza ni a la amenaza. A propósito de un poder semejante, es preferible hablar de autoridad.[4] Así definido, un régimen legítimo es, evidentemente, perfectamente estable y un régimen ilegítimo perfectamente inestable. Lo que no me informa de nada. Me hace falta buscar los factores de la legitimidad. El primero y el más importante, tal vez el único, es el de la duración. En cuanto más subsiste un sistema político sin conocer la revolución, la guerra civil, la invasión extranjera ni la derrota militar, más debe tener la apariencia de un hecho natural, cuya existencia es un dato inmediato de la conciencia política. Incluso hasta para las conciencias refinadas, la duración de un sistema político ha de ser garantía de su excelencia, puesto que significa la posibilidad de absorber los cambios más profundos, sin tener que pagar el precio de una revolución. Añadamos que, por el hecho mismo de que no hay revolución, tampoco existen los contrarrevolucionarios, es decir individuos vehementemente hostiles al orden surgido de la revolución. Este factor es también válido para las monarquías del Antiguo Régimen, tanto más cuanto que se beneficiaban también de una autoridad conferida por la religión.

4. Porque me parecen útiles, sigo aquí las distinciones establecidas por Alexandre Passerin d'Entreves, en *La notion de l'État*, trad. fr., París, Sirey, 1969. Llama *potencia* a la capacidad bruta para imponer su voluntad; *poder* a una capacidad calificada por la ley y *autoridad* a la capacidad legitimada por la obediencia de los gobernados.

Un segundo factor, menos claro, es el del ensanchamiento de la soberanía. Cuanto más extendido resulta el derecho a participar en la elección de los gobernantes, más legítimo y estable es el sistema. Es, en efecto, altamente improbable que del sufragio universal se desprenda una mayoría frenéticamente opuesta al sistema existente. En un sistema de partido único, favorece la imposición de la dictadura, que aparece como una emanación del pueblo; en un sistema pluripartidario, favorece las mutaciones por la alternancia de las mayorías y tiende a excluir las revoluciones, faltos los agitadores de la disposición de unas masas para las maniobras.

Un tercer factor, más problemático, es el de la guerra o, por lo menos, el de las tensiones internacionales. Dado que el poder político está instituido para asegurar la seguridad exterior, una amenaza exterior tiene como consecuencia habitual la de reagrupar a los ciudadanos o los sujetos alrededor de los gobernantes. En cuanto el conflicto ya haya estallado, esta adhesión será reforzada, si los gobernantes han ganado la guerra. La tensión internacional todavía posee otra función estabilizadora indirecta: dado que el ejército está ocupado en la vigilancia de las fronteras, disminuye el riesgo de que los militares inactivos vengan a interesarse desde demasiado cerca en la política.

Los factores de la inestabilidad son los inversos de los precedentes para los puntos uno y tres, para el punto dos son más ambiguos. Un sistema político que no se beneficia de las ventajas del tiempo, es siempre más frágil. O bien el sistema ha surgido de una conquista reciente: le es preciso luchar sin cesar en contra de los resurgimientos de las aspiraciones «nacionales» y la experiencia indica que, a escala humana, ellos son eternos. O bien el sistema ha surgido de una revolución reciente: está sometido a los ataques de aquellos a los que la revolución ha eliminado del poder —eventualmente apoyados por fuerzas exteriores—; por poco que la revolución se prolongue, la radicalización que necesariamente la acompaña produce continuamente nuevos oponentes. O bien el sistema es víctima periódicamente de las revoluciones: la fragilidad es la mayor posible, puesto que, por una parte, existen permanentemente unos revolucionarios que están al acecho de una ocasión y, por otra parte, la conciencia pública se acostum-

bra a la idea de que los conflictos se resuelven a través de cambios institucionales.

También es frágil un sistema político que mantiene a un ejército profesional importante, mientras que la unidad política considerada no tiene ningún papel en la escena internacional. En efecto, dado que el ejército no puede emplearse en sus funciones naturales, se inclinará por usar su fuerza hacia el interior. Por otra parte, es suficiente con que triunfe un golpe de Estado militar, para que engendre a otros; en efecto, el beneficiario del golpe dispone de la potencia, pero no de la autoridad; cualquier otro titular de la potencia, es decir cualquier jefe militar, tendrá tantos derechos como él para ejercer el poder y se inclinará a hacer uso de tales derechos.

En cuanto al estrechamiento de la soberanía en beneficio de una minoría o de uno solo, no conduce necesariamente a la ilegitimidad, como lo demuestran las monarquías y los imperios del pasado. Su grado de fragilidad depende de los factores analizados en los puntos precedentes. Es evidente que su legitimidad se hunde desde el momento en que aparecen las reivindicaciones de igualdad política y se hacen activas. Una respuesta eficaz de un monopolio político a estas reivindicaciones es el ensanchamiento de sus cimientos a través del ensanchamiento del sufragio, incluso a través de la concesión del sufragio universal.

El lector sabrá perdonarme la rapidez de estas observaciones: desarrollarlas me hubiera llevado a escribir, no ya un prefacio, sino otro libro. Mientras tanto, he querido situarlas aquí, puesto que me ha parecido que faltaban en mi esquema. El cual se complica cada vez más, ya lo sé; incluso estoy convencido de que, de aquí a uno o dos años, le encontraré nuevos desarrollos indispensables. Cualquiera que, aunque sea poco, se haya ya medido con estos problemas, sabrá que esto no está relacionado con ninguna preocupación por el refinamiento por parte del autor, sino que depende de la complejidad de los hechos y de los rodeos a los que nuestro entendimiento debe someterse para aprehenderlos.

J. B.

Introducción

PRINCIPIOS Y MÉTODOS

Entendemos por ciencia de los fenómenos revolucionarios el estudio sistemático de todas las formas de estar en desacuerdo con el orden social. Estudio sistemático significa que se pretende: primero, hacer el recuento de todas las manifestaciones de contestación observables en todos los tipos de sociedad y en todas las épocas, y después, compararlas para separar su unidad y su diversidad. El hecho de someterlos a discusión indica que los fenómenos estudiados son secundarios y se definen en relación a un orden establecido y se trata precisamente de determinar en qué medida cada orden particular mantiene sus formas particulares de revisión. De esta definición se desprende que aquí no estudiaremos las grandes transformaciones que pueden afectar a una civilización en su ser; preferimos llamarlas *mutaciones*, no por coquetería lexicográfica, sino porque creemos que estos fenómenos de gran amplitud dependen de otra forma de análisis.[1] Tampoco estudiaremos los innumerables fenómenos calificados como revolucionarios (revoluciones de la moda, de los jabones en polvo, de la medicina...) y que definen las rupturas en el seno de un orden que por su naturaleza está destinado al cambio. Así, la ciencia se define por la acumulación de proposiciones elaboradas a partir de una problemática; una problemática puede ser reemplazada por otra, pro-

1. Llamaremos mutaciones, por ejemplo, a los cambios ocurridos en Grecia entre la invasión dórica y la implantación del sistema de la Ciudad-Estado; Roma en los dos últimos siglos de la República; la caída del Imperio Romano; los principios del sistema capitalista; los Estados Unidos de 1865 a 1914; las democracias populares desde 1945, etc. Nos hemos referido a una mutación en nuestro *Essai sur les origines du système capitaliste*, en "Archives européennes de Sociologie", IX (1968), n.º 2, p. 205-263.

vocando un transtorno profundo de la ciencia; pero el hecho de conocer de vez en cuando estos «nuevos datos» corresponde a la naturaleza del avance científico. Tampoco en este caso podemos hablar de revolución más que metafóricamente; o, como mínimo, debemos tener en cuenta que los fenómenos revolucionarios que son objeto de nuestro estudio dependen de una realidad muy distinta, la del conflicto. Por el contrario, las actitudes *anti*-científicas que alimentan ciertos grupos, como por ejemplo el rechazo que ciertas sectas milenaristas contemporáneas formulan a la medicina, formarán parte de nuestra disciplina. Tampoco son fenómenos revolucionarios las transformaciones que sufre la moda, incluso las más radicales, puesto que estas transformaciones no están destinadas ostensiblemente a manifestar una *contestación*.

Así pues, pretendemos ceñirnos a un aspecto específico de la vida de las sociedades humanas, a algo como las *antisociedades*. Quizás sería bueno, para dejar sentada nuestra legitimidad científica, forjar un vocablo particular para designar nuestra disciplina. Desgraciadamente, la lengua francesa, como sabemos, se presta poco a los neologismos y no nos propone más que «ciencia de las revoluciones», lo que corre el riesgo de prestarse a confusión, pues la palabra «revolución» puede ser tomada en su acepción estricta y designar un hecho político, o en su acepción amplia y caracterizar cualquier cambio brusco. Una vez más, lo mejor será invocar al griego y proponer *Estasiología*, que tiene el mérito de estar disponible y de corresponder muy exactamente a nuestro objeto,[2] aunque también tiene el inconveniente de sugerir la existencia de una disciplina que está en sus primeros balbuceos.

En nuestra empresa, ¿de qué obras anteriores podemos esperar ayuda? La bibliografía es desmesurada en un sentido y mísera en el otro. Para constatarlo será suficiente con pasar revista rápidamente a las principales orientaciones de la literatura sobre la cuestión.[3]

2. Pues en στασιζ se encuentra el hecho de "alzarse en contra".

3. No se trata de un análisis bibliográfico sistemático, sino de un inventario rápido destinado a situar nuestras propias investigaciones. Durante la exposición, tendremos ocasión de señalar tal o cual título que nos ha sido particularmente provechoso.

1. *LOS HISTORIADORES*

La producción consagrada a los fenómenos revolucionarios, por lo menos la que se relaciona con las grandes revoluciones políticas, es propiamente monstruosa y constituye un motivo de estudio particular. ¿Cómo nos situaremos respecto a ella? Nos servirá de materia prima; es decir, no pretendemos substituir a los historiadores para investigar, separar, elaborar las fuentes, aunque en alguna ocasión nos veamos obligados a hacerlo en algún punto que hayan podido descuidar. Esta práctica, que podríamos llamar ciencia predadora, es inevitable, aunque sólo sea por el hecho de los límites que la naturaleza impone a las capacidades de trabajo de un hombre. Todo lo que podemos hacer es tomar por cuenta nuestra el deseo de Max Weber de que los especialistas no descubran, en los hechos que invocaremos, nada esencial que sea falso.

Dicho esto, no se trata de practicar una recopilación fastidiosa, sino de construir un saber que valga no solamente como tal, sino que además pueda ser igualmente útil a los historiadores; según dos procedimientos. Por una parte, estamos convencidos de que el método comparatista tiene unas virtudes descubridoras propias, que, al hacer surgir interrogantes y preguntas nuevas, permiten definir nuevos objetos, ampliando así el campo de las investigaciones históricas. Por otra parte, tiene que permitir abordar bajo una luz nueva las cuestiones tradicionales y reemprender sobre bases nuevas el análisis de los hechos cuyo estatuto parece firmemente constituido. Dicho de otro modo, si nuestras reflexiones acusan una deuda enorme respecto a la historiografía, tenemos la esperanza, sino de reembolsar el capital, por lo menos de pagar los intereses.[4]

4. Si es indispensable colocarse bajo la bandera de un glorioso antepasado, elegiremos a Max Weber como portaestandarte. Lo cual no nos impedirá en absoluto de relacionar, aquí y allí, el campo de Marx, Pareto o Durkheim.

2. *LOS ENSAYISTAS*

El principal resultado de la Revolución Francesa fue la aparición del mito de *la Revolución,* y además esta rúbrica tiene muchos adeptos. Desgraciadamente, y por naturaleza, el género del ensayo desarrolla unas consideraciones generales, tomando como pretexto un aspecto particular de la realidad. Sobre tales bases, es imposible construir una ciencia, y mucho menos cuando el ensayo nunca puede ser neutro, tiene que defender siempre el pro o el contra. Además, los ensayos no deben ser utilizados más que con gran precaución, menos por el saber que dispensan que por la imaginación científica que estimulan.[5]

3. *LOS REVOLUCIONARIOS*

La literatura es, desde luego, la menos utilizable para nuestro propósito. En realidad, no, ¡vale un poco más que la literatura contrarrevolucionaria! La aportación de los teóricos de la revolución a la interpretación de los fenómenos revolucionarios es notablemente pobre. Pensemos en la interpretación marxiana y marxista de la Revolución Francesa, como paso de una sociedad feudal a una sociedad burguesa, que no tiene la menor sombra de relación con la realidad. De hecho, las teorías sobre la revolución forman parte del sistema de pensamiento revolucionario y constituyen, en este sentido, un objeto importante de nuestra ciencia.

4. *LOS SOCIÓLOGOS*

La literatura sobre la cuestión es notablemente limitada —esencialmente es alemana y anglosajona— tanto en cantidad como en calidad.[6] Podemos distinguir varias

5. Recomendamos más particularmente dos títulos: Alexis de Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution,* París, Gallimard, 1952; Hannah Arendt, *Essai sur la Révolution,* París, Gallimard, 1967. También se leerá con interés el libro sugestivo de André Decouflé, *Sociologie des Révolutions,* París, Presses Universitaires de France, "Que sais-je?, 1968.

formas de atacar el problema, casi siempre aplicadas a lo que se llama las grandes revoluciones, es decir las grandes conflagraciones políticas inauguradas en Occidente por las revoluciones inglesas del siglo XVII.

a) *El análisis de las causas*

Consiste siempre en valorar tal o cual factor, del que se hace la causa del fenómeno estudiado. Puesto que se trata de despejar *la* causa de un fenómeno general, se abandona en la sombra a las demás variables cuya ausencia o presencia determinan las situaciones concretas. Veamos algunos ejemplos. Según L. P. Edwards (*The natural history of Revolution*, Chicago, 1927), el proyecto revolucionario nace primero en el grupo de los intelectuales que desertan, debilitan a la clase dirigente y minan el orden establecido. Toda una escuela encuentra la raíz del fenómeno en el resentimiento que experimentan las clases inferiores por las clases privilegiadas. Citemos algunos títulos: Charles A. Elwood, *A psychological Theory of Revolution*, en «American Journal of Sociology», XI (julio, 1905); Theodor Geiger, *Die Masse und ihre Aktion: ein Beitrag zur Soziologie der Revolutionen*, Stuttgart, 1926; Max Scheler, *L'homme du ressentiment*, trad. fr., París, 1958. Una tercera dirección insiste en la contradicción explosiva que puede aparecer entre la voluntad de ascensión que aparece en las capas inferiores de la sociedad y las posibilidades objetivas que el orden ofrece a estos ambiciosos. Tendremos un

6. A decir verdad, existe por lo menos un estudio de las revoluciones que creemos que merece el calificativo de científico: el de ARISTÓTELES en su *Política*. Si no hubiera alguna fatuidad en referirse a un ejemplo tan ilustre, es el que nos gustaría seguir. Pues la problemática de Aristóteles es de una maravillosa comprensión. Además de una documentación empírica que nos lleva al respeto, partió de una intención central justa: las revoluciones son, en su esencia, fenómenos políticos. A partir de esto, analiza los hechos a través de una tipología de los regímenes políticos y las formas de corrupción que les corresponden. Esencialmente, las secuencias en las que concluye para los tres regímenes fundamentales: monárquico, aristocrático y democrático, que dan, por corrupción, la tiranía, la oligarquía y la demagogia, permanecen sólidas. Desde luego, sólo examina las revoluciones en el sentido estricto del término, y en el sistema de la Ciudad-Estado. Pero su tentativa sigue siendo ejemplar y nos extrañamos de que no haya tenido una descendencia mejor conformada.

ejemplo de esta argumentación en el artículo de William J. Goode, *Mobilität und Revolution*, en «Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie», 1966, 18, número 2, pp. 227-252.

Es evidente que no se trata en absoluto de rechazar con desprecio todas estas tesis, cada una de las cuales comporta una parte de verdad, verdad que se acerca mucho a la vulgaridad cuando aislamos tal o cual variable sin analizarla como elemento en un sistema de explicación que le da sentido y valor.

b) *La anatomía de las revoluciones*

Se trata de una gestión radicalmente diferente, que consiste en tomar varias revoluciones y compararlas sistemáticamente: causas, desarrollo, consecuencias. Se divide un fenómeno histórico en sus componentes y se anotan los puntos comunes y las diferencias. Todo depende del principio de la división, sin hablar del criterio que decide que tal o cual revolución constituyen un material homogéneo. Si dejamos de lado el viejo libro de Arthur Bauer, notable por otra parte,[7] esta orientación está representada al máximo por la obra de Crane Brinton.[8] El autor utiliza cuatro revoluciones: la inglesa de mediados del siglo XVII, la americana del siglo XVIII, la francesa y la rusa. ¿Por qué estas cuatro y no la de 1848, la Comuna, la revolución china, la mexicana...? La única explicación propuesta es que al autor le ha apetecido escoger estas cuatro, pero que no ve ningún inconveniente en que otros elijan un muestrario distinto y alcancen resultados totalmente distintos.

La ausencia de un criterio sólido de selección de los fenómenos a comparar es, sin embargo, molesta, pues todo el libro muestra que la revolución americana, levantamiento nacional contra una potencia exterior, no tiene nada que ver con las otras tres, que son endógenas. Dicho de otro modo, la heterogeneidad del material no permite construir una comparación eficaz.

Hay otro inconveniente del método que parece más grave. La comparación, detalle por detalle, de los prin-

7. Arthur BAUER, *Essai sur les Révolutions*, París, 1908.
8. Crane BRINTON, *Anatomy of Revolution*, Nueva York, 1952.

cipales episodios, corre el riesgo de conducir a analogías puramente exteriores y sin gran interés. Por ejemplo (p. 84), el autor establece una relación entre la célebre frase de Mirabeau («Estamos aquí por la voluntad del pueblo...»), el *speaker* Lenthal desafiando a Carlos I a apoderarse de cinco diputados, y Patrick Henry, gran maestro de ceremonias en Nueva Inglaterra, recordando al rey la suerte trágica de ciertos soberanos.

Aparte de esto, la tesis general es justa, pero pasablemente insignificante. El punto de partida de estas revoluciones, es decir sus causas, pueden ser lo más variadas posible. Sigue una primera fase de disolución del orden antiguo, caracterizada por una diarquía, es decir por la coexistencia del poder antiguo que declina y un poder paralelo en plena ascensión. A continuación viene una segunda fase, de estabilización y dictadura, que cierra los acontecimientos.

c) *El análisis de los fenómenos sociales durante el período revolucionario*

Las revoluciones se consideran como un momento particular de la vida de las sociedades y se estudian las transformaciones que sufren los principales aspectos de la vida en sociedad. El ejemplo más notable de esta orientación es la obra de Pitirim Sorokin.[9] La tesis es la siguiente. El hombre está compuesto por varios instintos fundamentales: necesidades materiales elementales; instinto sexual; instinto de propiedad; deseo de reconocimiento; instinto de lucha, de rivalidad.

Todas las sociedades reprimen más o menos estos instintos. Si la represión es demasiado fuerte respecto a uno de ellos, o, lo que es más, respecto a varios o todos, se produce una reacción que provoca la revolución. Durante cierto tiempo, se da rienda suelta a los instintos, derivando de ahí los excesos revolucionarios, que Sorokin estudia ampliamente. La perversión del comportamiento se traduce en el abandono de las costumbres adquiridas durante decenios o siglos, costumbres que se injertan en los instintos naturales y los limitan. De esto se deduce que el comportamiento revolucionario es una

9. Pitirim Sorokin, *Sociology of Revolution*, Filadelfia, 1925.

vuelta a la animalidad, al reino de las tendencias primarias. Posteriormente, intervienen nuevas presiones, los instintos vulven a comprimirse y se instaura un nuevo orden, en general bastante próximo, en lo esencial, al orden antiguo.

Todo esto es muy interesante, a condición de dejar a un lado el tono contrarrevolucionario del libro, de cotejar esas notaciones a un fenómeno muy conocido por los etnólogos, la fiesta —sobre la cual volveremos—, y de no olvidar que sólo se trata de un aspecto de cierto tipo de revoluciones.

Dejemos la investigación bibliográfica y retengamos sus rasgos principales. El más notable es su sorprendente dispersión en direcciones que tienen muy poco contacto o ninguno. Esto responde, evidentemente, a la imposibilidad en que nos hemos encontrado hasta el momento de construir una problemática de conjunto, susceptible de ordenar los puntos de vista y definir objetos concretos. Probablemente, esta imposibilidad deriva del carácter claramente etnocéntrico de los estudios, víctimas, evidentemente, de la fascinación ejercida por la Revolución Francesa, considerada como el arquetipo de las revoluciones, y de las pasiones exaltadas, en pro o en contra, por el proyecto revolucionario, alrededor del cual gira buena parte del pensamiento social desde entonces.

La extensión reciente de la historia humana a todo el planeta y la necesidad en que nos hemos encontrado de dar cuenta de fenómenos como la descolonización y los fermentos revolucionarios que trabajan el mundo no occidental, han conferido al análisis una dimensión totalmente nueva. La investigación se ha orientado hacia el estudio de hechos que habían retenido solamente la atención de algunos especialistas, por ejemplo los movimientos milenaristas y mesiánicos. A partir de esto, se ha impuesto poco a poco la concepción de la historia humana como una sucesión de conflictos, de sobresaltos, de trastornos y ha llevado a considerar el pasado de la humanidad, poniendo el interés principal en las guerras de los campesinos, los movimientos revolucionarios de la Edad Media occidental, de la Antigüedad clásica y de las civilizaciones extraeuropeas, en la medida en que la investigación histórica nos ilumina sobre este aspecto de su pasado.

Quizás ha llegado el momento, no de hacer el recuento de estos trabajos extraordinariamente dispersos, pero sí de intentar construir una problemática, es decir el *conjunto ordenado* de los interrogantes para los que desearíamos una respuesta. Así pues, aquí el lector no encontrará, o apenas, un saber constituido, sino un conjunto de hipótesis de trabajo y orientaciones para la investigación. Habrá que perdonar nuestros silencios y nuestras expectativas, recordando que en la ciencia la dificultad estriba más en plantear las cuestiones y construir los ejes alrededor de los cuales se ordenarán los materiales, que en encontrar respuestas.

¿Es necesario añadir que no estamos ni a favor ni en contra de los fenómenos revolucionarios? Esta exigencia de objetividad, común en todas las obras de ciencias sociales, no la recordamos por el simple propósito de sacrificarnos a un rito. La palabra «revolución» está en sí misma revestida de tal carga pasional, fascinante o repulsiva, que querer tratarla como a cualquier otro problema social provoca los alaridos de la blasfemia o la complacencia. En cierto modo, nos encontramos, guardando las proporciones, en la situación de los primeros sabios que se atrevieron a analizar los fenómenos religiosos como hechos sociales, sin ninguna referencia a la ortodoxia, sino a la ciencia.

No hay remedio inmediato para tal situación. Debemos contentarnos con advertir a los revolucionarios, del tipo que sean, que aquí no encontrarán con que nutrir su amor o su odio. Nos dirigimos exclusivamente a los que estén dispuestos a considerar con nosotros que analizar las sociedades humanas desde el punto de vista de la oposición, tendría un interés científico elevado. Y que quizás este punto de vista podrá desembocar algún día en una visión de la historia humana considerada como un conjunto de conflictos y relaciones de fuerzas.

Así pues, la estasiología está aún por construir. ¿En qué debemos fundar sus principios y cuáles serán sus relaciones con las demás ciencias sociales? Quizá sea útil, antes de entrar de lleno en el tema, que nos paremos en ciertos puntos de epistemología y precisemos nuestra posición respecto a las ciencias sociales.

Nos proponemos sostener la hipótesis de que las disciplinas que constituyen las ciencias sociales no existen

y sugerir que es necesario volver a definirlas en función de los niveles de análisis de la realidad social. Pensamos tocar muy de cerca la verdad, distinguiendo cuatro niveles, que podríamos llamar nivel I, II, III, IV, pero que bautizaremos respectivamente: nivel de la Unidad, de la Diversidad, de las Correlaciones y de los Casos.

El nivel de la Unidad no representa mucha dificultad, pues siempre es posible poner en evidencia lo que constituye la unidad de todos los fenómenos estudiados en un orden dado. Esto no significa ninguna dificultad, con la condición de que admitamos el postulado de la unidad del género humano y la existencia de algo como la naturaleza humana.

El postulado como tal no puede ser demostrado, pero se impone implícitamente cuando pretendemos trabajar en ciencias sociales. La segunda exigencia corre el riesgo de levantar protestas vehementes o irónicas, si no aclaráramos rápidamente que nuestra concepción de las ciencias sociales excluye la atribución a la naturaleza humana de cualquier contenido. La naturaleza humana es un conjunto de tendencias o formas, incapaces, por sí mismas, de dotarse de un contenido determinado. No hay sociedad sin política, lo cual no significa que la monarquía o la democracia sean inherentes a la naturaleza de la vida en sociedad, sino simplemente que la concurrencia de los proyectos y las ambiciones conduce necesariamente a un mecanismo que permite regular los conflictos e imponer la concordia interior (dejando a un lado la seguridad exterior, ligada a la coexistencia de entidades políticas soberanas).

Si la naturaleza humana es una forma sin contenido, esto significa además que el contenido no puede ser determinado por la forma, que ésta lo recibe de otro lugar; considerado desde el punto de vista de la forma, el contenido es siempre rigurosamente contingente. Sólo los demás niveles pueden conferirle un principio de racionalidad y el ideal sería que en el nivel IV el contenido se hiciera perfectamente necesario.

El nivel de la Diversidad es la explotación del hecho de que el contenido es contingente, lo cual significa, al mismo tiempo, que es múltiple. Si fueran posibles un único plano, un único sistema político, una única sinfonía..., la distinción de nuestros cuatro niveles desaparecería *ipso facto*. Así pues, el segundo nivel reposa,

en primer lugar, en la constatación de la pluralidad de los posibles y sus equivalencia en relación al nivel I. La primera etapa es la construcción de una tipología. La tipología es, en su estricta acepción, la recensión y descripción de los tipos conocidos.

Consideramos la obra de Max Weber como una tentativa genial de tipología general de las ciencias sociales, con lo que esta característica implica de erudición fabulosa y, al mismo tiempo, de limitado en la gestión científica. Se puede y se debe llegar más lejos y alcanzar los sistemas. Esta tentativa reposa sobre la hipótesis (y no en la sencilla constatación) de que los tipos constituyen sistemas, es decir combinaciones ordenadas de elementos aislables. El estadio ulterior y último se alcanza en el momento en que se puede fundar una combinatoria. Es evidente que esta sistemática y esta combinatoria son ideales, pero que nada permite, *a priori*, decidir que serán siempre posibles: puede ser que ciertas ciencias sociales estén condenadas a permanecer en el estadio tipológico. En realidad, por lo que sabemos, sólo las ciencias de las lenguas, la ciencia de los mitos y la ciencia de los sistemas de parentesco han alcanzado, por el momento, una elaboración consistente de este nivel.

El nivel de las Correlaciones se define por la voluntad de poner en relación un orden de fenómenos con uno o varios órdenes diferentes que definen un sistema social. Por consiguiente, hay análisis correlativo, no cuando relacionamos un hecho político con otro hecho político, sino un hecho político con un hecho económico, estético, religioso... Esta gestión descansa, una vez más, sobre dos postulados: el primero, al que todos deberíamos adherirnos, es que cada orden o subsistema social no tiene un contenido enteramente determinado por sus propias exigencias. Si, por ejemplo, todos los hechos económicos que se pueden constatar en un momento y en un lugar dados, se explican *enteramente* por el sistema económico en vigor, el nivel III es imposible y, además, inútil. Si, además, los sistemas de pensamiento están rigurosamente cerrados sobre sí mismos e íntegramente definidos por sus propias hipótesis, toda sociología del conocimiento se convierte en imposible e inútil.

En otros términos, la misma posibilidad de un análisis semejante reposa sobre la hipótesis de que, en cada

orden de fenómenos, todo hecho no es más que la realización de una posibilidad definida en el nivel tipológico y que esta realización encuentra su razón de ser en otro orden. Una consecuencia práctica de esta hipótesis es la exigencia de no considerar nunca nada de lo que aparece en la vida de las sociedades como un *en sí*, sino de relativizarlo siempre todo. En este sentido, el estudio de Marcel Mauss sobre las técnicas del cuerpo es una maravillosa intuición, de una admirable fecundidad.[10]

El segundo postulado es el inverso del primero: no se puede admitir que un subsistema cualquiera determine, en última instancia o no, los demás subsistemas. Pues, de este modo, se rebaja, de alguna manera, el sistema social, conduciéndolo a un subsistema, y nos condenamos, o bien a perder de vista la complejidad de lo real, o bien a multiplicar las tautologías del epifenomenismo. Por ello, la rentabilidad científica del marxismo, interpretado como un análisis del sistema social a partir del subsistema económico, es muy exactamente nula.

La conjunción de estos postulados, indispensables para que el nivel III de las ciencias sociales sea posible, dibuja una situación epistemológica muy precisa. Cada subsistema debe ser simultáneamente autónomo, dotado de una racionalidad propia y permeable a las influencias surgidas de los demás subsistemas. La monarquía absoluta de Luis XIV contiene, por una parte, una racionalidad propia en tanto que tipo particular de sistema político y, por otra parte, tiene que poder relacionarse con fenómenos de orden económico, psicológico, militar, incluso estético. También la mentalidad de la *intelligentsia* rusa a principios del siglo XX debe poder interpretarse como fenómeno psicológico con sus leyes propias y como resultante de los hechos políticos, sociales, económicos... Es evidente que no se prejuzga en absoluto el nivel de autonomía de cada subsistema. Es muy probable que la música, por su carácter notablemente formal, o las matemáticas, por las mismas razones, sean difícilmente reducibles a algo más que ellas mismas y condenen a sus analistas, en lo esencial al

16. Marcel Mauss, *Sociologie et anthropologie*, Paris, Presses Universitaires de France, 1966, p. 365-386.

nivel II. En el otro extremo, la política se presenta como el lugar donde se ajustan todas las cuentas de la sociedad. Por consiguiente, la cantidad de relaciones observables entre el subsistema político y todos los demás es enorme, lo que, incidentemente, debería hacer de la ciencia política el lugar estratégico privilegiado desde donde pueden observarse los fenómenos de dinámica social.

Hay un último punto digno de atención. No se puede captar lo que distingue el nivel III del nivel IV. Uno y otro estudian los pormenores y los resultados de un posible realizado. Es cierto. Sin embargo, la ponderación de estos factores supone el método comparatista. Enfrentado a un hecho cualquiera, el sabio se encuentra en presencia de una infinita cantidad de hechos que pueden estar relacionados con éste. La única salida que le queda, para introducir una jerarquía entre estos hechos y determinar los más pertinentes, consiste en buscar otros hechos de la misma especie y proceder por eliminación. De este modo, las grandes purgas stalinianas, que se pueden interpretar de varias maneras, se consideran principalmente como fenómeno religioso, cuando se las relaciona con los procesos de brujería de antaño.

Así pues, el nivel III alcanza su especificidad y su razón de ser del hecho de ser sistemáticamente comparatista. En este sentido, y confiando en el nivel I que le asegura la unidad del género humano, busca su bien en todas las épocas y todos los lugares, indiferente a las separaciones artificiales, introducidas por el azar y consagradas por la costumbre, entre civilizaciones primitivas y civilizaciones desarrolladas, entre Occidente y Oriente, etc. Se atribuye el estudio de la universalidad de la aventura humana.

El nivel de los Casos se comprende por sí mismo: sólo puede ser el análisis de un posible realizado y de todas las conexiones en relación con esta realización. Esta proposición reposa, también, sobre un postulado, o, mejor, tiende a eliminar otras dos concepciones. Efectivamente, este nivel histórico se apoya en el estudio de los acontecimientos, que definimos como realizaciones de posibles. Si, por el contrario, seguimos a Cournot y entendemos por acontecimiento la conjunción de varias series de causas, o, con Hegel, un momento dia-

léctico, cualquier acontecimiento se convierte en único e incomparable y caemos necesariamente en lo anecdótico. O bien, si queremos introducir de nuevo una racionalidad, desembocamos en los procedimientos habituales del finalismo o del evolucionismo, en los que el acontecimiento no es más que el pretexto de una historia que lo supera. Precisemos que esto no prejuzga en nada las dimensiones de los fenómenos a analizar.

Se puede y se debe concebir un nivel IV del suicidio que sería el análisis de un suicidio preciso y definido, del mismo modo que podemos y debemos considerar un nivel IV de la ciencia de las civilizaciones. Si este análisis fuera posible, el objeto propio de este nivel sería la civilización occidental, o china o mulsumana... Esto provoca algunas consecuencias importantes. Al ser el tiempo y el espacio formas puras, no hay ningún objeto que puedan definir por sí mismos. De esto resulta que no puede ser determinado el nivel IV de un objeto cuya realidad provenga de una unidad de tiempo o espacio. De este modo no hay historia de Francia en el siglo XVII, pues el siglo XVII no es más que la realización puramente formal de un posible, determinado en el nivel II por la sucesión de los siglos y en el nivel I por el tiempo. En cuanto a Francia, tomada absolutamente, no es más que una porción de espacio inscrita en la disposición general de las tierras emergidas y los mares y nada más. Esta palabra vacía no recibe un contenido determinado, susceptible de convertirse en objeto de un análisis científico, más que cuando esta porción de espacio sirve para circunscribir fenómenos económicos, políticos, climáticos o religiosos. Dicho de otro modo, hay una ciencia de la religión en Francia en el siglo XVII, o de la agricultura, de la política, pero no hay una ciencia de Francia en el siglo XVII.

Las obras que pretenden analizar un objeto de este tipo, sólo pueden obtener (y la experiencia prueba que es así) un cuadro compuesto por elementos heterogéneos y eclécticos, dispuestos de manera perfectamente arbitraria. Por el contrario, todos los análisis fundados sobre un objeto real, al estar fundados en una problemática precisa, pueden pretender un gran rigor científico. Un estudio de la arquitectura bizantina o del sistema político de Diocleciano son trabajos científicos,

mientras que una historia de los siglos XVI y XVII o de Roma, no es más que literatura sin consistencia.[11] La Historia sólo es ciencia en la medida en que es particular; cuando se llama general es, en el mejor de los casos, un agradable libro de láminas destinado a alegrar nuestros ocios.

Otra consecuencia importante de nuestras posiciones es que el nivel IV no está en absoluto relacionado con el pasado.[12] Un estudio sobre las bandas de jóvenes es un análisis de los casos de la ciencia de las revoluciones;[13] otro sobre las costumbres sociales de la fotografía es un caso de la ciencia de la cultura.

La puesta en evidencia de algunas consecuencias epistemológicas de nuestra posición, nos permitirá precisarla y atenuar su carácter abrupto y abstracto.

1. El filósofo y el historiador podrían dirigirnos algunas críticas. El primero nos mostrará sin ninguna dificultad que el nivel de los casos sólo puede construirse a partir de los otros tres niveles, porque la construcción de lo concreto y lo singular descansa sobre un aparato conceptual construido a su vez sobre los tres niveles restantes. Pero, inversamente, los tres primeros niveles sólo pueden ser elaborados cuando el cuarto ya está constituido, pues representa la materia prima sobre la que trabaja el entendimiento para extraer sus leyes y principios. Según una buena disertación filosófica, la ciencia es, en consecuencia, imposible; para nosotros, significa simplemente, y es una experiencia vulgar, que el trabajo científico es un vaivén perpetuo entre lo general y lo singular, entre la síntesis y el análisis..., perpetuo, es decir, que el trabajo nunca termina, siempre hay que volver a empezar y, además, con la convicción

11. Sería interesante precisar por qué la historiografía occidental se construyó en función de un objeto espacio-temporal. Es probable que la definición espacial sea de origen político, puesto que además la historia nació en el siglo XVIII por razones políticas. En cuanto a la definición en el tiempo, es un problema. Según Robert A. NISBET sería constitutiva de la percepción occidental de la sociedad y de la humanidad. *Cf. Social Change and History. Aspects of the Western Theory of Development*, Nueva York, Oxford University Press, 1969.

12. Habría que resucitar el sentido etimológico de la palabra *historia* y definirlo como encuesta, lo cual nos permitiría calificar el nivel IV de histórico.

13. Ver *infra*, pp. 96-98.

íntima de que hablar de un estado definitivo de la ciencia es probablemente un absurdo.

En el terreno práctico, esta objeción del filósofo comporta sin embargo cierta realidad. Efectivamente, hasta hoy, las ciencias sociales han tenido una tendencia a dividirse a partir de la horizontal, para dar la filosofía (así como otras disciplinas, como la psicología, que estudian lo universal en el hombre), la sociología y la historia.

En cuanto al nivel II, tendemos a considerar que estaba disponible y que los lingüistas tienen la gloria de haber sido los primeros en explotarlo sistemáticamente, seguidos por todos los estructuralistas, en los que, exceptuadas las modas y la confusión mental, hay gestión científica verdadera. Así pues, esta especialización horizontal tiene como consecuencia aislar cada nivel y negarle, con este hecho, toda racionalidad. Seguidamente demostraremos que es conveniente rearticular las ciencias sociales en función de una división vertical que vuelva a tener en cuenta los cuatro niveles.

La objeción del historiador suena clara y fuerte: no sé qué hacer con estas elucubraciones pseudofilosóficas. Es un hecho que muchas producciones sociológicas o filosóficas no tienen ningún interés práctico para el historiador, y todos recordamos la disputa cortés [14] entre Georges Gurvitch y Fernand Braudel, en la que éste tenía evidentemente razón. Pues, si definimos la sociología como una disciplina que privilegia el estudio de la sociedad y los grupos sociales, es difícil imaginar cómo podría un historiador serio dejar de ser sociólogo y además competente. Si la definimos como una disciplina generalizante mientras que la historia sería singularizante, no hay ninguna esperanza de que esta última pueda obtener de la sociología ningún provecho.

Para nosotros, el nivel de las correlaciones es comparatista, es decir que anota, describe y explica las diferencias. Así pues, el historiador procede siempre así, inconscientemente, si quiere superar el estadio de la simple literatura. Si quiere captar la singularidad y la originalidad de un hecho o fenómeno (político, económico, cultural...), debe disponer, incluso en el estado

14. En el *Traité de sociologie* (t. I, p. 93-99), obra colectiva dirigida por el primer nombrado.

más vago, de puntos de referencia, es decir de elementos de diferenciación. Del mismo modo, si quiere explicar la aparición de un fenómeno, por ejemplo una declaración de guerra, tiene que proceder por eliminación en todas las variables posibles, para despejar la o las variables pertinentes. Este trabajo de eliminación sólo puede hacerse por comparación con otros fenómenos del mismo tipo. Lo que el historiador hace siempre, más o menos conscientemente, con mayor o menor rigor, es científicamente más rentable practicarlo sistemáticamente, reservando al análisis comparatista un momento particular.

2. En la línea de la observación precedente, hay que admitir que nuestros cuatro niveles son igualmente necesarios y legítimos. No se trata en absoluto de privilegiar uno en detrimento de los demás, afirmando que la ciencia radica allí. Es bueno mostrar la universalidad de las actitudes agresivas en el hombre, pero sería absurdo contentarse con ello, sin mostrar cómo las diferentes sociedades organizan y utilizan esta agresividad según los momentos y los lugares. En el extremo opuesto, es bueno mostrar cómo un sistema político determinado está profundamente singularizado por un conjunto de datos sociales, mentales, económicos..., pero es absurdo negar la especificidad del hecho político y su nudo universal.

Si los cuatro niveles son legítimos, hay que tener mucho cuidado en distinguirlos, pues, a cada paso, el objeto a estudiar sufre un tratamiento original, y se nos presenta bajo un aspecto distinto. Los sistemas de parentesco, en el nivel II, dan la impresión de un rigor casi matemático y haberlo mostrado constituye una adquisición de la ciencia. Sin embargo, esto no nos dispensa de examinar cómo se acomodan los grupos sociales a este rigor y cómo lo desvían según las necesidades en la estrategia de sus cálculos políticos o económicos.

Los cuatro niveles son igualmente necesarios. Esto significa que una ciencia social no merece esta denominación más que a partir del momento en que se revela capaz de construir estos cuatro niveles con contenidos precisos. Es por ello por lo que no hay, y no puede haber ciencia de un objeto definido sólo por el tiempo y el espacio. El Renacimiento no puede convertirse en

objeto de ciencia como tal más que a partir del momento en que se le considera como nivel IV de algo como una ciencia de sistemas de valor. Tampoco la geografía, que se define con relación al espacio, tiene realidad científica más que cuando se especializa en el análisis de la organización del espacio. En este sentido, existe una ciencia de los paisajes agrarios como de la organización de las relaciones. Por el contrario, intentar tomar a Francia como objeto de la ciencia conduciría al eclecticismo, eventualmente justificado por el talento literario particular del autor.

3. Es pues conveniente substituir la división horizontal de las ciencias sociales por una división vertical. De esto se deduce necesariamente que el número de las ciencias sociales es indefinido. Figurará como ciencia social cualquier disciplina fundada sobre una cuestión, a partir de la que se puede recortar un objeto en el flujo infinito de las cosas humanas. Esta disciplina será tanto más seria cuanto más haya conseguido constituir sus cuatro niveles de análisis.

Existen ya ciencias de la economía, de la población, de las guerras y de las relaciones internacionales, de la política, de los mitos, de la lengua, etc., pero la lista no queda cerrada y probablemente no lo estará jamás.

De esto resulta que la visión que podemos esperar de la realidad será siempre parcial. Dicho de otro modo, la captación de la sociedad como una totalidad es no sólo imposible, sino que es además y sobre todo una reivindicación científicamente peligrosa. Efectivamente, sólo se puede gozar de la ilusión de captar la totalidad si se valora un punto de vista afirmando que es *el* punto de vista. Esto no sería más que una manía sin consecuencia, si, simultáneamente, no obligara a relacionar los diferentes fenómenos con uno solo y a considerarlos, por este hecho, como epifenómenos. Por consiguiente el resultado es siempre tautológico. Considerar que las fuerzas que se enfrentan en la arena política están en relación, en algún aspecto, con la estratificación social, es una afirmación razonable y científicamente fecunda. Pretender que la estratificación social determina el juego político, las reglas del juego y lo que se apuesta, es un absurdo peligroso, pues conduce a ignorar la especificidad de lo político.

Desde luego, se puede admitir en la abstracción que la realidad social es una totalidad, pero su captación científica es siempre un punto de vista particular, limitado por sus presupuestos y su método. Nos parece que Kant dijo cosas definitivas sobre la cuestión. Hay un abismo infranqueable entre el nóumeno, siempre inalcanzable, y el fenómeno construido por el entendimiento, susceptible de una captación vigorosa.

Es evidente que, en el terreno práctico, los fenómenos son más o menos aislables de la totalidad. Por ejemplo, la población hace intervenir variables menos numerosas y relativamente más independientes que los sistemas económicos y, a su vez, éstos son más fácilmente determinables que los sistemas políticos. De esto se puede inferir que una ciencia social es tanto más rigurosa cuanto más capaz es de aislar los fenómenos homogéneos y relativamente independientes. Por esto, en el actual estado de cosas, la ciencia social mejor constituida parece ser la lingüística y, entre sus subsecciones, la fonología. Su éxito no responde en absoluto a la excelencia del método, sino a la posibilidad de aislar fenómenos sin mutilarlos demasiado gravemente. Además, todas las tentativas para utilizar el método de los lingüistas en otros sectores de la realidad social, en que los hechos no se dejan cercar de manera tan rigurosa, están abocados al fracaso. Constatación que, incidentemente, nos permite establecer una regla higiénica esencial para el manejo correcto de las ciencias sociales: es absurdo e inútil buscar el Método, sólo existen métodos propios a cada ciencia, que no se dan antes, sino que se elaboran en el transcurso del trabajo científico.

Así pues, a pesar de todo es raro que los hombres de ciencia no se hayan convencido todavía de la vanidad de una exigencia semejante, teniendo en cuenta los repetidos fracasos de las tentativas para captar la totalidad. Todavía aparece cierto número de libros, introducidos por la invocación ritual a la necesidad de abandonar los habituales métodos de trabajo tradicionales y fundar en fin las ciencias sociales como ciencias rigurosas. La repetición de estas fórmulas sólo sería cómica, si no nos informara además sobre un rasgo fundamental de la razón, que apunta siempre a la totalidad y se opone así al entendimiento, condenado a lo parcial.

Un capítulo interesante de la ciencia de los sistemas

intelectuales sería el que se dedicara a captar y explicar las distintas hipóstasis que los hombres han llegado a imaginar para llenar este abismo. Nosotros proponemos que se llamen ideologías a estos sistemas de pensamiento que aspiran a la totalidad, y reclamamos la constitución de una ciencia de las ideologías, cuyo campo de investigación es prodigiosamente amplio, desde los sistemas religiosos hasta los sistemas de pensamiento político contemporáneos, pasando por los sistemas filosóficos.

4. Así pues, las ciencias sociales son muchas, autónomas y legítimas en el mismo grado. ¿En este caso, qué es lo que permite agruparlas en un conjunto único, llamado precisamente ciencias sociales? En esto ocurre lo mismo que en otros sectores de la actividad científica. Así como la astronomía, la física, la química... tienen su base en el concepto de naturaleza, y las ciencias biológicas en el concepto de vida, las ciencias sociales se apoyan en el concepto de sociedad.

Pero estos tres conceptos carecen de contenido. O mejor dicho, su contenido es el conjunto de las proposiciones definidas por las ciencias que agrupan; son conceptos vacíos, desprovistos de capacidad operatoria, pero que describen un campo de investigación. Es evidente que también se pueden transformar en conceptos ideológicos, es decir seres de pensamiento que se consideran básicos para una ciencia de la totalidad. En esta perspectiva, se puede escribir una historia de la ciencia ideológica y mostrar como la Naturaleza, la Vida, la Sociedad, son substitutos del concepto por excelencia de la totalidad: Dios.

Así deducimos que no existe ni puede existir nada parecido a una ciencia de la Sociedad, como tampoco existe *una* ciencia de la Naturaleza o de la Vida. Max Weber consideraría justamente que si se pudieran distinguir los hechos políticos, económicos, religiosos, demográficos..., no habría nada que correspondiera a los hechos sociales, pues *todo*, en las ciencias sociales, es social. Por consiguiente, definir, con Durkheim, la sociología como la ciencia de los hechos sociales no quiere decir nada en absoluto, teniendo en cuenta que toda tentativa para aislar un fenómeno que llamaríamos Sociedad está destinado al fracaso.

Es posible que el lector se pregunte por qué hemos utilizado constantemente la expresión «ciencias sociales», en lugar de «ciencias humanas», que está más extendida, por lo menos en Francia. Simplemente porque las ciencias humanas sólo podrían definirse por otro concepto vacío: el Hombre.

El estatuto ideológico de este concepto salta a la vista, todavía más claramente que Naturaleza, Vida o Sociedad. Incluso para la conciencia ingenua, sólo hay hombres, es decir grupos, es decir sociedades. Por consiguiente, no se ve qué campo científico podría describirse con este concepto. ¿Diremos que la psicología y sus múltiples variedades se dedican como objeto privilegiado al Hombre, sin relacionarlo con sus componentes sociales? En nuestra terminología, esto significa simplemente que la psicología es una especialización en el nivel I de la ciencia de las mentalidades. Así pues, sin pretender dar ninguna importancia a estas querellas de palabras, preferimos hablar de ciencias sociales antes que de ciencias humanas.

5. Un último punto, también importante. En la definición que hemos dado del nivel de los casos —análisis de un posible realizado— no aparece el devenir, como tampoco aparece en otros niveles. Así pues, la construcción de conjunto parece peligrosamente estática. De hecho no lo es en absoluto. En diversas ocasiones se tendrá en cuenta el cambio. Y primeramente *en el interior de un sistema dado.* Así pues, tenemos, por ejemplo, una lógica del poder totalitario. Un poder tiende siempre hacia lo absoluto, y es absoluto cuando no encuentra ningún obstáculo de ningún tipo. Así pues, tiende a suprimir todos los cuerpos intermediarios, todos los agrupamientos, para tener a sus pies una sociedad perfectamente atomizada. Sin embargo, un cuerpo social sólo se gobierna con la ayuda de cierto número de instituciones u organismos especializados (policía, ejército, administración, partido, técnicos) que tienden necesariamente a erigirse en privilegiados y centros autónomos de decisión. Por consiguiente, un poder totalitario procede siempre a depuraciones caprichosas destinadas a impedir que estos centros autónomos permanezcan en manos de los mismos individuos, que podrían terminar por contestar el poder. En la misma lógica, el dictador

tiene que rodearse de personajes obscuros, sin lazos particulares en ninguna fracción de la población, en los que se pueden delegar poderes exorbitantes, sin temor a verlos volverse en contra suya, pero con la condición de que procure cambiarlos a menudo y les haga jugar unos contra otros. Dicho de otro modo, un poder totalitario conoce siempre las depuraciones y los favoritos y el capricho es la regla de la grandeza y la decadencia. Así podemos interpretar muchos hechos que constituyen la «historia» del nazismo y el stalinismo. También se puede poner en evidencia la lógica interna de un sistema económico y revelar cierta sucesión de acontecimientos necesarios que constituyen una parte de su historia.

Nuestra perspectiva permite despejar el devenir a otro nivel, además. El método comparatista, propio al nivel de las correlaciones, permite o debe permitir despejar las condiciones propias a la aparición de un acontecimiento en un sector particular. Se puede y se debe explicar la aparición de un hecho literario, político, demográfico, con un grado de aproximación satisfactorio. Dicho de otro modo, cada ciencia social particular tiene la posibilidad de resolver por sí misma los problemas de devenir que se le plantean.

Una vez dicho esto, nada nos impide fundar una ciencia social particular, que partiría de la siguiente pregunta: ¿qué es lo que hace que las sociedades humanas estén todas, sin excepción, sometidas al cambio? De este interrogante se desprende enseguida un objeto de estudio. Concierne a las leyes y las modalidades del devenir en todos los compartimientos de la vida social, como también en los subsistemas (estético, económico, político...) y en el sistema global (la civilización). Así pues, se puede esperar construir algo parecido a una ciencia del devenir o de las mutaciones, en la que, desde luego, nos encontraríamos de nuevo con la necesidad de despejar los cuatro niveles fatídicos:

Nivel I. La raíz antropológica del devenir, que responde en primer lugar a la pluralidad de los posibles. Es evidente que si fuera posible un solo posible, se llamaría necesidad y viviríamos en un mundo eleático. De esto resultan dos casos generales de cambio: o bien los posibles negados en una sociedad dada se erigen en contrasociedades y terminan por investir la sociedad

anterior; o bien dos grupos independientes realizan posibilidades distintas, entran en contacto y determinan, las unas en las otras, mutaciones. El segundo caso parece de lejos el más frecuente, es decir que la raíz antropológica del devenir es, muy probablemente y en la mayoría de los casos, la guerra.

Nivel II. La tipología de las mutaciones, en la que habría que distinguir, por una parte, en función de la naturaleza y de la modalidad de la mutación (brutal-lenta; violenta-pacífica; general-localizada...) y, por otra parte, en función del sistema mutante (civilización, arte, régimen político...). El campo es extraordinariamente vasto y diverso.

Nivel III. Estudio comparativo para despejar las variables fundamentales de cada tipo de mutación. Por ejemplo, las variables fundamentales que determinan los fenómenos revolucionarios parecen ser de orden político, económico, social y ético.

Nivel IV. Intentaríamos resolver cierto número de problemas fundamentales como: la revolución neolítica, la formación del Imperio Romano y su caída, los orígenes del sistema capitalista...[15] O más particulares: las revoluciones políticas en las sociedades complejas, la formación de las naciones..., o también los cambios de la moda.

Vemos pues que la ciencia de las mutaciones, si llegara a ver la luz, se dedicaría a un terreno inmenso y sembrado de trampas, porque es prácticamente virgen. Conservamos la esperanza de volver algún día sobre estos problemas.

En la presente obra, nos dedicaremos a un aspecto particular de las mutaciones, que hemos llamado los fenómenos revolucionarios. Las reflexiones precedentes permiten definir de manera más rigurosa el estatuto de la estasiología. Esta ciencia parte de la pregunta siguiente: ¿qué es lo que hace que, en todas las sociedades conocidas, algunos individuos y grupos rechacen el orden e inicien una guerra contra él? Así pues, la estasiología es, en su corazón, una ciencia de los conflic-

15. Hemos intentado el análisis de este último problema. Ver Jean Baechler, *Essai sur les origines du système capitaliste*, en "Archives européennes de sociologie", IX, 1968, n.º 2, p. 205-263.

tos internos de las sociedades. Es la pareja de la ciencia de los conflictos externos, entre sociedades.[16] Después de lo que acabamos de decir, nuestros análisis se realizarán a tres niveles.[17] En el nivel I intentaremos establecer y explicar la permanencia de los hechos revolucionarios. Advertimos rápidamente al lector que el estado de nuestras investigaciones no nos permite, en el nivel II, ir mucho más allá de una tipología descriptiva, con, de vez en cuando, algunos inicios de sistemática: la combinatoria, suponiendo que sea posible, todavía se nos escapa. Finalmente, pondremos los primeros jalones del nivel III. En un último capítulo, abordaremos lo que hemos llamado «objetos del análisis». Por esto entendemos que, más allá de los niveles, hay que ir hasta la captación de los fenómenos concretos. Así —como tendremos ocasión de precisar a su debido tiempo— esta captación presupone la división de los fenómenos en varios objetos, cada uno de ellos propio a un análisis particular. Así, la ideología revolucionaria resulta de una rama de la ciencia de las ideologías; las sociedades revolucionarias de una rama de la ciencia de los grupos. La estasiología —por lo menos nos atrevemos a esperarlo— es pues una ciencia social real, pero no puede ser desconectada de otras ciencias sociales.

Nuestro propósito al presentar estas reflexiones era ante todo de orden práctico. En el actual estado de las ciencias sociales, caracterizado por una prodigiosa proliferación de publicaciones, nos ha parecido que había llegado el momento de una clarificación, o de lo contrario llegaríamos al hundimiento del aparato científico bajo sus propias producciones.

Por ello consideramos que la definición tradicional de las ciencias sociales, en historia, sociología, etnología, psicología..., ha llegado a su fin, o sea que conservarla presenta más inconveniente que ventajas. A decir verdad, la única ventaja que le reconocemos es su antigüedad y el carácter oficial que le confiere su estatuto uni-

16. Permítasenos expresar nuestra deuda con los dos autores que nos han ayudado más en nuestras investigaciones: Clausewitz, por un lado, y Raymond ARON, por otro, en particular con su libro, *Paix et guerre entre les nations*, París, Calmann-Lévy, 1962.

17. El nivel IV no se sitúa aquí. Como ya hemos indicado, la producción histórica y el estudio de los casos nuevos servirán de materia prima, así como de ilustración.

versitario. Si nos atenemos a la búsqueda de la eficacia científica, nos parece preferible constituir equipos especializados en cada ciencia particular —que tendrían desde luego subespecializaciones a distintos niveles de análisis— más que continuar dispersando los esfuerzos entre las disciplinas sin consistencia.

Quizás el precio a pagar por esta eficacia sea el abandono de la totalidad a su suerte noumenal, pero esto no debe preocupar más que a los creyentes, o sea a aquellos para los cuales la ciencia es una religión, así como a aquellos que la confunden con una ideología.

Capítulo 1
LA UNIDAD DE LOS FENÓMENOS REVOLUCIONARIOS

En este capítulo nos proponemos analizar en su mayor generalidad los rasgos comunes a todas las formas de revolución.[1] Aquí nos interesamos exclusivamente en el Ser Mismo, dejando para más adelante el tratamiento de las diferencias. Nos parece ahora que la reflexión debe orientarse en tres direcciones referidas a las revoluciones: su raíz, su lógica —o, para decirlo como Clausewitz, su concepto— y por último sus funciones.

A) *LA RAIZ DE LAS REVOLUCIONES*

Al encontrarse definidas como las formas de estar en desacuerdo con el orden, las revoluciones surgen evidentemente del conflicto. En este sentido, tienen alguna relación con la agresividad, a la que podemos considerar, con Konrad Lorenz, un instinto natural, necesario para la preservación y progresión de las especies. La originalidad del hombre radica en que «el pensamiento conceptual y la palabra han cambiado toda la evolución del hombre, puesto que han producido algo equivalente con la herencia de los caracteres adquiridos. (...) Si un hombre inventa, por ejemplo, el arco y las flechas, entonces no es solamente su progenitura, sino toda la comunidad, la que hereda el conocimiento y el empleo de estas armas y las posee de una manera tan segura como si fuera un órgano que crece en su cuerpo. Y su pérdida es parecida en todo con la regresión de un

1. En este capítulo, "revolución" se tomará en el sentido muy amplio do "fenómeno revolucionario", tal como lo hemos definido más abajo: cualquier forma de puesta en duda del orden social.

Capítulo 1
LA UNIDAD DE LOS FENÓMENOS REVOLUCIONARIOS

En este capítulo nos proponemos analizar en su mayor generalidad los rasgos comunes a todas las formas de revolución.[1] Aquí nos interesamos exclusivamente en el Ser Mismo, dejando para más adelante el tratamiento de las diferencias. Nos parece ahora que la reflexión debe orientarse en tres direcciones referidas a las revoluciones: su raíz, su lógica —o, para decirlo como Clausewitz, su concepto— y por último sus funciones.

A) *LA RAIZ DE LAS REVOLUCIONES*

Al encontrarse definidas como las formas de estar en desacuerdo con el orden, las revoluciones surgen evidentemente del conflicto. En este sentido, tienen alguna relación con la agresividad, a la que podemos considerar, con Konrad Lorenz, un instinto natural, necesario para la preservación y progresión de las especies. La originalidad del hombre radica en que «el pensamiento conceptual y la palabra han cambiado toda la evolución del hombre, puesto que han producido algo equivalente con la herencia de los caracteres adquiridos. (...) Si un hombre inventa, por ejemplo, el arco y las flechas, entonces no es solamente su progenitura, sino toda la comunidad, la que hereda el conocimiento y el empleo de estas armas y las posee de una manera tan segura como si fuera un órgano que crece en su cuerpo. Y su pérdida es parecida en todo con la regresión de un

1. En este capítulo, "revolución" se tomará en el sentido muy amplio do "fenómeno revolucionario", tal como lo hemos definido más abajo: cualquier forma de puesta en duda del orden social.

órgano que posea el mismo valor para su supervivencia. De este modo, en el curso de una o dos generaciones, puede realizarse una adaptación ecológica que, en la evolución normal, sin la intervención del pensamiento conceptual, habría tomado un tiempo de una escala muy diferente, mucho mayor. En realidad, no es nada extraño que la evolución de los instintos sociales y, lo que todavía es más importante, de las inhibiciones sociales, no haya podido avanzar con un paso igual al rápido desarrollo que ha impuesto a la sociedad humana el crecimiento de la cultura transmitida por tradición y sobre todo el de la civilización material.[2]

Se puede hablar de una perversión de la agresividad, del hecho de una creciente diferencia de niveles entre sus medios y sus fines filogenéticos. Así, tenemos la raíz antropológica de cualquier forma de conflicto, tanto de la guerra como de la emulación, de la lucha contra la naturaleza como del deporte, de los Juegos Florales como de las revoluciones. Sobre esta raíz indiferenciada que es la agresividad, puede desarrollarse una pluralidad de formas. Para captar la etiología de estas diversas formas, hay que introducir principios de especificación. De este modo, sólo la pluralidad de las unidades políticas soberanas explica que la agresividad pueda tomar la forma de la guerra.

El rasgo específico de los fenómenos que nos ocupan es el de estar fundados en la agresividad *en el interior* de un grupo. Así pues, si la finalidad de toda vida en sociedad es salvaguardar, por un lado, la seguridad respecto al exterior (hombres, animales o cosas), por otro se trata de eliminar tendencialmente la violencia entre los miembros del grupo, transfiriendo su uso legítimo a una instancia que calificaremos de política. La función de lo político es pues, en su mayor generalidad, asegurar la tranquilidad y la concordia. Para que haya revoluciones es necesario y suficiente que esta segunda función se opere mal. Creemos que hay tres factores permanentes que actúan constantemente como elementos perturbadores del mecanismo de arbitraje de los conflictos: la arbitrariedad de los valores, la arbitrariedad de la elección y el apremio de la escasez.

2. Konrad Lorenz, *L'agression. Une histoire naturelle du mal*, París, Flammarion, 1968, p. 253-254.

1. La arbitrariedad de los valores[3]

Si nos colocamos en el grado necesario de generalidad, podemos definir una civilización por la jerarquía que introduce entre las actividades humanas posibles. Éstas existen en número limitado: religiosas, políticas, militares, económicas y lúdicas. En toda sociedad, encontramos como mínimo elementos de estas actividades, pero siempre vemos que una u otra de ellas adquiere una importancia mayor, tanto en los hechos como en la representación que los asociados se forman del ideal. Así tenemos sociedades en que domina lo político, lo militar, lo religioso...

Hay que anotar, en primer lugar, que no hay ninguna racionalización que pueda justificar las jerarquías de valores: son arbitrarias, colocadas en su lugar después de conflictos, y reflejan relaciones de fuerza. Es evidente que estas relaciones son inestables, que son posibles constantemente nuevos conflictos.[4] Una segunda fuente de conflictos puede provenir de la importancia exagerada que una actividad se arroga respecto a las demás: se producen movimientos de compensación, que pueden traducirse o bien por la huida, o bien por la contestación. Como ejemplo del primer caso, daremos el caso del monaquismo, que apareció a partir del siglo IV, en una época en que el Imperio Romano, por razones político-militares, tendía a imponer a la sociedad una estructura rígida, jerarquizada e inmutable.[5] El segundo caso nos es contemporáneo. Nuestra civilización actual está dominada por los valores económicos; es probable que actualmente hayamos alcanzado un punto de ruptura y que empiecen a manifestarse movimientos de compensación de origen religioso y lúdico.

Entendámonos: estas líneas no pretenden desvelar la causa de las revoluciones, sino solamente establecer su

3. Tendremos ocasión de desarrollar este punto en el capítulo IV.

4. El brujo se opone siempre al jefe, el papa al emperador, el mercader al militar, el artista a todos los demás..., y recíprocamente.

5. En su *Historia de la Iglesia*, H. I. Marrou propone otra explicación. El monaquismo sustituye a las persecuciones y los mártires, como expresión del más intenso fervor cristiano. ¿Acaso esto no significa conceder una importancia exagerada a las persecuciones? Seguidamente, no se ve en absoluto por qué el fervor exigía el retiro. Y finalmente y sobre todo, observamos olas de monaquismo en otras sociedades sin relación con ninguna clase de persecución.

posibilidad. Pues es evidente que si sólo hubiera una jerarquía de valores posible o si una se impusiera por naturaleza a todos los miembros del grupo, no habría movimiento de contestación posible. Pero no ocurre así. Desde luego, la arbitrariedad de los valores se percibe tanto mejor cuanto más larga es la historia de una sociedad, que ha visto sucederse varios sistemas, o que coexiste con sociedades que conocen otros: el tratamiento racional de los sitemas de valores, es decir la percepción de su relatividad irreductible, supone la constatación de la pluralidad real. De esto se deduce que una sociedad colocada en esta situación verá necesariamente una multiplicación de las contestaciones.

Podemos separar un primer rasgo constante de los fenómenos revolucionarios: apuntan siempre unos valores particulares contra unos valores oficiales. En este sentido, un proyecto revolucionario es siempre ético en su fondo.

2. La arbitrariedad de la elección

Tiene la misma naturaleza que la precedente, pero alcanza a todos los aspectos de la vida en sociedad. La contestación se desprende también aquí de la pluralidad de los posibles. Así, hay varios sistemas de parentesco posibles, varios sistemas culinarios, varios regímenes políticos, varias formas de apropiación, etc., pues no hay ningún aspecto de la vida en sociedad que realice un solo posible, es decir no es necesario. Pero un solo posible puede ser realizado efectivamente en un momento dado en un grupo dado. Toda institución social es elección y toda elección es arbitraria. De esto se deduce que cualquier institución se ve forzada y que toda institución puede ser sometida a discusión. Es evidente que la coacción es tanto mayor cuanto más esencial es la institución para el equilibrio social: por ejemplo, son particularmente fuertes, en los sectores sexual, político o religioso, y muy débiles, por el contrario, en el terreno alimenticio, en que se aceptan fácilmente las prohibiciones.

Se impone la misma observación anterior. Cuanto más clara es la percepción de la pluralidad de los posibles, más posibilidades tiene la contestación para desa-

rrollarse. A lo que podemos añadir una precisión suplementaria: cuanto más haya perdido una institución su carácter funcional, más posibilidades tiene de aparecer como pura represión y de verse combatida.

Así descubrimos un segundo carácter fundamental de cualquier proyecto revolucionario. Por naturaleza y en profundidad, es voluntad de vuelta a los orígenes, al momento en que cualquier elección es posible. La libertad, en el sentido de ausencia de cualquier represión, es un punto de vista capital. De aquí se desprende un tercer rasgo: la visión revolucionaria es necesariamente dualista, catastrofista-optimista. El mundo presente es íntegramente malo, pero podría ser perfectamente bueno. Esto moviliza dos sentimientos fundamentales: la desesperación y la esperanza, y plantea el problema del paso de un estado a otro, es decir de los medios o del sistema de acción.

3. Las presiones de la escasez

Los tres bienes más deseables, que mueven con mayor fuerza a los individuos y los grupos, son probablemente el poder, la riqueza y el prestigio. Pero, *por naturaleza, son escasos.* Lo cual es evidente para el poder, definido como la posibilidad de imponer su voluntad a los demás, y el prestigio, concebido como la posición desde la que un individuo o un grupo designa a otro lo que es deseable. Si poder y prestigio estuvieran igualmente repartidos entre todos los miembros de la sociedad, desaparecerían pura y simplemente.

Esto ocurre en menor grado respecto a la riqueza, definida como todo lo que es susceptible de entrar en el consumo de los hombres. Efectivamente, a partir del momento en que la disposición de los medios de producción permite un crecimiento continuo, el mito de la abundancia puede revestir alguna realidad. Con la condición de olvidar o ignorar que esta noción, además de su vertiente objetiva, tiene una vertiente subjetiva, que es el deseo. Así pues, la abundancia significaría que los deseos pueden verse íntegramente colmados. Pero sería absurdo; la experiencia más cotidiana y el buen sentido indican suficientemente que los deseos son ilimitados y exceden siempre a toda satisfacción posible. Por el

contrario, podríamos sostener con alguna razón que cuanto más limitados están los deseos, más accesible es el estadio de la abundancia. Por consiguiente, las sociedades de abundancia son las sociedades primitivas en las que los deseos constituyen el objeto de una definición estricta e inmutable.

Al ser tan escasos, estos tres bienes se convierten en las reglas del juego de una rivalidad entre los individuos y los grupos. El más fuerte, el más astuto, el más inteligente o el más afortunado se lleva una parte más importante que los demás. Así pues, la distribución es necesariamente desigual. Para simplificar, diremos que se realiza en función de la relación de las fuerzas, dando por entendido que el contenido concreto de estas fuerzas puede ser cualquier factor que decida más o menos en la distribución.

La relación de fuerzas es inestable, no sólo porque tiene que ser mantenida constantemente, lo cual produce un mínimo de tensión y conflicto entre las partes (la que permanecería pasiva sería eliminada rápidamente o rechazada), sino también porque hay factores endógenos (por ejemplo, mutación económica) o exógenos (guerra, conquista) que pueden perturbar este equilibrio inestable.

El simple buen sentido nos empuja a admitir, por lo menos en la primera aproximación, que los beneficiarios de la relación de fuerzas, es decir los individuos o los grupos que se encuentran en posición de fuerza, tienen interés en que se mantenga el equilibrio existente. La probabilidad de que se conviertan en revolucionarios es pues muy débil.[6] Los contestatarios quedan siempre excluidos, con alguna excusa. De ello resulta un rasgo fundamental del proyecto revolucionario: la reivindicación de igualdad.[7] Esta reivindicación se aplica a las tres formas de escasez, lo cual nos da, con una constancia notable a través de la Historia, el mito de la abundancia y la voluntad de reparto, el mito de una

6. No es nula, ni mucho menos, pues la experiencia demuestra que, por varias razones, de orden psicológico e individual, ciertos privilegiados se adhieren a la contestación.

7. Igualdad para los miembros del grupo que discute. Esto puede aliarse, y se alía generalmente, con toda confianza, con el mantenimiento de una desigualdad para los demás. Los Padres Fundadores no suprimieron la esclavitud.

sociedad sin poder y la conquista del poder, el mito de la eminente dignidad del pueblo [8] y el rechazo de las distinciones de estatuto.

Siempre encontramos estas tres reivindicaciones principales de igualdad, por lo menos en estado latente. Sin embargo, según los tiempos y los lugares, domina una u otra y decide la orientación fundamental del movimiento. Por lo que sabemos, el aspecto económico de la contestación es el que aparece más a menudo, seguido por el aspecto político. Esto no tiene nada de extraño, pues hasta la época contemporánea, la escasez de las riquezas se presentó como el primer dato de la condición humana.

La determinación del equilibrio social como relación de fuerzas nos permite despejar el primer carácter de las situaciones revolucionarias (y no de los movimientos). Se desprenden siempre de una modificación en la relación de las fuerzas y desembocan necesariamente, después de un tiempo más o menos largo, en una nueva relación. Lo que nos conduce al análisis de lo que llamaremos el concepto de las revoluciones.

B) *EL CONCEPTO DE LAS REVOLUCIONES*

Entendemos concepto en el sentido de Clausewitz, es decir la esencia abstracta de un fenómeno. Pues la revolución, que es un conflicto, puede sufrir los análisis aplicados a la guerra. Recordemos brevemente las principales articulaciones del capítulo I del libro I de *De la guerra,*[9] antes de examinar en qué medida se aplican a las revoluciones.

La guerra es consecuencia del duelo; en este sentido, «la guerra es pues un acto de violencia destinado a obligar al adversario a ejecutar nuestra voluntad» (p. 51). La violencia física es el medio, el único, pues la violencia moral supone el Estado y la ley; la guerra pone en contacto unidades que viven, unas respecto a las otras, en estado natural. En cuanto al fin, la imposición

8. La misma observación que un poco más arriba. El pueblo no es todo el mundo, sino el grupo que reivindica.

9. Karl von CLAUSEWITZ, *De la guerre*, París, Editions de Minuit, 1955.

de la voluntad, se identifica con el desarme del enemigo, que se convierte en el objetivo de las operaciones de guerra.

A partir de estos datos iniciales, Clausewitz concluye sin dificultad en lo que él llama «la subida a los extremos», es decir que la guerra, en su concepto, es una lucha a muerte. Y esto en virtud de tres razones, llamadas acciones recíprocas:

— El que usa de la fuerza sin ningún control y no teme el derramamiento de sangre tiene ventaja y vencerá; así pues, el adversario se ve obligado a hacer lo mismo, o será derrotado; y no hay límite intrínseco para la manifestación de la violencia.

— El desarme es el objetivo de los *dos* adversarios: «Mientras no haya abatido al adversario, puedo temer que me abata él a mí. No soy mi propio dueño, pues él me dicta su ley como yo le dicto la mía» (p. 54).

— Puesto que la fuerza de resistencia depende de los medios y de la voluntad, los esfuerzos deben ser proporcionales a éstos; cada uno de los dos hace el mismo cálculo; vamos directamente a los extremos.

Por consiguiente, en teoría pura, toda guerra debería ser siempre una lucha a muerte. Pero no es así; lo prueba la experiencia histórica. Por lo tanto intervienen unos frenos que limitan la manifestación de la violencia. También son tres:

— Los dos adversarios no son desconocidos entre sí y pueden calcular *grosso modo* los medios y la voluntad del otro. Este cálculo hace el papel de principio moderador.

— En la realidad, es imposible reunir todos los medios al mismo tiempo; por regla general, pues, la primera decisión no es decisiva y la guerra se prolonga; de ahí que cada adversario proporciona su esfuerzo a lo que considera el grado de concentración de su adversario. Esto representa también una limitación del acto de violencia.

— La derrota no es un fin absoluto; el porvenir puede solucionarla y volver del revés las situaciones más desesperadas. Esta posibilidad de conservar siempre la esperanza en el porvenir incita a la moderación al comprometer las fuerzas.

Estos tres aspectos mayores de la guerra: el duelo, la escalada a los extremos y la limitación de la violencia, ¿pueden servir útilmente en el análisis de las revoluciones?

1. El duelo

Un fenómeno revolucionario pone siempre en contacto únicamente a dos campos, por lo menos tendencialmente, pues, por un lado, están el orden y sus defensores y, por el otro, aquel o aquellos que lo someten a discusión.[10] Esto provoca algunas consecuencias importantes. En realidad, un fenómeno revolucionario opera siempre una dicotomía irreductible en la sociedad, es decir que siempre equivale a una ruptura del contrato social, no por simple disolución de éste, sino por un acto de voluntad de la disidencia. En el pensamiento, resulta de esto que una ideología revolucionaria tiene necesariamente una visión dualista de la sociedad. Como resultado, cuanto más se aproxima al modelo dualista, más probables son las revoluciones en el seno de una sociedad concreta, e incluso más seguras. Así, la fuente más constante y más eficaz de contestación ha sido siempre la sujeción de una sociedad por otra. A decir verdad, aquí nos encontramos en los confines de los fenómenos revolucionarios y la guerra.

Al igual que la guerra, el combate revolucionario hace intervenir la violencia. La vida en sociedad reposa sobre la eliminación tendencial de la violencia en el interior de la unidad social, por transferencia del uso legítimo de la violencia a una instancia política reconocida por todos. Los conflictos que nacen de los intereses particulares y del interés general, de las interpretaciones divergentes respecto a la marcha de la sociedad o de la competencia por los bienes escasos, tienen que estar reulados por instituciones arbitrales. Por consiguiente, los fenómenos revolucionarios intervienen en el momento en que estas instituciones no permiten resolver ciertos conflictos, o cuando no son reconocidas por ciertos miembros de la sociedad, o cuando se realiza alguna

10. Notemos el singular. Veremos, en el capítulo consagrado a la tipología, que hay fenómenos revolucionarios que hacen intervenir a la sociedad y a un individuo. Citemos algunos, reservándonos el precisar más tarde: el anacoretismo, el suicidio, la locura, el crimen...

transgresión a las reglas, o sea, cuando el orden se ve amenazado de alguna manera: sólo la violencia efectiva o la amenaza de la violencia puede, entonces, resolver los conflictos. Esto nos permite precisar nuestra definición de los fenómenos revolucionarios, que designa toda contestación del orden que hace intervenir la violencia física, por un lado y/o por otro.

Este duelo tiene como motivo del juego forzar al Otro a ejecutar nuestra voluntad. El contenido de esta voluntad es la definición de la vida en sociedad, pues si no hubiera divergencia de interpretación en este sentido, el conflicto podría solucionarse en el cuadro de las instituciones reinantes. Las dos definiciones en concurrencia son incompatibles, si no no habría motivo para hacer intervenir la violencia. En consecuencia, todo movimiento revolucionario es, en potencia, una contrasociedad y apunta a la construcción de un orden nuevo destinado a reemplazar el orden antiguo. Por ello, las revoluciones no son simples choques de voluntades y fuerzas, sino conflictos irreductibles entre dos formas de sociabilidad exclusivas una de la otra. Por lo tanto, contrariamente a lo que ocurre en los conflictos que oponen dos unidades independientes, no pueden entrar en juego la diplomacia y el compromiso.

2. La subida a los extremos

Además de las tres acciones recíprocas establecidas por Clausewitz y que intervienen en todo conflicto en que chocan las voluntades armadas, hay que considerar algunos rasgos específicos a los fenómenos revolucionarios y que agravan la tendencia hacia la lucha a muerte. El primer rasgo ya ha sido apuntado, es la incompatibilidad profunda entre los puntos de vista de los duelistas. Si el conflicto se refiere, por ejemplo, a la propiedad de las tierras, no hay arbitraje posible, sólo decide la violencia; como que se trata de una cuestión de vida o muerte, los antagonistas no dudarán en poner en juego su vida. Igualmente, las interpretaciones divergentes del dogma no son negociables y las más feroces guerras civiles son las guerras de religión.

El segundo rasgo responde a la ruptura del contrato social que representa todo movimiento revolucionario.

El contrato social se basa en la eliminación de la violencia entre los miembros de la sociedad. Aquellos miembros de la sociedad que se substraen a él, se exponen a usar y a sufrir la violencia. Esta violencia se encuentra en estado puro. Efectivamente, en las relaciones internacionales, que pueden proseguirse durante siglos, termina por elaborarse siempre una especie de código de la guerra, un buen uso de la violencia entre enemigos, pues los enemigos terminan por hablar el mismo lenguaje.[11] Por el contrario, las guerras intestinas son breves, intermitentes y no permiten la elaboración de un uso. La violencia surge desnuda totalmente, tanto más terrible.

3. Los frenos

Los que Clausewitz proponía para la guerra entre unidades políticas no entran en juego aquí, es decir que la subida a los extremos y la lucha a muerte se producen efectivamente en los acontecimientos revolucionarios. Sin embargo, todas las sociedades se ven sacudidas constantemente por fenómenos de este tipo, y sobreviven a pesar de todo, mientras que la lógica del conflicto y la ausencia de frenos debería provocar su suicidio y desaparición. Así pues, es necesario que intervenga un regulador que, normalmente, impide a los miembros de la sociedad matarse entre sí. Este regulador podría hallarse, como ya había observado Clausewitz para la guerra, en una disimetría entre el ataque y la defensa, o sea entre la contestación y el orden, teniendo en cuenta que por regla general este último tiene tal ventaja que el uso de la violencia se encuentra cuantitativamente limitado. Para probar esta aserción, examinemos los tres factores de fuerza que son: el número, los medios materiales y la voluntad, y veamos cómo se reparten entre los antagonistas.

11. Esto no es válido para los sistemas heterogéneos, que ponen en contacto unidades políticas en que la diferencia de civilización es máxima. Por ejemplo, entre los europeos y los indios de América del Norte. *Cf.* Raymond Aron, *Paix et guerre entre les nations*, París, Calmann-Lévy, 1962, p. 112.

a) *El número*

Ya hemos dicho que una sociedad se basa en un equilibrio de las fuerzas. El buen sentido y la experiencia histórica muestran que este equilibrio tiende a perpetuarse, es decir que nacen contrafuerzas desde el preciso momento en que queda roto, y se necesitan circunstancias extremadamente graves —por ejemplo la guerra— para romperlo definitivamente. Sobre este equilibrio se edifican las instituciones, las normas que rigen las relaciones entre individuos y grupos, las representaciones mentales e intelectuales que definen la vida cultural... Todo esto constituye el orden que, por su duración, tiende a formar parte del horizonte cotidiano de los individuos y de los grupos. Éstos, por su parte, desarrollan una ideología (o bien la reciben del exterior), que es a la vez una explicación y una justificación del lugar que ocupan. O sea que se instaura, a la larga, una adaptación de cada uno a la sociedad en que vive. Si esta adaptación no se produjera, tendríamos un caos social del que conservamos ejemplos históricos: el fin de la República romana, la mayoría de las sociedades primitivas pulverizadas por el contacto con Occidente, la China de 1840 a 1849, etc. Preferimos llamar a estas coyunturas mutaciones, pues, por el hecho de la ausencia de orden o de una situación en que se busca un orden, no podemos hablar de revolución. Una revolución se hace «contra» algo establecido; no es una simple mutación.

En ausencia de mutación, la mayoría de los miembros de la sociedad, sea cual sea la sociedad considerada, están en general satisfechos con su suerte, o, mejor dicho, mantienen su descontento dentro de los límites que no someten a discusión el sistema social. Por lo tanto, sólo una minoría es estructuralmente revolucionaria, colocándose resueltamente fuera del sistema y contestándolo. Se necesitan circunstancias excepcionales —que tendremos que precisar— para que fracciones más o menos amplias de la población se unan a su bandera y entren en disidencia. Por otra parte, la experiencia demuestra que las situaciones en que los disidentes constituyen la mayoría son escasas. Aparte de las «grandes» revoluciones como Inglaterra en el siglo XVII, 1789, la Revolución Rusa, la Guerra Civil China..., los grupos re-

volucionarios entran en acción en posición minoritaria.[12] Por esto, el otro campo, el del orden, se beneficia, como mínimo, de la neutralidad de la mayoría y tiene generalmente pocas dificultades en vencer.[13] Esto no quiere decir que el orden se muestre manso respecto a los disidentes: no hay nada más feroz que la represión de las guerras serviles, en las que no encontramos ningún ejemplo de que éstas hayan tenido jamás éxito. Hay lucha a muerte, pero la cosecha de la muerte es limitada por el número limitado de los combatientes en uno de los campos.

b) *Los medios materiales*

Por medios materiales entendemos ante todo las armas, pero también los medios de comunicación, el dinero, las técnicas de lucha eficaces... Puesto que, como hemos dicho, la vida en sociedad consiste siempre en la transferencia a una autoridad cualquiera del uso legítimo de la violencia, es evidente que los revolucionarios están, generalmente, desarmados, poco o mal armados; dispersos o con enlaces insuficientes; dotados de reservas limitadas y menos hábiles para usar de la violencia que las fuerzas del orden. Así pues, el combate es siempre desigual y tiene que resolverse, en breve plazo, con la derrota de los disidentes. Este punto es capital. Efectivamente, si convenimos en llamar élite dirigente al conjunto de hombres que, en una sociedad, ocupan las posiciones de fuerza que resultan de la escasez del poder, de las riquezas y del prestigio, y si les unimos los hombres que dependen directamente de ella (los clientes), vemos que esta élite dirigente dispone evidentemente del uso legítimo de la fuerza. Mientras esta élite esté unida y decidida a usar su fuerza, no hay ninguna posibilidad para un movimiento revolucionario de conseguir la victoria. *La consecuencia, fundamental, es que las revoluciones sólo triunfan si la élite dirigente está dividida.*[14] Si no fracasan siempre, sea cual sea la

12. Sin hablar de las disidencias individuales, para las que esto es evidente.

13. De donde, también, se desprende el carácter conservador del sufragio universal, observado a menudo y aun comprobado últimamente.

14. Existe otra posibilidad; a saber, que la clase dirigente sea eli-

amplitud de las masas movilizadas. Hemos escrito que una situación revolucionaria nacía de una modificación en la relación de las fuerzas. Ahora podemos precisar: una situación revolucionaria desemboca en un transtorno del orden con la única condición de que la modificación se efectúe en la élite dirigente y la divida.

Una segunda consecuencia, más vulgar, de la importancia de los medios materiales, es que la forma más constante y más eficaz —por lo menos en las sociedades complejas —de subversión es el golpe de Estado militar. Los que disponen de la fuerza por excelencia, el ejército, están mejor colocados que los demás en la élite dirigente para apropiarse del poder. Cuando el golpe de Estado está bien preparado y las fuerzas armadas son adquiridas en el golpe en su mayoría, el éxito está asegurado y en general con el mínimo derramamiento de sangre, por la razón de que los oponentes eventuales están desarmados.[15] Inversamente, cuando los medios materiales no pertenecen a la élite dirigente, o sea, cuando el ejército abandona o permanece neutro, la revolución triunfa casi sin dificultad.[16] Pero, repitámoslo, la actitud del ejército está siempre determinada en el seno de la clase dirigente, en la que debe concentrarse el análisis.

Aquí tenemos una segunda razón de la limitación de la violencia en los fenómenos revolucionarios, de la cantidad de violencia. La relación de las fuerzas es tal que las disidencias son eliminadas rápidamente. En realidad, la violencia no alcanza su paroxismo —la guerra civil— más que si la élite dirigente está dividida en campos sensiblemente iguales, apoyados por tropas populares equivalentes. Así, la guerra civil no resulta del concepto de revolución; no es más que un caso muy particular, aunque sea el más espectacular.

---

minada o debilitada por un enemigo *exterior*. Dejamos, provisionalmente, este caso a un lado, pues aquí sólo tenemos en cuenta los fenómenos endógenos.

15. Cuando las fuerzas armadas están divididas, el golpe de Estado militar puede desembocar en la guerra civil. El mejor ejemplo contemporáneo es la Guerra de España.

16. O sea la Revolución Rusa, tanto en febrero como en octubre, o bien en 1830, febrero del 1848, septiembre de 1870.

c) *La voluntad*

A primera vista, la voluntad de vencer debe ser igual en los dos campos y debería conducir a ambos hasta el sacrificio supremo. En realidad, no ocurre así. De parte del orden, la victoria es una cuestión de vida o muerte; el simple instinto de conservación es suficiente para armar la voluntad y conducirla hasta el punto en que es preferible morir que sobrevivir en la derrota. Esta voluntad es tanto más tensa por cuanto que, tal como muestran los dos puntos precedentes, la élite dirigente está en posición de fuerza. Desde luego, esta voluntad descansa en la unanimidad, es decir, que, una vez más, la división de la élite dirigente le es fatal.

Por el contrario, de parte de los disidentes, la voluntad presenta un carácter inestable. Aparte de los revolucionarios estructurales, que generalmente están dispuestos a morir por la causa, las tropas están constituidas por un material ocasional, heterogéneo, en que la exaltación colectiva ocupa a menudo el lugar de la motivación. De esto resulta que, en cuanto hablan las armas y empiezan a caer los muertos, las filas se deshacen y cada uno vuelve a su lugar social de origen. Son innumerables las guerras serviles, los levantamientos campesinos, las revueltas urbanas que se desbandaron a la primera respuesta seria.

Así nos parece que queda bien establecida la disimetría del orden y la revolución. Precisamente ha sido ella la que hasta ahora ha limitado las guerras intestinas y evitado que las sociedades se suicidaran. Desde luego, hay una lucha a muerte, pero el número de combatientes es reducido. La única excepción es la guerra civil, pero es el resultado de la división de la élite dirigente y de la igualdad en la relación de las fuerzas en conflicto. Así, pues, si la primera condición es de las más frecuentes, la segunda rara vez se cumple.

4. El objetivo de las revoluciones

Los fenómenos revolucionarios se ven llevados necesariamente a plantear los problemas en términos de violencia, bien directamente, con sus propios hechos, o indirectamente, por la reacción del orden. Por otra parte,

los mismos problemas se expresan en términos de la relación de fuerzas, esto debe quedar claro ahora. De todo lo cual se desprende que todo fenómeno revolucionario tiene alguna relación con la política. Definamos, con Julien Freund, la política como «la actividad social que se propone asegurar por la fuerza, generalmente fundada sobre el derecho, la seguridad exterior y la concordia interior de una unidad política particular, garantizando el orden dentro de las luchas que nacen de la diversidad y la divergencia de las opiniones y los intereses».[17]

Hasta el momento, toda nuestra argumentación ha tendido a mostrar que los fenómenos revolucionarios tienen que ser estudiados en su relación dialéctica con el orden establecido. En este sentido, son eminentemente políticos. Incluso para fenómenos tan particulares como la locura —que para nosotros es, en cierto sentido, una manifestación revolucionaria— hay que tener en cuenta este punto de vista, aunque sólo sea para determinar la actitud del orden respecto a sus locos, tanto si los tolera como si los encierra.[18]

Así, pues, el objeto del juego de la política es la toma o conservación del poder. Por consiguiente, el objetivo de los fenómenos revolucionarios, el lugar al que tienden, conscientemente o no, eficazmente o no, es el poder, desde el que podrán construir un orden nuevo. Así, una noticia que relata la historia de un asilo, en el que todos los encerrados habían conseguido tomar el poder y encerrar a su vez a todos los guardianes, no sólo ilustra una idea picante, sino que llega hasta el fondo de las cosas. ¿Acaso el suicidio no es una manera de denunciar el orden social y humano, de substraerse a su poder y afirmarse uno dueño de su vida?

C) *LA FUNCIÓN DE LAS REVOLUCIONES*

Como siempre en las ciencias sociales, la noción de función hace referencia al equilibrio social, es decir, al conjunto de lo que permite a un organismo social per-

17. Julien Freund, *L'essence du politique*, París, ed. Sirey, 1965, p. 751.

18. Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, Plon, 1961.

severar en el ser. Aquí sólo tenemos en cuenta el aspecto positivo de las cosas, aquel por el que se nos revelan indispensables para la buena marcha de las sociedadades. Nos limitaremos a algunas generalidades, pues este punto no presenta problema. Parece ser que podemos distinguir tres funciones.

1. La prevención del equilibrio

Ya hemos dicho que la vida en sociedad suponía elecciones arbitrarias, que estas elecciones se presentaban, en cierto sentido, como restricciones. Es muy probable que, en cualquier sociedad, ciertos individuos no puedan aceptar esta represión. Así, pues, en potencia, son revolucionarios. Una primera solución es salir de la sociedad, organizarse una forma de vida distinta, fundada sobre otros valores. Éstos son los anacoretas, los ermitaños, los monjes, ciertos vagabundos, los aventureros, los beatniks, los hippies, etc. Ciertas sociedades se benefician de una organización bastante admirable para prever, respecto a estos marginales, centros que les acojan y que no pongan en entredicho el sistema de conjunto. El ejemplo más notable es el del sistema de castas hindú: ¡los que renuncian, los que salen del mundo, pueden fundar sectas que, al perpetuarse, se transforman en castas! [19] Estos procedimientos preservan el equilibrio porque neutralizan a los elementos perturbadores excluyéndolos del circuito.[20]

2. La restauración del equilibrio

El equilibrio puede romperse por violación unilateral del contrato social. El caso es muy frecuente en el sistema económico. Cuando la gran propiedad o la gran ex-

19. Louis Dumont, *Homo Hierarchicus*, París, Gallimard, 1966, p. 235-242 y 324-350.

20. De donde surge el peligro que puede nacer de la voluntad del orden de eliminarlos, para fundirlos artificialmente con la sociedad. La probabilidad es que estos marginales se conviertan en delincuentes. Estos procesos son típicos para las bandas de jóvenes, que caen en la delincuencia característica *después* de un contacto con la policía, la justicia y la prisión.

plotación se construyen a expensas de la pequeña (Roma en el siglo II antes de J.C.; Inglaterra durante los siglos XVI, XVII y XVIII), se produce generalmente una reacción violenta de esta última para restaurar las cosas en su estado primero. Después de la mutación industrial, caracterizada por los aumentos prodigiosos de productividad y por una rápida superación de técnicas y hombres, esta forma de protesta contra el orden, por el deseo de retorno al *statu quo ante*, se volvió cada vez más trivial. También la encontramos algunas veces en el terreno político, cuando las instituciones son interpretadas por los gobernantes en un sentido que las aleja mucho de su sentido original. El ejemplo perfecto, o al menos el más célebre, es el de la reacción de la élite inglesa contra la interpretación absolutista del sistema político por los Estuardos. Por consiguiente, la voluntad de restaurar el equilibrio volviendo a un estadio anterior, podría tener éxito, contrariamente a lo que pretendería hacernos creer la corriente actual, de impregnación fuertemente evolucionista.

Bajo otra forma tenemos un segundo modo de restauración del equilibrio. Podemos hablar de simple descarga de energía acumulada y disponible, una explosión sin motivo aparente, y en todo caso desproporcionada al motivo inicial y al objetivo perseguido. De ahí el carácter devastador de ciertos fenómenos revolucionarios, tanto más impresionante o exaltante —según los puntos de vista— por cuanto que es perfectamente gratuito: quemar castillos, masacrar a los burgueses o los aristócratas, violar a las religiosas y misioneras... jamás ha mejorado en nada la suerte de los oprimidos. Muy probablemente, éste es el aspecto que explica la fascinación que ejercen los fenómenos revolucionarios, sobre todo las grandes revoluciones políticas. Se produce un momento de cese del orden, de las represiones, de las prohibiciones, de los tabús, durante el cual todo se convierte en permitido y posible. Ya hemos reconocido el fenómeno bien conocido de la fiesta, en el sentido etnológico del término.[21] Generalizando los hechos evocados por Roger Caillois, parece que la fiesta está definida por cuatro rasgos distintivos: la exaltación colectiva, el exceso, la trans-

21. Roger CAILLOIS, *L'homme et le sacré*, París, Gallimard, col. "Idées", 1963.

gresión de las prohibiciones y la inversión del orden social. Así, pues, sólo otros dos grandes acontecimientos sociales —y sólo dos [22]— presentan estos mismos caracteres: la guerra y la revolución.[23] Desde luego, no hay que confundir estos tres fenómenos, pues, además, cada uno tiene funciones específicas: la fiesta apunta a la refundición periódica del contrato social a través de una revisión radical; la guerra tiene como eternos objetivos la seguridad, la potencia y la gloria,[24] las revoluciones persiguen los objetivos que actualmente estamos intentando definir. Pero tienen en común el hecho de marcar los tiempos fuertes de la vida social, de romper con la monotonía de lo cotidiano, estrechar los lazos sociales —por lo menos, para las revoluciones, entre los disidentes— y ofrecer una salida a la agresividad.[25]

3. La fundación del equilibrio

Esta función se comprende fácilmente, puesto que designa la implantación de un nuevo orden social. Podemos distinguir dos casos generales. Uno concierne a la creación de una unidad nueva, digamos, para simplificar, de una nación. Aquí nos encontramos en el límite entre el fenómeno revolucionario y el fenómeno de la guerra. Se presentan dos grandes posibilidades, que Raymond Aron define del siguiente modo:

«Llamaremos *superestatales* o *imperiales* a las guerras que tienen por objeto, origen o consecuencia la eliminación de ciertas beligerancias y la formación de una unidad de nivel superior. Llamaremos *infraestatales* o

22. Se tienen que excluir las vacaciones, como hace R. Caillois: son lo inverso de la fiesta.

23. De hecho, sólo ciertos tipos revolucionarios, como veremos ulteriormente: ¡no hay fiesta en un golpe de Estado militar!

24. *Cf.* Raymond Aron, *Paix et guerre entre les nations*, París, Calmann-Lévy, 1962, p. 82-83.

25. Sería del mayor interés estudiar de más cerca los lazos que unen y distinguen estos tres fenómenos y tratar de establecer en qué medida se excluyen o se suplen uno a otro. Una sociedad que lleva una política exterior victoriosamente agresiva, ¿tiende a limitar los fenómenos revolucionarios? Por ejemplo, Inglaterra en el siglo XVIII, la Alemania de Bismarck y Guillermo II. Inversamente, una paz prolongada, ¿puede ser compensada por una recrudescencia de las desidencias internas? No es imposible que la situación actual responda a este caso.

infraimperiales a las guerras que tienen por objeto el mantenimiento o la descomposición de una unidad política, nacional o imperial.» [26]

El otro caso designa la redefinición, en el interior de una unidad dada, de las reglas del juego. Como tendremos ocasión de mostrar, este caso presenta toda una gama de intensidades, que pueden ir desde la simple sustitución del personal dirigente hasta el cambio de civilización.

4. La dialéctica de las funciones

Las tres funciones distinguidas tienen el estatuto epistemológico de los tipos, es decir, que están descritas en su especificidad, abstracta por desarrollo unilateral de ciertos rasgos considerados como pertinentes. En la realidad, no hay ninguna razón para que un mismo fenómeno revolucionario tenga que corresponder a una función única. Hay que distinguir dos puntos de vista en los que puede colocarse el analista. Es evidente que para una secta marginal, la función de preservación del equilibrio no es un objetivo consciente, sino que apunta a la restauración de un equilibrio perdido, a través de la instauración de un equilibrio nuevo. Esto es particularmente impresionante por lo que respecta a las sectas mesiánicas y milenaristas. Por el contrario, si tomamos el punto de vista del sistema social en su conjunto, las veremos ante todo como fenómenos de preservación. En el estudio de los fenómenos concretos, hay que tener en cuenta la finalidad interna, su «*pour soi*» (para-sí), y su papel en la sociedad global, su «*en soi*» (en-sí).

Es también claro que un mismo fenómeno puede, por razón de sus circunstancias y su duración, asumir sucesivamente las tres funciones. Una secta revolucionaria puede recoger a los inadaptados; en un segundo tiempo, puede ser la chispa que provoque la descarga que restaurará el equilibrio; en un tercero, puede instaurar, si se apropia del poder, un orden nuevo.

Finalmente, en ciertos fenómenos de gran amplitud que corresponden a las «grandes» revoluciones, como la

26. Raymond Aron, *Op. cit.*, p. 160-161.

Revolución Francesa, las tres funciones pueden estar conjugadas, bien porque las realicen grupos diferentes, bien porque un mismo grupo las asuma a la vez. El primer caso puede ser ilustrado groseramente por el populacho parisiense (descarga), una fracción de la élite dirigente (retorno a una monarquía equilibrada), otra fracción de la misma élite dirigente (instauración de una monarquía constitucional, o sea, de una república igualitaria), la proliferación de las sectas político-religiosas (descartada). El segundo caso señala al campesinado francés, que apuntaba simultáneamente a la reconstitución de las comunidades agrarias, la supresión de los derechos señoriales y conoció el Gran Miedo.

Capítulo 2
TIPOLOGÍA GENERAL

Empecemos por recordar el papel que atribuimos a la tipología, siguiendo a Max Weber. No se trata en absoluto de partir en busca de esencias eternas, cuyos fenómenos concretos serían reflejos fugaces. La construcción de los tipos tiene una finalidad eminentemente práctica. Se trata de forjar los instrumentos que permitan aislar, en el flujo infinito de las cosas humanas, algunos hechos característicos, de despejar su singularidad, de compararlos y oponerlos a otros hechos semejantes, pero no idénticos... O sea, que la tipología, ante todo, tiene un papel clasificatorio y, en este sentido, apunta ante todo a la eficacia. Así pues, no se trata de presentar *la* tipología, sino *una* tipología que, en el actual estado de nuestras investigaciones, nos parece útil para proseguirlas.

Este papel atribuido a la tipología precisa también sus límites. Es exclusivamente descriptiva. Su tarea es construir modelos ideales, por el desarrollo unilateral de uno o varios rasgos pertinentes. Tal procedimiento no explica nunca el porqué del fenómeno así separado. Se conforma, y no nos parece poco, con presentar los objetos sobre los que a continuación podremos interrogarnos provechosamente.

La construcción de cualquier tipología se basa en unos criterios. Así, pues, el riesgo de arbitrariedad en la elección de los criterios es considerable. No hay un método riguroso que permita designar el o los criterios pertinentes, pues su pertinencia está definida en el interior de un sistema conceptual particular. Así, no hay ciencia de la tipología, sino un arte, que, como todas las artes, aspira a la eficacia con la combinación prudente de elementos variables. Así, son posibles varios sistemas clasificatorios. Podríamos partir de los tipos de sociedades

Capítulo 2
TIPOLOGÍA GENERAL

Empecemos por recordar el papel que atribuimos a la tipología, siguiendo a Max Weber. No se trata en absoluto de partir en busca de esencias eternas, cuyos fenómenos concretos serían reflejos fugaces. La construcción de los tipos tiene una finalidad eminentemente práctica. Se trata de forjar los instrumentos que permitan aislar, en el flujo infinito de las cosas humanas, algunos hechos característicos, de despejar su singularidad, de compararlos y oponerlos a otros hechos semejantes, pero no idénticos... O sea, que la tipología, ante todo, tiene un papel clasificatorio y, en este sentido, apunta ante todo a la eficacia. Así pues, no se trata de presentar *la* tipología, sino *una* tipología que, en el actual estado de nuestras investigaciones, nos parece útil para proseguirlas.

Este papel atribuido a la tipología precisa también sus límites. Es exclusivamente descriptiva. Su tarea es construir modelos ideales, por el desarrollo unilateral de uno o varios rasgos pertinentes. Tal procedimiento no explica nunca el porqué del fenómeno así separado. Se conforma, y no nos parece poco, con presentar los objetos sobre los que a continuación podremos interrogarnos provechosamente.

La construcción de cualquier tipología se basa en unos criterios. Así, pues, el riesgo de arbitrariedad en la elección de los criterios es considerable. No hay un método riguroso que permita designar el o los criterios pertinentes, pues su pertinencia está definida en el interior de un sistema conceptual particular. Así, no hay ciencia de la tipología, sino un arte, que, como todas las artes, aspira a la eficacia con la combinación prudente de elementos variables. Así, son posibles varios sistemas clasificatorios. Podríamos partir de los tipos de sociedades

e investigar los tipos revolucionarios que les corresponden. Si, en ciertos casos, este procedimiento es eficaz —por ejemplo, sólo hay guerras serviles, evidentemente, en las sociedades esclavistas—, en general carece de precisión, porque la incertidumbre reinante en la tipología de las sociedades hace que podamos hacer las clasificaciones según criterios técnicos, económicos, políticos, culturales, religiosos..., sin que se vuelvan a comprobar estas diversas clasificaciones, lo que acentúa su carácter arbitrario. A esto hay que añadir que un mismo fenómeno, como el bandidaje, puede encontrarse en diversos tipos de sociedad.

Tampoco puede utilizarse como criterio a los grupos sociales. En primer lugar, porque en la determinación de los diversos grupos reina la arbitrariedad más completa y, además, porque es imposible comparar un fenómeno revolucionario con un grupo determinado. Efectivamente, según las circunstancias, un mismo grupo —por ejemplo, los campesinos— animará una forma determinada: revolución política (Grecia clásica), descarga irracional (guerras campesinas), milenarismos...

Finalmente, nos hemos parado en la tipología que nos parecía menos arbitraria y más eficaz, utilizando como criterio central lo que nos parecía la esencia del fenómeno revolucionario, o sea, una lucha a muerte por el poder. Inmediatamente destacan tres grandes tipos. Un primer tipo, en que el poder aparece escasa o nulamente como objetivo, que es segregado de manera permanente por cualquier sociedad y en el que es esencial la función de restauración del equilibrio. Proponemos llamar a este tipo el de las *marginalidades*, para indicar que estos fenómenos son periféricos a la sociedad, es decir, que están estrechamente ligados a ella, combatiéndola o negándola. El segundo tipo persigue el poder, pero no tiene posibilidad objetiva de conseguirlo. La desproporción entre el fin perseguido y los medios es tal que, normalmente, estos movimientos se constituyen en contrasociedades, ostensiblemente opuestas a la sociedad global, renegada en bloque. Estas formas constituyen verdaderas sociedades, con sus aspectos políticos, económicos, culturales, religiosos..., sociedades fundadas en valores antagónicos a los de la sociedad vigente. Proponemos llamar a este tipo el de las *contrasociedades*. Finalmente, hay un tercer tipo que desea el poder y lo

conquista efectivamente. Lo llamaremos el de las *revoluciones.*

Un último punto, antes de abordar de lleno el tema. Si hubiéramos pretendido apoyar todas nuestras afirmaciones con ejemplos precisos, desarrollados de modo que pudieran satisfacer las curiosidades más agudas, hubiéramos sustituido este libro por varios gruesos volúmenes. Por el contrario, hubiéramos podido quedarnos en las proporciones generales, y nuestra obra se hubiera convertido en abstracta e indigesta. Así, pues, había que escoger un término medio entre la abstracción y la plétora. Nos ha parecido que el mal menor era la alusión, más o menos desarrollada, según los casos. Para el lector deseoso de profundizar el estudio de los ejemplos, propondremos en las notas algunas de las obras que hemos utilizado, y sabrá dispensarnos que no lo hayamos hecho para todos los ejemplos, sobre todo para aquellos cuya bibliografía es conocida y fácil de encontrar, como la de las revoluciones inglesa, francesa o rusa.[1]

A) *LAS MARGINALIDADES*

Agrupamos en este tipo general una serie de fenómenos, que podemos distinguir haciendo intervenir una serie de criterios más precisos. El que parece imponerse en primer lugar es la distinción entre pasivo y activo. Los fenómenos del primer subtipo se manifiestan como huidas, negaciones mudas, dimisiones, desviaciones individuales, o sea, que se desprenden de una sociología que un autor llamaría «una sociología de los cubos de

1. Tenemos que declararnos culpables en este punto. Nuestra documentación sobre las sociedades primitivas es de las más reducidas y raras veces las evocaremos, aparte de los mesianismos y los milenarismos. En nuestro descargo, adelantaremos que nuestra formación, histórica ante todo, nos produce el escrúpulo de utilizar hechos que salen de nuestra competencia. Pésima excusa, que se refuerza con el hecho de que nuestras lecturas nos han permitido comprobar que los etnólogos sólo han estudiado muy poco los fenómenos revolucionarios. Si los hechos políticos han sido suficientemente analizados para permitir una primera síntesis, Georges BALANDIER, *Anthropologie politique*, París, Presses Universitaires de France, col. "SUP", 1967, el estudio de los hechos revolucionarios sigue siendo excepcional en la producción etnográfica.

la basura».[2] El segundo subtipo agrupa hechos más propiamente revolucionarios, porque son colectivos y violentos.

I. Las marginalidades pasivas

Las citamos aquí casi de memoria, pues han constituido el motivo de numerosos estudios; algunas veces hasta llegan a definir disciplinas autónomas. Hay que aceptar que las enfermedades mentales, el suicidio, la criminalidad, son formas de contestación del orden. Esto se entiende, en primer lugar, en el sentido de que «sólo se es loco respecto a una sociedad dada»;[3] lo que es válido también para los crímenes y los suicidios. Esto significa que la actitud adoptada por la sociedad respecto a estas tres formas de desviación es variable. Dicho de otro modo, estos fenómenos pueden y deben ser estudiados desde cuatro puntos de vista:

— Por sí mismos, como formas particulares de cumplir el destino humano, y en sus relaciones variadas con la sociedad global.[4]

— Unos con relación a los demás, dado que hemos notado a menudo que estos diversos fenómenos son interdependientes. Se podría partir de la hipótesis general de que toda sociedad comporta una fracción determinada de elementos inasimilados y que estos inasimilados se reparten de manera variable, según las circunstancias, en las diversas categorías.

— Concepciones que la sociedad se hace de estos desviados. Respecto a la locura, el tema fue tratado magistralmente por Michel Foucault.[5] La brujería —forma muy

2. Roger Bastide, *Sociologie des maladies mentales*, París, Flammarion, 1965, p. 249.

3. *Ibid.*, p. 254.

4. Para la *locura* encontraremos una puesta a punto cómoda en la obra citada de Roger Bastide. Para el *suicidio*, además de la obra clásica de Durkheim, anotaremos: G. Deshaies, *Psychologie du suicide*, París, Presses Universitaires de France, 1947; sobre todo, J. D. Douglas, *The social Meanings of Suicide*, Princeton University Press, 1967, que renueva totalmente la cuestión. Sobre la *criminalidad*, se podrán consultar los manuales de Ernst Seelio, *Traité de criminologie*, París, Presses Universitaires de France, 1956, y de Sutherland Cressey, *Principes de criminologie*, París, ed. Cujas, 1966.

5. Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, Plon, 1961.

particular de criminalidad— ha sido renovada por Robert Mandrou.[6] Y se conoce la gran tesis de Albert Bayet sobre el suicidio.[7]

— Finalmente, la actitud concreta de la sociedad respecto a los desviados. En virtud de la lógica de los conflictos, el orden debe eliminarlos. Una actitud comprensiva o tolerante tendrá que explicarse, pues, a partir de otras motivaciones, de origen religioso o filosófico generalmente. Es suficiente con que se desgarre este velo ideológico, para que reaparezca la lucha a muerte.[8]

Se puede discutir y considerar que es abusivo incluir estos hechos en una ciencia de los fenómenos revolucionarios. No llegaríamos al martirio para sostener nuestra posición. Hay algunos hechos a nuestro favor. La locura, el crimen y el suicidio no son datos estructurales en una sociedad, es decir, que, sean cuales sean las circunstancias, cada sociedad produciría su contingente más o menos fijo de marginales. Desde Durkheim, sabemos que los suicidios disminuyen en época de guerra y revolución, porque en estos períodos de efervescencia social, el individuo se encuentra mejor integrado al grupo. Inversamente, una exclusión radical puede conducir a una especie de anorexia vital y a la muerte.[9] Lo mismo ocurre con la locura, como si las personas tuvieran otras cosas que hacer antes que mantener una neurosis, en período de tensión social.[10] Respecto a la criminalidad, podríamos discutir; sin embargo, es cierto que, en las grandes conmociones colectivas, una fracción de los bajos fondos se une a los miembros de la sociedad y toma par-

6. Robert MANDROU, *Magistrats et sorciers en France au XVII^e siècle*, París, Plon, 1968.

7. Albert BAYET, *Le suicide et la morale*, París, Félix Alcan, 1922.

8. La eutanasia perpetrada por los nazis contra los enfermos mentales manifiesta un caso límite, un verdadero modelo. Igualmente, el suicidio —o derecho a la muerte— es tanto más reprimido y despreciado cuanto más se orienta el sistema político hacia el totalitarismo.

9. *Cf.* el estupendo estudio de Marcel MAUSS, *Effet physique chez l'individu de l'idée de mort suggérée par la collectivité*, en "Anthropologie et sociologie", p. 310-331, París, Presses Universitaires de France, 1967. Apenas nos atrevemos a señalar los casos de suicidio como forma última de protesta y de liberación, en los campos de concentración. *Cf.* Paul CITRONE, *Le suicide dans les camps de concentration*, en "Cahiers internationaux de Sociologie", 12 (1952), p. 147-149.

10. Encontraremos, *passim*, indicaciones en André STÉPHANE, *L'Univers contestationnaire*, París, Payot, 1969, sobre este aspecto en los acontecimientos de mayo-junio de 1968 en Francia.

te activa en los acontecimientos. Dicho de otro modo, estas formas marginales serían soluciones alternativas con otras, propiamente revolucionarias. Por otra parte, esbozando el problema del personal revolucionario, veremos que esto conduce necesariamente a pensar en un punto de vista psiquiátrico.

Todo esto es bastante trivial y no debería constituir problema alguno. Pero hay cosas más turbadoras. Todos recordamos el asunto de las hermanas Papin.[11] Dos hermanas, criadas de una familia burguesa del Mans, se desencadenan un día y masacran espantosamente a la madre y la hija. El *dossier*, como lo presenta Le Guillant, no permite discernir ninguna motivación ligada a la mentalidad, al pasado, al contexto fisiológico de las hermanas, ni al ambiente de la casa del crimen. Así, pues, éste resulta misterioso para todos los observadores de la época. Pero todo queda claro cuando se relaciona este crimen con decenas de crímenes perpetrados por las criadas contra sus amos. Así descubrimos una forma típica de reacción del subordinado, en una relación en que la distancia entre él y su dueño es máxima. Cuando los dos polos antagónicos no tienen nada en común, no es posible ninguna mediación; la relación conflictiva toma inmediatamente su forma de lucha a muerte. Se observan exactamente las mismas reacciones en otras situaciones. Por ejemplo, la esclavitud; desemboca raramente, como veremos, en la guerra servil, es decir en una revuelta colectiva, pero sí, a menudo, en el asesinato del señor; de ahí el carácter terrible de la legislación romana en este sentido. Se han podido observar las mismas reacciones en ciertas colonias, en las que la distancia que se mantiene entre colonizado y colonizador es muy grande, por ejemplo, en el Congo belga en el momento de la independencia.[12] Por consiguiente, el límite entre el crimen que sólo es crimen y el crimen que es protesta irracional, es ligero, por no decir artificial.[13] Así, pues, creemos que es útil, cuando nos interesamos en los fenómenos

11. Dr. Louis Le Guillant, *L'affaire des sœurs Papin*, en "Les Temps modernes", 210 (nov. 1963), p. 868-913.

12. Se encuentran en los libros de Franz Fanon, especialmente en *Les damnés de la terre*, una serie de observaciones que van en el mismo sentido.

13. Inversamente, esto explica los tesoros de indulgencia de la izquierda hacia los criminales, mientras la izquierda no está en el poder.

revolucionarios, fijar una parte de la atención en el crimen, la locura e incluso el suicidio.[14]

En nuestro subtipo de la marginalidad pasiva, pueden figurar otros hechos. Por falta de espacio, no hablaremos del *marronnage* (o deserción del esclavo), notablemente estudiado por Yvan Debbasch,[15] para pararnos un momento en el *vagabundeo*. Es un fenómeno bastante complejo, bien estudiado por Alexandre Vexliard.[16] El autor distingue dos grandes subtipos, que se encuentran en proporciones muy variables según las épocas y las sociedades:

«Llamamos vagabundeo *elemental* al que sigue a las destrucciones o trastornos naturales como son: las inundaciones, hambre, carestía, incendios, temblores de tierra, epidemias, así como, por otra parte, las guerras u otros grandes trastornos sociales. El vagabundeo elemental no está relacionado directamente con la estructura o la organización de la sociedad. Aparece como una consecuencia de acontecimientos casi siempre naturales, imprevisibles e independientes de la estructura social.

»El vagabundeo *estructural*, por el contrario, resulta directamente de la estructura y las instituciones de una sociedad dada. Por ejemplo, el vagabundeo de los esclavos enfermos o viejos, abandonados por su amo; el de los "desterrados" o "exilados" de la Edad Media, por razones religiosas o políticas; el vagabundeo de los desposeídos y los desempleados en una sociedad individualista y de competencia.»[17]

Estos hechos no son directamente revolucionarios, evidentemente, pero —volveremos a hablar sobre ello— sirven frecuentemente de base a otros hechos, como los movimientos milenaristas, las guerras campesinas o el bandidaje. Estos lazos se ven más claramente en una tercera forma de vagabundeo, que podríamos llamar *fronterizo*.[18] Está caracterizado por la concentración en cier-

14. Es evidente que el suicidio que Durkheim llama altruista, es decir heroico o religioso (el capitán que se hunde con su barco, por ejemplo), no entra en absoluto en nuestra problemática.

15. Yvan Debbasch, *Le marronnage. Essai sur la désertion de l'esclave antillais*, en "L'Année sociologique", 3a. serie, 1962, p. 1-112; 1963, p. 117-195. C. R. de Roger Bastide, *Nègres marrons et nègres libres*, en "Annales ESC", 20 (1965), n.º 1, p. 169-174.

16. Alexandre Vexliard, París, Marcel Rivière, 1956.

17. A. Vexliard, *op. cit.*, p. 20.

18. Mario Góngora, *Vagabondage et société pastoral en Amérique*

tas zonas, marginales en relación a una organización social determinada, de elementos sociales también marginales. Esta situación se presenta, en una sociedad en vías de expansión espacial, en los límites del frente colonizador, o bien en el mismo frente colonizador en el que se enfrentan en combates indecisos dos sociedades antagónicas. El caso más célebre de la primera situación es el de los cosacos que frecuentaban el límite meridional del mundo ruso; de la segunda, citaremos a los almogávares del Medievo, que luchaban contra los árabes. Encontramos también estas dos situaciones en la América española y portuguesa desde el siglo XVI hasta nuestros días, con las mismas manifestaciones de depredaciones (robo de ganado en particular), golpes de mano, raptos, guerrillas. Encontramos tanto criollos como mestizos o indios. Este fondo común ha tomado diversas formas, en el transcurso de los siglos, según los tiempos y los lugares: da nacimiento tanto al caudillismo como al milenarismo o al bandidaje.

Así el vagabundeo, simple retiro anómico como lo entendía Durkheim, puede, bajo sus tres formas: elemental, estructural y fronterizo, y cuando las circunstancias lo concentran en una zona, convertirse en una potencia y servir de tierra abonada para las formas revolucionarias típicas.

2. Las marginalidades activas

Las llamamos activas porque usan colectivamente de la violencia contra el orden, súbita y no ocasionalmente. Su especificidad viene determinada por el carácter de descarga agresiva que las señala, la ausencia de fines claramente definidos, el irrealismo de los métodos utilizados, el contenido elemental de las ideologías que las mantienen, y, finalmente, su brevedad y su repetición. Nos parece que el término descarga, a pesar de su resonancia mecanista, describe bien estos fenómenos: son explosiones brutales, en las que la violencia se desencadena libremente, que pueden extenderse por áreas geográficas enormes, pero que son dispersadas regularmente

latine (spécialment au Chili central), en "Annales ESC", 21 (1966), n.º 1, p. 159-177.

y con una facilidad desconcertante por las fuerzas del orden. Todas las sociedades complejas conocen acontecimientos de este tipo. Por ejemplo, incluso las sociedades industriales conocen huelgas salvajes, desencadenadas sin el sostén ni el apoyo de los sindicatos; en sus inicios, las mismas sociedades industriales han conocido también los movimientos ludistas de rotura de las máquinas. Sin embargo, las manifestaciones más numerosas y mejor conocidas conciernen a las sociedades tradicionales. Nos referimos a las guerras campesinas, las guerras serviles y las revueltas de la plebe. A causa de su actualidad, también hablaremos de las revueltas de los estudiantes.

a) *Las guerras campesinas*[19]

El esquema general de los levantamientos campesinos es muy simple y se mantiene idéntico a través del tiempo y el espacio. La mejor imagen para describirlos es la de la explosión, que indica la inesperada espontaneidad, el aspecto destructor y la brevedad. A partir de esto, pueden y deben ser introducidas una serie de precisiones, de tipo estadístico esencialmente: extensión (¿el levantamiento es local, regional, o general?), frecuencia (curva de los levantamientos en una región o un país, curva que en general tiene que ser secular para significar algo), intensidad, que es la combinación de la frecuencia y la extensión (así se obtienen fases cálidas, frías o tibias).

Las dificulades empiezan cuando nos preguntamos acerca del sentido de estos levantamientos. Los historiadores se han visto opuestos en inflamadas discusiones,[20] para saber si se trata o no de guerras de clases,

19. La literatura sobre la cuestión es gigantesca pero puramente histórica. Queremos decir que concierne a tal o cual levantamiento campesino bien localizado en el tiempo y el espacio. Curiosamente, estos hechos nunca han dado lugar a un estudio general sistemático. La primera tentativa, consagrada a los levantamientos campesinos del siglo XVII, en Francia, en Rusia y en China, es la de Roland MOUSNIER, *Fureurs paysannes. Les paysans dans les révoltes du XVII^e siècle (France, Russie, Chine)*, París, Calmann-Lévy, 1967.

20. *Cf.*, por ejemplo, el conflicto —intelectual— entre Roland MOUSNIER y Boris PORCHNEV, respecto al libro de éste: *Les soulèvements populaires en France de 1623 à 1648*, trad. franc., París, Sevpen, 1963.

es decir si la raíz del conflicto es de orden económico-social o no. Un estudio de los principales movimientos permite responder que —como era de esperar— esto depende. Para simplificar, distinguiremos las guerras campesinas según cuatro criterios, según que los campesinos intervengan en ellas como pobres, como explotadores agrícolas, como ciudadanos o como nacionales.[21]

Los levantamientos ligados a una coyuntura económica no son ni mucho menos los más frecuentes. En una economía agrícola de escasa productividad, las cosechas están siempre a la merced de variantes, sobre todo climáticas, algunas veces militares (por ejemplo, en Alemania durante la Guerra de los Treinta Años). Según el sistema agrario —técnicas, tipos de cultivo, densidad agrícola— la probabilidad de una mala cosecha o de una serie de malas cosechas en una región determinada es más o menos grande. Así, los arrozales inundados parecen menos frágiles, como término medio, que el cultivo del trigo, sometido, en un clima templado, tanto a inviernos demasiado fríos como a veranos demasiado húmedos. Además, como observó Emmanuel Le Roy Ladurie,[22] el clima tiene su historia, marcado por alternancias de períodos favorables y desfavorables para la agricultura. Finalmente, el problema de las subsistencias depende igualmente de los intercambios: ¿en qué medida puede ser compensada, una mala cosecha en un lugar, por las importaciones venidas de regiones vecinas o el extranjero? Esto plantea el problema de la existencia o la ausencia de un mercado de subsistencias, de su extensión geográfica y del grado de eficacia del aparato gubernamental. En resumen, el problema de las subsistencias, en un régimen predominantemente agrario, depende de tres variables fundamentales: el sistema agrario, el clima y los intercambios. Así, desde la mutación neolítica hasta el siglo XIX,[23] la coyuntura deter-

21. Encontraremos un excelente análisis de los casos ingleses en C. S. L. Davies, *Les révoltes populaires en Angleterre (1500-1700)*, en "Annales E. S. S.", 24 (1969), n.º I, p. 24-60.

22. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Climat et récoltes aux XVII^e et XVIII^e siècles*, en "Annales ESC", 15 (1960), n.º 3, p. 334-346. Del mismo, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion, 1967.

23. Y, para los países subdesarrollados, hasta nuestros días para las dos primeras variables. Sólo la tercera, la mejora de los intercambios, permitió evitar las catástrofes, gracias a las exportaciones de los países desarrollados.

minada por estas tres variables ha provocado a menudo períodos de carestía, que se transformaban en hambres cuando se sucedían por lo menos dos años malos. En este caso, las revueltas se presentaban como manifestaciones de la desesperación y el instinto de conservación.[24]

Los levantamientos pueden estar relacionados así mismo con las «relaciones de producción». Todos conocemos el problema de los «cercos», cuyo carácter general ha sido fuertemente exagerado, por Marx especialmente. Hay que tener en cuenta que cuando los propietarios intentaron desposeer a los patrones y repartir las propiedades para edificar grandes explotaciones dedicadas a la cría del cordero, se produjeron rebeliones para defender la antigua comunidad agraria. A veces el conflicto tiene orígenes notablemente sutiles. Por ejemplo, la Rebelión del Norfolk en 1549, que se sitúa en el momento del paso de una fase de precios bajos del grano a una fase de precios elevados. El Norfolk tenía un sistema agrario original, llamado del *feld-course system*, caracterizado por la alternancia del culivo de los cereales y la cría del cordero. En período de abundancia de granos y de bajos precios, el propietario prefería ampliar las bases del ganado, para aprovechar un *boom* de la lana, que estaba relacionado con las buenas cosechas que permitían a los campesinos comprar textiles. Pero un trastorno en la coyuntura ponía en evidencia el desequilibrio así introducido en el sistema, y podía verse a feudatarios y pequeños propietarios ricos levantarse contra los grandes propietarios. En 1607 [25] se produjo el mismo proceso. Se podrían multiplicar los ejemplos, y todos conducen a una variable

24. En realidad, es, evidentemente, más complicado. Hay que tener en cuenta los temperamentos nacionales, dependiendo del sistema político y social. Por ejemplo, los campesinos chinos parecen caracterizados por una mayor resignación que los campesinos europeos. Reaccionan al hambre con el aborto, el infanticidio y la inanición. Las revueltas no se produjeron hasta que el poder imperial se debilitó. *Cf.* Kung-Chuan HSIAO, *Rural China-Imperial control in the nineteenth Century*, Seattle, University of Washington Press, 1960. Los campesinos japoneses, por su parte, reaccionaban con la deserción, esperando encontrar en otros lugares condiciones de vida más favorables. *Cf.* Ivan MORRIS, *La vie de cour dans l'ancien Japon au temps du prince Genji*, París, Gallimard, 1969, p. 86.

25. DAVIES, *op. cit.*, p. 30-32.

fundamental: el paso de una economía agrícola a una economía de intercambio.[26]

En una tercera situación, tenemos al campesino como ciudadano, o sea que forma parte de una comunidad política, que supera sus horizontes profesionales. Roland Mousnier se dedicó sobre todo a este punto. Démosle la palabra:

«Fue ante todo el impuesto real, su peso, sus formas de establecimiento, determinación y percepción, lo que provocó las revueltas, con, en algunos puntos, coaliciones de ciudades o provincias enteras en contra del gobierno. El impuesto real es la manifestación más sensible del Estado moderno, centralizador, igualador y uniformizante. Un factor común a todas estas rebeliones (en Francia en el siglo XVII), es el horror que inspira el Consejo del Rey que quiere imponer edictos, arrestos, o sea leyes, reglamentos, decisiones generales, que tendían a reducir al reino a la uniformidad y los súbditos del rey a igualdad en el servicio del Estado, pasando por encima de los privilegios locales, las libertades tradicionales, los derechos adquiridos en las jerarquías existentes.» [27]

En un contexto institucional distinto, encontramos las mismas motivaciones en Rusia: el horror a los impuestos, a la usurpación por el Estado de los derechos de las comunidades campesinas. Así, contrariamente a la leyenda, el campesinado no se dejó incorporar sin lucha a los Estados centralizadores y de tendencia burocrática. Este punto es importante, pues otros grupos sociales mantenían el mismo combate, especialmente los aristócratas de sangre. De aquí la dirección frecuente de las guerras campesinas por los nobles, contra los agentes del poder central.[28]

26. Hasta los Estados Unidos, que conocieron, desde 1865 hasta el final del siglo, vastos movimientos agrarios relacionados, más precisamente, a la divergencia entre la curva de los precios de la producción agrícola y la curva del precio del alquiler del dinero.

27. Roland MOUSNIER, *op. cit.*, p. 332.

28. *Ibid.*, p. 331. Durante la Revolución Francesa, esta oposición al centralismo parisino y esta fidelidad a la organización social y cultural tradicional, han conducido a los campesinos de Vendée a una larga guerra, terrible y sangrienta. Para tomar otro ejemplo célebre, la guerra de los campesinos alemanes de 1525 se desprende muy claramente de este tercer subtipo: lucha feroz de los campesinos del sur y el oeste de Alemania contra la constitución de los principados terri-

En una última coyuntura, un campesinado puede tener reacciones patrióticas. El caso se produce cuando un país es ocupado por un enemigo detestado. El ejemplo más célebre es la guerra contra la ocupación francesa por los campesinos españoles. También podemos citar a los campesinos chinos, que se unieron en masa a las tropas comunistas, cuando éstas hubieron dado prueba de su mayor eficacia en la lucha contra los invasores japoneses. A decir verdad, la guerra campesina, en tal coyuntura, es una respuesta entre muchas otras posibles; otra respuesta sería el mesianismo y el milenarismo.

De este modo, las guerras campesinas comportan por lo menos cuatro subtipos. Repitamos que tipos y subtipos no son exclusivos uno del otro, sino que son útiles mentales que sirven para construir los fenómenos. En realidad, un mismo movimiento puede comportar varios subtipos. En particular el cuarto, que da lugar a fenómenos de una intensidad extrema cuando están acompañados de muchos otros. Así, un movimiento de liberación nacional apoyado por el campesinado va acompañado además —aunque sólo fuera para decuplicar las energías —por una discusión de las relaciones sociales en el campo.[29]

El hecho notable es que, fuere cual fuere la amplitud de los levantamientos —y algunos de ellos, como el de Pugachev, alcanzaron la casi totalidad del país— terminaron rápidamente en la derrota. Esto se explica fácilmente por el hecho de que, excepto en el cuarto subtipo, la conquista del poder del Estado no es posible ni objetivamente (primer subtipo), ni subjetivamente (en el segundo, los problemas son locales; en el tercero, el objetivo perseguido excluye la toma del poder). Ex-

---

toriales fundados sobre el principio absolutista. *Cf.* Norman COHN, *Les fanatiques de l'Apocalypse*, París, Julliard, 1962, p. 254-255. En un contexto totalmente diferente, encontramos hechos actuales análogos, por ejemplo en Marruecos; *cf.* Ernest GELLNER, *Patterns of rural Rebellion in Morocco: tribes as minorities*, en "Archives européennes de Sociologie", 3 (1962), n.° 2, p. 297-311; del mismo, *The Great Patron. A reinterpretation of tribal rebellion*, *ibid.*, 10 (1969), n.° I, p. 61-69.

29. De aquí que el dilema que plantea Lucien BIANCO (en sus excelente puesta a punto, *Les origines de la Révolution chinoise*, París, Gallimard, 1967), sobre si la revolución china es ¿una revolución nacionalista o social?, sea un falso dilema. Es evidentemente las dos cosas a la vez.

cepto en el cuarto subtipo, decimos, pues, en este caso, la guerra campesina interviene como componente en un movimiento más amplio: entonces tenemos una revolución, lo que plantea problemas totalmente distintos. Inversamente, en período revolucionario, la ausencia o presencia de movimientos campesinos es un factor capital. La diferencia de intensidad entre las revoluciones inglesa y francesa, por lo menos en su principio, responde esencialmente al hecho de que: los campos ingleses permanecieron especialmente tranquilos, mientras que la provincia francesa conoció el Gran Miedo. Del mismo modo, Lenin empezó a prever la posibilidad de apropiarse del poder cuando los campos empezaron a moverse, en agosto-septiembre de 1917.[30]

b) *Las guerras serviles*

El aspecto más sorprendente en su escasez. Para un observador contemporáneo, que se nutre desde hace siglos de una ideología basada en las exigencias de libertad e igualdad, la condición del esclavo parece ser la más propicia para nutrir los movimientos revolucionarios. No es así. Por razones evidentes. El fondo de la condición de esclavo es la ruptura brutal —después de una guerra o de raptos— de los hombres con su ambiente físico y social; esto provoca un verdadero hundimiento mental, caracterizado, en particular, por la pérdida muy rápida de todo recuerdo preesclavista. Así pues, la rebelión no puede ser, en esencia, una voluntad de rescatar un pasado ni de volver a encontrar una condición que ha desaparecido. Las nuevas condiciones de vida tienden a desarrollar nuevas fórmulas de socialización, marcadas, o bien por la integración subordinada en la sociedad de los amos (para los esclavos domésticos), o bien por la constitución de grupos originales, que responden a la opresión con una liberación imaginaria en la esfera mística (para los esclavos de las plantaciones). En realidad, la rebelión interviene generalmente cuando se intenta apartarlos, para venderlos,

30. Véase la puesta a punto de Pierre SORLIN, *Lénine et le problème paysan en 1917*, en "Annales E. S. C.", 19 (1964), n.º 2, p. 250-280.

de sus nuevos lazos; esta rebelión se traduce a menudo por la huida o la deserción.[31] Otra forma, frecuente en los esclavos domésticos, es el sobresalto brusco, irracional y sangriento, que conduce a la masacre de los amos.[32] Finalmente, recordemos una forma individual de rebelión y liberación: el suicidio.[33]

Para que estas explosiones sobrepasen el cuadro puramente local, hace falta, o bien que en el mismo sitio sean reunidas grandes masas de esclavos,[34] o bien que las fuerzas del orden se vean debilitadas (por razón de disturbios interiores o exteriores, o bien en razón de un desequilibrio orgánico entre la masa de los esclavos y las fuerzas de represión disponibles), o bien, mejor todavía, si se dan estas dos condiciones reunidas. La ausencia de todas estas condiciones explica la ausencia de las guerras serviles en los Estados Unidos.[35]

Por el contrario, en la Antigüedad se dieron en varias ocasiones una u otra, o todas. En el mundo griego clásico, la única concentración importante de esclavos era la de las minas de plomo argentífero de Laurión.[36] La historiografía apunta dos grandes rebeliones, precisamente en este lugar, en los años 130 y 103 antes de J.C., en una época en que Atenas estaba ya exangüe. Se señala otra en Delos en este mismo año de 130,[37] Delos era el

31. Yvan Debasch, *Le marronnage. Essai sur la désertion de l'esclave antillais*, en "L'Année sociologique", 3a. serie, 1962, p. 1-112; 1963, p. 117-195.

32. El paralelo con los crímenes de las "chicas para todo", ya señalado, es evidente. De donde se deduce, en Roma, la legislación sanguinaria que apunta a los crímenes de esclavos: toda la "familia" del amo asesinado está destinada a una muerte atroz.

33. Roger Bastide, *Le suicide du Nègre brésilien*, en "Cahiers internationaux de Sociologie", 12 (1952), p. 79-90.

34. Lo cual supone, a su vez, el bajo precio de la mano de obra servil, la existencia de empresarios que disponen de enormes capitales y un modo de producción que requiere la concentración de ejércitos serviles en una misma empresa. Condiciones todas excepcionalmente cumplidas en el pasado.

35. Tal vez una excepción: la Revuelta de Nat Turner en 1831, que se produjo en una fase de lucha abolicionista. Ninguna estadística seria permite apreciar su amplitud. *Cf.* Herbert Aptheker, *Nat Turners slave rebellion*, Nueva York, Grove Press, 1968.

36. Evidentemente, no disponemos de estadísticas, pero sabemos que Nicias, en la época de la Guerra del Peloponeso, alquilaba mil esclavos a los concesionarios del Estado ateniense.

37. La concordancia de las fechas obliga a plantear el interrogante de una difusión posible. Esta hipótesis —indemostrable a partir de nuestra documentación— puede basarse en el hecho de que las noticias

gran mercado de esclavos, que se concentraban allí antes de verse dispersados hacia el Occidente romano. Es precisamente en el área romana, en Sicilia y en el Sur de Italia, donde nacen, con treinta años de diferencia dos de las más célebres guerras serviles. En estas regiones, ricos habitantes de la ciudad habían sucedido a los griegos (Sicilia oriental) o a los cartagineses (Sicilia occidental), en las grandes posesiones latifundistas consagradas a la cría de ganado y al cultivo del trigo.[38] Estos territorios venían padeciendo, endémicamente, un bandidismo mantenido por esclavos evadidos. En el año 135 a. de J.C. se desarrolla un levantamiento en la parte griega de la isla, después del asesinato de una pareja de amos particularmente odiados. Cierto Eunús, originario de Apamea, que decía estar en relaciones con la diosa siria,[39] se pone a la cabeza del movimiento y se consagra rey, bajo el nombre real de Antiocos. En la parte púnica, bajo la dirección de un tal Cleón de Cilicia, estalla otra rebelión. Acepta la ayuda de Antiocos, que se encuentra al frente de un ejército de 20.000 hombres. Algunas expediciones de castigo lanzadas por Roma fracasan y sus tropas cuentan 70.000 hombres. En toda la península e incluso en Roma estallan las sediciones. No es hasta el año 132 en que una expedición mejor guiada consigue terminar con el movimiento y lo aplasta en un baño de sangre.[40] En el 104 estalla una segunda rebelión, en las mismas condiciones y en las mismas regiones,[41] y no es sofocada hasta el 101, después de muchas dificultades. La tercera y última guerra, la más célebre, estalla en el año 73 antes de J.C., en una escuela de gladiadores, bajo la dirección de Espartaco.[42] Agrupa rápidamente a 60.000 insurrectos de las

---

eran transmitidas por mensajeros que a su vez eran también esclavos.

38. Por esto las rebeliones han tenido lugar generalmente en verano, en el momento de la cosecha del trigo.

39. Observamos, de paso, este importante aspecto ideológico.

40. Jérôme Carcopino, "Des Gracques à Sulla", en *Histoire générale de Gustave Glotz*, París, Presses Universitaires de France, 3a. ed., 1952, p. 186-190.

41. Observemos que el jefe de la rebelión en el este, Salvio, que se convirtió en rey bajo el nombre de Trifón, se sentía inclinado a la aruspicina; en el oeste, el jefe, Athenión, tenía una reputación de astrólogo, *ibid.*, p. 343-344.

42. Originario de Tracia, quizás de ascendencia real. No se le conoce aureola mística. Esto explica probablemente el aspecto realista de su aventura, puesto que quiso conducir a sus tropas a través de

grandes posesiones del sur de Italia, esencialmente celtas y germanos, reducidos a la esclavitud después de las guerras contra los cimbrios y los teutones. Roma tuvo que montar una verdadera expedición para triunfar en el año 71 y obtener una venganza ejemplar: 6.000 insurrectos fueron crucificados a todo lo largo de la vía Apia, desde Roma a Capúa. Después, las guerras serviles desaparecen de la historia de Roma, primero porque las guerras civiles ofrecen salida a los esclavos que se encuentran en situación de huidos en los ejércitos de los litigantes, después porque las tropas de esclavos desaparecen con el fin de las grandes conquistas.

Repitámoslo, estos movimientos son muy escasos, porque las condiciones requeridas se cumplen muy pocas veces. Además, están totalmente desprovistos de perspectivas realistas —excepto las veleidades de Espartaco— porque el esclavo, desligado de sus orígenes, no puede desear un retorno a un pasado glorificado. Esta imposibilidad objetiva de encontrar una solución real a sus problemas explica el carácter ferozmente sanguinario de estas guerras: una tensión que no se resuelve en una acción racional desemboca siempre en una violencia salvaje. Se comprenden fácilmente los fracasos repetidos y rápidos. Una guerra servil hace que todos los miembros de la sociedad, igualmente amenazados, se pongan de acuerdo, no porque todos se aprovechen de la explotación del trabajo servil, sino porque la violencia de los esclavos, por el hecho de su irracionalidad, no respeta a nadie. Las tensiones se calman provisionalmente y las facciones se reconcilian frente al peligro común. Así pues, el resultado es inevitable: los esclavos nunca han hecho con éxito una revolución, si es que alguna vez lo han intentado.[48]

c) *Las revueltas plebeyas*

Proponemos reservar el término plebe, no al conjunto de los grupos sociales que componen las capas infe-

---

toda Italia, para llevarlas de nuevo a su país de origen. Llegados a la Galia cisalpina, desandaron lo andado sin que sepamos por qué.

43. Se podría objetar a esta afirmación el caso célebre de Toussaint Louverture y de los negros de Haití. El contexto es, sin embargo, muy particular, puesto que la insurrección es consecutiva a la supresión de

riores de las poblaciones de las grandes ciudades, sino a un grupo social específico cuyas características son las siguientes.[44] Sólo se encuentra en las capitales, residencia del soberano (jefe de una Iglesia, en el caso de Roma y el papa), rodeado por una corte, un gobierno de dignatarios, aristócratas, y cuyo conjunto constituye una élite dirigente claramente separada del resto de la población. Inmediatamente después de esta capa dirigente tenemos a la plebe, compuesta por gentes humildes, con o sin oficio, pero claramente distinta de la multitud de marginales que pueblan los bajos fondos.[45] Los lazos entre los amos y la plebe son muy particulares y están marcados por un sistema de intercambios original. Los amos se comprometen a mantener al pueblo, o bien por gratificaciones directas, o bien indirectamente, con sus gastos de lujo que permiten vivir a una pléyade de pequeños oficios. La plebe corresponde a sus señores asegurándoles su sostén, por lo menos negativamente, sin desarrollar disturbios. El caso más célebre de plebe es, evidentemente, el de Roma, en donde se había convertido en una verdadera institución.[46] Desde los Gracos,

---

la esclavitud por la Convención y se inscribe en una situación diplomático-estratégica muy agitada.

44. Eric J. Hobsbawm, *Les primitifs de la révolte dans l'Europe moderne*, París, Fayard, 1966, p. 130-134. Así pues, no examinamos, aquí, los disturbios propios a las grandes muchedumbres urbanas. Tendremos que hablar de nuevo de ciertos aspectos a propósito de las revoluciones. Sería interesante analizar las formas de los conflictos propios a estas multitudes. Así, la mínima división en grupos distintos parece desencadenar, por lo menos en el Imperio Romano, conflictos sangrientos: facciones del circo, asociaciones profesionales, sectas religiosas en el siglo III, elecciones episcopales en el siglo IV, etc. ¡Es cierto que la agresividad encuentra siempre el modo de expresarse! *Cf.* R. Mac Mullen, *Enemies of the roman Order. Treasion, Unrest and Alienation in the Empire*, Cambridge, (Massachusetts), 1966. Encontraremos una puesta a punto sobre los acontecimientos de Antioquía (en 354, 372, 387) en Paul Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IV^e siècle apr. J.-C.*, París, Librairie orientaliste Paul Geuthner, 1955, p. 234-245.

45. Tal estratificación social sólo puede encontrarse en ciudades preindustriales. Con la industrialización, la estratificación se complica considerablemente con la aparición de nuevos grupos. La tripartición: dirigentes, plebe, canalla, supone una verdadera limitación para las actividades industriales, lo cual significa, concretamente, que tales ciudades frenan efectivamente el proceso de industrialización. En el momento actual, sólo la ciudad de Roma —en que las actividades ajenas a las terciarias son muy reducidas— recuerda de muy lejos a una organización de este tipo.

46. Jean Gagé, *Les classes sociales dans l'Empire romain*, París,

se hacían distribuciones gratuitas de grano en beneficio de la plebe de la ciudad. Augusto organizó el sistema de manera definitiva: de 150 a 200.000 beneficiarios —entre 300 y 400 familias—, regularmente registradas, debían presentarse, una vez al mes, en el pórtico de Minucio para recibir su parte. De vez en cuando se añadía dinero. Parece ser que en total, esto les permitía vivir en el ocio. Añadamos que estos plebeyos eran una aristocracia popular (era necesario haber nacido, y estar domiciliado, en Roma, de nacimiento libre), distinta a la *plebs infima* o *sordida*. A estos dones en especias y dinero se añadían los espectáculos, los juegos de circo, en donde se distribuían algunos pequeños regalos (las *missilia*). El punto importante es que todas estas gratificaciones se percibían como un derecho y no como un favor. En consecuencia, los señores no podían dispensarse de ellos bajo pena de desórdenes graves: cónsules y pretores se arruinaban con ellas generalmente en un año de magistratura.[47]

Por otra parte, este sistema no alcanza tanta perfección en ningún otro lugar. En la Roma pontifical, en Nápoles, Palermo, Bizancio, Estambul, Viena, este sostén era indirecto, alimentado por los gastos de lujo y las fiestas grandiosas.

Un rasgo ulterior es la casi identificación de la plebe con su ciudad y sus señores. El prestigio de éstos revertía en ella y se creaban auténticos lazos de afecto entre unos y otros. Esta fidelidad podía llegar muy lejos y recordamos la reflexión desengañada de Napoleón sobre la calurosa acogida reservada al emperador de Austria por su buena ciudad de Viena después de Austerlitz. Además, la plebe romana estaba estrechamente ligada a los triunfos militares de sus emperadores.[48] Todo esto de-

---

Payot, 1964, p. 125-129. Para un estudio detallado de las relaciones entre la plebe y el emperador, véase Z. YAVETZ, *Plebs and Princeps*, Oxford, Clarendon Press, 1969.

47. De donde se deduce la gran importancia del servicio de avituallamiento de Roma, durante todo el Imperio. Gracias a los trigos de Egipto, de Africa y de Sicilia, este servicio quedó asegurado regularmente durante todo el Alto Imperio.

48. Esta ausencia de división entre la élite dirigente y la plebe se traduce espacialmente, como se ha observado a menudo, por la dispersión de los palacios entre los barrios populares (como todavía puede constatarse en Roma), contrariamente a la ciudad industrial, caracterizada por la segregación social de los barrios.

sarolla un verdadero chauvinismo municipal, que puede llegar incluso a la violencia partidaria.

Un último rasgo es el de que la élite dirigente y la plebe son los beneficiarios asociados de la explotación económica, sea de los campos vecinos (Nápoles, Palermo), o de un imperio (Roma, Bizancio, Estambul, Viena), o de un «mercado» espiritual y turístico (Roma pontifical). Sus intereses están tan relacionados que no se trata nunca de romper el contrato social que les une, sino de reactivarlo.

Así se comprende que en tal constelación político-social, las revueltas revistieran aspectos originales. Ocurren cuando el sistema de intercambios queda interrumpido, casi siempre cuando una crisis económica impide a los dirigentes distribuir con largueza o hacer trabajar el mercado local. La revuelta, por más violenta que sea (y puede ser tan sanguinaria como las guerras campesinas o serviles),[49] nunca tiene como objetivo trastornar el orden, sino que adquiere un valor de advertencia para que se restablezca su buen funcionamiento. Así tenemos una forma curiosa de fiesta etnológica, cuya función esencial es refundir el contrato social con su suspensión periódica. Por su parte, los dirigentes conocen también las reglas del juego: la represión es débil, se deja que el tiempo calme las pasiones y se solucionan las dificultades inmediatas con un control de precios, distribuciones gratuitas y gastos destinados a asegurar el empleo.

Así pues, podemos decir que estas revueltas nunca son revolucionarias en el sentido político de este término. El inconveniente del sistema, para los señores, es que la plebe no está ligada a ningún príncipe ni dinastía en particular; mientras se respete el contrato, no importa quien haga el negocio. De ahí la extrema versatilidad de la plebe, que aclama al vencedor del momento sin pensar en defender al vencido que aclamaba la víspera. Esta ingratitud es consecuencia de una lógica profunda. Hay que respetar el contrato, tener especial cuidado en no chocar con el chauvinismo municipal. Por haberlo olvidado o ignorado, Murat se expuso a la oposición de los napolitanos, acarreándose pocos beneficios.

49. Con la condición de encontrar una cabeza de turco, por ejemplo los cristianos bajo Nerón.

d) *Los disturbios estudiantiles*

Finalizaremos esta revista parcial [50] de las violencias revolucionarias marginales con la agitación estudiantil, puesto que también es de actualidad. Como ocurre siempre con los hechos de actualidad, los contemporáneos son víctimas de la alusión de lo inédito. Así, la historia de la enseñanza superior es un tejido de disturbios, desde el momento en que ésta agrupa en un mismo lugar a las masas de jóvenes adultos.[51] Una vez más, hay que anotar varias finalidades que están por encima de la simple constatación del desencadenamiento de la violencia que ataca a los bienes y las personas.

En primer lugar tenemos el alboroto puro y simple, forma tradicional y natural de descarga contra las represiones de la autoridad magistral. Estos hechos se dan con mucha constancia para que sea necesario insistir en ellos.

Los conflictos oponen también a los estudiantes entre sí. La pluralidad de las «naciones» representadas en la Universidad de París favorecía las luchas. De todos modos, la población estudiantil nunca es homogénea como para que no puedan formarse facciones que luchen entre sí: facultad contra facultad, escuela de pensamiento contra otra escuela, familias políticas entre sí... La gente de las escuelas es belicosa por naturaleza y nunca ha tenido dificultades en encontrar pretextos para las querellas intestinas.

Una forma más racional, queremos decir en la que la percepción de un objetivo preciso sea clara, es la lucha estudiantil contra las formas de enseñanza. Una enseñanza que ya ha manifestado su capacidad tiende a perpetuarse en el ser y a rechazar cualquier innovación; el organismo universitario es uno de los más conservadores que existen. Así pues, las innovaciones vienen del exterior, es decir de los futuros maestros que, esperando, respingan en los arrancaderos. El ejemplo

50. Parcial, porque no podíamos, en el cuadro que nos habíamos impuesto, proceder a una revisión exhaustiva. El lector comprenderá por sí mismo que cualquier grupo social desarrolla una agresividad del tipo presente, caracterizado por una violencia *irracional* contra el orden.

51. André Coutin acaba de describirlos muy oportunamente para la Universidad de París, *Huit siècles de violence au Quartier Latin*, París, Stock, 1969.

más famoso de esta forma de rebelión es la oposición de Abelardo a Guillaume de Champeaux. En cada generación, o casi, se sucede el mismo fenómeno. En este sentido, el siglo XX no ha inventado nada, sino que por el contrario, estas rebeliones se han suavizado notablemente en sus manifestaciones, si creemos los relatos medievales, mucho más sangrientos y devastadores.

Por fin, una última[52] forma es la oposición de la Universidad en su conjunto, como cuerpo constituido autónomo, a toda autoridad exterior, tanto civil como religiosa. El enemigo íntimo del estudiante, desde muy antiguo, son las patrullas y los *flics* (policías), y viceversa. Íntimos en el sentido de que el lazo que los opone, les une al mismo tiempo y supera el simple problema del mantenimiento o el rechazo del orden. Casi podríamos hablar de un «complejo de policía» y un «complejo de estudiante». A decir verdad, esta cuarta forma es válida sobre todo para Occidente desde hace mil años, que, en el terreno político, está caracterizado por la limitación, más o menos lograda, impuesta al poder: la autonomía universitaria es inimaginable en un régimen despótico. Esto explicaría por qué no encontramos esta forma fuera de Occidente.

B) *LAS CONTRASOCIEDADES*

Recordemos que nos referimos a formas más radicales de oposición al orden, oposición que se traduce por salida fuera del orden y la entrada en las sociedades que defienden abiertamente otros valores y pretenden instaurar, al menos en su seno, un orden nuevo. Ya no podemos expresarnos en términos de marginalidad y de anomía; sería mejor hablar de antinomía o, para hacernos entender mejor, de contrasociedades. La diferencia estriba, primero —es el rasgo más sorprendente—, en la disminución de la violencia. Estas contrasociedades no explotan en un movimiento devastador, breve y sin

52. Aquí no hablamos del papel, evidente y constante —por lo menos en Occidente—, de los estudiantes en las revoluciones en el sentido estricto del término. Tendremos de nuevo ocasión de hacer una alusión a continuación.

mañana; la violencia es más bien el hecho del orden, que no admite disidencias y pretende suprimirlas —con un éxito casi constante, por otra parte. Otro rasgo es la limitación de los efectivos implicados. Mientras que una guerra campesina puede, en ciertas circunstancias, conquistar millones de individuos, las contrasociedades agrupan sólo a unos pocos: menos de una decena en ciertas bandas, hasta algunas decenas de millares en algunos movimientos milenaristas. Cuando, por un extraordinario, los efectivos están por encima de estas cifras, nos encontramos en una coyuntura radicalmente diferente, que es propiamente revolucionaria.[53] Un tercer rasgo que resulta del concepto de contrasociedad, es la importancia tanto de la ideología como de la organización interna; las contrasociedades representan alternativas generalmente coherentes con la sociedad dominante. Lo que permite distinguirlas de las revoluciones es la debilidad de los medios que utilizan para conquistar la sociedad global, es decir, para ir derecho a lo esencial, su incapacidad política o su indiferencia respecto a la política. En ellas no observamos nunca un análisis racional de la relación de fuerzas, ni la cons-

53. Así el movimiento Tai Ping, que conquistó a millones de individuos. En su fondo, es un movimiento milenarista que, en razón del derrumbamiento del régimen manchú, se había transformado en movimiento revolucionario masivo. Sin la ayuda aportada por los occidentales al emperador, es probable que el movimiento habría acabado con la instauración de una nueva dinastía. No habría hecho más que reproducir un proceso recurrente en la historia china. *Cf.* Henri MASPERO, "Comment tombe une dynastie chinoise: la chute des Min", en *Études historiques*. París, Presses Universitaires de France, 1967, p. 209-225. Sobre los Tai Ping, podrá consultarse la puesta a punto de Jean CHESNEAUX, *La Révolution Taiping, d'après quelques travaux récents*, en "Revue historique", 209 (enero-marzo 1953), p. 33-57.

Todavía más notable es el caso de la revolución abbasí (749), que empezó bajo la forma de un movimiento mesiánico clásico, y terminó con un cambio de dinastía y con el traspaso del centro de gravedad del Islam, de Siria (Damasco) a Mesopotamia (Bagdad). *Cf.* el estudio de Claude CAHEN, *Points de vue sur la Révolution abâside*, en "Revue historique", 230 (oct.-dic., 1963), p. 295-338.

Sin hablar ya del caso excepcional que representa el papel de las sectas disidentes en la Revolución inglesa del siglo XVII. El papel que jugaron en una coyuntura extraña les permitió alcanzar el poder con Cromwell. Se podría también sostener —guardándose de la ira de los creyentes— que los bolcheviques sólo constituían una secta ideológico-política bastante vulgar, que sólo podía llegar al poder en una coyuntura de la más alta improbabilidad.

En definitiva, sólo examinamos —repitámoslo— tipos, y no acontecimientos.

trucción de una estrategia eficaz para conquistar el poder.

Este tercer rasgo nos permite operar una distinción, que creemos útil, entre dos grandes subtipos. El primero, que llamaremos escapismo o huida social, consiste en la creación de comunidades divididas de la sociedad global y que sólo desean investirla con la influencia de su ejemplo, en el más ambicioso de los casos. El segundo, agresivo y conflictivo, entra necesariamente en guerra activa con el orden, que, amenazado, se defiende atacando.

1. La huida social

Sólo hablaremos de ella para recordarla y para plantear ciertos problemas, pues estas formas, o bien son objeto de estudios especializados, o bien son tan recientes que esperan todavía a sus analistas. Pensamos, por ejemplo, en el *monaquismo*. No en todas las variedades de monaquismo, desde luego, sino en las que, ostensiblemente, dejan el mundo para vivir su fe con toda la intensidad deseable. Las dos grandes olas de fundaciones de comunidades contemplativas se sitúan, para Occidente, en el Bajo Imperio y en los siglos XI y XII; por una parte, son paralelas a la decadencia y osificación del imperio, y, por otra, al renacimiento de las ciudades, la vida de relación y la actividad económica.[54] Sin negar el aspecto positivo de su elección —vivir más intensamente la fe—, hay que subrayar el rechazo, por lo menos implícito, de los valores que regulan la vida en sociedad. El éxito extraordinario de las órdenes contemplativas en los Estados Unidos desde hace treinta años, sólo puede explicarse por el deseo de escapar a las opresiones de la vida contemporánea. Podemos encontrar fácilmente ejemplos paralelos en otras religiones «superiores», especialmente el hinduismo; estos ejemplos están ligados, o bien a una estructura social consi-

54. La reforma introducida por Bernard de Clairvaux en el orden de Cluny consistió, en primer lugar, en instalar a las comunidades en la soledad. Por el contrario, los dominicos y los franciscanos se mezclaron con la muchedumbre urbana, manifestando una orientación radicalmente diferente. La misma oposición entre los jesuitas, mezclados con el mundo, y los trapenses, que se retiran de él.

derada como insoportablemente rígida, o bien a las desdichas de la época y la voluntad de escapar de ellas.

Se nos podría hacer la objeción —y lo reconoceríamos fácilmente— de que el tipo precedente se sitúa en el límite extremo del fenómeno revolucionario. Sí, efectivamente, cierto monaquismo es una forma de huida social, los valores que defiende no son necesariamente contrarios a los de la sociedad global: lleva hasta su grado máximo una tendencia generalmente aceptada en la sociedad. Así pues, ni durante el Bajo Imperio, ni en los albores del Occidente moderno, los monjes no eran los únicos en defender los valores religiosos que su época habría condenado. Esto explicaría que la élite dirigente no se hubiera sentido amenazada y no hubiera combatido el monaquismo. Por el contrario, ciertos tipos contemporáneos de huida social son evidentemente contestatarios. Pensamos en los movimientos *beatniks* y *hippies.* [55] En su fondo, son contrasociedades que se levantan contra la sociedad industrial y están decididas a vivir de otros valores, como el juego, la fiesta, el amor, el ocio, la contemplación. Así pues, no es nada extraño que hayan aparecido en primer lugar en la nación más industrializada, los Estados Unidos. El sentido de estos movimientos es claro: ofrecer alternativas coherentes a las presiones que supone la vida en nuestras sociedades. En esto, su originalidad histórica es débil. Pero la hallamos en el hecho de que los valores en los que se escudan deben ser aquellos que dan la impresión de ser los más atacados en nuestras sociedades: son los negativos del orden.[56] Por ello no hay que minimizar estas contrasociedades, que constituyen verdaderos laboratorios, en los que las ciencias sociales pueden observar fenómenos que iluminan, precisamente porque son reacciones, la sociedad global. Así volvemos a encontrar una hipótesis científica que nos parece fecunda: no se sabe nada de una institución social, ni de la esencia de una sociedad, mientras no se ha detectado y analizado lo que las niega. Lo que puede expresarse también del siguiente modo: una institución cualquiera no es más que el triunfo provisional de un posible en-

55. Se puede consultar, esperando los trabajos científicos, el libro de un periodista: Michel LANCELOT, *Je veux regarder Dieu en face (le phénomène hippie)*, París, Albin Michel, 1968.

56. O recíprocamente, según las preferencias.

tre otros, que permanecen latentes o resurgen en las contrainstituciones.

Una originalidad de nuestra sociedad es la importancia cuantitativa que *pueden* tomar estas contrasociedades. Efectivamente, hasta el siglo XIX, la humanidad vivió bajo la rígida presión de la escasez de las riquezas. La proporción de la población que podía permitirse vivir fuera del orden, consiguiendo su subsistencia, era muy limitada.[57] El aumento de la productividad y el excedente, característico de nuestra sociedad, hace posible una extensión de esta proporción: el parasitismo social se convierte, tendencialmente, en una salida que hay que tener en cuenta. Es evidente que se requiere otra condición para que las contrasociedades del tipo beatnik o hippy se multipliquen: es necesario que el orden las tolere, es decir que el poder no esté monopolizado en provecho de una única interpretación de la vida en sociedad. Para hablar más claramente, sólo el pluralismo político permite el pluralismo cultural.[58] En todo caso, la multiplicación de las contrasociedades escapistas puede ser una *posible* orientación del Occidente contemporáneos. Por esto sería necesario estudiarlas más de cerca, es decir, no como temas para artículos sensacionales. Los etnógrafos —pues estos hechos dependen de sus técnicas— se encuentran ante un campo de estudio nuevo y apasionante.

Uno de ellos [59] se interesa con éxito en un fenómeno contemporáneo que apasiona: *las bandas de jóvenes* en las sociedades industriales. Abandonando el punto de vista sociológico tradicional, que, a partir de un material policíaco y judicial, las estudia como desviados marginales, delincuentes que deben ser tratados desde el punto de vista de la patología social,[60] propone examinarlas

57. Excepto que subvinieran por sí mismos a sus necesidades, como hacían los monjes de la Edad Media.

58. En régimen de monopolio político, las desviaciones culturales se convierten en elementos antisociales o contrarrevolucionarios que están destinados a la exterminación o a la "reeducación".

59. Jean MONOD, *Les Barjots, Essai d'ethnologie des bandes de jeunes*, París, Julliard, 1968.

60. Ver, para Francia, los estudios del Centro de Vaucresson. Esto no quiere decir que no haya una delincuencia juvenil como tal, la cual, en nuestra tipología, figuraría en el capítulo del crimen. Creemos simplemente, con Jean Monod, que estudiar las bandas desde este punto de vista exclusivo es olvidarse de lo esencial.

como subculturas particulares, definidas por una «combinación jerarquizada de elementos culturales».[61] Así pues, hay que estudiarlas, por una parte, en sí mismas, como formas definidas de contrasociedades, y, por otra, en relación a la sociedad global. En el primer punto,[62] el autor llega a resultados interesantes. Las bandas nacen de una ruptura con la familia y de un rechazo de la sociedad: «La banda es un medio específicamente juvenil, y que debe su cohesión a esta doble negación.»[63] Esta etiología precisa lleva consigo resultados específicos. Así, el sistema de valores de las bandas se define por una serie de trastornos. El rechazo negativo del trabajo se transforma en afirmación positiva del antitrabajo, es decir en una búsqueda del provecho por medios ilegales.[64] Además, «las relaciones que mantienen unos miembros con otros no están en función de la situación eventual que cada cual ocupará en el porvenir; son relaciones "actuales", que descansan únicamente en las cualidades mutuamente reconocidas de cada uno. La fuerza física está colocada particularmente arriba en la jerarquía de las cualidades inmediatas».[65]

Las bandas constituyen pues sistemas sociales coherentes, con sus jerarquías de poder, sus valores, sus ritos, sus representaciones del tiempo, del espacio, de la sociedad, sus conflictos, sus comportamientos específicos (violencia, robo, afectación homosexual, exuberancia), sus problemas económicos, etc.[66] Estamos muy lejos de las interpretaciones reductoras, para las que las bandas «son sólo» fracasados de la socialización. Mientras, «todos los miembros de una banda "desviante" no son "delincuentes", y los que lo son no se entregan sólo a actividades delincuentes».[67] Además, los hechos demuestran que, individualmente, los jóvenes de las bandas no pasan a la criminalidad pura y simple hasta después de una estancia en la cárcel, en contacto con los adultos y

61. *Op. cit.*, p. 38.
62. Volveremos sobre el segundo en el capítulo consagrado a las variables sociológicas.
63. *Op. cit.*, p. 459.
64. Hablar de provecho, por otra parte, es abusivo. A menudo observamos robos puramente gratuitos, que dan como resultado, algunas veces, la destrucción inmediata del objeto robado.
65. *Op. cit.*, p. 460.
66. *Op. cit.*, p. 37-39.
67. *Op. cit.*, p. 37.

por odio a la sociedad, que se les presenta sólo bajo las formas del policía y el juez.

Confesamos que la explicación general del autor —reproduciendo la de Claude Lévi-Strauss— no nos ha convencido totalmente. Según él, las bandas de jóvenes recrean la diversidad cultural que la sociedad industrial tiende a reemplazar por la uniformización. «Hay un margen de diversidad más allá del cual las sociedades se desmigajan, mientras que más acá se ahogan. Así, ¿qué son los *"blousons noirs"*, sino el restablecimiento en un eje vertical de los grupos de edad sucesivos, de una diversidad que tiende a desaparecer, horizontalmente en el terreno geográfico?» [68] Nos parece que la hipótesis de una uniformización cultural es consecuencia de estos místicos lugares comunes, que no pueden basarse en la menor prueba.[69] Pero, por el momento, dejemos este problema, para observar que las bandas de jóvenes son un fenómeno constante, siempre que el paso a la edad adulta se realiza incorrectamente: en la época de las Cruzadas hubo cruzadas de niños;[70] durante la Guerra de los Cien Años, en la Guerra Civil Rusa, durante la República de Weimar,[71] se asiste a una proliferación de bandas de jóvenes. Sea como sea, sigue siendo científicamente rentable estudiarlas por sí mismas, como contrasociedades coherentes. Se habrá comprendido que ésta es la tesis que defendemos en esta sección.

2. Las contrasociedades agresivas

Aquí, los subtipos son numerosos y, en general, muy individualizados. Precisamos una vez más que no pretendemos ser exhaustivos. El subtipo más frecuente, incluso el más constante, es el de las sectas.

68. *Op. cit.*, p. 17.

69. Personalmente, nos inclinaríamos a considerar que la época contemporánea está caracterizada por un grado de diversidad nunca alcanzado en la Historia, y que es precisamente esta diversidad lo que es motivo de problema. Tendremos ocasión de volver sobre este punto.

70. Paul Alphandéry, Alphonse Dupront, *La chrétienté et l'idée de croisade*, París, Albin Michel, t. II, 1959, p. 115-148.

71. Sobre el último punto, algunas indicaciones en Hermann Meier-Cronе-Meyer, *Die Politik der Unpolitischen. Marginalien zu Schriften der und über die Jugendbewegung*, en "Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie", 1965, 17, n.° 4, p. 833-854.

a) *Las sectas*

Proponemos dar a este término una acepción técnica. Son formaciones sociales que aparecen siempre *al margen* de los grandes movimientos religiosos o ideológicos, definidos como grandes porque han logrado constituir un orden impuesto a, y admitido por, toda una sociedad. La relación entre las sectas y los grandes movimientos es la que une y distingue herejía y ortodoxia. Se puede definir la ortodoxia como el *conjunto* de verdades, dogmas o postulados recibidos por una comunidad de creyentes, que aceptan que cada uno ponga el acento sobre tal o cual aspecto del mensaje sin someter a discusión el conjunto. Por el contrario, la herejía, como sugiere su etimología —αἵρεσις: elección—, consiste en distinguir tal o cual elemento, valorarlo en detrimento de todos los demás y hacer de él la clave del sistema.[72]

Así, una herejía depende siempre de una ortodoxia, una secta de una iglesia.[73] El hecho notable es que la inversa también es verdad: una iglesia está siempre rodeada de sectas. Parece ser que la explicación debe ser la siguiente. Una iglesia agrupa masas importantes, tiene casa propia, debe tener en cuenta las realidades; así pues, está obligada a reconocer y admitir la diversidad de los temperamentos y las interpretaciones, y a arriesgarse a los compromisos. Todo individuo que rechaza estos compromisos internos y externos tendrá tendencia a replegarse en una posición en que se defienda la pureza de la fe. Por otra parte, este rechazo puede provenir tanto de una fe intensa como de una exclusión objetiva, ligada a la pertenencia a un grupo social que no está reconocido. Dicho de otro modo, las sectas reclutan, por una parte, entre los exaltados y, por otra, entre los marginales.[74]

Esta etiología permite interpretar algunos rasgos específicos. El enemigo principal de las sectas es menos

72. *Cf.* M. D. Chenu, *Orthodoxie et hérésie: le point de vue du théologien*, en "Annales E. S. C.", 18 (1963), n.º I, p. 77-78.

73. El lector habrá comprendido que este término no designa sólo a las iglesias religiosas, sino a todo grupo humano fundado sobre una ideología.

74. En particular en los parias, grupos profesionales (herreros, matarifes, tintoreros...) rechazados por la sociedad. *Cf.* los maravillosos análisis de Max Weber sobre el judaísmo primitivo: *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, t. III.

la sociedad global que la iglesia de la que son un serpollo, por lo menos disparan contra ella sus flechas más aceradas. Al ser la pureza su exigencia fundamental, siguen procesos constantes de fisiparidad; una fracción cree que se mancha la pureza y crea una nueva secta más rigurosa. Por ello, nunca hay una sola secta sino un pulular de sectas. En la época contemporánea, el proceso ha sido particularmente intenso en los movimientos socialistas, dando origen a grupúsculos innumerables, que se han beneficiado del estallido de la actualidad en mayo de 1968.

b) *El bandidaje*[75]

El bandido es una figura original y notablemente frecuente en el universo social preindustrial, es decir, para ser breves, en las sociedades agrarias. El nombre que le define mejor es el de forajido (*hors-la-loi*), en donde hay que entender un movimiento voluntario por ponerse fuera de la ley, fuera de un orden institucional considerado como opresor. Aunque algunas veces es solitario (por ejemplo en Cerdeña),[76] generalmente pertenece a una banda de unos diez a cien individuos (por ejemplo en Rusia en los siglos XVII y XVIII).[77]

El paso a la clandestinidad tiene siempre un sentido espacial de refugio en el desierto. Esto supone, evidentemente, que el dominio de la sociedad en el espacio sea limitado. Esta condición se cumple, ya sea en razón de la debilidad numérica de la implantación humana (caso de los países nuevos de reciente implantación), ya sea en los límites entre dos civilizaciones en zonas fronterizas (caso del Mediterráneo después de las monarquías helenísticas o en la época moderna), ya sea,

75. No existe ninguna obra de conjunto sobre la cuestión. Sólo encontramos algunas menciones en obras diversas, históricas y literarias. HOBSBAWM les consagra un capítulo (*Les primitifs de la révolte*, p. 27-39), a nuestro parecer demasiado unilateral, pues insiste ante todo en el aspecto "lucha de clases" del fenómeno, que no nos parece esencial.

76. Franco CAGNETTA, *Bandits d'Orgosolo*, París, Buchet-Chastel, 1963. Un film de Vittorio de Sica ha tratado el mismo tema con el mismo título.

77. Denise ECKAUTE, *Les brigands en Russie du XVII^e au XIX^e siècles: mythe et réalité*, en "Revue d'histoire moderne et contemporaine", jul.-sept., 1965, p. 161-202.

finalmente, con relación a un modo particular de valorización del suelo. Así, Fernand Braudel insistió, respecto al Mediterráneo, en el contraste entre llanuras y montañas, sirviendo estas últimas de refugio a los rebeldes. Del mismo modo, la agricultura china se concentró en los valles y llanuras, dejando abandonadas las colinas y montañas.

Una segunda condición, que prolonga la precedente, es la débil eficacia del aparato estatal, incapaz de imponer el orden al conjunto del territorio que constituye la unidad política. La ausencia, la ineficacia o la debilidad de la administración, del ejército, de la policía, permiten a ciertos grupos vivir al margen y atacar a la sociedad. Desde luego, esta condición no es privativa para el bandidaje, sino que es válida para toda forma de criminalidad, puesto que si el policía fuera todopoderoso, no existiría el ladrón.

Una tercera condición es la facilidad con que el bandido puede fundirse en la sociedad de la que ha salido. Esto supone la existencia de comunidades, agrarias y pastoriles, que forman otras tantas pequeñas sociedades que no se han fundido todavía en un orden estatal que las supere. Se establece una especie de simbiosis entre los bandidos y su comunidad de origen, necesaria aunque sólo sea para asegurar su subsistencia. Como consecuencia tenemos el carácter típico de esta forma de oposición: el bandido es un héroe popular, sostenido y reverenciado por la población, que ve en él a su representante activo contra un orden que ella reprueba. A los ojos de la población, lo que las instituciones estatales caracterizan como crímenes, no es más que una revancha, a través de un intermediario, de los débiles contra los fuertes, de los humildes contra los potentes, de los pobres contra los ricos. El mantenimiento de esta aureola supone que el bandido orienta sus golpes contra categorías sociales determinadas: mercaderes, recaudadores de impuestos, administradores, grandes propietarios, viajeros, peregrinos, o sea grupos que no forman parte de la comunidad campesina. A cambio de su apoyo, la población exige gratificaciones o gastos suntuarios que hacen que todos se aprovechen de una parte de las rapiñas.

Cuando la necesidad, la inconsciencia o los impulsos llevan a los bandidos a atacar a su comunidad de ori-

gen, su aureola se rompe y, de héroes, caen en la categoría de criminales puros y simples.[78] A partir de ahí, su suerte está echada; son perseguidos o entregados a las fuerzas del orden. Así nos encontramos en presencia de dos sistemas jurídicos exclusivos uno de otro: el sistema tradicional recibido por la comunidad y el sistema que intenta imponer un orden exterior; mientras que el bandido no ha transgredido las reglas del primero, se le apoya como a un héroe; a la primera infracción, se convierte en culpable; inversamente, transgredir las reglas del segundo sistema contribuye al renombre del héroe.

La configuración típica del bandidaje está pues situada en tres términos: los bandidos, su comunidad de origen y un tercer elemento, que hemos llamado orden, pero que es precisamente el Estado. El término activo es, evidentemente, el Estado: es en la medida que intenta extenderse su poder o se ve obligado a aflojar, donde las comunidades tradicionales segregan el bandidaje como un antídoto. Esto nos autoriza a distinguir, no tres subtipos —la figura del bandido es notablemente uniforme—, sino tres sentidos diferentes del bandidaje, en función de tres coyunturas particulares.

La primera, la de la disolución de un orden, nos coloca en el límite del bandidaje y el crimen puro y simple. Los ejemplos más característicos los encontramos en la Antigüedad. La lucha entablada entre los romanos y los reinos helenísticos, en el transcurso del siglo II a. de J.C., provocó la desaparición de la vigilancia en el Mediterráneo oriental, que hasta entonces había estado asegurada por las escuadras helenísticas y la flota de la República de Rodas. Rápidamente se desencadenó la piratería, perjudicando considerablemente el comercio romano, hasta el punto que, en el año 102, tuvo que organizarse una expedición contra Sicilia, que era la principal madriguera de los piratas.[79] En el transcurso de los tres decenios que siguen, la vigilancia de Roma se relaja, pues está ocupada por las guerras contra los cimbrios y los teutones, por la guerra social y la guerra civil. Esto significa un reflorecimiento de la

78. El 1 de mayo de 1947, Salvatore Giuliano se dejaba conducir a aplastar una manifestación socialista en el Portello de la Ginestra. Esto daba cuenta del "amado bandido".

79. Jérôme CARCOPINO, *op. cit.*, p. 345-346.

piratería, hasta que Pompeyo le pondrá fin. Tres siglos más tarde se reproduce la misma coyuntura, después del reinado de Septimio Severo.[80] La dislocación económica, política y social que caracteriza al Bajo Imperio, y la respuesta que intenta darle el Estado reforzando su presión sobre los bienes y las personas, provocan simultáneamente la proliferación de los evadidos sociales y la ineficacia de las fuerzas del orden. Es probable que se pudieran encontrar los mismos fenómenos en los largos interregnos que han subrayado la historia egipcia y china; desgraciadamente, por lo que sabemos, no se ha realizado su estudio. Aparte de estas coyunturas excepcionales que resquebrajan los trasfondos de una sociedad, el bandidaje aparece siempre en circunstancias menores, como las guerras, el hambre o las revoluciones: las Grandes Compañías durante la Guerra de los Cien Años, los fogoneros de la Isla de Francia durante el Terror, etc.

Una segunda coyuntura, radicalmente diferente y más interesante, se produce cuando un orden estatal intenta imponer su ley a unas comunidades autónomas. Aquí el bandidaje es coextensivo al crecimiento del Estado y tiene un evidente contenido político. Ante todo, el Estado es un recaudador de impuestos, un reclutador de soldados y un monopolista de la justicia. Y los bandidos son ante todo individuos que no quieren o no pueden pagar el impuesto, refractarios o desertores, y escapados de la justicia. Durante el reinado de Tiberio, las bandas de Florus y Sacrovir saquearon las Galias; con Cómodo, las de Maternus, compuestas ante todo por *desertores*, aparecieron de nuevo en las Galias y en España.[81] En Rusia, a partir del siglo XV, observamos la misma respuesta a la extensión del Estado despótico,

80. Mac MULLEN, *op. cit.*, p. 196-211; A. von DOMARSZEWKI, *Untersuchung zur römischen Kaisergeschichte, IV: Die Piraterie im Mittelmeere unter Severus Alexander*, en "Rheiniches Museum für Philologie", 58 (1903), p. 382-390. Para tiempos más próximos a nosotros, podremos leer —siempre con placer— el libro de Georges BLOND, *Histoire de la Flibuste*, París, Stock, 1969. El presente libro ya estaba redactado, cuando supimos que existía el excitante libro de Gilles LAPOUGE, *Les pirates*, París, André Balland, 1969.

81. Jean GAGÉ, *op. cit.*, p. 146-148. Es cierto que, sobre todo en el primer caso, el bandidaje se transforma en verdadera insurrección, que toma una dimensión nueva de contestación del orden romano, es decir de un orden extraño.

gen, su aureola se rompe y, de héroes, caen en la categoría de criminales puros y simples.[78] A partir de ahí, su suerte está echada; son perseguidos o entregados a las fuerzas del orden. Así nos encontramos en presencia de dos sistemas jurídicos exclusivos uno de otro: el sistema tradicional recibido por la comunidad y el sistema que intenta imponer un orden exterior; mientras que el bandido no ha transgredido las reglas del primero, se le apoya como a un héroe; a la primera infracción, se convierte en culpable; inversamente, transgredir las reglas del segundo sistema contribuye al renombre del héroe.

La configuración típica del bandidaje está pues situada en tres términos: los bandidos, su comunidad de origen y un tercer elemento, que hemos llamado orden, pero que es precisamente el Estado. El término activo es, evidentemente, el Estado: es en la medida que intenta extenderse su poder o se ve obligado a aflojar, donde las comunidades tradicionales segregan el bandidaje como un antídoto. Esto nos autoriza a distinguir, no tres subtipos —la figura del bandido es notablemente uniforme—, sino tres sentidos diferentes del bandidaje, en función de tres coyunturas particulares.

La primera, la de la disolución de un orden, nos coloca en el límite del bandidaje y el crimen puro y simple. Los ejemplos más característicos los encontramos en la Antigüedad. La lucha entablada entre los romanos y los reinos helenísticos, en el transcurso del siglo II a. de J.C., provocó la desaparición de la vigilancia en el Mediterráneo oriental, que hasta entonces había estado asegurada por las escuadras helenísticas y la flota de la República de Rodas. Rápidamente se desencadenó la piratería, perjudicando considerablemente el comercio romano, hasta el punto que, en el año 102, tuvo que organizarse una expedición contra Sicilia, que era la principal madriguera de los piratas.[79] En el transcurso de los tres decenios que siguen, la vigilancia de Roma se relaja, pues está ocupada por las guerras contra los cimbrios y los teutones, por la guerra social y la guerra civil. Esto significa un reflorecimiento de la

78. El 1 de mayo de 1947, Salvatore Giuliano se dejaba conducir a aplastar una manifestación socialista en el Portello de la Ginestra. Esto daba cuenta del "amado bandido".

79. Jérôme CARCOPINO, *op. cit.*, p. 345-346.

piratería, hasta que Pompeyo le pondrá fin. Tres siglos más tarde se reproduce la misma coyuntura, después del reinado de Septimio Severo.[80] La dislocación económica, política y social que caracteriza al Bajo Imperio, y la respuesta que intenta darle el Estado reforzando su presión sobre los bienes y las personas, provocan simultáneamente la proliferación de los evadidos sociales y la ineficacia de las fuerzas del orden. Es probable que se pudieran encontrar los mismos fenómenos en los largos interregnos que han subrayado la historia egipcia y china; desgraciadamente, por lo que sabemos, no se ha realizado su estudio. Aparte de estas coyunturas excepcionales que resquebrajan los trasfondos de una sociedad, el bandidaje aparece siempre en circunstancias menores, como las guerras, el hambre o las revoluciones: las Grandes Compañías durante la Guerra de los Cien Años, los fogoneros de la Isla de Francia durante el Terror, etc.

Una segunda coyuntura, radicalmente diferente y más interesante, se produce cuando un orden estatal intenta imponer su ley a unas comunidades autónomas. Aquí el bandidaje es coextensivo al crecimiento del Estado y tiene un evidente contenido político. Ante todo, el Estado es un recaudador de impuestos, un reclutador de soldados y un monopolista de la justicia. Y los bandídos son ante todo individuos que no quieren o no pueden pagar el impuesto, refractarios o desertores, y escapados de la justicia. Durante el reinado de Tiberio, las bandas de Florus y Sacrovir saquearon las Galias; con Cómodo, las de Maternus, compuestas ante todo por *desertores*, aparecieron de nuevo en las Galias y en España.[81] En Rusia, a partir del siglo XV, observamos la misma respuesta a la extensión del Estado despótico,

80. Mac MULLEN, *op. cit.*, p. 198-211; A. von DOMARSZEWKI, *Untersuchung zur römischen Kaisergeschichte, IV: Die Piraterie im Mittelmeere unter Severus Alexander*, en "Rheiniches Museum für Philologie", 58 (1903), p. 382-390. Para tiempos más próximos a nosotros, podremos leer —siempre con placer— el libro de Georges BLOND, *Histoire de la Flibuste*, París, Stock, 1969. El presente libro ya estaba redactado, cuando supimos que existía el excitante libro de Gilles LAPOUGE, *Les pirates*, París, André Balland, 1969.

81. Jean GAGÉ, *op. cit.*, p. 146-148. Es cierto que, sobre todo en el primer caso, el bandidaje se transforma en verdadera insurrección, que toma una dimensión nueva de contestación del orden romano, es decir de un orden extraño.

considerada como abusiva. En el siglo XVII, el fenómeno se acentúa, ligado a la imposición de la servidumbre y a la persecución del zar contra los Viejos Creyentes. Esta oposición al crecimiento del Estado explica que los bandidos no reclutaran a sus hombres sólo entre el pueblo, sino también entre la aristocracia. Muchos nobles se convirtieron en jefes de bandidos o piratas, por ejemplo en Francia [82] o en el Japón,[83] donde la situación parece característica. En cada generación, las familias nobles engendraban cierto número de segundones supernumerarios que tenían abiertas varias salidas: entrar al servicio de otro señor; hacerse monjes, maestros de escuela, artistas, escritores; caer de nuevo en la condición de campesinos; o finalmente, constituir bandas armadas de forajidos, que erraban de país en país, prestaban su apoyo a los campesinos que se rebelaban, organizaban *gangs* en las ciudades o se unían a los bandidos. En Occidente, los hijos menores también pudieron elegir entre las Cruzadas, la Reconquista española o la aventura de ultramar.

El Estado interviene también como justiciero, queremos decir que se arroga el monopolio de dictar el derecho e impone una definición del Bien y el Mal que no coincide con la que aceptan las comunidades. Por ejemplo, un individuo que venga su honor con un «asesinato», o que lleva sus rebaños a pacer en un terreno que se ha convertido en propiedad privada, se ve perseguido por la justicia. A menudo, preferirá alcanzar el desierto, consciente de ser víctima de una injusticia. Así nacen muchos bandidos sardos y sicilianos. Así nacieron también los *cangaceiros*, en particular el más célebre de entre ellos: Lampiaô.[84] Aparecieron a finales del siglo XIX, en el noroeste de Brasil (para desaparecer en 1940, con la muerte de Corisco), en una coyuntura económica de-

82. Y. M. BERCE, *De la criminalité aux troubles sociaux: la noblesse rurale du Sud-Ouest*, en "Annales du Midi", 1964, n.º 1; Gaston ZELLER, *La vie aventureuse des classes supérieures en France sous l'Ancien Régime: brigandage et piraterie*, en "Cahiers internationaux de Sociologie", 28 (1960), p. 13-22.

83. Paul AKAMATSU, *Méiji, 1868*, París, Calmann-Lévy, 1968, p. 58.

84. Maria Isaura PEREIRA DE QUEIROZ, *Os Cangaceiros. Les bandits d'honneur brésilieus*. París, Julliard, col. "Archives", 1968; Glauber ROCHA, en un film muy bello: *Dios negro y diablo rubio*, describe al último cangaceiro, Corisco, presentado como una respuesta revolucionaria alternativa del mesianismo, que vamos a abordar.

primida por la crisis del azúcar, el algodón y el caucho, y en una sociedad de tipo patriarcal, constituida por amplias parentelas que definen los lazos sociales, monopolizan el poder y el uso legítimo de la fuerza. Se encontraban opuestos por verdaderas guerras de clan, cuando el Estado brasileño quiso confiscar en provecho propio el uso de la violencia. Antes que pasar a manos de la justicia por asesinato, algunos miembros de la comunidad prefieren llegar al *sertao*. La banda de bandidos aparece como un doble ilegal de la sociedad tradicional: papel de las mujeres, jerarquía del poder centrada en un jefe, cuya legitimidad depende de su éxito: sentido del honor y del gesto espectacular; desprecio de los bienes o, mejor, del sentido del ahorro...[85]

En ciertos casos, esta forma de bandidaje adquiere una nueva dimensión: cuando el orden odiado está en manos de extranjeros. En este caso, casi podemos hablar de tendencias «nacionalistas», pues el bandido se convierte en el símbolo de la identidad de un pueblo contra los usurpadores. La coyuntura se dio con frecuencia en el sur de Italia y en Sicilia, sometidas a ocupaciones múltiples durante varios milenios. Todo el mundo conoce el caso del napolitano Fra Diavolo, que luchó contra los franceses en la época napoleónica.

También en Andalucía el bandidaje fue durante siglos algo más que una forma de protesta social contra los grandes propietarios absentistas: además combatía por la autonomía, contra los Reyes Católicos.[86] El caso andaluz nos permite captar un rasgo característico del bandidaje. En 1844, el Estado creó la Guardia Civil para combatirlo, mostrándose bastante eficaz para hacerlo desaparecer. En seguida y paralelamente, los antiguos bandidos, y los que sin la Guardia Civil habrían acabado siéndolo, se convirtieron en la mano derecha de los caciques locales. Éstos los utilizaban para mantener en la obediencia a los feudatarios de los grandes terrenos.

85. Se encuentran numerosos ejemplos análogos en el Far West americano. *El desperado* deja la comunidad después de una venganza privada que considera legítima o cuando es víctima de una injusticia que las instancias legales resultan incapaces de reparar. El tema ha inspirado numerosos *westerns*, por ejemplo *Jesse James* de Henry KING, y novelas negras, como *Le Desperado* de Clifton ADAMS.

86. Véase Gerald BRENNAN, *Le labyrinthe espagnol*, París, ed. Ruedo Ibérico, 1962, p. 114-115.

Dicho de otro modo, nos hallamos ante un ejemplo típico de cambio completo de función social: de defensores del pueblo, los bandidos pasan a ser los sicarios de sus opresores. Es probable —pero en este punto carecemos de documentación— que el caso sea muy general y que las fuerzas del orden extraigan sus elementos del mismo material humano que el bandidaje. Sea como sea, y éste es el punto que nos importaba precisar, el bandidaje aparece a menudo como una forma de contestación que nace del conflicto entre las formas tradicionales de sociabilidad y el crecimiento del Estado burocrático, policial y justiciero.

Hay una última coyuntura relacionada con el bandidaje que no depende ni de la disolución ni de la imposición de un orden: se sitúa en el interior de un orden reconocido por todos. El caso se produce en los sistemas de despotismo burocrático, cuando no existe, o no funciona, una vía legítima de reivindicación. En China, una comunidad que tenía quejas de la administración local, no podía expresar su descontento más que en forma de una petición a las instancias superiores. Cuando esta vía legal resultaba ineficaz, se presentaba una primera salida ilegal: la resistencia pasiva. Después aparecía una forma de insurrección. Un personaje destacado se consagraba a fomentar una disidencia e imponer a las autoridades la obligación de intervenir y, cuando intervenían, se había planteado el problema inicial. Se llegaba a un compromiso, y sólo se sacrificaba al jefe de la insurrección, para salvar la fachada de las autoridades. Cuando este procedimiento original tampoco funcionaba, el bandidaje se desarrollaba, es decir, que aparecían una serie de insurrecciones fuera de las zonas habitadas. Esto explica la ambigüedad de la palabra china Tsih,[87] que significa a la vez bandido o vagabundo y oponente político, sedicioso, rebelde. Sin llegar siempre hasta estas formas sutiles de negociación con el Estado, el bandidaje chino parece haber reclutado a sus hombres, sobre todo entre las personas víctimas de una injusticia evidente y que no lograban obtener reparación. Es probable que se puedan encontrar fenómenos del mismo tipo en todos los regímenes llamados de despotismo oriental, caracteriza-

87. Confiamos en los sinólogos, confesando nuestra incompetencia. Tomamos estos hechos de Roland Mousnier, *op. cit.*, p. 279-281.

dos por el monopolio del poder, la ausencia de vías legítimas de reivindicación y el límite efectivo impuesto al poder absoluto por las distancias y la ineficacia administrativa.

c) *Las mafias* [88]

Su originalidad responde a la convergencia de los rasgos que fundan otros tipos de contrasociedades. Por una parte, se presentan como organizaciones sociales paralelas, opuestas al orden oficial. En el terreno político, se oponen a un poder considerado como opresor o ilegítimo, y también defienden aspiracines nacionales contra los extranjeros (borbones y piamonteses en Sicilia; mongoles, manchúes, occidentales, japoneses, en China). Constituyen, por este hecho, fuerzas de oposición política. En el terreno económico-social, traducen las aspiraciones de las masas contra la explotación (en Sicilia contra los latifundistas absentistas y los propietarios de las minas de azufre; en China contra los grandes propietarios, que al mismo tiempo son los representantes de la autoridad central). En el terreno cultural, o bien se defienden de las amenazas a las formas de vida tradicionales (Sicilia), o luchan por unas interpretaciones diferentes de la vida en sociedad. En China, las sociedades secretas son la principal fuente de disidencia religiosa y someten a discusión al orden confuciano y las convenciones sociales. «En conjunto son el reflejo de la sociedad establecida, constituyendo, desde hace siglos, la principal fuerza de oposición política y disidencia religiosa.» [89]

88. Hemos dudado largo tiempo en introducir este tipo. Efectivamente, HOBSBAWM, que propone aceptarlo como tal, se contenta con analizar con cuidado la Mafia siciliana, sin aportar otros ejemplos (*op. cit.*, cap. III). No es un tipo, sino un individuo. Por nuestra parte, quedamos sorprendidos por las analogías entre la Mafia siciliana y las sociedades secretas chinas. *Cf.* Jean CHESNEAUX, *Les sociétés secrètes en Chine (XIX^e-XX^e siècles)*, París, Julliard, col. "Archives", 1965. Pero el autor rechaza formalmente la aproximación (p. 270). De hecho, las diferencias son indudables y responden ante todo a la diferencia de los contextos. A pesar de todo, nos hemos decidido a construir un tipo a partir de estos dos ejemplos, con la esperanza de que nuestras investigaciones ulteriores nos permitirán consolidarlo. Si no, abandonaremos nuestra hipótesis con la mejor disposición.

89. Jean CHESNEAUX, *op. cit.*, p. 15.

Un segundo rasgo —que es consecuencia del precedente— es la organización de un orden original. Está caracterizado por una forma de poder de tipo carismático, en el que el jefe dispone de una autoridad absoluta sobre los afiliados. Existe toda una escenografía de ritos, secretos, juramentos de iniciación, que denota tanto la autonomía de las sociedades como fundamenta el poder indiscutible de los jefes. En el caso siciliano, nos sentimos tentados a relacionar esta estructura del poder con el modelo señorial, en que el patrón domina a una clientela. Es probable que, en efecto, la tradición feudal haya facilitado la implantación de este sistema, pero no parece ser una condición necesaria, puesto que también la encontramos en China. La sociedad ejerce sobre sus miembros una jurisdicción propia que castiga con una severidad excepcional cualquier violación del secreto, cualquier traición, cualquier pacto con el poder. Así se funda un verdadero código de honor, cuyos dos ejes son la resolución entre sí de las querellas personales y el rechazo de la delación (es la bien conocida *omerta* siciliana). Paralelamente, las sociedades aseguran la solidaridad mutua de sus miembros, interviniendo en caso de enfermedad, paro, accidente o prisión. Es notable la autonomía de las instancias locales.[90] En la sociedad china más célebre, la Tríada, cada puesto local es independiente y a menudo está constituido por los miembros de una misma familia. En los siglos XIX y XX, el movimiento migratorio chino a Indochina, Indonesia, Malasia, incluso a California y Hawai, provocó una gran difusión de las sociedades, en particular de la Tríada. «Esta difusión sólo consigue acentuar el desmigajamiento y el carácter centrífugo de la sociedad. (...) Una multitud de facciones, a menudo opuestas entre sí, agrupa a los chinos emigrados que vienen de provincias dispersas y hablan dialectos diferentes. A menudo se oponen con rivalidades muy fuertes.»[91]

El reclutamiento de base de las mafias, nos referimos a la baja soldadesca, se hace en las capas marginales de las poblaciones rural y urbana: campesinos sin tierra,

90. En el caso siciliano, la existencia de una instancia suprema rigiendo los destinos de todos los grupos locales no ha podido ser nunca demostrada y parece desprenderse de una novela policíaca. Incluso es cierto que no ha habido nada hasta la Segunda Guerra Mundial.

91. Jean CHESNEAUX, *op. cit.*, p. 50-51.

peones, vagabundos, *coolies*, soldados desmovilizados... Por el contrario, los órganos dirigentes parecen estar en manos de tránsfugas de las clases superiores y medias: grandes porpietarios terratenientes, mercaderes, empresarios, tanto en China como en Sicilia, abogados y hombres de leyes en Sicilia.[92] Desde luego, estos dirigentes defienden ante todo sus propios intereses: dirigir una mafia es un medio para enriquecerse y subir en la escala social, sin hablar del prestigio que se concede a este papel.

El tercer rasgo de la mafia es que constituye una especie de sistema de *gangs* que exprimen a una comunidad. La mafia es siempre parasitaria. En Sicilia, la técnica principal es la de la extorsión de fondos: el que se rehúsa a pagar un «seguro» sobre sus bienes, tiene muchas posibilidades de perderlos; o bien, si se los roban, se los devuelven pagando un rescate. En China, las actividades de las sociedades secretas no se distinguen apenas de las de los bandidos: ataques contra las prisiones, los convoyes del Estado, los locales administrativos; o bien robo a mano armada, rapto de niños para pedir rescate, piratería, perpetrados contra los mandarines, los mercaderes, los hacendados. Así, la criminalidad pura y simple es una dimensión constante. Este rasgo permite interpretar la evolución de las mafias. Cuando, a finales del siglo XIX los liberales acceden al poder en Roma, los objetivos políticos de la mafia siciliana quedan alcanzados. Así, pues, cambia totalmente de naturaleza, para transformarse, por una parte, en grupo de presión política para la distribución de las prebendas y, por otra, en un organismo de *rackett*.[93] Del mismo modo, en China, la Revolución de 1911, que elimina a los manchús, y la aparición de los partidos, sindicatos, asociaciones profesionales y culturales diversas, hacen que las sociedades secretas queden desprovistas de su primera función de oposición política.

Así, la especificidad de la mafia nos parece que reside

92. Importantes en Sicilia para ordenar los conflictos entre granjeros y latifundistas absentistas.

93. Transportada a los Estados Unidos, la mafia será exclusivamente una asociación criminal, de una admirable eficacia, por otra parte. *Cf.* Peter MAAS, *Mafiosi et Mafia*, París, Stock, 1969. En la diáspora china, las sociedades controlan la droga, el juego, la prostitución; se entregan al *kidnapping* y al *racketting;* dirigen los sindicatos.

en la conjunción de estos rasgos: oposición político-social, ramificación de las contrasociedades rígidamente estructuradas y asociación criminal. Cada rasgo, tomado aisladamente, queda explicado en otros fenómenos que hemos analizado o que analizaremos más adelante. Su confluencia sólo se da en esta ocasión. ¿Por qué esta confluencia? En el caso chino, el fenómeno parece estar ligado, bastante evidentemente, con el despotismo burocrático; es una forma original de «oposición de Su Majestad», como apuntaba un observador citado por Jean Chesneaux. Posteriormente se hicieron encuestas para intentar desprender formas análogas en otros países. Si esta prueba no pudiese ser aportada, habría que renunciar a construir un tipo e investigar en las idiosincrasias chinas las razones de tal formación social. En la situación siciliana, el origen de la mafia parece ser la debilidad de un poder central considerado como ilegítimo por ser extranjero. La mafia es otra respuesta, junto al bandidaje y el mesianismo, a una misma situación fundamental. ¿Por qué esta respuesta? Quizá porque la sociedad siciliana tradicional tenía su propia jerarquía y sus propios jefes, que mantuvieron así su poder y sus privilegios. Los responsables de la mafia serían, pues, estas capas sociales que constituyen su esqueleto. Esta hipótesis —no es más que una hipótesis— se ve corroborada por hechos análogos en Andalucía, en la que ya hemos dicho, con Brennan, que existía un bandidaje que recuerda al siciliano. También allí, parece ser que los caciques locales tomaron a su servicio a antiguos bandidos para mantener sus privilegios y oponerse al embargo del Estado central. Pero, por lo que sabemos, la dimensión criminal parece aquí singularmente limitada.

d) *Los milenarismos* [94]

Resolvamos en seguida una cuestión de vocabulario. Las palabras «milenarismo» y «quiliasmo» —sobre todo el adjetivo «quiliástico»— son intercambiables.[95] Desig-

94. La bibliografía es gigantesca. Felizmente, disponemos de las primeras síntesis, todas interesantes aunque desiguales. Sólo citamos las más recientes:

Norman Cohn, *Les fanatiques de l'Apocalypse*, París, Julliard, 1962.

Guglielmo Guariglia, *Prophetismus und Heilserwartungsbewegungen*

nan cualquier movimiento colectivo cuyo eje es la espera del Gran Día. «Mesianismo» tiene un sentido más restringido y se aplica a cualquier movimiento milenarista fundado y dirigido por un mesías inspirado. En la literatura anglosajona, sobre todo, encontramos también el término «nativismo». Mühlmann da de él la siguiente definición: «Un proceso de acción colectiva, llevado por el deseo de restaurar una conciencia de grupo comprometida por la irrupción de una cultura extranjera superior —superior gracias a la evidencia masiva de una "aportación cultural propia". Es el deseo y la voluntad de reaccionar frente a la hegemonía de una cultura extranjera.»[96] Tendremos ocasión de mostrar que esta definición es demasiado restringida y sólo designa a un subtipo; por otra parte, parece ser que la palabra no se ha adaptado al francés. Así, pues, utilizaremos las expresiones tradicionales de milenarismo y mesianismo.

Captar la especificidad de estos fenómenos no presenta excesiva dificultad. No retendremos los puntos de vista de Mühlmann,[97] que ve en el nativismo una infraestructura psicosociológica muy profunda, que sirve de base a tres tipos de fenómenos: el nacionalismo, que aparece como tal a partir del momento en que se formula ideológicamente; las religiones de espera mesiánicas, milenaristas, escatológicas; y finalmente, las revolucio-

---

als völkerkundliches und religionsgeschichtliches Problem, Viena, Horn, 1959.

Eric, J. Hobsbawm, *Les primitifs de la révolte dans l'Europe moderne*, (cap. IV-V-VI), París, Fayard, 1966.

Vittorio Lanternari, *Les mouvements religieux des peuples opprimés*, París, Fr. Maspero, 1962.

Wilhelm Mühlmann, *Messianismes révolutionnaires du Tiers Monde*, París, Gallimard, 1968.

Maria Isaura Pereira de Queiroz, *Réforme et Révolution dans les sociétés traditionnelles. Histoire et Ethnologie des mouvements messianiques*, París, Antrophos, 1968.

S. L. Thrupp (bajo la dirección de), *Millenarial dreams in action. Essays in comparative study*, La Haya, Mouton, 1963.

Todas estas obras están acompañadas por bibliografías copiosas, a las que sólo nos referiremos para una encuesta profunda. Por falta de espacio, no tomaremos ningún ejemplo. Es suficiente con abrir la obra de Lanternari —que no es más que un gran fichero— para tenerlos con profusión.

95. Ambas significan mil, una en latín, la otra en griego.

96. W. Mühlmann, *op. cit.*, p. 15.

97. *Ibid.*, p. 11.

nes. Dentro de una concepción semejante,[98] la especificidad de los milenarismos queda muy oscura. La señora Pereira de Queiroz[99] retiene los siguientes rasgos:

— La redención es colectiva; debe haber todo un grupo de adeptos que sea el beneficiario.

— La redención es terrestre; transformará el mismo mundo profano; no se trata de transportar a los elegidos a un paraíso sobrenatural y extraterrestre.

— La redención es inminente y llegará de repente.

— La redención modificará totalmente el mundo profano, que se volverá perfecto para siempre.

— La redención será instaurada por una divinidad reencarnada, o bien por medios religiosos, mecánicos o no (danza, absorción de drogas...).

— Presencia o ausencia de un mesías.

Norman Cohn,[100] por su parte, retiene los caracteres siguientes:

— La salvación prometida es terrestre y colectiva.

— Carácter ilimitado de los objetivos y las promesas.

— Valorización de un conflicto, considerado como el paso cataclísmico hacia un universo transfigurado.

— La salvación concierne a una colectividad dada; todas las demás son lanzadas a las tinieblas exteriores.

Es inútil multiplicar las citaciones: todas toman más o menos los mismos rasgos. Excepto uno, sistemáticamente olvidado porque es demasiado evidente, y que nos parece fundamental, sin embargo: la salvación no se conquista por medios apropiados, sino que es *concedida* en una catástrofe salvadora. Así, pues, siempre hay una extraordinaria desproporción entre los objetivos perseguidos y la indigencia de los medios que se utilizan. Proponemos retener los rasgos pertinentes siguientes, cuya suma define la especificidad de los milenarismos:

1. Desproporción máxima entre los fines perseguidos y los medios disponibles.
2. Carácter ilimitado de los objetivos y las promesas.
3. Valorización de un conflicto, considerado como el

98. Que, por otra parte, gira en torno a la flogística o la hipóstasis...

99. M. I. Pereira de Queiroz, *Millénarismes et messianismes*, en "Annales E.S.C.", 19 (1964), n.º 2, p. 330.

100. N. Cohn, *op. cit.*, p. 294. Recordemos que este libro sólo se interesa en los movimientos medievales, si bien están excluidos los movimientos italianos.

paso cataclísmico hacia un universo transfigurado. Incluso en ausencia de un conflicto determinado, es necesaria la catástrofe.

4. Aspecto colectivo de la salvación.
5. La salvación prometida es terrestre.

Todos estos rasgos están relacionados entre sí por una lógica profunda. La relación fines-medios es siempre complementaria y constituye una especie de suma algebraica; cuando los medios tienden hacia cero, los fines tienden al infinito. Un cínico afirmaría que cuanto más impotente es un grupo, más ilusiones se hace. En el caso presente, la desproporción es máxima, es decir, que los grupos tratados son objetivamente impotentes. El fondo del asunto es un movimiento de rebelión de un grupo, presionado por una insondable desesperación y que busca su identidad. El segundo rasgo resulta del primero: cuanto más profunda es la desesperación, más desmesurada tiene que ser la esperanza para hacer el contrapeso. El tercero también es necesario. Un milenarismo se erige en *contra* de un orden determinado; esta rebelión está destinada a fundar un cuadro social que restablezca un equilibrio perturbado. Así, pues, nos encontramos en el terreno del conflicto, que supone la definición de *dos* campos antagónicos. En cuanto al aspecto catastrófico del paso,[101] es una solución lógica a la antinomía fines-medios. A nivel formal, la solución se presenta como un cambio de signos: el presente es un negativo puro, el porvenir será pura positividad. Así, pues, la mejor imagen de este trastorno abstracto es la catástrofe salvadora. El cuarto rasgo se impone con evidencia, desde el momento en que el milenarismo surge en un grupo amenazado en su integridad y que quiere sobrevivir en el terreno imaginario. El último rasgo es el más problemático. Efectivamente, a simple vista, no hay ninguna razón decisiva para que la salvación prometida no sea extraterrestre. Sólo se nos presenta una explicación razonable: la salvación en el más allá sólo puede ser individual, pues supone este paso específico que es la muerte. Así, fundar una esperanza sobre la muerte de todo el grupo parece absurdo, pues se trata precisamente de afirmar su permanencia.[102]

101. Es muy variable: inundación, peste, hambre, guerra, invasión, parusía...

102. Esta hipótesis puede ser confirmada por las manifestaciones

En definitiva, la raíz del fenómeno radica en una situación objetiva, que es la perturbación mortal que se abate sobre un grupo. La respuesta específica a un atentado de este tipo supone un medio conductor particular, que podríamos llamar, con Mühlmann,[103] carismático. Con este término, el autor designa un medio caracterizado por la efervescencia colectiva, la creencia en los milagros y prodigios, una sensibilización extrema a los signos, una agitación colectiva, cuyas manifestaciones constantes son, bien el errabundeo, bien la danza. La efervescencia sólo puede alcanzar un punto de fusión suficiente en un grupo restringido: cuanto más próximos físicamente están los individuos, más fácilmente se funden en una colectividad incandescente. Por ello, los movimientos milenaristas sólo cuentan, como máximo, con algunas decenas de millares de participantes. Así vemos que una condición favorable es una estructura segmentaria de la sociedad, o sea, la yuxtaposición de pequeñas unidades coherentes: tribus, comunidades agrarias, minorías marginales... Cuando el movimiento consigue la adhesión de una sociedad más amplia,[104] se transforma necesariamente, institucionalizándose, jerarquizándose, racionalizándose.

La extensión de estos movimientos es extraordinaria, en el tiempo y en el espacio. La mayoría de los autores parecen no dudar en atribuirla a la influencia judeocristiana, arquetipo de los milenarismos. Y, de hecho, la hipótesis se confirma casi siempre: los movimientos aparecen, o bien en el interior del área cultural judeocristiana (e islámica), o bien en las zonas que ésta ha alcanzado. Desde luego, hay que tener en cuenta que a partir del siglo XVI, el que se extendió por todo el mundo fue Occidente y no China o India. Dicho de otro modo, ¿hay que atribuir los milenarismos a Occidente como agresor perturbador o como cristiano? Es necesario y suficiente que aparezcan milenarismos fuera de toda influencia cristiana, para que la causa se entienda y los milenarismos

---

suicidas que aparecen en ciertos movimientos. Así la inmolación por el fuego, frecuente en los movimientos rusos del siglo XVII. Además, estos suicidios son individuales; incluso aunque den lugar a verdaderas epidemias: nunca son colectivos.

103. *Op. cit.*, p. 186-187.

104. Como el cristianismo consiguió la del Imperio Romano.

surjan allí donde se encuentre un grupo víctima de una crisis intensa, respecto a su identidad, sin salida realista a una situación semejante. Por otra parte, existen algunos ejemplos. Citaremos tres, irrecusables. Primero la rebelión de Aristonicos en Pérgamo en el año 133 antes de J.C.[105] Prometía a sus tropas —principalmente esclavos fugitivos, de retorno a sus lugares— la ciudadanía en la ciudad igualitaria del Sol, de donde proviene el nombre de heliopolitanos, con que se les designa.[106] Seguidamente, el movimiento de los Turbantes Amarillos, que arrasó el norte de China alrededor del año 180 d. de J.C., sobre el fondo trágico de la descomposición de la dinastía de los Han.[107] Finalmente, los movimientos migratorios de los Tupi-Guarani del Brasil, milenarismo caracterizado, sin contacto perceptible con los portugueses.[108] Así, pues, nos parece ya razonablemente establecido que la superposición general de los milenarismos y la influencia judeo-cristiano-islámica, es debida, si no a la casualidad, por lo menos a la expansión política y no a una influencia directa e indispensable de la ideología nacida en Oriente Medio. De todos modos, la explicación «difusionista» es, como siempre, una falsa explicación, pues habría que saber por qué todos los pueblos que tuvieron contacto con Occidente eligieron siempre con una infalible seguridad los elementos milenaristas del mensaje judeo-cristiano. La respuesta evidente es que eran éstos los elementos que estaban esperando y así pudieron ahorrarse el esfuerzo de producirlos por sí mismos.

La especificidad y la unidad de los milenarismos están bien establecidas. La mayoría de los autores se limitan a ellas y pasan directamente al estudio de las

105. Encontraremos una puesta a punto reciente sobre esta rebelión, que, desgraciadamente, nuestras fuentes de información dejan sólo entrever, en Claude Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, Presses Universitaires de France, 1969, p. 193-201.

106. Aristonicos ha podido inspirarse en la obra de un "novelista" sirio, Iambulos, que fundaba su proyecto igualitarista sobre el hecho de que el sol luce igualmente para todos. Estuvo también influenciado por el filósofo estoico Blossius de Cumes, que había sido aconsejado por Tiberio Graco y huyó a Pérgamo a la muerte de éste. El movimiento fue aplastado por una expedición romana en el año 129 a. de J.C.

107. Étienne Balazs, *Bureaucratie céleste*, París, Gallimard, 1968, p. 75-77 (con indicaciones bibliográficas).

108. Alfred Métraux, *Les migrations historiques des Tupi-Guarani*, París, Maisonneuve Fr., 1927.

variables que explican su aparición [109] y de los elementos que las constituyen: ideología, reclutamiento, aspectos psicológicos, estructuras sociales, evolución...[110] Ahora bien, el análisis de cualquier muestrario de movimientos conduce a la sugerencia, tras la unidad real, de una diversidad bastante segura. Sólo la señora Pereira de Queiroz abordó a fondo el problema de la tipología de los milenarismos. Propone «buscar el lugar que los movimientos mesiánicos ocupan en este capítulo de los estudios sociológicos que se llama la dinámica social».[111] Construye tres tipos, que llama nacionalistas, reformistas, y revolucionarios o subversivos. Desgraciadamente, la conceptualización utilizada y la dudosa información [112] hacen que nos sintamos escépticos respecto a la validez de esta construcción.

Como consecuencia, proponemos apoyarnos en el criterio de la «situación» histórica. A partir de ella, se dibujan tres subtipos, clasificados en función de su mayor o menor frecuencia.[113] La situación más corriente es la incorporación de una unidad político-social a un conjunto imperial, con cambio profundo de civilización. Así, podemos hablar, a condición de evitar el anacronismo, de rebelión «nacionalista». A este subtipo pueden relacionarse los diferentes movimientos de la Antigüedad, empezando por el primero de todos: la rebelión de los Macabeos contra los Seleucidas, así como todas las erupciones que sacudieron a las provincias romanas, sobre todo a partir del siglo III. También relacionaremos los innumerables movimientos surgidos en los imperios coloniales durante los siglos XIX y XX. La primera función del milenarismo parece ser la de devolver la esperanza a la comunidad instaurando un poder nuevo, más eficaz que el poder que ha sufrido la pérdida de la independencia.[114] En la lógica del movimiento, que tiene como objetivo la reconquista de la identidad,

109. Abordaremos algunas en el capítulo IV.

110. Las esbozaremos en el capítulo V.

111. M. I. Pereira de Queiroz, *op. cit.*, p. 14.

112. En particular, la Antigüedad queda ignorada y los movimientos medievales son decretados ¡"nacionalistas"!

113. Precisemos enseguida que esta clasificación no reposa sobre un análisis estadístico, sino sobre impresiones.

114. Aquí nos inspiramos en una observación de Georges Balandier, *Anthropologie politique*, París, Presses Universitaires de France, col. "SUP-Le Sociologue", 1967, p. 142-144.

la toma en consideración de la eficacia de los medios tiene que intervenir en cierto momento, si no el fracaso es seguro —y muy frecuente, por no decir constante—. Por consiguiente, los movimientos que logran su objetivo se transforman en profundidad y no conservan más que un recuerdo evanescente de sus orígenes milenaristas.[115]

Existe una segunda situación que está ligada a un desequilibrio que se produce en el interior de una sociedad global. El desequilibrio puede ser debido a una mutación política (por ejemplo, la constitución del Imperio Romano a partir de una ciudad), o económica (por ejemplo, el renacimiento de los intercambios en Occidente, a partir del siglo XI). Algunos elementos son expulsados de las estructuras tradicionales, como los campesinos que fracasan en las ciudades medievales. O bien ocurre que el cuadro espacial, político y cultural se encuentra modificado hasta tal punto, que los individuos son incapaces de adaptarse y se encuentran como descentrados. El milenarismo constituye una contrasociedad destinada a proponer un cuadro adecuado de socialización. Por su contenido religioso, apunta a lo universal y proyecta investir la sociedad global. Ésta termina siempre por reaccionar e intenta quebrar esta contrasociedad.[116] Los movimientos medievales estudiados por Norman Cohn pertenecen en gran parte a este subtipo. También los encontramos en la época contemporánea.[117]

Hay una tercera situación: la de los marginales que

115. Véase un ejemplo extraordinario de movimiento mesiánico que desembocó en una verdadera empresa de desarrollo económico y social, en Wilhelm MÜHLMANN, op. cit., p. 136-141. Se trata del movimiento Paliau, que nació en 1946 sobre la isla de Manus, en el norte de Nueva Guinea.

116. El éxito es constante. El único gran ejemplo de milenarismo de este segundo subtipo que ha conseguido triunfar es el cristianismo. El principio de explicación nos parece que tiene que buscarse en un vacío espiritual terrorífico de la élite romana salida de las conquistas y de las guerras civiles. Explicación que debería ser profundizada y a la que contamos volver un día. Más modestamente, un milenarismo del subtipo considerado puede ganar cierta consistencia cuando los elementos nacionalistas lo refuerzan. Así los taboristas de Bohemia se beneficiaron de los sentimientos antialemanes de los checos.

117. El más célebre —o el más estudiado— es el movimiento lazaretista del Monte Amianta en Toscana, que explotó en 1868. *Cf.* Eugenio LAZARESCHI, *Davide Lazaretti, il messia dell'Amiata*, Bérgamo, 1945. O bien, más accesible: Jean SEGUY, *David Lazarretti et la secte apocalyptique des Giurisdavidici*, en "Archives de sociologie des religions", 5 (1958).

se encuentran entre dos formas de socialización, tan desplazados en un marco como en otro; además, se encuentran en la imposibilidad efectiva de volver a su comunidad de origen y también de integrarse a la sociedad nueva, a cuya puerta van a llamar. El ejemplo más notable es el de los negros americanos, que dejaron sus pueblos o ciudades del sur para aglomerarse en los *ghettos* de las grandes ciudades del norte, en particular en Harlem. En Africa del sur encontramos la misma situación; en sus suburbios se amontonan los trabajadores negros escapados de sus tribus, pero rechazados por los blancos.[118] Aquí también, los milenarismos constituyen contrasociedades, pero sirven de punto de reunión, de refugio, de centro de tránsito. Muchas veces, simplemente se pasa por ellas, como por un centro de recuperación social. Este mismo mecanismo ha funcionado, a todo lo largo del siglo XX, para los inmigrantes de Europa, por lo menos para los que tenían dificultades en agregarse a su nuevo universo, sin tener la posibilidad o la voluntad de volverse atrás. Por lo que sabemos, no se observan milenarismos en las barracas suburbanas de los países subdesarrollados. Tal vez esta impresión esté relacionada con algunas lagunas de nuestra información, pero en el caso de confirmarse indicaría que las divisiones fundadas sobre las clases y las diferencias de civilización juegan un papel menor que las fundadas en la raza. Dicho de otro modo, podríamos avanzar la hipótesis de que la probabilidad del milenarismo es tanto más fuerte cuanto que los marginales constituyen potencialmente grupos sociales coherentes y autónomos. En este caso, nuestro subtipo de la recuperación se aproximaría al subtipo nacionalista.

El último subtipo es muy particular.[119] Interviene en un estado de ausencia o de relajación de los lazos sociales, en zonas y períodos de población esporádica, lejos de los centros de organización política. Así encontramos de nuevo las zonas fronterizas, que ya nos han dado ciertos subtipos de bandidaje y el «desesperadismo».

118. Jacqueline EBERHARDT-ROUMEGUERE, *Messianisme en Afrique du Sud*, en "Archives de sociologie des religions", 4 (1957); Katesa SCHLOSSER, *Eingeborenenkirchen in Sud- und Südwestafrika*, Kiel, 1958.

119. Nos hemos inspirado para este segundo subtipo en los análisis, muy notables, de la señora Pereira de Queiroz sobre los mesianismos brasileños.

Aquí los mesías tienen un papel muy importante de legisladores a la antigua. Después de un período errante más o menos largo, período de predicación y reclutamiento, terminan por fijarse y crear una Ciudad Santa con su pueblo. Empieza una nueva fase, radicalmente diferente, de institucionalización, de paso al rito, a las reglas, a las actividades económicas.[120] Estos movimientos están poco amenazados, por la misma razón de la debilidad de la empresa estatal que los ha hecho surgir. Así pues, son pacíficos, para convertirse en belicosos cuando, eventualmente, el Estado les ataca. Es corriente encontrar milenarismos análogos en otras zonas fronterizas. Así en Rusia,[121] y en los Estados Unidos de antaño, cuyo ejemplo más célebre es el de los mormones.[122]

120. Ciertas comunidades brasileñas son particularmente prósperas.

121. Encontraremos ejemplos en: Guglielmo GUARIGLIA, *Il messianismo russo*, Roma, 1956; Emmanuel SARKISYANZ, *Russland und der Messianismus des Orients* (Sendungsbewusstsein und politischer Chiliasmus des Ostens), Tübingen, 1955; P. KOVALEVSKY, *Messianisme et millénarisme russe?*, en "Archives de sociologie des religions", 5 (1958), p. 47-70.

122. Véase Henry DESROCHE, *Micromillénarismes et communautarisme utopique du Nord, du XVII^e au XX^e siècles*, en "Archives de sociologie des religions", 4 (1957); W. J. MACNIFF, *Heaven on earth. A planned Mormon society*, Oxford, 1940; Th. F. O'DEA, *The Mormons*, Chicago, 1957. Además, una curiosidad histórica, que se remonta al siglo XVI: J. L. PHELAN, *The Millenial Kingdom of the Franciscan in New World. A Study of the Writings of J. de Mendieta, 1525-1604*, Los Angeles.

Capítulo 3

TIPOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES POLÍTICAS

Recordemos que por revoluciones entendemos los movimientos de contestación que consiguen apropiarse del poder. También debemos precisar que ignoramos totalmente lo que hay que entender por la Revolución y que en estas páginas no se encontrará ninguna aclaración sobre este tema. Nos apoyaremos ante todo en un material histórico extraído de los últimos siglos de la historia occidental. Principalmente para no alargar excesivamente la exposición. Pero la mayoría de los análisis que seguirán pueden ser aplicados a las demás sociedades con muy poca dificultad.

Creemos que es imposible servirse de un criterio único para distinguir a los diferentes tipos. Efectivamente, estos acontecimientos son siempre lo bastante complejos como para poder soportar varios análisis. Hay una pluralidad de criterios —nosotros utilizaremos nueve— igualmente legítimos, pues en una revolución los encontramos todos. Seguiremos el procedimiento de pasar revista a cada uno de estos criterios, antes de agruparlos, buscando si algunos están relacionados por una necesidad interna. Creemos poder alcanzar cierta exhaustividad utilizando los siguientes puntos de vista: intensidad, móviles, caída del poder, toma del poder, desarrollo, fiesta, actores, ideología y resultados.

A) *LA INTENSIDAD*

El investigador no dispone de instrumentos para medirla con precisión. Sin embargo, podemos percibir, incluso groseramente, diferentes situaciones que están relacionadas con la amplitud de las transformaciones ope-

Capítulo 3

TIPOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES POLÍTICAS

Recordemos que por revoluciones entendemos los movimientos de contestación que consiguen apropiarse del poder. También debemos precisar que ignoramos totalmente lo que hay que entender por la Revolución y que en estas páginas no se encontrará ninguna aclaración sobre este tema. Nos apoyaremos ante todo en un material histórico extraído de los últimos siglos de la historia occidental. Principalmente para no alargar excesivamente la exposición. Pero la mayoría de los análisis que seguirán pueden ser aplicados a las demás sociedades con muy poca dificultad.

Creemos que es imposible servirse de un criterio único para distinguir a los diferentes tipos. Efectivamente, estos acontecimientos son siempre lo bastante complejos como para poder soportar varios análisis. Hay una pluralidad de criterios —nosotros utilizaremos nueve— igualmente legítimos, pues en una revolución los encontramos todos. Seguiremos el procedimiento de pasar revista a cada uno de estos criterios, antes de agruparlos, buscando si algunos están relacionados por una necesidad interna. Creemos poder alcanzar cierta exhaustividad utilizando los siguientes puntos de vista: intensidad, móviles, caída del poder, toma del poder, desarrollo, fiesta, actores, ideología y resultados.

A) *LA INTENSIDAD*

El investigador no dispone de instrumentos para medirla con precisión. Sin embargo, podemos percibir, incluso groseramente, diferentes situaciones que están relacionadas con la amplitud de las transformaciones ope-

radas o hechas posibles por la revolución. Pasando de la menos a la más intensa, tenemos:

— *Substitución del personal dirigente* (int. 1) en la cima de la jerarquía. Se trata de las revoluciones de palacio y de los golpes de Estado militares en el interior de un régimen militar.

— *Substitución de las reglas del juego político* (int. 2), sin que, en otros sectores de la sociedad, se puedan notar cambios mayores. El caso es muy raro y, en cierto modo, ejemplar. En esta categoría incluimos la Revolución de 1688, que los ingleses llaman acertadamente *The Glorious Revolution.* Y la Revolución por la Independencia americana, incluso teniendo en cuenta que la substitución de las reglas requirió una guerra: pero esta guerra sólo produjo un cambio notable en el sistema político. Es posible que Checoslovaquia hubiera conocido una revolución de este tipo, determinada por la instauración de un nuevo régimen político de tipo pluralista, si...

— *Substitución de las reglas del juego político y de la élite dirigente* (int. 3): tenemos la aparición de un nuevo personal político, reclutado entre las capas nuevas (1830) o animado de intenciones diferentes (1848, mayo de 1958). Esta intensidad caracteriza generalmente a las revoluciones francesas y muchos golpes de Estado militares.

— *Transtorno político y social* (int. 4): lo encontramos en las «bellas» revoluciones, célebres y exaltadoras, las que provocan el mito, empezando por las «tres gloriosas»: inglesa, francesa y rusa. La Revolución Mexicana entra también en este tipo. Se caracteriza por: el cambio de las reglas del juego político y de la élite dirigente; el transtorno en la escala de valores, en la jerarquía y las relaciones de los grupos sociales; las transformaciones en las relaciones internacionales, a través de las modificaciones introducidas en el tablero de las fuerzas internacionales.

— *Cambio de civilización* (int. 5): aquí nos encontramos en el límite de la mutación, lo cual significa que hay mutaciones violentas y mutaciones orgánicas. La Revolución meiji, las Revoluciones China y Cubana están dentro de este tipo. Introducen una ruptura entre el pasado y el porvenir a todos los niveles y en todos los terrenos. Es probable, en la medida en que los países del

Tercer Mundo conocen y conocerán revoluciones, que sean de este tipo.

B) *LOS MÓVILES*

¿Por qué combaten los hombres el orden establecido? ¿Cuáles son los sentimientos que los animan, además de los que se desprenden a nivel de la unidad? ¿A través de qué trastorno psicológico, algunos miembros de la sociedad, hasta aquel momento tranquilos y sumisos, se insurreccionan? Hay que olvidar la ambición, no porque no se encuentre presente, sino porque, al hallarse en todo hombre político, revolucionario o no, no tiene nada de específico. Parece que encontramos, con una frecuencia notable, los móviles siguientes:

— *El odio al ocupante:* es el móvil más constante y el más eficaz. Es especialmente activo cuando hay una presencia física y localizable del extranjero. Las colonias europeas reunían las condiciones ideales. Por el contrario, es más difícil desembocar en una acción eficaz cuando se trata de una abstracción impalpable como el «capitalismo», el «imperalismo» o el «comunismo»: tenemos más posibilidades de mantener una psicosis obsesiva que una revolución. De lo que se deduce que esta técnica de agitación es útil a los gobernantes, desviando la cólera popular hacia un emisario imaginario y confiriéndoles la legitimidad de los defensores de los intereses colectivos. Esto es lo que ocurre en América Latina en este momento.

— *La humillación:* va siempre unida a una derrota militar. Los ejemplos recientes abundan: Francia en 1870 y 1871, Alemania y Austria-Hungría en 1918, en parte Rusia en 1917, Francia en 1940.

— *La desesperación:* se instala cuando sucede una catástrofe particularmente grave, principalmente de orden económico, y los hombres se encuentran en una situación insoportable. Este sentimiento da toda una gama de fenómenos marginales: guerras serviles, campesinas, rebeliones plebeyas... Por el contrario, no hay ningún ejemplo de que la desesperación haya jamás provocado una revolución política. Sin embargo, contribuye a dar su carácter masivo y popular a una revolución.

Por ejemplo, tenemos los días de la Revolución Francesa, 1830, 1848, Alemania de 1930 a 1933. Inversamente, una revolución sólo se convierte en popular cuando una crisis lo suficientemente profunda lleva a gran parte del pueblo a la desesperación.

— *El miedo:* se convierte en un sentimiento social eficaz cuando alcanza a grupos importantes amenazados en sus posiciones. El caso más favorable es la percepción de una amenaza *exterior* insidiosa, que desencadena los fenómenos conocidos como «neurosis de espionaje»: por todas partes hay traidores y sobre todo en los organismos dirigentes. No se sabe de ninguna revolución que haya salido de este sentimiento; el ambiente que rodeó el asunto Dreyfus en sus principios y, sobre todo, el maccarthysmo son los hechos que más se le aproximan. También puede existir una amenaza *interior,* al subir nuevas fuerzas sociales que someten a discusión los estatutos tradicionales. La República de Weimar y las clases medias alemanas, o bien la ola *poujadista* de 1956 son unos ejemplos. Desde luego, para que surjan estas amenazas internas, es necesario que una mutación se encuentre en marcha. Pero esta mutación es general y no crea situaciones revolucionarias en todas partes. Por consiguiente, el miedo es siempre simplemente un factor entre otros.

— *La opresión:* esta palabra designa una situación y un sentimiento de los más imprecisos. Efectivamente, en último término, cualquier situación es opresiva, puesto que impone siempre algún límite a los deseos. Además, la arbitrariedad de las instituciones hace que sean siempre opresivas. La consecuencia es que el descontento debe ser la cosa mejor compartida del mundo. El descontento sólo se convierte en eficaz y la opresión en insoportable —además del caso ya estudiado de ocupación extranjera—, cuando se produce una agravación, aunque sea mínima, de la opresión generalmente aceptada en una sociedad. El caso más general es el del fortalecimiento del Estado a través de la administración y la tributación. Ya hemos citado las Revoluciones Inglesas del siglo XVII y los inicios de la Revolución Francesa. Por el contrario, la opresión económica —en la medida en que no pretende designar más que la desigualdad en la distribución de los bienes escasos— no interviene apenas.

— *La envidia o el resentimiento:* es un sentimiento vago, cuya importancia sin duda se ha exagerado. Efectivamente, para que se dé la envidia, es necesaria una concurrencia de deseos en un mismo bien. Por otra parte, el deseo está determinado por la escala de valores, variable según los grupos sociales. De lo que se desprende —y es una experiencia histórica y cotidiana— que la envidia juega poco entre los grupos sociales, más en el interior de los grupos y sobre todo en las zonas de contacto entre grupos. No tenemos ningún ejemplo de que este sentimiento se haya revelado lo suficientemente potente para lograr una ruptura del sistema social, lo cual no significa que *en ocasión* de una ruptura, la envidia no se desarrolle. Es posible que con la tendencia al igualamiento de las condiciones y al pluralismo cultural en el interior de los grandes grupos sociales, las sociedades industriales vean cómo se desarrollan la envidia y el resentimiento: todo ocurre como si todo el mundo se encontrara en una zona de contacto entre grupos. En el peor de los casos, una situación tal debería conducir a una multiplicación de los conflictos locales; es difícil precisar el modo en que estas envidias contradictorias podrían, *por sí mismas,* someter a discusión el orden establecido.

— *El rechazo del despilfarro:* sentimiento extremadamente frecuente, en los lugares en que se plantean a la sociedad problemas mayores. La importancia, la incapacidad o la inconsciencia de la élite dirigente determinan una especie de repulsión respecto a ella y hacen que se desee y acepte un régimen más eficaz.[1] La República de Weimar constituye un caso límite: el régimen se había organizado tan mal y había afrontado tan torpemente problemas tan graves, que la mayoría absoluta de la población se oponía a él. En el momento actual, este sentimiento tiende a darse frecuentemente en los países subdesarrollados y constituye la justificación de todos los golpes de Estado militares.

Los móviles movilizan, queremos decir que son tanto más eficaces cuanto mayores son las porciones de la población que conquistan. Este criterio cuantitativo per-

1. En virtud de la ilusión extremadamente entendida que hace confundir eficacia y monopolio político, un régimen más eficaz es casi siempre un régimen fuerte.

mite introducir una jerarquía de valores entre los móviles. El móvil más eficaz y el más extendido es, desde luego, el odio al ocupante. La humillación, el miedo y el rechazo del despilfarro son los que le siguen, casi al mismo nivel. La opresión concurre pocas veces, pues, para ser eficaz, tiene que ser experimentada por la élite, opuesta al poder central. Eventualmente puede ser eficaz en el caso de regímenes despóticos, aberrantes del tipo frecuente en el Caribe, ¡y aún! En cuanto a la desesperación y la envidia, intervienen, en general, una vez iniciado el movimiento revolucionario. En este caso, la desesperación, sobre todo, puede conquistar a amplias porciones y jugar un papel importante.

C) *LA CAÍDA DEL PODER*

Una revolución, por definición, tiene relación con el traspaso de los poderes. Se trata de una lucha entre el poder constituido y los grupos que desean conquistarlo. La caída del poder, pues, no puede verse separada del momento de su toma, ya que estos dos procesos están ligados en un combate en el que nada es secundario, pues los imponderables pueden revestir una enorme importancia. A nivel tipológico sólo podemos anotar los rasgos generales. De parte del poder constituido, se pueden distinguir cuatro modalidades:

— *El hundimiento* puro y simple de un régimen político, que desaparece casi instantáneamente, sin combatir. Esta es la amenaza de los regímenes particularmente ilegítimos, porque están impuestos por el extranjero, o porque son ineficaces o aberrantes. El caso es raro, pues raros son los regímenes que no se apoyan en alguna fuerza interna. La Revolución húngara de 1956 ilustra perfectamente este caso. Es evidente que un régimen pluralista no puede sufrir un transtorno semejante, pues el hundimiento simultáneo de todos los centros de decisión es muy improbable.

— *La dimisión* amenaza a un poder desmoralizado y que no intenta defenderse. Ocurre frecuentemente en el caso de un poder personal o carismático envejecido, salido de una revolución reciente, o en el de un régimen débil y poco eficaz. Francia ha conocido este proceso

varias veces: en febrero de 1848, septiembre de 1870, junio de 1940 y mayo de 1958. Una forma especial de dimisión es la de un poder que renuncia a defender sus posesiones exteriores. Esta dimisión puede ser consecuencia de una debilidad intrínseca (por ejemplo en Austria en 1848), o de un cálculo racional que confronta los costos y los provechos. Un cálculo semejante, que, por un lado, registra los gastos militares, administrativos, de desarrollo y de instrucción, y, por el otro, los provechos obtenidos de la explotación del suelo, del subsuelo y de la mano de obra, llega necesariamente a la conclusión de que la colonización no es rentable. Además, la convicción se refuerza por la posibilidad, una vez concedida la independencia, de continuar intercambiando ventajosamente sin contrapartida. Se concibe que los imperios coloniales se hayan disuelto sin que las metrópolis se hayan preocupado mucho en mantenerlos. La resistencia sólo fue importante allí donde una minoría importante de nacionales se había instalado y había conseguido ganar para su causa a una fracción de la élite dirigente (caso de Argelia). Es evidente que un gobierno puede descuidar el cálculo económico y unir su prestigio a la conservación del imperio; en este caso, la prosperidad de la metrópolis saldrá perjudicada (caso de Portugal).

— *La división de la élite dirigente* —que ya hemos señalado en varias ocasiones— conduce casi necesariamente a la revolución. Puede responder a la naturaleza del régimen (República de Weimar), o a un problema preciso (descolonización en Francia, guerra en Rusia) o a problemas de valores. El caso más favorable es una división en partes sensiblemente iguales que se paralizan una a otra; el caso extremo es la guerra civil (por ejemplo, la Guerra de Secesión o la Guerra de España). De manera más sutil, el poder puede quedar vacío de su substancia porque la élite dividida se retire de la escena política, por la emigración al interior y la huida social (ejemplos ya señalados del Bajo Imperio Romano y del fin de los Han).

—Un caso muy particular y a menudo eficaz de revolución, es la *división de la élite dirigente seguida de la victoria de una fracción.* El poder se transmite sin quedar vacante en ningún momento; todo ocurre en la cumbre de las altas esferas dirigentes, con mínima par-

ticipación del pueblo. Un caso ejemplar es la Revolución meiji.[2] Opuso a dos fracciones de la élite sobre la actitud a adoptar frente al contacto con Occidente y la apertura del país. La división desembocó en una guerra civil, pero que se limitó a los Grandes, a los *daïmios*.

Son muy frecuentes las revoluciones de palacio, normalmente en regímenes despóticos. Sin remontarnos a los despotismos de antaño, recordemos la caída de Beria y la de Jruschev. En régimen de partido único, esto se traduce por un cambio de mayoría en provecho de un equipo nuevo; así, en Polonia en 1956 y en Checoslovaquia en enero de 1968. La Revolución Cultural China presenta un caso notable. Por lo que podemos saber en este momento, un conflicto opuso, *en la cima*, a dos fracciones de la élite dirigente, una que centraba los esfuerzos en el desarrollo económico, o sea en la disciplina, la jerarquía de los poderes y las competencias, la otra en la voluntad de efervescencia revolucionaria que hay que regenerar regularmente. La victoria se decidió *antes* de la Revolución Cultural en provecho de la fracción (la de Mao Tse-tung) que había conseguido la adhesión del ejército. Seguidamente, y *desde arriba*, se convocó a la base, y más concretamente a la juventud, para proceder a una gigantesca depuración, cuya principal víctima fue el partido. Este fenómeno de revolución dentro de la revolución, o de alentarla desde lo alto, no es totalmente inédito. Así las «leyes de ventoso» presentadas por Robespierre, Saint-Just y Couthon, que apuntaban a una gigantesca expropiación de los poseedores (es decir las centenas de millares de sospechosos encarcelados), en beneficio de un pequeño campesinado, que habría constituido el armazón de una ciudad ideal de pequeños propietarios-explotadores. En el mismo sentido podríamos interpretar el voluntarismo stalinista de los planes quinquenales y la colectivización de las tierras. Cada vez, un proceso semejante supone la eliminación de algunas fracciones de la élite dirigente. Stalin y Mao Tse-tung ganaron, uno gracias a la policía, el otro gracias al ejército y la juventud; Robespierre fracasó, falto de una base política suficiente.

2. Paul Akamatsu, *Meïji, 1868. Révolution et contre-révolution au Japon*, París, Calmann-Lévy, 1968.

D) *LA TOMA DEL PODER*

Podemos distinguir varias técnicas, en función de su eficacia más o menos grande:

— *El golpe de Estado militar:* cuando está bien preparado, llevado con decisión y rapidez, es la técnica más eficaz y la menos sangrienta. Bien preparado, lo que significa no sólo una minuciosa puesta a punto cronometrada de las operaciones y la determinación de los centros neurálgicos de los que hay que apoderarse (ministerios, central telefónica, radiodifusión, aeropuertos, hombres políticos susceptibles de reunir una oposición...), sino también y sobre todo el acuerdo o la neutralidad de los jefes del ejército, por lo menos el del arma dominante.[3] Cuando los jefes del ejército están de acuerdo, no tenemos ejemplo de ningún golpe de Estado que haya fracasado (evidentemente, sin intervención exterior). Por el contrario, cuando el propio ejército está dividido, o bien surge el fracaso (Francia, 1961; Indonesia, 1965), o bien se produce la guerra civil (España, 1936). Por regla general, el pueblo no interviene; sólo al día siguiente para gritar de entusiasmo. Sin embargo, hay algunas excepciones. Cuando un jefe de ejército decide hacer secesión y apropiarse del poder, puede verse obligado a intentar ganarse por lo menos a una fracción del pueblo a base de promesas. En este caso el golpe de Estado militar puede desembocar en por lo menos un esbozo de revolución social.[4] Dicho de otro modo, en régimen militar, una revolución toma, o bien el aspecto de la revolución de palacio, o la de una secesión que, para reforzarse, convoca a las masas.[5]

— *La guerra:* el único caso eficaz, históricamente, es la guerra de liberación nacional. Dado el desequilibrio de la relación de fuerzas, los revolucionarios, en un

3. Sucede frecuentemente, en los ejércitos modernos, que el ejército de tierra, la armada y la aviación reclutan en medios diferentes y desarrollan un espíritu de cuerpo antagonista. Cuanto mayor es el equilibrio entre los tres ejércitos, más difícil será la puesta a punto del golpe de Estado.

4. Un buen ejemplo es el de Tomás, el Esloveno, en 820-823. *Cf.* Louis Bréhier, *Vie et mort de Byzance*, París, Albin Michel, t. I. 1948, p. 104-106; Georges Ostrogorsky, *Histoire de l'État byzantin*, trad. franc., París, Payot, 1956, p. 235-236.

5. El estudio de Curzio Malaparte, *Técnica del golpe de Estado*, sigue siendo utilizable en gran parte.

primer acto, se ven forzados a utilizar las técnicas de la guerrilla, cuyo principio es siempre la movilidad de los atacantes y la dispersión de las fuerzas ocupantes, con el fin de entablar combate solamente en una posición local de fuerza.[6] Para que una guerrilla acabe por vencer, se necesita: un sostén, o por lo menos la neutralidad benévola de la población, y una ayuda exterior; por su parte el poder establecido tiene que ser abandonado por el exterior. Así comprenderemos la escasez de las guerrillas endógenas, las que Guevara deseaba. Para que la mayoría del pueblo abandone a la élite, se necesita una descomposición del orden social tan intensa, que ni siquiera se necesita ya a la guerrilla.[7] Sólo un poder extranjero, impuesto por la fuerza, queda dividido de la población. Así, la gran suerte del partido comunista chino fue el ataque japonés de julio de 1937; fue en y a través de la guerra antijaponesa, como el partido pudo ocupar posiciones importantes y probar su eficacia. Nunca sucede que los revolucionarios formen un bloque unido. Una guerra de liberación hace callar a los antagonismos para presentar un frente unido contra el ocupante. La victoria no es pues nunca un fin, sino el principio de un ajuste de cuentas del que surgirá el nuevo poder. En abril de 1962, estalló un conflicto entre el GPRA de Ben Kheda y el grupo de Oujda alrededor de Ben Bella. En Yugoslavia, el ajuste de cuentas, entre Tito y Mihailovic, se llevó a cabo durante la resistencia, evitando así al país graves trastornos en 1945.

— *El partido revolucionario,* es decir un grupo político jerarquizado que apunta a la conquista del poder. Si un partido tal elige la ilegalidad y la violencia, cae-

6. El libro VI: *De la defensa,* de CLAUSEWITZ, contiene una teoría definitiva de este tipo de guerra. Con la mejor voluntad del mundo, no podemos encontrar el mínimo aporte teórico nuevo en los escritos militares de Mao Tse-tung y de Vo Nguyen Giap.

7. La revolución cubana se aproxima a esta situación. El régimen de Batista había usado de un despotismo sanguinario, que hacía que unánimemente todos estuvieran contra él. La guerrilla se beneficiaba pues con el sostén potencial de toda la población. Fue suficiente con que el régimen perdiera el sostén de los Estados Unidos y la fe en su propia estrella, para que la subversión terminara con él. Fidel Castro fue el primer sorprendido de la rapidez y la facilidad de su éxito. Tal coyuntura es tan excepcional que no puede servir de modelo. De donde, las decepciones de las guerrillas castristas en América Latina.

mos de nuevo en el caso precedente. Sin embargo, recordemos que no hay muchos ejemplos de que una estrategia de este tipo haya tenido éxito aparte de cuando se trata de una ocupación extranjera. El caso más probable es que el partido se apropie del poder con ocasión de una vacante de éste. Este es todo el sentido de la estrategia leninista y trotskysta. El partido no provoca la caída del poder; es el pueblo el que la obtiene, levantándose masivamente. El partido entra en escena para guiar esta efervescencia popular y apoderarse del aparato del Estado. En realidad, el único ejemplo histórico que lo ha logrado es la Revolución de Octubre de 1917. En ausencia de una descomposición del poder, una estrategia de este tipo se refugia en el verbalismo revolucionario o termina en el blanquismo, ¡cuyo único éxito fue la ocupación, durante algunas horas, de un cuartel de bomberos!

Hay que apuntar la originalidad de la estrategia fascista y nazi. En un primer acto, se desarrolla un partido de masas, que está investido de los principales engranajes de la sociedad en una especie de poder paralelo. Simultáneamente, se utiliza a los guerrilleros para impedir sistemáticamente el funcionamiento del régimen oficial. Para ello, todos los medios son buenos. El objetivo es convencer a la población de que el partido es el único factor de orden y estabilidad. En un tercer acto, se hace presión sobre las autoridades legítimas para que confíen el poder, *de manera legal,* al jefe del partido. En un cuarto acto, se utiliza el aparato del Estado para trastornar, en frío y desde arriba, o sea de manera sistemática, a la sociedad. Hay que reconocer que los nazis desplegaron en esta acción una maestría inigualada: en algunos meses, la población alemana quedó casi totalmente atomizada y sometida a la dictadura del Estado totalitario.[8]

— *La vacante prolongada del poder:* ya no se puede hablar de técnica de toma del poder, sino de una situación engendrada por la ausencia de un poder estable. Una situación semejante nace de la importancia de las diversas fuerzas políticas para eliminar a las demás y

8. Todo este proceso está muy bien analizado, a nivel de una pequeña ciudad de Alemania, por William S. ALLEN, *Une petite ville nazie (1930-1935),* París, Robert Laffont, 1967.

apoderarse de las palancas de mando. Así pues, como ya hemos indicado, una parálisis de este tipo sólo es posible cuando la élite está profundamente dividida. Cuando esto ocurre todo es posible: todas las fuerzas latentes pueden manifestarse, incluso las más marginales; todas las técnicas de toma del poder tienen cabida; todas las ideologías pueden desarrollarse. Cuanto más prolongada es la vacante, más amplia será la gama de los posibles. De ahí, la admirable fascinación que ejercen las revoluciones inglesa, francesa y rusa —pero sobre todo la francesa—, pues el 89 constituye el mito revolucionario supremo: las generaciones futuras pueden, sin excepción, encontrar en ellas con qué alimentar sus odios o sus entusiasmos, y referirse a ellas como a sus modelos. La Revolución Francesa es el bien común de todos los revolucionarios y todos los contrarrevolucionarios. Es evidente que una vacante del poder no puede prolongarse indefinidamente. Lo que ocurre siempre, al final, es que el aburrimiento termina por intervenir, reforzado por la urgencia de los problemas que se acumulan. El paréntesis vuelve a cerrarse, o bien sobre una dictadura, o bien sobre una restauración.[9] Así, de todos los posibles a que la vacante había dado lugar, hay uno sólo como triunfador.[10]

Ya habremos notado que, en este análisis, no hemos hablado ni de barricadas, ni de «jornadas» revolucionarias, ni de insurrecciones. Pues, aunque pueden derribar a un poder tambaleante, no pueden tomarlo. La que se apodera de él es siempre una minoría; después la

9. La ejecución del rey y de la dinastía tiene sin duda, y sobre todo, un valor simbólico: romper el lazo místico que liga el pueblo al poder. Pero tiene también una función práctica: impedir la restauración a falta de titular. Los Romanov, en suma, desaparecieron por razones técnicas.

10. Esta salida, desgraciada para los actores que no han podido hacer triunfar sus puntos de vista, es decir casi todo el mundo, explica que las revoluciones abortadas ejerzan una fascinación todavía mayor que las revoluciones logradas. Retrospectivamente, la abundancia de ideas, de proyectos y de realizaciones que caracteriza cualquier vacante, produce la ilusión de un estado de gracia permanente, en el que la creatividad de cada uno pudiera desplegarse. Como la ilusión no fue rota por una fracción revolucionaria, sino por el orden, el ideal no queda empañado. Es la única explicación lógica para el extraño favor de que goza la Comuna cerca de los revolucionarios. No debe excluirse que este mito sea, en el porvenir, borrado por un mito rejuvenecido: el mayo de 1968 en Francia, que obtiene toda su substancia de su fracaso.

mayoría aprueba adhiriéndose o dejando hacer. La toma del poder por el pueblo, el proletariado o la burguesía, no es más que un mito, que ningún hecho permite sostener. Además, hay que señalar el papel esencial del ejército. O bien es el actor principal (Cromwell, Bonaparte, Napoleón III), o bien es neutro (Alemania, en 1933), o bien está neutralizado por su división (Francia, en 1789; Rusia, en 1917), o bien está ausente (en 1830, estaba en Argelia), o bien está desmoralizado y no sostiene al poder (Francia, en 1848). Si no, cuando el ejército obedece al poder, el fracaso es seguro (Francia, en 1871).

E) *EL DESARROLLO*

Este criterio recorta en parte a los dos precedentes. Efectivamente, en el caso de un golpe de Estado militar bien llevado, el desarrollo de la revolución es casi instantáneo. Se produce generalmente hacia la madrugada, para aprovechar al máximo el efecto de sorpresa y no tener que contar con eventuales movimientos de masas.

Existe un segundo tipo, el representado por las revoluciones de 1688 o 1830; son breves y poco sangrientas. Esto responde al hecho de que hay un equipo de recambio inmediatamente disponible. Así, en 1830, el banquero Laffitte logra que se aplauda a Luis Felipe en el balcón del ayuntamiento, después de haberse preocupado por aliarse con La Fayette y utilizarlo como un símbolo susceptible de agrupar al pueblo. En el terreno puramente técnico, podemos considerar que estos dos tipos de paso de los poderes son los más logrados, pues los gastos de la revolución quedan reducidos al mínimo.

En el caso de vacante prolongada, estos gastos aumentan rápidamente. El desarrollo —o la anatomía de la revolución, para utilizar la expresión de Crane Brinton— está caracterizado por una radicalización creciente de la revolución. En principio, hay unos equipos que acceden al poder, e intentan, si no ponerse de acuerdo con el antiguo poder (1789), por lo menos alejarse lo menos posible de las antiguas prácticas y del antiguo personal (febrero de 1917). O sea, que tenemos una fase mode-

rada. Esta fase está seguida por la de la eliminación de los moderados a favor de equipos cada vez más radicales, portadores de programas que tienden al cambio completo del orden social. Así pues, el combate se desplaza al interior del campo revolucionario, que se encuentra diezmado por sucesivas depuraciones. Estas depuraciones tienden a reconstituir el partido contrarrevolucionario, que al principio estaba mudo de estupor. Por consiguiente, es probable una guerra civil. A partir de esto, existen tres salidas posibles: o bien triunfa la contrarrevolución e impone un régimen todavía más pesado que el que se deseaba derribar (régimen de Horthy en Hungría después de 1919); o bien triunfa la revolución convocando a las fuerzas profundas, es decir al pueblo y a la canalla, e instaura un régimen terrorista o totalitario (Robespierre, los bolcheviques); o bien interviene el ejército para instaurar un orden nuevo (Cromwell, Bonaparte).[11] Así, una vacante prolongada conduce necesariamente a una especie de dictadura, a un refuerzo del Estado y a un laminado de todos los poderes intermediarios. Además, hemos visto que la vacante prolongada es debida a la ausencia de un equipo de recambio capaz de agrupar a la mayoría y, como último análisis, a la división de la élite en fracciones irreconciliables y de fuerzas aproximadamente iguales. Desde este punto de vista, las «grandes» revoluciones son siempre revoluciones fracasadas, víctimas de un desequilibrio inicial y de un engranaje fatal.

En el caso de la guerra, es imposible discernir un desarrollo típico: las operaciones militares se desprenden del análisis militar y no del análisis revolucionario. Sin embargo, en una guerra revolucionaria, la política tiene un papel todavía mayor que en una guerra entre unidades políticas soberanas. Las operaciones, sus fracasos y sus éxitos, tienen pues una repercusión inmediata en el equipo político que dirige la revolución. Podríamos poner como ley que, cuanto más se prolonga la guerra y cuanto más intesa es, más se llegará a los extremos en el grupo dirigente. Finalmente dominarán los más intransigentes e impondrán, al día siguiente de la

11. Rehusándose a utilizar su posición de creador y jefe del Ejército Rojo, para tomar el poder a la muerte de Lenin, Trotsky permaneció fiel a sus principios, pero, haciendo esto, salió de la Historia.

victoria, su poder y sus puntos de vista. Inversamente, cuanto más fácil de obtener sea la independencia, más probable será el acceso al poder de equipos moderados; por lo menos en un primer tiempo, pues si estos equipos aparecen incapaces de mantener sus promesas, corren el riesgo de ser eliminados, casi siempre por los militares. Por consiguiente, el desarrollo de la guerra revolucionaria está determinado por los *dos* campos. Como en toda guerra, la decisión depende de los medios y de la voluntad. Así, los medios de los revolucionarios son siempre inferiores a los del orden; por ello, no pueden pretender vencer simplemente con la superioridad de la voluntad. La voluntad llega al máximo cuando los revolucionarios están decididos a morir antes que ceder. Esta determinación sólo es posible cuando la fe en una causa supera la suerte individual. Una guerra revolucionaria, por poco que se prolongue y radicalice, termina siempre en una guerra de religión en la que se enfrentan el Bien y el Mal.

En resumen, la relación general entre los medios y la voluntad de los dos campos define el desarrollo de la revolución. Cuantos más medios tengan las revoluciones y mayor sea la manifestación de su voluntad frente a un poder débil y desmoralizado, más breve será la revolución y menos sangrienta. El golpe de Estado militar encarna la desproporción máxima entre los revolucionarios y el orden; la guerra revolucionaria encarna el polo opuesto.[12]

F) *LA FIESTA*

Hemos definido la fiesta como la transgresión de las prohibiciones, la exaltación colectiva y la proliferación de lo imaginario. En revolución, la fiesta se presenta como la acentuación desmesurada de la vida colectiva

12. Pensamos con espanto en lo que podría dar una revolución en Africa del Sur, en la que los blancos, privados de cualquier posición de repliegue, se verían obligados necesariamente a desplegar una voluntad de vencer igual a la de los revolucionarios. Tal revolución tomaría probablemente una forma de lucha a muerte, de la que no tenemos, hasta el momento, ningún ejemplo. Lüthüli fundaba sobre este análisis evidente su rechazo de una estrategia violenta en provecho de una estrategia de inspiración ghandista.

a expensas de la vida privada y como un torbellino de proyectos. La mejor descripción de estos fenómenos hay que buscarla en los escritores, más aptos para captar los sentimientos colectivos que los historiadores y los sociólogos. Todos conocemos las páginas desengañadas de Flaubert sobre las Jornadas de Febrero de 1848 y aquellas otras, entusiastas, de Jules Vallès sobre la Comuna. Es evidente que, de los cuatro desarrollos típicos que acabamos de distinguir, ni el golpe de Estado, ni la revolución breve, ni la guerra, son compatibles con la fiesta. Sólo le es favorable la vacante prolongada. En realidad, la fiesta sólo dura algunos días o algunas semanas. Rápidamente, los conflictos políticos entre fracciones que apuntan al poder, rompen la ilusión de unanimidad; las necesidades de la vida cotidiana chocan con la exaltación. Así, se comprende simultáneamente la escasez de estos fenómenos y el entusiasmo retrospectivo que suscitan. La idea de que la revolución constituye un momento privilegiado de la Historia, en el que el individuo accede directamente e inmediatamente a lo universal, no puede dejar de exaltar a los actores del drama y mantener las nostalgias. Es probable que este sentimiento tenga que ser tanto más intenso cuanto mayor sea la división entre la esfera individual y la esfera colectiva. Francia está caracterizada por un sistema burocrático en el que, a través de un juego sutil y preciso de barreras y niveles, la esfera individual es la más autónoma respecto a la sociedad. De todos los pueblos occidentales, el francés es el que se preocupa menos de las actividades colectivas y se adapta mejor a que el Estado se ocupe de ellas.[13] Esto nos lleva a considerar la hipótesis de que la repetición de las revoluciones en Francia, o, más precisamente, el entusiasmo con el cual los franceses las acogen, está relacionado con este abismo que separa al individuo de la colectividad. De todas las revoluciones o situaciones revolucionarias que Francia ha conocido desde hace siglos, no se puede negar que mayo de 1968 representa un caso único en que el aspecto de fiesta dominó totalmente.[14]

13. Véanse los análisis de Michel CROZIER en *Le phénomène bureaucratique*, París, Le Seuil, 1964.

14. El ejemplo que se le acerca más creemos que es la Fronda: disolución aparente del poder; efervescencia de todos los grupos socia-

De ahí la indulgencia que experimentan incluso aquellos a los cuales la irrealidad del acontecimiento ha dejado escépticos.

G) *LA IDEOLOGÍA*

Tendremos de nuevo ocasión de precisar que no hay fenómeno revolucionario sin que exista como mínimo un embrión de ideología, que le dé un sentido y le sirva de justificación. En las revoluciones políticas, la ideología juega necesariamente un papel mucho mayor. Efectivamente, el objetivo, que consiste en querer apropiarse del poder, supone un interpretación de la vida en sociedad distinta de la que domina en aquel momento. Lo que no quiere decir que todos los que participan en la revolución lo hacen por razones ideológicas. Estamos obligados a dar la razón a Pareto cuando distingue, en todo movimiento social, tres categorías de partidarios: los que creen verdaderamente en él y que se encuentran en minoría, los que lo utilizan para fines personales,[15] y finalmente una masa que sigue y vive de ilusiones contradictorias. El único grupo que nos interesa es el primero, incluso si su destino más corriente es el de quedar eliminado una vez conquistado el poder.

En principio, cualquier ideología puede convertirse en el soporte de los objetivos revolucionarios en su sentido estricto. Es necesario y suficiente que la ideología represente una visión del mundo lo bastante precisa como para constituir el eje alrededor del cual pueda construirse una sociedad, y lo bastante compleja como para que, sino todos los grupos sociales, por lo menos la mayoría puedan proyectar en ella sus aspiraciones. En definitiva, para ser eficaz, una ideología revolucionaria tiene que evitar la utopía delirante[16] y el exclusivismo.

---

les; vértigo de la élite; incapacidad política notoria; debilidad desarmante de la formulación ideológica...

15. Que pueden ser la ambición, la codicia, el oportunismo o la solución de problemas íntimos.

16. Entendiendo por esto un sistema de pensamiento que se dirige a objetivos que no tienen la menor posibilidad de ser realizados. Prometer la inmortalidad o la abundancia sin límites es una utopía

Vamos a atrevernos a plantear una tipología de las ideologías revolucionarias, sin pretender ser exhaustivos y recordando una vez más que un tipo ideal no intenta captar los matices, sino despejar lo esencial de un fenómeno, es decir lo que le diferencia de otros del mismo género. En realidad, un tipo puede reproducir ciertos rasgos de otros, sin hablar de los sistemas eclécticos inconscientes. Pensamos cubrir lo esencial del campo histórico distinguiendo las siguientes ideologías.

1. El conservadurismo

Desde luego, es la ideología más comúnmente extendida, puesto que, en su fondo, consiste en la defensa resuelta de cualquier orden establecido. Por otra parte, un sistema social se funda siempre en un consenso, que a su vez está basado en intereses y convicciones. En el fondo, no nos alejamos demasiado de la verdad si afirmamos que todo sistema social es conservador. En tiempo normal, el conservadurismo no es otra cosa que una interpretación restrictiva del impulso que hay que dar a los asuntos humanos. En este sentido, evidentemente, no constituye una ideología revolucionaria. El conservadurismo se hace activo y se constituye como partido del orden disidente, cuando cree que el poder sigue una pendiente que se aleja demasiado de lo que se considera como norma. Los Gracos, en la medida en que pretendían conducir a Roma a un estado en el que la ciudad estaría fundada sobre pequeños propietarios-ciudadanos, fueron conservadores revolucionarios. Clasificaremos en esta misma categoría a los republicanos que asesinaron a César. Además, hay una gran proporción de los levantamientos militares que turbaron al Imperio Romano que se explican por la voluntad de restaurar el orden político, moral y social. En la época contemporánea, muchos de los golpes de Estado militares en el Tercer Mundo, en particular en América Latina, se dan a sí mismos la justificación de querer restablecer un orden que amenazaba al poder civil. España

---

delirante. Dicho esto, no hay ninguna razón, sino todo lo contrario, para que algunas contrasociedades restringidas no adopten tales ideologías.

conoció episodios del mismo tipo durante el siglo XIX, sin hablar de la guerra civil en 1936. Contrariamente a las creencias y a las apariencias, las revoluciones conservadoras son menos sostenidas por la élite que por el pueblo. Efectivamente, las fuerzas que desvían el sistema social en un sentido nuevo, aparecen en el seno de la élite, pero estos cambios en general son notados con más dureza en el pueblo. Fue la plebe, quien sostuvo a Tiberio y Cayo y fue el Senado quien les derribó.

2. El teocratismo

Entenderemos por teocratismo una ideología revolucionaria, cuyo núcleo es un sistema religioso que pretende instaurar un orden social nuevo sobre principios revelados. Todos los milenarismos y mesianismos son ideologías teocráticas. Sin embargo, ya hemos tenido ocasión de indicar que prácticamente nunca llegan al poder. O bien —y éste es el caso general— son aplastados, o se convierten en religiones universalistas que conquistan a una sociedad sin apropiarse del poder.[17]

Por consiguiente, el teocratismo, como ideología revolucionaria eficaz, es escaso. Podemos citar los ejemplos de Savonarola en Florencia en 1494-1498, la República que Calvino estableció en Ginebra o la Liga de París en 1587-1588.[18]

3. El nacionalismo

Se le puede definir como un sistema de pensamiento basado en la acentuación del sentimiento de simpatía por su comunidad de origen. Así pues, es distinto del simple sentimiento de afecto, que podríamos llamar patriotismo. Un primer problema que se le plantea a todo nacionalismo es el de la determinación de la nación, problema difícil de resolver, pues, en realidad, los rasgos que dividen a una sociedad que pretende ser

17. Hay excepciones, por ejemplo la revolución abbasí, ya señalada.
18. Roland Mousnier, *Les hiérarchies sociales depuis 1450*, París, Presses Universitaires de France, col. "SUP-L'Historien", 1969, p. 45-56.

nacional son por lo menos tan numerosos como los que la unifican. Se pueden proponer dos grandes justificaciones:

— *O bien* se define la nación por la comunidad del pasado y la voluntad de vivir en común. En los albores de la mayoría de los nacionalismos del siglo XIX, encontramos una fase en que los historiadores y los filólogos juegan un papel de primer plano. Donde la lengua nacional no es un dato inmediato, se resucita a una lengua ancestral (el gaélico en Irlanda, el hebreo en Israel), o bien se valora a la lengua popular respecto a una lengua artificial y sabia hablada por la élite (en Grecia, lucha de la demótica contra la catarevusa), o se tiende a transformar las lenguas locales divididas en dialectos en beneficio de una lengua nacional (en Alemania, en cierta medida). La llamada a la voluntad común se sitúa, evidentemente, en el sentido democrático, es decir que expresa la intención de transformar a los nacionales en ciudadanos.

— *O bien* se hace referencia a una hipóstasis (en general la raza, pero también la religión, como en el caso del nacionalismo musulmán), que funda la comunidad. Esta segunda orientación se impone necesariamente en una comunidad que, precisamente, no puéde reivindicar un pasado común. Así, la coloración netamente racial del nacionalismo alemán sólo puede explicarse —salvo si apelamos a explicaciones también raciales— por el hecho masivo de que Alemania sólo había existido como proyecto hasta 1871.

Una vez ha elegido entre los dos términos de la alternativa para definirse, el nacionalista tiene que precisar su naturaleza, por una parte, hacia los problemas interiores, por otra parte, hacia el exterior. *Hacia el interior*, un nacionalismo, por el hecho de que valora fuertemente la pertenencia, se ve necesariamente llevado a considerar las diferencias, las fisuras, los antagonismos y los conflictos como desgarrones en una túnica sin costuras. De ahí la voluntad, o bien de negarlas, o de resolverlas a través de una política que llevará a la unanimidad. Por otra parte, una constante de la vida en sociedad es el resurgimiento de los conflictos; la unanimidad, pues, queda siempre pendiente de reconstrucción. De lo que se deduce que el nacionalismo tiende siempre a un régimen fuerte o totalitario o, para mati-

zar, que el totalitarismo es una tentación constante del nacionalismo. *Hacia el exterior,* la situación es simple. La voluntad de unión nacional y la necesidad de precisar siempre su propia identidad, desembocan forzosamente en el antagonismo con otro nacionalismo; es en y por la guerra o, por lo menos, la tensión internacional, por lo que un nacionalismo se justifica y se fortifica. Para colorear con toques atractivos este egoísmo sagrado, no se duda en producir racionalizaciones que basan la agresividad en la superioridad esencial y la misión civilizadora que hay que cumplir y en la irremediable perfidia del Otro.

Hay dos situaciones particularmente favorables para que el nacionalismo conquiste amplias fracciones de la población: o la victoria militar, que confirma y justifica la superioridad y la misión, o la derrota y la sujeción, que nutren el resentimiento. Por consiguiente, sea cual sea la salida de las guerras, tienden a producir el nacionalismo, por lo menos cuando conciernen no sólo a la élite, sino también al pueblo, es decir cuando los ciudadanos son soldados y recíprocamente. Efectivamente, el nacionalismo tiene más posibilidades de implantarse en el pueblo que en la élite. La percepción de la condición de extranjero del Otro y de la amenaza que representa, es un sentimiento vulgar y normal. El nacionalismo se agarra a una inclinación natural. De lo que se deduce que la noción de una comunidad transnacional sólo puede desprenderse de un imperativo moral o racional. Éste, que supone cierto refinamiento intelectual, aparece en primer lugar en la *intelligentsia,* antes de conquistar, eventualmente, a la élite. Por el contrario, no hay ningún ejemplo histórico de que el pueblo haya desbordado espontáneamente los cuadros de su comunidad natural. Así, la democratización que caracterizó a Occidente en el siglo XX, amplió, al mismo tiempo, desmesuradamente, las reservas de los ejércitos y reforzó el sentimiento nacional. Por ello, el hecho de que los pueblos se lanzaran con frenesí a la guerra de 1914, sólo podía extrañar a los observadores víctimas del mito del internacionalismo propio del pueblo y de los trabajadores. Lo que hubiera sido una novedad inaudita hubiera sido lo contrario.

En resumen, el nacionalismo es una ideología que se basa en la unidad interior y la agresividad exterior; es

tanto más probable cuanto más tensa esté la situación internacional y cuanto más democrático sea el régimen político; se adapta muy bien a los regímenes totalitarios y siempre tiende hacia ellos.

4. El socialismo

Es comprometido pretender definirlo en pocas palabras. Nos arriesgaremos a hacerlo, insistiendo en los dos rasgos sobre los que creemos que se basa cualquier proyecto socialista, por encima de la diversidad y los anatemas. El primer valor último del socialismo es la justicia, es decir la igualdad y, más precisamente, la igualdad en la distribución de las riquezas. Así se dibuja una visión fundamentalmente económica de la vida. El objetivo último de la vida en sociedad es la satisfacción plena y total de las necesidades de todos. En este sentido, es posible considerar que el socialismo constituye la finalidad, o sea la verdad, de la sociedad industrial. Efectivamente, ésta, en virtud de su lógica interna, apunta a la abundancia material para todos, incluso aunque este deseo sea utópico. Si definimos el socialismo como la propiedad pública de los medios de producción o, por lo menos, la expropiación tendencial de los propietarios privados, parece indudable que las sociedades económicas contemporáneas conducen al socialismo.

El segundo valor supremo se desprende del primero: es la racionalización de la sociedad industrial, a través de la eliminación de los despilfarros, los inútiles, las disfunciones. Esto supone que las tareas de organización deben ser confiadas a un organismo que traspase los intereses particulares para defender los intereses generales. Tal organismo se llama Estado. A partir de esto, podemos concebir y constatar algunas variantes reformistas, tecnocráticas y estatistas. Sólo falta reivindicar simultáneamente el interés general y la desaparición del Estado constituye, en la mejor de las hipótesis, un error.

Este breve análisis nos permite interpretar sin dificultad los caracteres particulares de los movimientos socialistas. Preferentemente reclutan a sus elementos o bien en las capas mal integradas a la sociedad y que no tienen nada por defender en el orden antiguo, o bien

en grupos directamente interesados en el buen funcionamiento del aparato económico; en menos palabras, se ve apoyado tanto por los asalariados de la industria como por la tecnoestructura, para usar la expresión de Galbraith. El segundo carácter es la tendencia a reforzar la empresa estatal, tanto para reducir la desigualdad de los recursos a través de las redistribuciones de rentas, como para introducir en la actividad económica la racionalidad, bajo la forma de la planificación, de la que existen muchas variedades. Esto no quiere decir que el socialismo conduzca necesariamente al monopolio político; los países escandinavos dan fe de ello. Lo que ocurre es que entre la igualdad y la eficacia contra la libertad, normalmente se sacrifica a esta última.

5. El fascismo

Creemos que esta ideología, igual que el socialismo, está relacionada con la sociedad industrial. Se define *negativamente* por el rechazo de ciertos aspectos concretos de la sociedad industrial: la extensión del Estado, la acentuación de los conflictos, el desarrollo de las grandes empresas, la urbanización, el desarrollo de un universo técnico separado de la naturaleza... Y *positivamente* por la voluntad de retorno a un orden anterior considerado como ideal: el estado natural, la sociedad agraria, las corporaciones, la caballería, el pequeño comercio y los pequeños oficios... Se trata de una ideología propiamente reaccionaria e irracional, pues pretende remontar la escala del tiempo.[19] No constituye necesariamente un sistema completo y coherente, sino que puede observarse en ciertas actitudes aparentemente inocentes. Por ejemplo, el desnudismo, que puede ser interpretado como una tentativa pueril de escapar a un ambiene artificial para encontrar la inocencia de la naturaleza, estuvo muy respetado en el sistema nazi. O también las diatribas contra el espíritu del gozo, que florecían en Alemania y en

19. Es evidente que, una vez en el poder, el fascismo se vio obligado a tener en cuenta las realidades, lo cual puede traducirse por la más franca tecnocracia. En las altas esferas del Estado nazi, Himmler se codeaba con Speer. Para más detalles, véase Joachim Fest, *Les maîtres du IIIe Reich*, París, Grasset, 1965.

Vichy, evidentemente dirigidas contra la propensión a aumentar el consumo privado, característico del sistema industrial. Últimamente, las denuncias vehementes de la sociedad de consumo, en la medida en que son sinceras, creemos que tienen una fuerte marca fascista. También es de inspiración fascista la defensa encarnizada de las pequeñas y medianas empresas, en la medida en que supera la simple protección de los intereses particulares para cambiarse en justificación de un orden social.

Si ni el conservadurismo, ni el teocratismo, ni el nacionalismo, ni el socialismo no tienen grandes dificultades para concebir el motivo de la Historia: los partidarios del orden, el pueblo de Dios, la nación y los trabajadores..., el fascismo encuentra algunos obstáculos. A causa de su elección inicial de rechazo del sistema industrial, se ve llevado a concebir comunidades imaginarias, cuerpos místicos que encarnan el ideal. El cuerpo más corriente es la raza. O bien, sea porque la noción de raza se encuentre desvalorizada, sea porque resulta claramente inadecuada en razón de mezclas demasiado evidentes en las poblaciones, se apela a abstracciones como son la *romanidad*, la *francidad*, la *grecidad*, la *negritud*... Son hipóstasis imaginarias que sólo consiguen reforzar el carácter irracional de esta ideología.

Los rasgos originales del fascismo nos permiten prever su reclutamiento. Sus filas constituidas principalmente por todos los grupos que se ven amenazados por la industrialización, y sus animadores se reclutarán preferentemente entre los individuos que, por una u otra razón, son unos inadaptados o, más precisamente, fracasados. La biografía de los jefes nazis es especialmente ilustrativa: todos, sin excepción, conocieron un gran fracaso que les impidió realizar sus ambiciones personales. Hitler quería ser arquitecto, Himmler científico, Goebbels escritor, Heydrich oficial de la armada, Ribentropp diplomático, etc. Además, tendremos ocasión de indicar que lo propio de la sociedad industrial, en su fase actual, es la amenaza constante que el cambio provoca en las situaciones adquiridas y la intensificación de la lucha por la vida que multiplica los fracasados. Según la lógica, hay que concluir, no que el fascismo es una fatalidad infrangible, pero que constituye una desviación que permanece latente. Una crisis particularmente intensa, económica, social o internacional, corre siempre el

riesgo de incrementar fuertemente las filas del fascismo y volver la amenaza actual.

6. El liberalismo

Actualmente, en Occidente, hemos olvidado que podía constituir una ideología revolucionaria, por la buena razón, a grandes rasgos, de que triunfó entre nosotros: así pues, representa al orden. Por otra parte, la atención revolucionaria se desplazó, después de la Revolución Rusa y sobre todo después de 1945, hacia el Tercer Mundo, en el que las condiciones de una revolución liberal no existen, o no existen todavía. Por este hecho, olvidamos que el liberalismo nutrió constantemente a los revolucionarios, desde el siglo XVII hasta el XIX. El proyecto fundamental del liberalismo es la libertad, que hay que tomar, en el sentido político, como la limitación máxima de la empresa estatal. El Estado se considera como un mal que hay que comprimir al máximo. Sin embargo, es un mal necesario. Efectivamente, el liberalismo se basa también en la creencia en el pecado original, de que el hombre, en estado natural, es un lobo para el hombre. Sólo un orden social basado en la ley puede contener este salvajismo. Por consiguiente, el liberalismo está siempre tenso entre la oposición al Estado y la exigencia de un orden legal.

La limitación del Estado supone unos contrapoderes o poderes intermediarios, que constituyen centros autónomos de decisión. Según las épocas y las sociedades, estos contrapoderes pueden ser principados territoriales, privilegios, la propiedad privada, la esfera de la vida privada, o bien los partidos, los sindicatos, grupos de presión, comunas autónomas, la autonomía de los Estados en un sistema federal, etc. Se comprende que el liberalismo sea una ideología de la élite, pues es ésta la que tiene posiciones e intereses por defender contra el Estado. Si la burguesía fue liberal, lo fue no porque segregara el liberalismo como un árbol da sus frutos, sino porque formaba parte de la élite. En suma, ¡los únicos sistemas liberales verdaderos fueron creados por los propietarios de esclavos, los aristócratas y los burgueses!

En el fondo, el liberalismo reposa sobre un postulado que podría enunciarse así: la competencia de los inte-

reses privados (materiales, intelectuales, morales...) contribuye a la realización del interés general; o, mejor dicho, la lucha de los intereses particulares conduce a un punto de equilibrio en que los conflictos se anulan y que corresponde a la mejor solución *posible*. Así pues, el liberalismo supone un sistema social pluralista que admite la pluralidad de proyectos y puntos de vista.

Ya hemos tenido y aún tendremos que anotar, a menudo, la singularidad de la historia occidental que es la única que ha permitido el triunfo del liberalismo. Dicho esto, observamos esbozos de liberalismo en todos los sistemas monopolistas y su floración allí donde se debilita el monopolio. Así, en China, cuando muere una dinastía, o bien en las democracias populares, cuando se marchita la dictadura. Por otra parte, los regímenes monopolistas, de momento, son más numerosos que los regímenes pluralistas. ¡Podemos deducir que la ideología liberal o pluralista tiene delante un hermoso porvenir, como mínimo en la clandestinidad!

7. El anarquismo

Exactamente igual que el liberalismo, el anarquismo aparece como una constante en todas las sociedades, y no simplemente ligado a la sociedad industrial como ocurre con el socialismo y el fascismo. Se define por el rechazo global del Estado y de las instituciones que rigen la vida en sociedad. Igual que en el liberalismo, el valor supremo es la libertad, pero tomada en el sentido absoluto y no simplemente en su acepción política.[20]

En ciertos aspectos, el anarquismo es un liberalismo llevado a sus últimos extremos. Este desplazamiento responde a una postulado diametralmente opuesto al postulado liberal: el hombre es naturalmente inocente, es la sociedad la que lo corrompe. Así pues, es suficiente con destruir la sociedad para que reinen universalmente la bondad y la paz. De aquí resulta una paradoja, muy lógica, que hace que los anarquistas, desde su punto de vista profundamente pacifista, no duden en utili-

20. En el caso del liberalismo, sería mejor hablar de las libertades que de la libertad. El liberalismo no cree en la bondad del hombre y en las virtudes de la libertad. Reivindica sólo las libertades de empresa, de opinión, de asociación, de expresión, de crítica...

zar el terrorismo más ciego para conseguir sus fines. De ahí también la antinomía íntima de todo anarquismo: o se procura los medios para conseguir sus fines y crea una sociedad; o los rechaza y fracasa. Por esto no hay ningún ejemplo de que el anarquismo se haya convertido nunca en una fuerza política. Aparte de los casos excepcionales del anarquismo catalán, andaluz y ucraniano, que se beneficiaron de una descomposición del Estado y de las tendencias separatistas, todos los movimientos anarquistas son puramente marginales.

No consiguen nunca un gran número de adeptos. Los únicos grupos, importantes numéricamente, que podrían adherir a su causa constituyen la canalla, la categoría social que, por naturaleza, no tiene ningún papel en la sociedad y se caracteriza por una atomización irreductible. Además, en tiempo normal, se llega al anarquismo como resultado de un destino individual.

Por lo tanto, podríamos decir que, en última instancia, hay tantos anarquismos como anarquistas. El organigrama del anarquismo francés desde hace veinte años —en la medida en que se puede reconstituir con cierta verosimilitud— representa una proliferación de sectas que se multiplican por fisiparidad. Se sacrifica la eficacia a la exigencia de pureza, que nunca queda satisfecha, ya que, cuando la secta alcanza cierto efectivo, se jerarquiza y se dota de instituciones: al hacerlo, destruye el ideal y los puristas la abandonan.

El sujeto de la Historia, aquí, es el pueblo, es decir todo el mundo, es decir nadie. Las fisuras debidas al poder, el prestigio, las riquezas y la pluralidad de las unidades políticas, se consideran artificiales y mutilantes; así pues, son rechazadas y denunciadas, en provecho de una entidad que se llamará pueblo o humanidad.

H) *LOS ACTORES*

1. La élite

Estudiando las variables sociales de los fenómenos revolucionarios,[21] distinguiremos tres grandes categorías

21. Véase capítulo IV, p. 194-196.

sociales: la élite, el pueblo y la canalla; cada categoría está compuesta por un número indeterminado de grupos sociales concretos. Por definición, sólo la élite puede apropiarse del poder. Efectivamente, la élite agrupa a todos los que, en una actividad determinada, se manifiestan más aptos. Por consiguiente, si hay hombres que se muestran particularmente dotados para la subversión, forman parte de la élite.[22] Construir una tipología de las revoluciones en función de los actores supone, pues, que, dentro de la categoría de la élite, distingamos a los grupos sociales concretos.

Los cuadros superiores del ejército, una vez más, son los que están mejor colocados para apropiarse del poder, puesto que disponen de la fuerza. Esto no requiere ninguna explicación más amplia. Simplemente hay que observar el hecho notable de que, según sabemos, los policías nunca han conseguido un golpe de Estado.[23] Esto responde quizás a un rasgo de carácter de los grandes policías del tipo Fouché, que son poderes de entre bastidores y subterráneos, difíciles de tratar a la luz del día de los asuntos políticos. La costumbre del secreto y los «tinglados» los hace sospechosos al poder y poco conocidos del gran público, y les lleva a perderse en los detalles de los complots. Un buen ejemplo de policía ambicioso perdido por sus maniobras tortuosas fue Himmler.

Los aristócratas raras veces tienen la ocasión de encontrarse en el lado bueno de la barrera revolucionaria. Efectivamente, o están en el poder, o están en la oposición, es decir combaten el poder central. Cuando el combate se limita al soberano y a los aristócratas, existen muchas probabilidades de victoria para el soberano. Efectivamente, los aristócratas tienen muchas dificultades para constituirse como partido unificado, precisamente porque son propiamente independientes y esta independencia constituye lo que se juega en el conflic-

22. Todo esto debería ser evidente. Sin embargo es mejor decirlo, pues no dejamos de leer o escuchar propósitos sobre la toma del poder por la burguesía, los obreros, los campesinos... Suponiendo que los que se apropien del poder hayan salido efectivamente de estos grupos, esto no significa que el grupo acceda al poder. Se trata siempre de una minoría, de una élite, pues.

23. Aparte, quizás, la tentativa de Beria, al día siguiente de la muerte de Stalin. Pero, ¿esta tentativa venía del jefe de policía, o bien del estrecho colaborador de Stalin y gran dignatario del partido?

to. Además, el soberano conserva siempre la posibilidad de erigirse en defensor del interés general contra los intereses particulares; por el contrario, los aristócratas sólo pueden contar, por parte del pueblo, con alianzas puramente morales y frágiles. El ejemplo de la Fronda es típico de la inferioridad de los aristócratas respecto al poder real. Efectivamente, los aristócratas sólo pueden esperar la victoria contra el poder en el cuadro de dos coyunturas:

—La más eficaz es la revolución nacional, en que los aristócratas pueden presentarse como los defensores efectivos del interés general. El ejemplo perfecto es el de la Revolución Norteamericana, dirigida por grandes aristócratas propietarios de esclavos.

—Algunas veces, puede ocurrir que la aristocracia sea un grupo entre otros en lucha contra el poder central. O, lo que es lo mismo, la aristocracia no queda limitada a los grandes señores propietarios de grandes dominios, sino que se ha abierto a grupos nuevos, en particular a la burguesía de negocios y de servicios. El caso típico es el inglés, en que, desde la Edad Media, el muro entre aristocracia y estratos superiores del pueblo era permeable en los dos sentidos.

La burguesía, definida como el grupo social que obtiene su razón de ser y su existencia de las actividades económicas, interviene sola muy pocas veces. Sólo intervino revolucionariamente en sus albores, cuando su desarrollo estuvo trabado por limitaciones de origen feudal. Se conocen las incontables revoluciones comunales destinadas a arrancar la autonomía a los señores, tanto laicos como eclesiásticos. También intervino, *como componente*, en todos los movimientos que, durante los siglos XVII, XVIII y XIX, concurrieron, con éxito o no, a limitar el poder central. Intervino, en fin, también a título de componente, en las luchas nacionales. Ya la encontramos en el levantamiento de los Países Bajos en 1567, que terminó en la independencia *de facto* en 1609 y *de jure* en 1648.

Finalmente, en la época contemporánea, hay que tener en cuenta a *los jefes de los partidos*. Propiamente, no constituyen un grupo social, pues, según la orientación del partido, obtienen a sus afiliados en uno u otro grupo. Sin embargo, constituyen un conjunto de hombres de partido, sometidos a una disciplina y cuya suer-

te está ligada a la actividad política. Por lo que sabemos, se trata ante todo de intelectuales o parainte-lectuales (técnicos, profesiones liberales...), cuya extracción puede ser de las más modestas, pero que consiguieron elevarse (a través de oposiciones, el sindicalismo o la propia actividad política). Incluso los partidos socialistas, que ante todo deseaban ser obreros, comportaban pocos obreros en sus órganos dirigentes. Antes de 1914, los diputados socialistas franceses se reducían a dos obreros, ¡los alemanes (el partido más importante del Reichstag), ninguno! Es importante destacar desde ahora —aunque volveremos sobre el tema— que no existe ningún ejemplo de un partido revolucionario de masa. Efectivamente, y por definición, cuanto más numeroso es un partido, más adeptos obtiene del pueblo, es decir de una categoría social notablemente tranquila en sus actitutdes políticas. El pueblo siempre consigue adaptarse, en general, a la situación que se le presenta, sino ninguna clase de sistema social podría funcionar. Así pues, un partido de masas es necesariamente, en el mejor de los casos, reformista: acepta el orden, excepto para modificarlo en un sentido que le convenga. A esta explicación, que responde a la naturaleza de las cosas y que por lo tanto es constante, se añade otra que es circunstancial. Un partido demasiado numeroso puede reunir corrientes tan diversas que los dirigentes se encuentren paralizados por exigencias divergentes. Así, los socialistas revolucionarios rusos, con mucho el partido más importante en 1917, fueron incapaces de construir un régimen estable, de elegir una política clara y firme y de oponerse al golpe de Estado bolchevique. La estrategia leninista del «¿Qué hacer?» —de la cual puede dudarse que fuera un desarrollo ortodoxo del marxismo y que pudiese desembocar en otra cosa que no fuera el totalitarismo— es la percepción vehemente del hecho de que un partido revolucionario sólo puede agrupar a una ínfima minoría de profesionales, si su objetivo es la toma del poder.

2. El pueblo

En todo sistema social, representa a la mayoría y admite el sistema social. No hay ningún ejemplo de que

los campesinos hayan estado permanentemente en estado de disidencia, ni los obreros, ni los comerciantes, ni los cuadros... Así pues, para que se muevan y participen en un proceso revolucionario, se necesita un *shock*. Como veremos en el nivel de las correlaciones, éste puede ser económico, político, nacional... Según el sistema y el momento, el grupo social más activo podrá ser el campesinado, los obreros, la pequeña y mediana burguesía, la pequeña nobleza, o bien coaliciones diversas o bien todos a la vez (por ejemplo en el caso de una guerra nacional). Dicho de otro modo, hablar de revolución campesina, obrera, pequeñoburguesa... estrictamente no quiere decir nada. La afirmación de un carisma revolucionario propio de tal o tal grupo es todavía más insignificante. El privilegio revolucionario que Marx atribuye a la clase obrera no se basa en ningún análisis concreto, sino en un postulado filosófico hegeliano, que quiere que el devenir obtenga su origen de la negación de una afirmación. La clase obrera se percibe entonces como la antiburguesía puesto que, en una construcción intelectual de esta naturaleza, es la única forma posible de concebir la mutación.[24]

De aquí deducimos que el pueblo nunca hace la revolución, sino que participa en una revolución; que el pueblo no toma jamás el poder, sino que ayuda a una élite a hacerlo con su sostén o su neutralidad. Por consiguiente —es una tesis que ya hemos sugerido y sobre la que volveremos a hablar— el lugar estratégico del análisis revolucionario en términos de grupos sociales, es siempre *la élite*. Mientras ésta permanece unida, no hay revolución. ¡Pero ya veremos como la unidad de la élite es un mito! Todas las estrategias revolucionarias, que se basan exclusivamente en las virtudes revolucionarias de un grupo cualquiera, están abocadas al fracaso; o si, por casualidad, los hechos terminan por darles la razón, no lo están por nada. No fue el «Informe sobre los acontecimientos del Ho Nan» el que condujo a Mao Tse-tung al poder, sino la descomposición del Kuomin-

24. Marx "sabía" esto desde 1843-1844. Sólo *después* se interesó por la economía política. Llevando las cosas a su extremo, podríamos afirmar que el pensamiento de Marx es una interpretación genial de Ricardo a través de una crítica de Hegel.

tang y el ataque japonés, que le permitió dar pruebas de su mayor eficacia.[25]

3. La canalla

Entendemos por canalla a todos los excluidos del sistema social, comprendidos los que se excluyen voluntariamente y que hemos analizado en las contrasociedades agresivas. Esta categoría está permanentemente fuera de la ley o en el límite de la legalidad. Por ello, no ocupan ningún lugar estratégico en el sistema social. Por consiguiente, suponiendo que, extraordinariamente, tengan objetivos políticos consistentes, sus tentativas están siempre condenadas al fracaso. Señalemos que los únicos casos notables de revolución intentados por la canalla son las guerras serviles, que terminaron todas en un baño de sangre.

Dicho esto, la canalla interviene *con ocasión* de una revolución, más precisamente en el caso de la vacante prolongada. Puede intervenir de varias formas:

— Aprovechando la anarquía para entregarse a actividades criminales puras y simples, que nunca faltan. Cuando son demasiado importantes o el poder tiene la habilidad de ponerlas en evidencia, estas actividades pueden contribuir a mantener el orden suscitando el miedo del pueblo. Esto tuvo su importancia en junio de 1848 y, sobre todo, durante la Comuna. Presentando a los comuneros como una hampa peligrosa —y, en cierta medida, no se puede negar que los bajos fondos parisinos no se manifestaran— el gobierno provisional conquistó a las personas «honradas».[26]

— Por la vacante del orden, una parte de la canalla

25. Por lo demás, la originalidad de una revolución hecha con campesinos es de las más limitadas. Sin remontarnos a la Antigua Grecia, la Revolución Mexicana es un buen ejemplo de un orden político que se descompone y permite a los campesinos penetrar en el círculo político y empujar al poder a una nueva élite. Véase, en francés, el libro de Jesús Silva Herzog, *La Révolution mexicaine*, París, Maspero, 1968.

26. Cuando en mayo-junio de 1968, el ministerio del Interior afirmó que el hampa conducía a los estudiantes, seguía una táctica probada. En cuanto a saber si sus alegatos eran verdaderos o falsos, todo depende de si se consideran a las bandas de jóvenes como jóvenes en rebeldía o como gángsters.

puede reintegrarse a la comunidad y participar en la historia que se hace. Ya lo hemos señalado a propósito de los bandidos y las mafias. Fuera cual fuera su objetivo final, la mafia siciliana participó activamente en la ocupación de Sicilia por las tropas aliadas. Por su parte, Pancho Villa, que en realidad era un bandido del más puro estilo, jugó un papel importante como jefe de guerra, primero en provecho de Madero, después contra Huerta.

— Una fracción puede ser utilizada ya sea para mantener el orden, ya para instaurar el orden nuevo. El primer caso es frecuente en las guerras de liberación nacional. El ocupante utiliza a la canalla para constituir bandas armadas; uniendo su suerte a su éxito, hace de ella un instrumento dócil, al que puede confiar las bajas necesidades de la conservación del orden. Desde luego, el día de la independencia son las primeras víctimas del nuevo orden, que se venga en ellos de los sufrimientos soportados. La canalla es utilizada también por los propios revolucionarios. Así, entre otros casos, podemos recordar a la canalla enrolada por el gobierno provisional de 1848, para aplastar una insurrección obrera eventual, canalla que fue efectivamente utilizada en junio de 1848.

—Finalmente, cuando la revolución se prolonga en guerra extranjera, la canalla puede ser provisionalmente absorbida por la incorporación en las filas del ejército. Una parte de los sobrantes, que merodeaban por los campos franceses y que fueron el pretexto para el Gran Miedo, marchó a conquistar los laureles de sus generales en los campos de batalla de Europa y Egipto.

En resumen, la revolución es siempre cosa de la élite; en su seno nace la decisión y de ella surge el nuevo orden. Según el desarrollo, es la única que interviene, y algunas veces aparecen en escena el pueblo y después la canalla. Por consiguiente, sólo las revoluciones del tipo «vacante prolongada» tienen una coloración popular fuerte y pueden dar la ilusión retrospectiva de que es el pueblo quien ha hecho la revolución. Dicho esto, la primacía de la élite no debe inducir a menospreciar el papel del pueblo. Efectivamente, la victoria será finalmente para la fracción de la élite que haya convencido o dado al pueblo la ilusión de que es la única capaz de satisfacer sus reivindicaciones. Los

bolcheviques no habrían podido hacer nada si los obreros y los *mujiks* no hubieran creído que eran los únicos que podían darles «la paz, el pan y la tierra». Los comunistas chinos aún se encontrarían probablemente en sus cavernas de Yenán, si no hubieran probado que eran los más aptos para arreglar los problemas nacionales, económicos y sociales que trastornaban a China hacía más de cien años. Incluso en los lugares en que el pueblo ha vivido la revolución en la más completa inacción —en el caso del golpe de Estado militar—, decide la suerte del nuevo régimen con su actitud favorable o desfavorable. Hasta este punto es esto cierto, que ningún régimen puede durar, si no tiene el sostén, por lo menos tácito, del pueblo.

I) *LOS RESULTADOS POLITICOS*

Es decir, ¿cuál es el régimen político que termina por instalarse, fueran cuales fueran sus objetivos iniciales? A lo largo de estos análisis y de los que seguirán, hemos utilizado una distinción fundamental entre régimen pluralista y régimen monopolista; el primero se define por una dispersión del poder entre varios centros de decisión, el segundo por la concentración del poder. La salida de una revolución es uno u otro de ellos. Las revoluciones que desembocan en un régimen pluralista son escasas: 1688, la Guerra de Independencia Norteamericana, 1830, y podríamos decir que eso es todo. La primera y la última están caracterizadas por la escasa amplitud del movimiento, que sólo afecta a una fracción de la élite; la segunda es una guerra nacional dirigida por la élite y que no encontró una resistencia suficiente para verse obligada a apelar a las masas. Como ya hemos dicho, los únicos ejemplos de revolución pluralista o liberal estuvieron a cargo de propietarios de esclavos, aristócratas y burgueses.

Por consiguiente, los regímenes monopolistas son con mucho los más frecuentes. El régimen más probable es el dominado por los militares. Dicho esto, un régimen militar es, en sí mismo, neutro, pues el ejército no es más que un instrumento. El ejército puede ponerse al servicio de cualquier ideología y producir toda una

variedad de regímenes, desde el simple conservadurismo hasta el socialismo. Además de la distinción en función de la ideología, podemos observar diferencias que responden a la naturaleza del poder. Así tenemos poderes muy moderados de tendencias pluralistas (por ejemplo la V República salida del golpe de Estado del 13 de mayo de 1958), poderes fuertes y conservadores, poderes terroristas (nazismo, stalinismo). La naturaleza del poder no responde sólo al temperamento y la ideología de los gobernantes, sino también a las categorías sociales que los mantienen. Una ley política, reconocida desde la Antigüedad y que nunca ha sido desmentida por la experiencia, quiere que cuanto más popular sea el apoyo, más fuerte sea el régimen; que la canalla apoye a los regímenes terroristas; que un régimen fuerte, y sobre todo terrorista, tienda a eliminar a la élite apelando al pueblo y a la canalla, etc. Así pues, existe una relación secreta entre la canalla y la tiranía. Esta relación es fácilmente comprensible. Así como la guerra tiende a llegar a los extremos, el poder tiende hacia lo absoluto. Si no es absoluto, es que lo detienen algunos contrapoderes. Estos contrapoderes sólo pueden ser privilegios, derechos, exenciones, actividades autónomas..., bienes que definen la posición de la élite. De lo que se deduce que todo poder que quiere ser absoluto debe combatir esta posición; cuanto más profundo sea el combate, más se apoyará en las categorías sociales que padecen por causa de los privilegios de la élite y más tenderá el poder hacia lo absoluto, cuyo límite natural es el terrorismo, en el que el poder se arroga el derecho de vida y muerte sobre todos sin excepción. En último término, la lógica del igualitarismo conduce al terrorismo; así pues, el igualitarismo es una exigencia constante de la vida en sociedad, tanto más viva cuanto más descendemos en la escala social; así pues, cuanto más popular es una revolución, más posibilidades tiene de ser terrorista.

En el cuadro que sigue,[27] hemos intentado agrupar todos los datos dispersos en estos análisis tipológicos. Estas clasificaciones son necesariamente arbitrarias y heterogéneas. Arbitrarias porque, para distinguir un tipo, nos vemos obligados a valorar un criterio sin poder

27. Véase páginas 159-160.

introducir una justificación irrefutable. Y heterogéneas, porque si no, valorando el mismo criterio, los otros serían superfluos. Nos hemos parado en cinco tipos principales, porque nos parecían bien representados en los hechos. Recordemos, una vez más, que nuestras ambiciones son de orden científico y no ideológico, lo cual significa que simplemente pretendemos forjar los instrumentos más eficaces para captar la realidad social.

Observaciones

— Las *revoluciones nacionales* parecen las más probables y las más frecuentes. Además, son las que tienen más posibilidades de éxito, por lo menos desde hace un siglo y medio. El resultado ha sido una multiplicación de las naciones, de las tensiones entre nación y nación, o sea, del nacionalismo y de las guerras. Nada permite afirmar que, en un porvenir previsible, asistiremos a un cambio y a los reagrupamientos de naciones. Pero nos parece que las relaciones internacionales dominarán más que nunca sobre las sociedades humanas. Del mismo modo, hay que observar que las revoluciones nacionales son, en cierto modo, neutras, tanto respecto al régimen como a la ideología. Producen unidades políticas nuevas, pero estas unidades deben determinar su destino. Cuanto más fácil sea la revolución, cuanto más coherente sea la nación en gestación y mejor guiada esté por una élite unida y eficaz, mayor será la probabilidad de un régimen pluralista. Inversamente, cuanto más larga y dura sea la guerra, más se prolongará la revolución nacional en revolución social y desembocará en un poder fuerte.

— La *revolución militar* es también muy probable y muy frecuente. En régimen pluralista, es el único peligro efectivo de subversión. De ahí la tendencia de los regímenes liberales a vigilar y rebajar el ejército. De ahí, también, el peligro para un régimen liberal de tener una política exterior agresiva: es extraño que la opresión hacia el exterior no termine, a la larga, en la opresión hacia el interior. Cuando la élite civil resulta incapaz de resolver los problemas que se plantean, el peligro del golpe de Estado militar crece considerablemente. Y puesto que el ejército es la única fuerza organizada y

construida según criterios racionales de eficacia, es prácticamente inevitable que ante el desorden no reaccione con un golpe de fuerza. Los golpes de Estado militares, desde la descolonización, son incontables.

Como la revolución nacional, la revolución militar es neutra. Los dirigentes militares pueden adoptar diversas ideologías; generalmente encontramos, en los cuadros del ejército, varias ideologías concurrentes. De ahí la gran inestabilidad, que se traduce por golpes de Estado a porrillo y depuraciones. Al igual que las demás, tampoco la élite militar forma un bloque.

— La *revolución pluralista o liberal* es poco frecuente. Es comprensible. Primero a causa de la singularidad, ya señalada, de la situación de conjunto que determina la limitación del poder, a saber: la pluralidad de las unidades políticas concurrentes en una misma área cultural. Seguidamente, porque supone una débil resistencia del orden; una resistencia fuerte llevaría a un ahonde de la revolución y, por lo tanto, a una escisión de la élite, a una vacante prolongada y a un poder fuerte (ejemplos perfectos: Inglaterra en 1640 y Francia desde 1789 a 1791). En fin, porque postula la unidad de la élite. Por otra parte, esta unidad es improbable en el caso de una revolución endógena, y más verosímil en el caso de una revolución nacional, en la que hace frente a un mismo enemigo. Todas estas condiciones se encontraban reunidas en ocasión de la Guerra de Independencia Norteamericana. En Inglaterra, durante 1688, no hay que minimizar el hecho de que Jaime II fuera católico y diera la impresión, falsa o verdadera, de querer restablecer el «papismo», es decir, una dominación extranjera.

— No existe ningún ejemplo de *revolución socialista,* sino es con ocasión de una revolución prolongada, nacional o militar. Por razones que están bastante claras, jamás un partido revolucionario socialista ha podido apropiarse directamente del poder. Un partido semejante, por el hecho de su orientación obrera, sólo puede poseer un cimiento popular limitado. Para ampliar su audiencia, conquistando al pueblo y a una fracción de la élite, el socialismo está obligado a atenuar sus exigencias de igualdad y racionalidad, teniendo en cuenta la diversidad de los intereses y los puntos de vista. En una palabra, el socialismo sólo puede ser eficaz convirtién-

	Revolución nacional	*Revolución militar*
Intensidad	— Todas las intensidades posibles.	— Todas las intensidades posibles.
Móviles	— Odio al ocupante. — Humillación, opresión. — Envidia.	— Humillación. — Rechazo del despilfarro.
Pérdida del poder	— Hundimiento (1848 en Austria; 1918 en Austria-Hungría). — Dimisión (Africa negra).	— Poder en situación de cortocircuito.
Toma del poder	— Guerra. — Partido revolucionario.	— Golpe de Estado. — En caso de semifracaso, guerra civil.
Desarrollo	— Breve. — Guerra (en función de la resistencia del ocupante).	— Instantáneo.
Fiesta	— Débil ó ausente.	— No hay fiesta.
Ideología	— Todas las ideologías posibles (a menudo, la independencia no es más que una etapa).	— Conservadurismo. — Nacionalismo. — Socialismo. — Fascismo.
Actores	— Todos los actores posibles. Reclutamiento tanto mayor cuanto más intensa es la guerra.	— Militares, que se benefician, ya del sostén, ya de la indiferencia del pueblo.
Resultados	— Todos los regímenes posibles, en función de los actores y la ideología; cuanto más feroz habrá sido la resistencia, más fuerte será el régimen.	— Régimen monopolista; toda la gama hasta el terrorismo.

Revolución liberal (o pluralista)	*Revolución fascista*	*Revolución prolongada*
— Intensidad 2 (sustitución de las reglas del juego político).	— Intensidades 4 (trastorno político y social) y 5 (cambio de civilización).	— Intensidades 3 (sustitución de las reglas del juego político y de la clase dirigente) y 4.
— Opresión. — Odio al ocupante.	— Miedo. — Humillación.	— Humillación. — Desesperación, miedo, opresión. — Envidia.
— Hundimiento. — Dimisión.	— Dimisión. — División.	— Hundimiento. — Dimisión. — División.
— Guerra. — Partido revolucionario.	— Partido revolucionario.	— Suspendida, es decir alternancia de equipos provisionales.
— Breve. — Guerra, con débil resistencia del adversario.	— Breve; de hecho, en los ejemplos conocidos, la toma del poder fue legal.	— Vacante prolongada.
— No hay fiesta.	— No hay fiesta.	— Fiesta intensa frecuente.
— Liberalismo.	— Fascismo.	— Todas las ideologías *en competencia*.
— Élite, ayudada por la indiferencia o el apoyo del pueblo.	— Canalla, con el apoyo activo del pueblo y la neutralidad de la élite.	— Todos los grupos sociales *en competencia*; eliminación tendencial de la élite.
— Régimen pluralista.	— Régimen monopolista, variante totalitaria y terrorista.	— Régimen monopolista, militar o de partido único (con tendencias al totalitarismo terrorista).

dose en reformista, lo que supone el pluralismo político. De hecho, los únicos sistemas sociales —escandinavos en particular— que dan la impresión de aproximarse algo a los sueños del siglo XIX, son los más alejados del espíritu revolucionario y los más liberales que existen. Los hechos, el buen sentido y la teoría concurren para mostrar que, en Occidente, la única posibilidad del socialismo está en la ausencia de revolución. De lo que no es seguro que los socialistas estén conscientes.

— No existe ejemplo, salvo alguno local y anecdótico, de *revolución anarquista*. Ya hemos observado que esto responde al rechazo por parte del anarquismo de utilizar las vías y los medios de la política. Por este hecho, escapa constantemente de la Historia y se disipa en sectas intransigentes y antagonistas. Suponiendo que el anarquismo posea un sentido, éste sólo puede encontrarse en el cuadro de contrasociedades locales y limitadas. El anarquismo sólo puede ser, como máximo, una forma de huida social.

— A partir de nuestro cuadro, podemos construir algunos tipos inéditos. Por ejemplo, una revolución socialista, pluralista, de intensidad 2, apoyada por el pueblo, a partir de un hundimiento o de una dimisión del poder. Dicho de otro modo, ¿era posible la experiencia checa? De una manera general, ¿cómo concebir el paso del monopolio al pluralismo político? Uno queda escéptico cuando observa la extraordinaria permanencia, a través de milenios, de unos sistemas monopolistas en Egipto y China: jamás ninguna élite ha conseguido levantarse sobre posiciones lo bastante fuertes y estables como para representar unos contrapoderes eficaces. El poder ha terminado siempre por triunfar.

— Incluso hay quien se complace en soñar con una revolución pluralista, de intensidad 1 ó 2, apoyada por la élite y que apuntaría al federalismo. Se trataría de una forma inédita de revolución nacional, puesto que, en lugar de proceder por fisiparidad, agruparía a muchas unidades políticas en un conjunto federal. Europa se encuentra actualmente en una situación en que la invención de esta revolución federal está a la orden del día. No hay ningún precedente al que podamos referirnos.[28]

28. Hasta el presente, los imperios y las federaciones han sido siempre conquistados a partir de un polo dominante (Macedonia, Roma,

Si excluimos la dimisión general y recíproca de soberanía en provecho de un Estado federal —aparte el caso de una tensión internacional que amenazaría desde el Este, sin la esperanza de un apoyo norteamericano—, la coalición progresiva a partir de los organismos comunitarios, y la conquista a partir de un polo, se impone la conclusión de que los europeos deberán demostrar poseer imaginación política, si quieren que una Europa unida se realice.

— Con el riesgo de ofender las susceptibilidades y de agravar nuestro caso, terminaremos estas notas y esta tipología con las *revoluciones prolongadas*. La conclusión que se impone es que se trata de revoluciones fracasadas, que siempre terminan mal, en el sentido de que el sistema que termina por imponerse se encuentra en las antípodas de los objetivos iniciales. Así pues, ¿quién, en mayo de 1789, habría querido a un Bonaparte y en febrero de 1917 a un Stalin? Dicho lo cual, no hemos cesado de sugerir, a todo lo largo de estas páginas, las razones de la fascinación que este tipo de revolución ejerce sobre los contemporáneos. En el fondo —y el estasiólogo no es insensible a ello—, responde al hecho de que la mayoría de los tipos revolucionarios están representados en un espacio de tiempo reducido, la efervescencia toma el aspecto de la fiesta y la ilusión es idea fundamental de una historia hecha por todos. A este respecto, estas revoluciones constituyen verdaderos laboratorios sociales en los que el científico encuentra en qué ocuparse, si el ciudadano mezcla su interés con un escepticismo inquieto.

...uia, el Piamonte...). Incluso los Estados Unidos debieron a la victo... del Norte el hecho de haber permanecido unidos al salir de la Gue... de Secesión.

Capítulo 4
LAS CORRELACIONES FUNDAMENTALES

Como ya habíamos indicado en nuestra introducción, entenderemos por nivel III a la elucidación de las variables que determinan cada tipo despejado en los capítulos precedentes. Para construir este nivel, eran posibles dos métodos. O bien tomábamos cada tipo y subtipo uno detrás del otro, para poner en evidencia las variables de las que depende; seguidamente procedíamos a efectuar los agrupamientos de variables, que clasificábamos según su mayor o menor frecuencia; de esta manera habíamos de llegar a la obtención de un cuadro ordenado de las condiciones y las causas de los fenómenos revolucionarios.

Sin embargo, aquí hemos preferido, por razones materiales, seguir la marcha inversa. Es decir, que partiremos de este cuadro ordenado, deducido de un cierto número de principios, y dejaremos al cuidado del lector el ir más lejos en la búsqueda de las causas. Dicho de otro modo, con el fin de ganar tiempo y espacio, en la exposición que sigue haremos uso más bien del método deductivo a expensas del inductivo. Así, pues, tampoco se trata aquí de ser exhaustivo, sino de indicar las grandes orientaciones en las que hay que empeñarse cuando se quiere estudiar un fenómeno revolucionario.

Comencemos por establecer que la problemática que ahora nos ocupa no es sencilla, queremos decir que no puede desembocar en una respuesta única. Para que este punto quede claro, examinemos, por encima, dos teorías generales particularmente coherentes y célebres: las de Marx y Pareto. Yendo a lo esencial, las ideas de Marx sobre las revoluciones podemos resumirlas en cuatro proposiciones:

— hay clases sociales;

Capítulo 4
LAS CORRELACIONES FUNDAMENTALES

Como ya habíamos indicado en nuestra introducción, entenderemos por nivel III a la elucidación de las variables que determinan cada tipo despejado en los capítulos precedentes. Para construir este nivel, eran posibles dos métodos. O bien tomábamos cada tipo y subtipo uno detrás del otro, para poner en evidencia las variables de las que depende; seguidamente procedíamos a efectuar los agrupamientos de variables, que clasificábamos según su mayor o menor frecuencia; de esta manera habíamos de llegar a la obtención de un cuadro ordenado de las condiciones y las causas de los fenómenos revolucionarios.

Sin embargo, aquí hemos preferido, por razones materiales, seguir la marcha inversa. Es decir, que partiremos de este cuadro ordenado, deducido de un cierto número de principios, y dejaremos al cuidado del lector el ir más lejos en la búsqueda de las causas. Dicho de otro modo, con el fin de ganar tiempo y espacio, en la exposición que sigue haremos uso más bien del método deductivo a expensas del inductivo. Así, pues, tampoco se trata aquí de ser exhaustivo, sino de indicar las grandes orientaciones en las que hay que empeñarse cuando se quiere estudiar un fenómeno revolucionario.

Comencemos por establecer que la problemática que ahora nos ocupa no es sencilla, queremos decir que no puede desembocar en una respuesta única. Para que este punto quede claro, examinemos, por encima, dos teorías generales particularmente coherentes y célebres: las de Marx y Pareto. Yendo a lo esencial, las ideas de Marx sobre las revoluciones podemos resumirlas en cuatro proposiciones:

— hay clases sociales;

— las clases se encuentran en lucha;
— esta lucha desemboca en una revolución;
— la revolución es un bien.

No vamos a discutir el primer punto, puesto que, sea cual fuere la concepción que se adopte de la estratificación social, el autor más antimarxista admite que cualquier sociedad no es homogénea, sino que está compuesta por grupos diferentes. Basta con conceder a estos grupos el título de clase para dejar a todo el mundo de acuerdo. El segundo punto tampoco ofrece dificultad. Una observación, incluso superficial, a la historia humana lleva a admitir que toda sociedad está constantemente sacudida por los conflictos que oponen a grupo y grupo. Por lo demás, Marx peca por olvido: insiste ante todo en los conflictos de raíz económica, dejando escapar un poco los conflictos en los que lo que se juega es el prestigio y sobre todo el poder. Estos conflictos entre grupos (en el interior de una sociedad o entre sociedades) son hasta tal punto constantes que dejan de ser un hecho cultural: son un hecho natural, a saber: el instinto de agresividad. Si cualquier día, extraordinariamente, llegase a instaurarse una sociedad humana perfectamente homogénea, podemos estar seguros de que los hombres desplegarían una intensa actividad para encontrar nuevas diferenciaciones artificiales y así empezar de nuevo a querellarse. Brevemente, si por lucha de clases entendemos las pequeñas indicaciones precedentes, su existencia es una realidad indudable, que por otra parte conocíamos desde siempre.

Es en el tercer punto donde radica la dificultad.[1] En efecto, es precisamente el paso del conflicto, ya admitido en el interior de un cuadro social, a la ruptura, lo que constituye el fenómeno revolucionario. Así, una huelga entre patronos y obreros no tiene nada de revolucionaria, sean los que sean los sentimientos que animan a los adversarios; no habría ningún trabajo en mostrar que las huelgas o la amenaza de huelgas son, de tiempo en tiempo, necesarias para la buena marcha del sistema industrial. Como también está claro que las denuncias de la oposición respecto al equipo que se encuentra en el poder no tienen nada de revolucionarias.

1. El cuarto no nos interesa aquí, pues es una posición ética, que no es ni justa ni falsa.

Dicho de otro modo, hace falta distinguir —y ésta no es una distinción retórica— entre los conflictos en que se basa toda vida en sociedad, es decir todo orden, y los conflictos que manifiestan un rechazo del orden. Por otra parte, no existe un paso orgánico de un género a otro de conflictos. Si hay un punto en el cual las previsiones marxistas son regularmente derrotadas por el acontecimiento, éste es sin duda el de la acentuación de las contradicciones internas de un sistema: depauperación, baja tendencial de la tasa de beneficio, imperialismo, etc. Además, la noción de contradicciones insolubles en un sistema es a buen seguro una noción a su vez contradictoria. Por consiguiente, el problema dista de estar resuelto: por mucho que se lea y relea a Marx y los marxistas, jamás se averigua por qué existe algo como los fenómenos revolucionarios. Repitámoslo, en el fondo, esto es consecuencia de la confusión entre conflictos «normales» y conflictos de ruptura, no siendo los segundos otra cosa que una prolongación *natural* de los primeros.

Vilfredo Pareto no nos ocupará tanto tiempo. Su teoría está resumida en el parágrafo 2057 del *Tratado de sociología general:*

«Las revoluciones se producen porque, ya sea a causa del retardo de la circulación de la élite, sea por otra causa, algunos elementos de calidad inferior se acumulan en las capas superiores. Estos elementos ya no poseen los residuos capaces de mantenerlos en el poder y evitan hacer uso de la fuerza; mientras que en las capas inferiores se desarrollan los elementos de calidad superior que poseen los residuos necesarios para gobernar y que están dispuestos a hacer uso de la fuerza.»

No discutiremos la concepción de conjunto que descansa en la distinción dominantes-dominados, minoría gobernante-mayoría gobernada, porque además de que nos parece evidentemente justa no tendremos ocasión de utilizarla. Tampoco vamos a fijarnos en el hecho de que esta teoría sólo concierne a las revoluciones políticas y le sería bien difícil interpretar, por ejemplo, los milenarismos. Dicho lo cual, todo descansa en un silogismo:

— si los gobernantes hacen un uso juicioso y resuelto de la fuerza, entonces no pueden ser derrocados;

— ahora bien, existen las revoluciones;
— así pues, llega un momento en que los dirigentes son incapaces de hacer uso de la fuerza.

A partir de ahí, hay que apelar a alguna ley de orden biológico, con el fin de explicar que en la cumbre se concentran personas que no deberían encontrarse allí. Por ejemplo, nos encontraremos con una abundancia de residuos de la primera clase (instinto de las combinaciones), cuando precisamente las circunstancias exigirían la presencia de personas dotadas de residuos de la segunda clase (persistencia de los agregados); brevemente, se da el caso de que los conservadores dominan allí donde sería necesario que lo hicieran los reformadores, y recíprocamente. No tendremos en cuenta el hecho de que nadie ha sido nunca capaz de calcular la proporción de los diversos residuos en una sociedad, ni de que no se vean las razones de estas alternancias de conservadurismo y reformismo. El punto esencial es que hace falta mostrar por qué la clase dirigente no absorbe, a partir de las capas dirigidas, a las personas que necesita. Así pues, es preciso suponer el «retardo de la circulación de las élites»; suponerlo, pero sin explicarlo. Por otra parte, sobre este particular, un estudio histórico rápido muestra que no existe ejemplo de una sociedad que impida la ascensión social, ni tampoco ejemplo de una revolución llevada por personas de la clase inferior que se han visto obstaculizadas para conseguir sus ambiciones. Pero, ante todo, toda esta construcción artificial descansa en un postulado implícito en la premisa mayor del silogismo. Efectivamente, todos estos razonamientos son necesarios porque se supone a una élite dirigente unida y formando un bloque. Es suficiente con admitir (y también ésta es una vulgar experiencia) que las categorías que constituyen la élite dirigente pueden no entenderse, entrar en conflicto, paralizarse..., para que las revoluciones resulten posibles, sin necesidad de apelar a los residuos ni al retardo de la circulación de las élites.

Para construir nuestra propia problemática, partiremos de los puntos establecidos en el nivel de la unidad. Allí hemos sugerido que las actividades revolucionarias nacían de la arbitrariedad de los valores y las elecciones, de la escasez del poder, las riquezas y el prestigio.

Lo que quiere decir que una minoría, que es la que dispone del poder, la riqueza y el prestigio, impone a la mayoría su concepción de la vida y de la sociedad. Un orden, pues, está siempre impuesto, de lo que se deduce que siempre corre el peligro de ser contestado, y la experiencia enseña que efectivamente siempre existen contestatarios. De este modo queda instaurado un equilibrio inestable entre *tres* elementos: la autoridad, la obediencia, la contestación. Cuanto mayores son la autoridad y la obediencia, menos se manifiesta la contestación; en última instancia, se acantona en el crimen, el suicidio o la locura. Inversamente, cuando la autoridad y la obediencia se desmoronan, crece la contestación y se convierte en subversión. De este análisis evidente y vulgar se deduce que la contestación es siempre segunda, queremos decir que su amplitud es siempre el resultado de modificaciones ocurridas en el seno de la esfera de la autoridad y la obediencia, sin que la inversa sea cierta: ellos solos, jamás los revolucionarios han conseguido minar la autoridad ni perturbar la obediencia; los revolucionarios jamás crean una situación revolucionaria. Por consiguiente, en el análisis de las variables, podemos y debemos dejar de lado a la contestación, admitiendo que si bien siempre se encuentra latente, sólo se convierte en explosiva cuando los dirigentes ya no pueden imponer y los dirigidos se oponen a obedecer.

Así pues, es preciso concentrarse en las relaciones entre autoridad y obediencia. Su conexión es evidentemente dialéctica. Cuanto mayor es la obediencia, más blanda puede permitirse ser la autoridad. Inversamente, cuanto menos profunda y natural es la obediencia, más debe la autoridad endurecerse para su afirmación.[2] Cuando la autoridad se resquebraja o se desmorona, aumenta la desobediencia y, aumentando, contribuye al desmoronamiento de la autoridad. Lo que explica por qué no existe ejemplo de que un poder fuerte se haya transformado orgánicamente en poder liberal: la tiranía está condenada a la tiranía si no quiere morir. Dicho lo cual —y admitimos la vulgaridad de estas comprobaciones—, por poco que sigamos esta dialéctica, la determinación de las

2. Un caso límite es el de la prisión, siempre en equilibrio inestable entre la sublevación y la represión.

causas está condenada al círculo vicioso. Sólo podemos esperar alcanzar algunas certidumbres si logramos valorar, para explicar los fenómenos revolucionarios, ya sea la disolución de la autoridad, ya el descenso del nivel de la obediencia.

Es preciso, pues, optar resueltamente por la primera de estas dos pendientes que constituyen el orden. En efecto, Pareto tiene razón al considerar que, mientras que la clase dirigente sigue unida, dispone de la fuerza y está decidida a hacer uso de ella, tiene siempre la posibilidad de mantener el orden y el equilibrio.

En todo momento, el problema hay que plantearlo en términos de equilibrio y de ruptura o de relación de las fuerzas y de su modificación. Cuatro sectores de la vida en sociedad son los que merecen más particularmente un análisis en términos de equilibrio y de relación de las fuerzas. En primer lugar y sobre todo el subsistema *político*: ¿qué clase de modificaciones en el reparto del poder pueden llevar a las revoluciones? Una segunda variable será la *económica*: ¿en qué medida los cambios y las crisis económicas pueden romper el equilibrio hasta el punto de desembocar en las revoluciones? La tercera es la *social*: ¿cuáles son las modificaciones que pueden afectar a una estructura social en su composición y sus jerarquías hasta el punto de romper el equilibrio de las fuerzas? En fin, hay que tener en cuenta a una última variable, que proponemos llamar *ética* y que concierne a las divergencias que pueden surgir sobre la finalidad que es preciso asignar a la vida en sociedad.

A) *LAS VARIABLES POLITICAS*

Son, con mucho, las más importantes, es decir, las que intervienen con más frecuencia y de forma más decisiva en los fenómenos revolucionarios. Según parece, tal acción se ejerce de tres maneras distintas y que será útil distinguir: el papel de la política exterior, es decir la guerra, la dialéctica del crecimiento del poder y los contrapoderes y, por fin, la corrupción de los regímenes políticos.

Cuando se aborda el estudio de un hecho revolucionario, es preciso empezar por la pregunta: ¿han tenido lugar, en la fase precedente, una o varias guerras victoriosas o no? Muy a menudo la respuesta resultará positiva. En realidad, en el nivel general en que ahora estamos obligados a situarnos, hay que examinar dos grandes posibilidades.

O bien la unidad política sale victoriosa del conflicto. Y si esta victoria no modifica radicalmente el sistema internacional a beneficio de la unidad, a través de la constitución de un imperio o de una posición ampliamente hegemónica, el resultado no tiene entonces consecuencias inmediatas en el régimen interior. En alguna ocasión, sin embargo, pueden ser de cierta importancia. Dejando aparte el coste de la victoria que puede ser superior a los recursos o a lo que los administrados están dispuestos a pagar, el aumento de prestigio conferido a los gobernantes puede arrastrar a éstos a reforzar y extender su poder. Haciendo lo cual pueden desencadenar una reacción de los poderes intermedios, de una manera general de todas las posiciones que se ven amenazadas por una extensión del poder estatal. Venimos a parar así al caso que analizaremos con más precisión en el párrafo siguiente. Cuando el conflicto ha resultado largo y penoso y ha sido necesario apelar, ya sea a grupos que normalmente están dispensados de actuar (caso de las ciudades griegas, y más particularmente de Atenas, durante la Guerra del Peloponeso), ya al sacrificio material y humano de la población, entonces una paz victoriosa tiene posibilidades de ver cómo sobre los gobernantes se ejercen unas presiones por parte de los gobernados, que se creen en el derecho de reclamar compensaciones. Situaciones semejantes, a pesar de que no llegaron hasta la revolución, se conocieron en los países vencedores los días siguientes a la guerra de 1914.

Bastante más peligrosa para el régimen es una victoria que desemboca en el imperio. Efectivamente, todo el sistema corre el peligro de ser perturbado por la extensión espacial de la soberanía. De este modo, las instituciones romanas, definidas para una ciudad de efectivos y territorio reducidos, fueron pulverizadas por la conquista. Del mismo modo, el personal político tiene

todas las posibilidades, por lo menos a plazos y por poco que el imperio dure, de renovarse a beneficio de los provincianos. La consecuencia de un proceso semejante es necesariamente el refuerzo del poder con el fin de dominar el espacio y los conflictos. Por otra parte, la conquista corre a cargo del ejército. Por consiguiente, la expansión imperial hace probables los golpes de Estado militares. También a este respecto, el Imperio Romano o, más precisamente, el tránsito de la ciudad republicana al imperio, es un ejemplo impresionante, el modelo casi perfecto. Desde luego, cuando la conquista es, ya desde el comienzo, el hecho de una minoría armada (Islam, turcos, mongoles...), aparece inmediatamente un régimen militar. Sin embargo, también aquí, el tránsito al imperio estabilizado se traduce a menudo por una inestabilidad política. Ejemplo: la substitución de los omeyas por los abbasíes. A lo que es preciso añadir la fragilidad propia de los regímenes monopolistas, que analizaremos en el tercer párrafo. Así, la guerra, incluso la victoriosa, dista de contribuir a la estabilidad de los regímenes, contrariamente a lo que se cree y a la práctica constante de los príncipes que se ven amenazados. Sería conveniente, a través de una encuesta estadística precisa, confirmar lo que no es más que una deducción lógica sostenida por unos hechos parciales. Comparemos sistemáticamente las guerras victoriosas y la suerte de los vencedores: los resultados podrían ser sorprendentes.

O bien la unidad política conoce la derrota. En el caso de una derrota simple, sin pérdida de la independencia, conduce a menudo a la bancarrota interior del régimen, allí donde éste se encuentre, ya sea mal implantado, ya minado. Contemporáneamente, Francia ha conocido tres revoluciones consecutivas surgidas de la derrota: en septiembre de 1870, durante la Comuna y en 1940. El segundo caso, el de un régimen absolutista minado desde hacía años por las tendencias liberales, es típico de la situación rusa en 1917. La probabilidad de que una derrota arrastre al régimen a la caída es tanto mayor cuando la masa del pueblo ha participado en la guerra, porque en este caso el pueblo se encuentra directamente relacionado y siente directamente la humillación. Por el contrario, durante las monarquías del Antiguo Régimen, cuando la guerra era cosa de los prín-

cipes y mercenarios, la derrota no concernía a la masa y no aportaba daño alguno a la legitimidad. La derrota conduce a la revolución de una manera mucho más segura cuando el régimen es del tipo monopolista, puesto que entonces el responsable se designa a sí mismo como cabeza de turco; en un régimen pluralista, las responsabilidades pueden ser diluidas, lo que contribuye a la dispersión de la indignación y a su ineficacia.

Más interesante es el caso del imperio, es decir, el de la pérdida total de soberanía. Surge toda una espesa gama de manifestaciones revolucionarias. Ya hemos observado la florescencia de los movimientos milenaristas, de los bandidajes, las guerras campesinas, las revoluciones nacionalistas... El caso más impresionante es el de la guerra de liberación nacional llevada por un pueblo sometido contra su ocupante. Como ya hemos tenido ocasión de indicar, cuanto mayor es la resistencia del ocupante, más radicales deben volverse los dirigentes de la rebelión y proponer la revolución hacia el interior (prometiendo, en general, una reforma agraria), con el fin de conquistar para su causa las más amplias fracciones de la población. Esta evolución trae consigo algunas disensiones entre estos dirigentes, puesto que al principio son siempre elementos moderados (dejando aparte los excitados). Las disensiones deben ser arregladas para mantener la unidad del mando; así, se suceden una serie de purgas y pequeños golpes de Estado.[3]

La constancia del rasgo nacional se explica suficientemente en los movimientos revolucionarios. Se trata efectivamente de duelos que enfrentan a dos —y únicamente a dos— adversarios. Veremos que, en el plano ideológico, esto lleva consigo toda una gimnasia intelectual destinada a percibir la realidad social como dualista. En el caso de una absorción de una unidad por otra, el dualismo no significa ningún problema, el adversario se designa a sí mismo para los golpes. Incluso en ausen-

3. Cuando esta "purgación" no se hace durante la guerra, se hace después, dando al pueblo un espectáculo afligente de la descomposición en los días siguientes a la victoria. Pensemos en la situación argelina de 1962. Es probable que tal insuficiencia se atuviera a la distinción radical entre dirigentes políticos instalados en el extranjero y dirigentes militares del interior. Los conflictos no podían desarrollarse hasta su madurez.

cia de exacción o de opresión particularmente odiosas, es normal que el duelo funcione de tiempo en tiempo para eliminar las tensiones. Por otra parte, los imperios son extraordinariamente frecuentes desde los albores de la Historia: la constitución de los Estados y las soberanías se consigue a través de las guerras y las conquistas. Entretanto, los conquistados no han cesado de protestar, a través de la Historia, contra esta absorción. El hecho notable es el de que estos movimientos de independencia hayan estado regularmente abocados al fracaso. Lo que se explica por la desigualdad de los medios y la igualdad de las voluntades, es decir que vencer resulta tan vital para los dominantes como para los dominados. No ha sido hasta el siglo XX cuando la disolución de los imperios coloniales ha multiplicado los ejemplos de nacionalismos triunfantes. La explicación es evidente: la desigualdad de los medios probablemente se ha acentuado, pero ha quedado más que compensada por la desigualdad de las voluntades. La comparación de los beneficios procurados por la colonización al *conjunto* de los ciudadanos de la metrópolis y los costos necesitados para la conservación del orden, revelaba una desproporción tal en provecho de los segundos que el abandono era de rigor. Por el contrario, en todo lugar en que la voluntad de no ceder se mantiene firme los imperios siguen. El siglo XX aparece como el siglo de la disolución de los imperios y el nacimiento o renacimiento de las naciones. Para nuestro tema, la consecuencia probable es una disminución del número de los fenómenos revolucionarios y una recrudescencia de los hechos guerreros. Pero como éstos tienen repercusiones en los sistemas políticos y sociales, tampoco los fenómenos revolucionarios dejarán de multiplicarse.

Lo que nos lleva a plantear un último problema sobre las relaciones entre la guerra y la revolución. ¿Qué ocurre cuando no hay guerra durante mucho tiempo?[4]

Sólo puede responderse a esta pregunta en forma de hipótesis, puesto que, desde los albores de la Historia, la paz sólo ha sido una tregua entre dos guerras. Incluso en el siglo XIX, que conoció largos períodos de paz entre

4. Hay que señalar también el caso muy particular de la Revolución de 1848 en Francia. La acusación más constante y vehemente llevada contra la Monarquía de Julio fue su inercia en el plano exterior y la humillación infligida a la nación por esta inercia.

1815 y 1856, y después entre 1871 y 1914, la expansión colonial permitió a los ardores que hablaran por sí mismos. Efectivamente, el problema sólo se plantea después de 1945, con el equilibrio del terror y la imposibilidad de un enfrentamiento directo entre grandes potencias. Sí, en efecto, la vida en sociedad sólo es posible si, periódicamente, las presiones que supone son eliminadas a través de la fiesta, la guerra o la revolución, entonces es razonable pensar que, a la larga, las sociedades humanas conocerán una recrudescencia de hechos revolucionarios.

2. El crecimiento del Estado

Si convenimos en entender por poder la posibilidad de imponer su voluntad al prójimo, entonces también estaremos de acuerdo en convenir que el poder descansa, en un último término, en la fuerza. En el seno de una sociedad compleja, el uso de la fuerza —o la amenaza de su uso— está reservado al Estado, a su ejército, a su policía y a su administración. Por otra parte, no existe limitación intrínseca en el uso de la fuerza. De lo que se deduce que todo poder tiende hacia lo absoluto; inversamente, un poder que no es absoluto está limitado por contrapoderes y fronteras naturales.[5] Así, la historia de las sociedades humanas puede ser analizada a partir de la extensión del Estado, lo que nos ofrece una segunda gran fuente de fenómenos revolucionarios. Que nacen de la reacción de los centros autónomos de poder contra esta extensión. En nuestra tipología ya hemos subrayado algunos tipos que dependen de este movimiento. Las afinidades secretan el bandidaje, así como las comunidades campesinas; éstas pueden también responder a insurrecciones o milenarismos. Los casos más célebres de revoluciones ligadas a una

5. Por esto entendemos los límites impuestos al poder del Estado por las comunicaciones, por la necesidad técnica de delegar los poderes, por la baja marginal de la eficacia administrativa... Estos límites no son naturales más que respecto a cierto tipo de sociedad; así pues, varían en cada sociedad en función del equipo técnico y económico. De esto se deduce que la sociedad industrial hace posible una evolución del poder hasta extremos aberrantes. El nazismo y el stalinismo son sus dos representaciones más impresionantes y terroríficas.

lucha contra el poder estatal se encuentran en Occidente, y más precisamente en Inglaterra. Contrariamente a lo que se creía, la lucha contra el absolutismo real no data sólo del siglo XVII, sino que se remonta casi a los orígenes del reino. La primera gran revolución inglesa data en efecto de 1258. Cada vez, el esquema general parece ser el que sigue. En un primer acto, el monarca tiende a romper en su propio beneficio el equilibrio de las fuerzas. Ayudado por una camarilla que debe su fortuna únicamente al favor del rey, éste va sitiando poco a poco a los centros autónomos para someterlos a su ley. En un segundo acto, la aristocracia terrateniente y la burguesía urbana se sublevan para contener el proceso. A lo que sigue una parálisis del poder, una fase de anarquía que incita al pueblo a penetrar en la arena política con el fin de defender sus propios intereses. Así pues, el movimiento corre el riesgo de desbordar a sus iniciadores y desembocar en la subversión social. En una cuarta fase, los grandes se dividen sobre la actitud a adoptar: ¿es preciso detener el movimiento o proseguirlo hasta su término? Esta división desemboca en una guerra civil, que trabaja en beneficio del que la gana, es decir del que dispone del ejército más fuerte. Se llega así a una dictadura militar: Simón de Montfort en el siglo XIII, Cromwell en el siglo XVII. Para desembarazarse de esta dictadura, la clase dirigente se entiende con la monarquía.[6] Se llega a una restauración, que se basa en un compromiso que limita el poder real. El caso inglés es único y plantea un problema: ¿por qué la persistencia del poder de la aristocracia? La respuesta más probable está relacionada con las particularidades de la conquista normanda. En el año 1066 se implantaba una monarquía de tipo feudal, cuya espina dorsal la constituía una pirámide de alianzas que culminaban entre las manos del rey. Por el contrario, la disolución del poder durante los siglos IX y X en Francia obligó a los capetos a edificar su poder contra los grandes, a través de la guerra. La monarquía inglesa se basaba en un equilibrio estable de las fuerzas, mientras que la monarquía francesa, para existir, tuvo que des-

6. O, en 1688, con otro monarca, importado para la circunstancia. El carácter ejemplar de la *Glorious revolution* responde a la unidad de la clase dirigente frente a Jacobo II. Así, se hizo la economía de la fase de guerra civil.

plazar el centro de gravedad de las fuerzas a beneficio del rey. El proceso se extendió a lo largo por lo menos de seis siglos. Cuando los grandes fueron lo bastante audaces para volver a un equilibrio que les fuera favorable, ya era demasiado tarde: la Fronda llevó al absolutismo de Luis XVI y la Constituyente a Napoleón.

La rareza de esta coyuntura de limitaciones de los poderes dentro de la historia de la humanidad —porque además sólo se la encuentra en la historia occidental, en Grecia y a partir del siglo XI— plantea un problema. Dentro de todas las demás civilizaciones, la evolución ha terminado siempre por llevar a un poder fuerte y centralizado, de tendencias despóticas. Así, pues, es preciso que, en estos dos períodos de la historia occidental, una particularidad original haya bloqueado la evolución. Sólo sabemos ver a una lo suficientemente fuerte para determinar una coyuntura excepcional: *en cada ocasión, comprobamos la pluralidad de las unidades políticas soberanas en un mismo espacio cultural.* Esta situación lleva consigo un sistema diplomático-estratégico, que Raymond Aron llama pluripolar y homogéneo. Lo propio de un sistema semejante es tender hacia el equilibrio a través de un juego de alianzas que impide a cualquiera de las unidades intentar la hegemonía. Por consiguiente, la potencia de todo Estado hacia el exterior está, a la larga, limitada. Una unidad que se convierte en excesivamente fuerte (Atenas en el siglo V; España entre el final del siglo XVI y los comienzos del XVII; Francia bajo Luis XIV y Napoleón; Alemania con Guillermo II) desencadena contra sí misma una guerra compensadora, de la que surge vencida, lo que tiene tendencia a debilitar el poder hacia el interior. Debilitado tanto hacia el interior como al exterior, el poder se ve impedido de escalar hacia lo absoluto. Por el contrario, dentro de todas las demás sociedades complejas conocidas, un poder único tiene éxito en imponerse en toda un área cultural y en eliminar a los contrapoderes. Durante los períodos de decadencia y de interregno entre dinastías, éstas pueden aparecer en forma de principados, pero sin llegar nunca a la completa independencia. Al cabo de un lapso de tiempo más o menos largo, uno de los principados, o un usurpador llegado del exterior, termina siempre por restaurar la unidad bajo su autoridad despótica.

Lo que explicaría que las únicas revoluciones liberales con éxito aparezcan en Grecia y Occidente.

El crecimiento del Estado determina una última oleada de fenómenos revolucionarios. Que se basa en la constitución de un aparato del Estado, cuyos dos elementos principales son la administración y el ejército. El crecimiento en eficacia de este aparato le lleva a multiplicar y refinar los controles con, en último término, la absorción completa de la sociedad civil en el Estado. Este proceso determina una serie de múltiples reacciones por parte de los administrados contra lo que en Francia venía en llamarse «el despotismo ministerial». Bastante más importante es todavía el problema de las rentas del Estado. La constitución de un aparato del Estado es muy cara y aumenta indefinidamente la presión fiscal sobre la población. Por otra parte, antes de la era industrial, la débil productividad de la agricultura desprendía un excedente limitado que el Estado podía confiscar. Entonces, un aumento de los impuestos se convertía muy rápidamente en insoportable, puesto que pronto atacaba el mínimo vital. De tal modo que las insurrecciones surgidas de una protesta contra las leyes fiscales resultan innumerables en la historia de los Estados. También sobre este punto, estamos faltos de estadísticas precisas, pero casi estamos convencidos de que, si no la totalidad de los movimientos de rebelión de todos los tipos, por lo menos una gran parte de ellos se encuentran en relación con el problema fiscal.

Con la revolución industrial y el crecimiento de la renta nacional, las recaudaciones operadas por el Estado han podido aumentar, en cifras absolutas, en unas proporciones fantásticas. Pero simultáneamente, también el mínimo coniderado como vital ha aumentado en gran manera. Dicho de otro modo, la tensión entre las exigencias fiscales del Estado y las reticencias de los contribuyentes no han desaparecido, sino que se han trasladado a un más alto nivel. Por otra parte, el límite entre lo que es soportable y lo que no se soporta no está definido. Un Estado corre siempre el riesgo de franquearlo, provocando así movimientos de rebelión. Recientemente, Francia todavía tuvo ocasión de conocer alguno de estos movimientos. Desde luego, para que todo esto llegue a la ruptura es preciso que las vías legales de pro-

testa se encuentren cerradas, dejando ya aparte las vías ilegales del fraude.

De una manera general, todo este párrafo sobre el crecimiento del Estado y las reacciones que suscita, describe una constante de la vida en sociedad. Incluso estaríamos tentados de ver su fundamento en las tensiones y los conflictos que se deducen. Para que tales tensiones lleguen hasta la ruptura, es preciso introducir algunas variables suplementarias. Además de las que ya hemos indicado y que aún abordaremos, habrá que tener en cuenta a las mentalidades y temperamentos nacionales. La sensibilidad a la presión estatal varía bastante de país en país; hay pueblos libres y pueblos esclavos. Los ingleses no soportarían la milésima parte de lo que los rusos soportan a sus gobernantes desde siglos. Es evidente que estas diferencias no son de origen biológico, sino que resultan de los sistemas sociales y políticos que han modelado diferentemente a los pueblos. A la larga, un tipo de régimen da forma a tipos humanos que, a su vez, llevan a un tipo de régimen. Esta intervención determina unos umbrales revolucionarios que son tanto más elevados cuanto más acostumbrado se está a obedecer. La experiencia prueba también que cuanto más elevado es el umbral, más violenta resulta la reacción, del mismo modo que las iras de los blandos son las más terribles. Lo que nos lleva a encarar una última variable política: los fenómenos revolucionarios confrontados con los regímenes políticos y su corrupción.

3. La corrupción de los regímenes políticos

Sin entrar en los detalles de un análisis de la tipología de los regímenes políticos, admitiremos, con Raymond Aron,[7] que, desde el punto de vista que nos interesa, hay dos grandes clases que debemos retener: los regímenes pluralistas y los regímenes monopolistas. Los primeros están definidos por la pluralidad de los centros de decisión: partidos, sindicatos, grupos de presión,

7. Véase, en particular, *Démocratie et totalitarisme*, París, Gallimard, 1965. Del mismo, "De la corruption des régimes politiques", en *Le contrat social*, II (1958), p. 319-325.

Estados..., y por unas leyes constitucionales legítimas [8] que regulan la competencia por el poder. Como acabamos de ver, estos regímenes son escasos. Los regímenes monopolistas están caracterizados por la concentración del poder en beneficio de un hombre o de un equipo (oligarquía, partido, ejército...). Concretamente, se enumera a toda una gama, desde el simple régimen autoritario que se prefiere moderado y limitado hasta el régimen totalitario y terrorista.

Los *regímenes pluralistas legítimos* son los más estables y los menos sujetos a las revoluciones políticas.[9] Lo que es fácil de comprender. La pluralidad de los centros de decisión realiza el oficio de tabiques ininflamables contra la propagación de los desórdenes de uno a otro sector. La alternancia regulada de los equipos en el poder permite encontrar una salida legal al descontento; las campañas electorales, desde el punto de vista de los gobernados, juegan el papel de una χαθαρσιζ των παθων. La pluralidad de las opiniones y los objetivos que se desarrolla gracias a las libertades de opinión, reunión, asociación y expresión, hace altamente improbable que una ideología y un partido puedan reunir a una mayoría vehementemente hostil al régimen. La necesidad que resulta del pluralismo de llegar al compromiso, hace poco verosímil que algunos grupos importantes puedan ser hasta tal punto lesionados en sus intereses que la única salida posible que les quede sea la subversión. En fin, la misma duración del sistema ya le confiere sin más una continuidad que lo emparenta con las cosas naturales y despoja de todo crédito a las intrigas revolucionarias. Por otra parte, si bien una revolución es siempre el acto de una minoría decidida —que existe siempre, incluso dentro de un régimen pluralista—, sólo triunfa con el apoyo o la neutralidad de la mayoría. En un régimen pluralista, estas dos actitudes se convierten en impen-

8. Damos a este término un contenido sociológico y no jurídico. Es legítimo un régimen reconocido por la mayoría durante un lapso de tiempo suficiente para verificar los mecanismos de transmisión del poder y para haberse enfrentado con crisis profundas. En este sentido, los regímenes ingleses y americanos son legítimos; por el contrario, ningún régimen francés, desde la huida a Varennes, merece este calificativo, aparte de la tercera República.

9. No hay, por el contrario, ninguna razón para que no conozcan las demás formas revolucionarias.

sables gracias a la incredibilidad que suscita la revolución.

Estos regímenes parecen hasta tal punto estables que sólo subsiste razonablemente una única posibilidad de subversión: la invasión extranjera. Incluso hay que excluir al golpe de Estado militar. En todo caso, no existe ejemplo de golpe de Estado ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos, ni en Escandinavia ni en Suiza.[10] Pero en el caso de una invasión extranjera, resultaría abusivo hablar de la corrupción de un régimen. Por el contrario, los regímenes pluralistas ilegítimos[11] son frágiles. Surgidos *recientemente* de un golpe de fuerza o de una revolución, sólo pueden representar a una fracción, aunque sea mayoritaria, del país; la substitución de una clase política por otra diferente arroja a la ilegalidad o a la disponibilidad a la antigua clase dirigente; incluso en el caso de una revolución ampliamente popular, las presiones de la realidad llevan a decepcionar las esperanzas y a no cumplir las promesas. Brevemente, el consenso general no tiene lugar; con ocasión de la primera crisis seria (social, económica, militar), las fisuras vuelven a aparecer, los dirigentes se dividen y las tensiones se reactivan. Prácticamente, el tránsito de un régimen tal a otro se realiza según tres modalidades.[12] La primera se trata del golpe de Estado, generalmente militar, o por lo menos con el apoyo del ejército (por ejemplo, el 2 de diciembre de 1851). La segunda es el acceso legal o semilegal al poder y, en la fase ulterior, el gran trastorno revolucionario (ejemplo perfecto: el nazismo). La tercera es, nuevamente, la invasión extranjera o el apoyo del extranjero (por ejemplo, las democracias populares). Por el contrario, una modalidad del tipo de 1830, 1848, febrero de 1917, es improbable. Efectivamente, los dirigentes que se encuentran amenazados conservan la posibilidad de apelar al sufragio universal y al sostén de

10. Incuso hay un ejemplo de salvaguardia del pluralismo por el ejército. Cuando en el año 411, una oligarquía, llamada de los Cuatrocientos, pretendió hacerse con el poder, el ejército, entonces en campaña, se rehusó a ratificar el golpe e hizo adoptar el decreto de Demofantos, que preveía grandes sanciones contra quien intentara establecer una tiranía en Atenas. *Cf.* Claude Mossé, *Le rôle de l'armée dans la révolution de 411 à Athènes*, en "Revue historique", 1964, p. 1-10.

11. Es decir, según la definición adoptada, los que no han conocido una duración.

12. Véase Raymond Aron, *op. cit.*, p. 203-204.

los que temen la aventura, es decir, la mayoría. Para que esta salida sea rechazada, es preciso que los revolucionarios dispongan del sostén del ejército; en este caso todas las posibilidades son de que se desemboque en el golpe de Estado, es decir, en la modalidad número 1.[13]

No hay nada más frágil que un *régimen monopolista*. Con el fin de no entorpecer inútilmente nuestra exposición, limitaremos la argumentación a los puntos esenciales. Para ejercerse activamente, el monopolio del poder se basa en un cierto número de instrumentos: el ejército, la policía, la burocracia y, en la época contemporánea, en el partido y los técnicos. Cada uno de estos instrumentos tiende, con el tiempo, a constituirse en centro autónomo de decisión, a limitar la libertad de maniobra del poder y a combatir contra los restantes. Debido a la necesidad técnica de la delegación de poder, éste se ve obligado a secretar competidores incesantemente. Esta antinomía es de tal manera constante que los regímenes monopolistas siempre han inventado paliativos. En las sociedades tradicionales, la solución consistía generalmente en confiar los puestos importantes a personas de poco relieve, cuya fortuna sólo estaba ligada al favor del príncipe y sin cimientos reales en el país: eunucos, libertos, extranjeros, hombres del pueblo, hombres de la Iglesia... Para que resultara eficaz, esta solución suponía una rotación rápida de los elegidos y su eliminación periódica. De ahí el riesgo de que algunos tomaran la delantera y fomentaran un golpe de Estado o una revolución palaciega. En la época contemporánea, el partido único viene a complicar el problema. Cuando constituye la espina dorsal del régimen, el riesgo de que un cambio de mayoría amenace a los hombres en el poder es constante. La única solución está en avanzarse al acontecimiento ahogando a los oponentes eventuales bajo la masa de los partidarios dóciles[14] y procediendo a purgas, sangrientas o no, regularmente. Cerca del partido, una amenaza constante yace en el ejército. Es preciso asegurarse de su docilidad, ya sea a

13. Junio de 1968 ilustró perfectamente las virtudes conservadoras del sufragio universal y enriqueció el arsenal de las respuestas de los dirigentes.

14. Táctica de Stalin en 1924 contra Trotsky y la oposición. Con la "Promoción Lenin" ahogó a los viejos bolcheviques en la masa de los nuevos, poco instruidos políticamente.

través de una vigilancia permanente, ya a través de purgas en la cumbre de la jerarquía. En fin, no estará de más hacer jugar un instrumento contra los demás, alternativamente; generalmente se hará maniobrar al partido contra el ejército y recíprocamente.

Un segunda debilidad congénita de los monopolios es la facilidad y la frecuencia de las revoluciones palaciegas y los golpes de Estado militares. Sin duda, las revoluciones de palacio sólo llegan a desembocar en un simple cambio de persona. Sin embargo, ningún régimen logra sobrevivir largo tiempo a las matanzas que acompañan a estos cambios. La necesidad de eliminar periódicamente a hermanos, hermanas, tíos y primos termina por privar de materia prima a una dinastía. En cuanto a los golpes de Estado militares triunfantes en el seno de un régimen monopolista, constituyen lo esencial de su crónica política, dejando aparte los golpes que si bien han fracasado, han movilizado a fuerzas considerables para vencerles. Esta debilidad va relacionada a una tercera, que concierne al problema de la continuidad. En la variante dinástica, en la que el poder es hereditario dentro de una familia, el valor desigual de los herederos es una ley biológica. En un período tranquilo, sin problemas ni interiores ni exteriores particularmente graves, el riesgo es relativamente de poca consideración, puesto que el soberano conserva siempre la posibilidad de rodearse de consejeros competentes.[15] Por el contrario, en el caso de tempestad política, un soberano débil o incapaz corre el riesgo de perder a sus consejeros, pero sobre todo de ver como se dividen en cuanto a la actitud que hay que adoptar; de ese modo, toda la cabeza se encuentra paralizada. A causa de esta antinomía, Luis XVI y Nicolás II, y con ellos sus regímenes, encontraron la muerte. En la variante no dinástica, el problema de la sucesión es todavía más agudo y raramente se resuelve sin sobresaltos. La sucesión armoniosa y eficaz desde Nerva hasta Marco Aurelio, durante cerca de un siglo, participa del milagro, que por otra parte no ha vuelto a darse en lugar alguno. En los sistemas tradicionales, la sucesión generalmente da paso a un interregno, del que sale vencedor el más fuerte, es decir, un general. En los sistemas contemporáneos de partido úni-

15. Luis XIII tenía a Richelieu a su lado.

co, la escasez de las experiencias no permite la obtención de unas leyes. Sin embargo, la sucesión de Stalin planteó una serie de problemas que todavía hoy no parecen haberse resuelto.

Una cuarta antinomía del monopolio es la dificultad que tiene en integrar los cambios. El mantenimiento de un monopolio se basa en un equilibrio inestable de las fuerzas, que lo más mínimo resulta suficiente para hacer vacilar. Así, pues, su inclinación natural es el inmovilismo y la conservación en el estado de toda la estructura social. En una sociedad donde los cambios son lentos e imperceptibles, donde la escena internacional es relativamente estable, donde los problemas por resolver están inscritos en un repertorio y reciben soluciones que ya han sido probadas, esta antinomía se manifiesta poco. Por el contrario, en nuestros días, en que las mutaciones técnicas son constantes, en que las fluctuaciones económicas son algo cotidiano, en que la escena internacional se encuentra en movimiento, en que a los valores se les somete a discusión, la antinomía estalla. El equilibrio de las fuerzas es constantemente revisado: es preciso hacer frente al cambio apoyándose en una fuerza contra las demás (por ejemplo, en el ejército en el caso de una tensión internacional), lo que desequilibra el paralelogramo de las fuerzas; es preciso sofocar a las fuerzas de renovación, así, pues: aplazar la solución de los problemas agravándolos;[16] poseyendo siempre un valor político importante, se evita cualquier decisión o se corre el riesgo, en el caso de fracasar, de ser destituido.[17] Brevemente, en la época contemporánea, un régimen monopolista está condenado a las antinomías del monopolio y la eficacia, del inmovilismo y el voluntarismo, de la estabilidad y el terrorismo.

El monopolio es víctima de una última maldición. Bajo cierto punto de vista, es lícito comprender a la sociedad como un gigantesco sistema de intercambios ordenados:

16. Se sacrifica la eficacia económica al mantenimiento del sistema; pero como la ideología dominante coloca en cabeza de los valores a la eficacia económica, se encuentran dificultades inextricables, que desembocan, o bien en una explosión del sistema (Hungría), o bien en un conservadurismo reaccionario (URSS), o en una coartada (nacionalista en Rumanía), o en la huida hacia adelante activista (China, Albania, Cuba).

17. Véase la suerte de Jruschev.

económicos, mentales, sentimentales, biológicos... El subsistema político, que nace de un «contrato» por el cual los gobernados delegan sus poderes a los gobernantes, se basa, por lo menos tácitamente, en la necesidad, para los gobernantes, de asegurar a sus representados unos contrapréstamos. Los gobernados intercambian su libertad por la protección de los dioses, por la prosperidad económica, el mantenimiento del orden y la concordia, la seguridad exterior... En el sistema chino, estos intercambios recíprocos estaban simbolizados en la noción de «mandato del cielo». Una dinastía sólo era legítima en la medida en que aseguraba regularmente estos contrapréstamos. Acontecía un tiempo de desórdenes, de invasiones, de calamidades naturales, y entonces el pueblo se consideraba como desembarazado de sus obligaciones. Sin llegar a tan lejos, todos los sistemas políticos se basan en un acuerdo de este tipo. Así, pues, todos los regímenes están condenados a tener éxito. En un régimen pluralista, las responsabilidades están, por definición, divididas entre varios centros de decisión. En la ocasión de un grave fracaso, se romperán algunos contratos locales; para que sea denunciado el contrato global, será necesario que todos los gobernados recusen simultáneamente a todos los gobernantes (en las comunas, los sindicatos, las empresas, el Estado...). Una coyuntura semejante resulta enteramente improbable, salvo en el caso de invasión extranjera. Por el contrario, un sistema monopolista es muy vulnerable a un fracaso masivo. La acumulación de las derrotas, las calamidades, los desórdenes, conduce casi necesariamente a la caída del poder. Además, siendo lo que es el curso del mundo desde los orígenes, el acaecimiento de estos fracasos es muy probable. Tenemos así la raíz primera y principal de la fragilidad de los sistemas políticos: surge de los desafíos que la vida en sociedad y la naturaleza lanzan a los hombres y de la incapacidad tendencial en que se encuentran los regímenes monopolistas para afrontarlos. Como, inversamente, la sucesión de los desórdenes sociales y políticos trae consigo el laminado de los contrapoderes posibles y un refuerzo del poder, la historia humana, desde hace miles de años, se encuentra empeñada en una espiral fatal. De nuevo encontramos la singularidad de cierto Occidente, en que los azares de la Historia han quebrado la espiral y han introducido, por lo

menos provisionalmente, el pluralismo, la estabilidad y, por consiguiente, la eficacia en todos los dominios. Se vislumbra como la ciencia de las revoluciones, tal como nosotros la entendemos, debe quedar prolongada por una ciencia de las mutaciones sociales, que ya anuncia y prepara. También se supone que el terreno sobre el que esta ciencia podrá nacer y desarrollarse será el político.[18]

B) *LAS VARIABLES ECONÓMICAS*

Seremos breves, tanto porque estas variables son vulgares, como porque nos parecen poco importantes... Por lo menos, es preciso distinguir entre dos órdenes de determinantes económicos; las mutaciones, es decir, el paso de un sistema a otro, y los movimientos internos de un sistema. En los dos casos, tenemos trabajo a propósito de la apropiación de las riquezas, que constituye el fondo de todas las variables económicas.

Las *mutaciones* son el paso de un sistema a otro. A decir verdad, sería mejor hablar en singular. En efecto, sólo conocemos pasablemente las consecuencias de la última: la mutación industrial, que podemos hacer remontar hasta el siglo XI occidental. La primera gran mutación, ciertamente mucho más importante, puesto que consistió en el paso de una economía predatoria a la agricultura y la ganadería, cuya mayor eficacia y los excedentes, más abundantes, permitieron la construcción de lo que entendemos por civilización: Estados, imperios, escritura, religiones, ciencias..., esta mutación neolítica, con todos los fenómenos revolucionarios que sin duda no dejaron de acompañarla, para nosotros quedará siempre oculta por los silencios de la documentación.[19]

18. Para un estudio más detallado de las contradicciones del monopolio en las democracias populares, se podrá consultar el excelente estudio de Ghita IONESCU, *L'avenir politique de l'Europe orientale*, París, Sédéis, 1967.

19. Para nosotros, no hay pues más que tres "modos de producción" (para utilizar un término en vigor): la cogida de frutos, la agricultura y la industria, que se distinguen en función de su eficacia respectiva. En cuanto a los modos de producción esclavista, feudal, de despotismo oriental, tienen tanta realidad y consistencia como si habláramos de modos de producción realista, republicana o burocrática.

La mutación industrial, lentamente, durante ocho siglos, a un ritmo acelerado desde hace cien años, está caracterizada por una busca incesante de la eficacia económica, que puede definirse como la maximización de las satisfacciones que una colectividad puede obtener por la utilización de bienes escasos. La maximización se obtiene por la combinación adecuada de los hombres, los capitales y la materia y por la multiplicación de los intercambios que difunden las mejores combinaciones. Por otra parte, no existe ninguna posición de equilibrio estable correspondiente a una combinación máxima. De lo que se deduce que el sistema industrial es, *por naturaleza,* inestable, y que sólo puede durar transformándose a través de las respuestas que da a los problemas que él mismo suscita.[20] El paso de un sistema estable a un sistema en movimiento lleva consigo una serie de perturbaciones, la más importante de las cuales, para nuestro propósito, resulta ser la dispersión de las comunidades campesinas y la concentración de masas flotantes en las ciudades. Tales perturbaciones no sólo afectan a la economía, sino a todos los aspectos de la vida social, provocando una ruptura de todos los equilibrios tradicionales. Tales procesos, endógenos en Occidente desde hace cerca de mil años, exógenos en otras partes desde el siglo XVI y sobre todo desde el XIX, no han cesado de alimentar a toda la gama de los fenómenos revolucionarios. Volvemos a encontrarnos así con las funciones de las revoluciones que ya habíamos señalado en el capítulo 1: preservación, restauración y fundación del equilibrio. Según toda evidencia, el movimiento perturbador no ha llegado todavía al fin de su camino, ni tan siquiera en los países industriales: una especulación particularmente excitante para el intelecto consiste en construir las sociedades futuras donde la eficacia habrá alcanzado sus límites naturales, lo que constituirá la tercera gran mutación económica.

Si bien no puede negarse la importancia de las mutaciones en la determinación de los fenómenos revolucionarios, conviene ser más prudente en la apreciación de los movimientos internos, los ciclos económicos y las crisis. El sentido común querría que en fase de depre-

20. Esta es, a nuestro modo de ver, en toda la obra económica de Marx, la única intuición original y fecunda.

sión y crisis, una sociedad entrara en ebullición y estallara. Efectivamente, hay una cierta correlación entre los hechos revolucionarios y el ciclo económico.[21] A lo que hay que objetar inmediatamente un hecho masivo: ni siempre ni en todas partes, las depresiones traen consigo una agitación revolucionaria. La crisis de 1929, la más profunda que el mundo industrial ha conocido, desembocó en una revolución en Alemania y en el Japón, en serios desórdenes en Francia, pero no en Inglaterra ni en los Estados Unidos. Por consiguiente —y ésta es una proposición excesivamente vulgar—, las crisis económicas, a lo más, intervienen como un factor entre otros, y no como el más importante. En un sistema agrario, las crisis económicas son crisis de subsistencia, que sublevan tanto a las ciudades como a los campos. Aquí, la correlación es mucho más clara: cuando los recursos descienden a un nivel inferior del mínimo fisiológico, cuando la escasez y el hambre dominan, la reacción violenta es casi automática. Por el contrario, no se observa nada especial, cuando una población ya está sometida permanentemente a la subalimentación; en nuestros días, las regiones y los países más subdesarrollados son generalmente los más tranquilos, por lo menos relativamente.

El contraste entre estas dos reacciones establece una proposición algo menos vulgar que la precedente: no es el grado absoluto de la miseria el que lleva consigo a los movimientos revolucionarios, sino la brusca depresión dentro de una continuidad. La explicación es evidente: a la larga, los individuos se adaptan siempre a la condición que les ofrecen, por poco que ésta sea estable o por poco que conserve más o menos el equilibrio. Es la ruptura lo que es perturbador y a su vez arrastra consigo las perturbaciones.

Por otra parte, y esto es mucho más interesante y menos notado, una perturbación puede producirse hacia lo alto, es decir que se traduce en una mejora de las condiciones. La experiencia más constante muestra que esta evolución positiva es la más apropiada para desencadenar los fenómenos revolucionarios. En primer

21. *Cf.* la brillante puesta a punto de Ernest Labrousse, *Comment naissent les révolutions*, en "Actes du Congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848", París, 1948.

lugar porque el progreso material nunca es continuo, sino que está marcado por crisis y retrocesos, lo que nos lleva de nuevo a los análisis precedentes, precisándolos: las crisis cuentan menos por sí mismas, que porque vengan a interrumpir una fase ascendente; es el *paso* de una fase A a una fase B —para utilizar la terminología de Simiand— lo que es perturbador. Por poco que se prolongue, la fase B resulta tranquila. Luego, y esto es mucho más importante, las fases A de prosperidad están aún más atravesadas por fenómenos revolucionarios que las propias crisis. La mayoría de los autores lo han observado. Durckheim había constatado una correlación entre la prosperidad y los suicidios.[22] Escuchemos también a Pareto: «Si pudiera establecerse esta proposición: que las tentativas de revolución son tanto más frecuentes y tienen una probabilidad de victoria tanto mayor cuanto mayores son los sufrimientos, entonces la causa encontrada tendría valor, en consideración a la intensidad de los sufrimientos. Pero en realidad no ocurre así. Desde los tiempos más lejanos, se ha observado que las revueltas tienen a menudo lugar cuando las condiciones del pueblo han mejorado. Incluso ésta era una máxima de los antiguos gobiernos: los pueblos son tanto menos dóciles cuanto más cómodos se encuentran.» [23]

La razones de esta situación, a primera vista paradójica, parece que hay que buscarlas en las direcciones siguientes. El crecimiento económico consiste en un desplazamiento del equilibrio, en un reajuste de todos los elementos del sistema económico. De lo que se deduce que, normalmente, una fracción más o menos grande de los componentes de la sociedad ve sus posiciones amenazadas, sus costumbres perturbadas, sus certidumbres desmentidas. Dicho de otro modo —y es algo que muy a menudo se olvida—,[24] la vida económica es, según la estupenda fórmula de Schumpeter, una «destrucción creadora», en la que cada progreso se acompaña con sufrimientos y disfunciones. Para algunos, que se encuentran afectados por un material caducado o son incapaces de seguir el movimiento, el progreso se traduce en

22. *Cf.* las bellísimas páginas sobre la anomía en *Le suicide*, París, Presses Universitaires de France, 1967, p. 272-282.

23. Vilfredo PARETO, *Traité de sociologie générale*, § 2566.

24. Bertrand de JOUVENEL lo recordó recientemente con profundidad, en su *Arcadie-essais sur le mieux vivre*, París, Sédéis, 1968.

una caída en la pobreza o la miseria: la pobreza en el seno de la abundancia es una ley ligada a los mecanismos económicos.

Es evidente que cuanto más rápido es el crecimiento y más alejados uno de otro están los modelos de civilización de la línea de salida y la de llegada, mayores serán las tensiones.[25] Contrariamente a una ilusión extravagante, propia tanto a los revolucionarios como a los contrarrevolucionarios, no es el subdesarrollo de los países subdesarrollados el que amenaza con producir los fenómenos revolucionarios, sino mucho mejor el desarrollo. La probabilidad de desórdenes y subversiones endógenas aumentará con el retroceso de la miseria, lo que está de acuerdo tanto con los hechos como con el razonamiento.[26]

Una segunda dirección, que no afecta a la precedente ha sido ya observada por Pareto. Démosle la palabra:[27]

«Puede verse igualmente que los sentimientos socialistas aumentan después de un largo período de paz y del aumento de la riqueza. En el caso de un pueblo muy pobre, los escasos capitales son muy preciosos y el trabajo humano muy abundante y de poco precio; por consiguiente, el poder político pertenece a los capitalistas, muy frecuentemente a los propietarios terratenientes. A medida que la riqueza del país aumenta, la importancia de los capitales disminuye y la del trabajo aumenta: y los obreros adquieren poco a poco el poder y los privilegios que antes pertenecían a los capitalistas (...). No es en absoluto por casualidad que la organización democrática se desarrollase en las ricas ciudades de Atenas y Roma. Más tarde, en la Edad Media, tampoco se encuentra la casualidad en este renacimiento de la democracia, allí donde de nuevo aparece la riqueza, como en Provenza y en las repúblicas italianas, en las ciudades libres de Alemania, como tampoco interviene en la desaparición de la democracia en estos países, cuando la riqueza disminuye.»

Incluso si no se acepta el riguroso paralelismo entre

25. Para todas estas cuestiones de una ardiente actualidad, se podrá consultar la brillante puesta a punto de Raymond ARON, *Les désillusions du progrès*, París, Calmann-Lévy, 1969.

26. *Cf.* Jean BAECHLER, "Sous-développement et Révolution", en *Le Centenaire du capital*, París-La Haya, Mouton, 1969, p. 109-129.

27. Vilfredo PARETO, *Manuel d'économie politique*, VII, § 54.

riqueza y democracia, no puede negarse que el progreso económico produce modificaciones en la jerarquía de los factores de producción y de sus propietarios respectivos. La relación de las fuerzas sociales puede encontrarse desequilibrada y ocasionar conflictos destinados a introducir reajustes. Los casos más típicos de un proceso semejante son el movimiento burgués de la Edad Media y el movimiento obrero de la época contemporánea. Que no se nos quiera hacer decir lo que no hemos dicho: la evolución económica no determina hechos revolucionarios, pero crea condiciones más o menos favorables a tales hechos. Por otra parte, ya tendremos ocasión de volver sobre el asunto cuando tratemos de las variables sociales.

Una tercera dirección nos conduce a un terreno incierto, porque está constituido por hechos psicológicos. Ya hemos observado, en el capítulo 1, que los deseos son, por naturaleza, ilimitados y exceden siempre a los recursos. A largo término, para una sociedad dada y un nivel dado de producción, se establece necesariamente una proporcionalidad entre los recursos y los deseos. Queremos decir que existe un sistema de necesidades propio a cada grupo social, que determina con gran rigor lo que es deseable y lo que no lo es. La multiplicación de los recursos que trae consigo el progreso económico altera esta proporcionalidad y provoca una liberación de las necesidades. De lo que se deduce que el crecimiento de las riquezas va acompañado siempre y lógicamente por un aumento de la insatisfacción: el punto de contentación se desplaza hacia delante al infinito, probablemente más deprisa de lo que lo hacen las satisfacciones reales. Así, el descontento aumenta con la riqueza. ¿Y en qué medida contribuye el descontento en el aumento de los hechos revolucionarios? La correlación parece bien establecida para el tipo de las marginalidades. El suicidio, la locura y la criminalidad [28] crecen con la riqueza. Para el tipo de las contrasociedades, la correlación parece evidente. La proliferación actual de las sectas ideológicas, políticas, éticas, filosóficas... deja estupefacto. Tendemos a considerar que constituyen la contrapartida normal de las insatisfacciones crecientes

28. Para esta última, consultaremos Gérard LAMBOTTE, *Structures économiques et criminalité*, en "L'Année sociologique", 1966, p. 89-132.

secretadas por la sociedad industrial, por lo menos allí donde el sistema político las tolera, un sistema pluralista. En cuanto al tipo de las revoluciones políticas, ningún ejemplo permite concluir que estos fenómenos jueguen algo más que un papel secundario. Queremos decir que el descontento latente puede procurar adeptos a un movimiento revolucionario, conferirle una cierta orientación y resonancias particulares, pero que hasta el presente jamás ha *provocado* una revolución. Por lo demás, la insatisfacción nacida del confort nos parece demasiado difusa, vaga, inconsistente y, para decirlo todo, excesivamente blanda, para determinar un movimiento revolucionario, que supone objetivos claros y precisos y una determinación viril.[29]

Nos gustaría terminar este párrafo con una última variable económica, propia de las sociedades agrarias, más precisamente de las sociedades complejas de Estado, en las que la tierra representa una apropiación privada. Constituyen la mayoría de las sociedades históricas hasta la mutación industrial. El hecho notable de su evolución económica y social es la repetición de los conflictos entre los grandes y pequeños propietarios. O, más exactamente, lo que plantea el problema es la alternancia de la gran propiedad y la pequeña, como si los sistemas agrarios fueran incapaces por razones intrínsecas, de estabilizarse alrededor de una o de la otra. La explicación de este hecho —importante para la interpretación de numerosos fenómenos revolucionarios— nos parece que ha de ser la siguiente. Si, en el punto de partida, tenemos a una dominación de la gran propiedad, las necesidades técnicas hacen obligatoria la pequeña explotación, así pues: la división del dominio entre terratenientes feudatarios.[30] Inevitablemente tendremos conflictos entre feudatarios y propietarios. El ejemplo clásico es el nacimiento de la democracia griega, fundada contra la aristocracia hacendada. Si en el comienzo te-

29. Todo análisis de los acontecimientos de mayo-junio de 1968 en Francia, que pretenda todavía dar cuenta del proceso político sin tener en cuenta las especificidades del sistema político y social francés, nos parece una amable broma. Buscar su razón en el complejo de Edipo, el modo de producción, la crisis de la civilización..., permite, en la mejor de las hipótesis, interpretar ciertas manifestaciones, no explicar su singularidad.

30. Los ejemplos de gran explotación esclavista son extraños, por las razones ya mencionadas; *cf.*, p. 85, nota 34.

nemos a la pequeña propiedad, se obtiene necesariamente, al cabo de un lapso más o menos largo, la constitución de grandes propiedades. En efecto, los riesgos climáticos, las casualidades de la vida, la desigualdad de las competencias y los cuidados hacen que ciertos propietarios se encuentren en dificultades. Entonces, o bien cederán su propiedad, o bien la empeñarán, lo que sólo retardará el vencimiento. El proceso es acumulativo, conservando siempre la ventaja los más ricos. Al cabo de varios decenios, los desniveles serán suficientes para que ya pueda hablarse de gran propiedad. El proceso será tanto más rápido cuanto mayor será la probabilidad de la insolvencia. Por otra parte, esta insolvencia está en estrecha conexión con la proporción de los descuentos efectuados sobre la producción. Esta proporción, a su vez, crece con la potencia del Estado, que saca sus recursos del impuesto. En resumen, cuanto más potente es el Estado, más explota al país; cuanto más lo explota, más multiplica a los insolventes; cuanto mayor es la cantidad de insolventes, mayor es también la de grandes propietarios. A partir de aquí, el sistema se revuelve contra el Estado, puesto que los grandes pueden substraerse más fácilmente al pago del impuesto; a partir de una cierta importancia, pueden incluso convertirse en contrapoderes amenazadores para el Estado. De lo que se deduce que el Estado tiene siempre interés en sostener a los pequeños contra los grandes y que, efectivamente, las reformas agrarias son el producto de los príncipes antes que el de los pequeños propietarios. La historia china es una ilustración de este proceso y de la alianza entre el Estado y los campesinos contra la aristocracia.[31] Creemos que no estaría falto de interés el examinar de nuevo la historia agraria, griega y romana sobre todo, a la luz de este proceso.[32] Por este

31. Véase Etienne Balazs, *Bureaucratie céleste*, París, Gallimard, 1968, p. 139-194. El Estado japonés intentó la misma política en los siglos VI y VII, pero fracasó totalmente, produciendo un hundimiento del poder central en provecho de los grandes. *Cf.* Ivan Morris, *La vie de cour dans l'ancien Japon*, París, Gallimard, 1969, p. 76 y 80-81.

32. Actualmente, en los países subdesarrollados en los que se plantea el problema de los latifundios, la identidad de los intereses entre los campesinos y el Estado que quiere ser modernista, contra los grandes propietarios, es evidente. El último de los golpes de Estado militares en Perú parece haber comprendido donde radica su interés bien concebido y ha decretado una reforma agraria radical.

camino, volvemos a encontrarnos con la importancia de los problemas políticos, puesto que lo que da interés a una problemática semejante —si algunos estudios precisos vinieran a confirmarla— es la toma en consideración de tres términos para explicar la historia agraria: los pequeños, los grandes y el Estado, y la tendencia a la convergencia de los intereses entre los pequeños propietarios y el Estado.

C) *LAS VARIABLES SOCIALES*

Entendemos por esto el papel de los grupos sociales de que se compone una sociedad, en la determinación de los fenómenos revolucionarios. Este papel puede considerarse desde dos puntos de vista. O bien se parte del grupo social y se observan, antes de explicarlas, las formas revolucionarias que le corresponden. Entonces la tipología general que hemos construido ya nos ha prestado una indicación básica: no existe ninguna correspondencia directa y exclusiva entre un grupo social cualquiera y un tipo revolucionario. El crimen, la sublevación brutal, la huida... se encuentran, según las circunstancias y, evidentemente, con una coloración variable, en los diferentes grupos sociales. Inversamente, un mismo grupo, por ejemplo los esclavos, puede producir varios tipos: suicidio, milenarismo, evasión, motín. Por consiguiente, es más rentable llevar los esfuerzos de la investigación a los tipos, que ocuparse del grupo social y de sus tipos revolucionarios. La segunda dirección, sin embargo, no debe ser descuidada: sería interesante poder disponer de estadísticas sobre el reparto variable de los tipos revolucionarios según los grupos sociales. Es probable que se encontrara, en el caso de los esclavos por ejemplo, un predominio de las marginalidades pasivas, seguidas de lejos por las marginalidades activas; una extrema escasez en cuanto a contrasociedades; la ausencia de las revoluciones. En cambio, resulta poco probable que se encontrase repartos idénticos para las aristocracias, los campesinados, las burguesías, los parias... Se comprende que hayamos utilizado, con toda la intención, una expresión tan vaga como la de «grupo social» en lugar del término cargado de dinamita de

«clase social». En efecto, para este primer punto de vista, el número y la jerarquía de las categorías sociales importan poco. No hay, pues, ninguna razón para servirse de un criterio único para todas las sociedades y ninguna obligación de llegar a una misma cantidad. En esta actividad de clasificación es preciso adoptar la actitud más llanamente empírica. Si, dado el caso, se pretendiera colacionar los tipos revolucionarios de cada una de las miles de castas hindúes no veríamos otro inconveniente que el de que este trabajo sería probablemente inútil.

El problema se complica considerablemente cuando se aborda el segundo punto de vista, el de la sociedad global. Esta complejidad participa tanto de la heterogeneidad de las cuestiones que pueden plantearse como de la necesidad de tomar partido en el irritante debate concerniente a las clases sociales. Podemos elevarnos hasta alturas spenglerianas, aislando, en el flujo infinito de la historia humana, un cierto número de unidades que llamaremos civilizaciones. Por otra parte, los criterios de distribución son múltiples. Si se parte de un criterio técnico-económico, entonces tendremos tres civilizaciones: la cogida de los frutos, la agricultura, la industria. Si se adopta un criterio político, nos inclinamos a considerar que sólo hay dos: los sistemas monopolistas y los sistemas pluralistas.[33] El criterio religioso obligaría a multiplicar las unidades, sin que se pudiesen evitar las arbitrariedades: el mundo protestante no es el mundo católico, faltaría más; pero tanto el uno como el otro deben considerarse como una unidad distinta por oposición a los mundos mulsumán o hindú. Puede también utilizarse un criterio ético, basado en los sistemas de valor: tendremos así civilizaciones con dominante económica, o militar, o religiosa, o política, o lúdica. Además, todos estos criterios no se determinan recíprocamente, no constituyen sistemas concretos: son unos útiles intelectuales más o menos arbitrarios, gracias a los cuales se construyen unos objetos que, desde el punto de vista considerado, tienen cada uno de ellos una realidad equivalente. A partir de aquí, puede concebirse la cantidad indefinida de problemas que pue-

33. Pero hay un número indefinido de unidades políticas soberanas, que nunca son idénticas e intercambiables.

den plantearse en cuanto a las relaciones entre civilizaciones y fenómenos revolucionarios: el Islam y la Revolución, la Sociedad industrial y la Revolución, el Despotismo y la Revolución, etc. Cada uno de esos problemas es legítimo y podría dar lugar a investigaciones científicamente rentables. Particularmente rentables nos parece que serían las investigaciones tratando los «temperamentos» revolucionarios, variables según las unidades políticas. A pesar de todas las racionalizaciones basadas en la estructura y la coyuntura sociales, administrativas, políticas y económicas de Francia, no puede pasar desapercibido algo que hace que los franceses, por lo menos desde 1789, no pongan dificultad alguna a cambiar de régimen y experimenten una especie de exaltación colectiva al operarse estos cambios. Ya Maquiavelo había observado la misma propensión en Florencia y todos sabemos que los atenientes se distinguían por su inestabilidad política. Desde luego, repitámoslo, en gran medida estas idiosincrasias pueden analizarse, pero siempre queda una parte de imponderable moral. Llamémosle «temperamento político»,[34] reconociendo que tampoco resulta más satisfactorio que la terminología de Pareto y de su 1a. Clase de Residuos, llamada del Instinto de las Combinaciones.

Una segunda dificultad básica surge cuando se trata de analizar las relaciones del sistema social con los fenómenos revolucionarios. Esta dificultad proviene de la definición del sistema social. Se entiende por eso la combinación de los grupos sociales dentro de un todo ordenado. La ley de toda combinación es necesariamente una jerarquía, que define el lugar de cada grupo en el sistema, por oposición a los demás grupos. Además, toda jerarquía social —y ésta ya fue una de nuestras hipótesis iniciales— se define en función de la relación con el poder, las riquezas y el prestigio. Así pues, cualquier sistema social se basa siempre en la distinción y la oposición entre los que acaparan una mayor proporción de estos bienes escasos y los que se reparten el resto. Convengamos en llamar *élite* a la primera categoría y *pueblo* a la segunda. La experiencia histórica más constante impone introducir una tercera categoría, que agrupa a todos los que están, en diferentes respec-

34. La palabra alemana *Stimmung* iría perfectamente.

tos, excluidos del sistema y cuya proporción varía según las sociedades y las épocas. Proponemos llamar a esta categoría la *canalla*.[35]

Para definir con más precisión la categoría de la élite, lo mejor que puede hacerse es recordar la célebre página de Pareto:

«Supongamos pues que en todas las ramas de la actividad humana, se atribuye a cada individuo un índice que indica sus capacidades, casi de una manera parecida a cómo se dan puntos en los exámenes en las diferentes materias que se enseñan en las escuelas. Por ejemplo, al que sobresale en su profesión, le daremos un 10. Al que no consigue tener ni un solo cliente, le daremos un 1, con el fin de poder darle un 0 al que es verdaderamente cretino. (...) Y así sucesivamente, para todas las ramas de la actividad humana.» [36]

«Formemos pues una clase con los que tienen los índices más elevados en la rama donde despliegan su actividad, y demos a esta clase el nombre de *élite*. Cualquier otro nombre e incluso una simple letra del alfabeto serían igualmente apropiados para lo que nos proponemos.» [37]

La importancia que nos inclinamos a conferir a los fenómenos políticos que se relacionan con el poder, nos hace subscribir la distinción que Pareto introduce inmediatamente después:

«Para el estudio al que nos dedicamos, el del equilibrio social, conviene aún dividir en dos a esta clase. Pondremos aparte a los que, directa o indirectamente, tienen un papel notable en el gobierno; constituirán la *élite gubernamental*. El resto formará la élite no gubernamental.» [38]

Por consiguiente, en el seno de la élite, distinguiremos a una *élite dirigente* que posee las palancas de mando. Según los sistemas sociales, esta élite dirigente está compuesta esencialmente por militares, burócratas, técnicos, empresarios, personas del partido, clero, etc.

35. Antes que utilizar el término de *Lumpenproletariat*, que es su equivalente exacto en alemán, o el de subproletariado, mucho más ambiguo, porque designa un enlace orgánico impreciso con los estratos superiores.

36. Vilfredo PARETO, *Traité de sociologie générale*, § 2027.

37. *Ibid.*, § 2031.

38. *Ibid.*, § 2032.

La *canalla* está compuesta por todos los excluidos del sistema, pero no excluidos absolutamente, sino arrojados a la periferia. Son los mendigos, los parados permanentes, los bajos fondos, los esclavos... Cuando una unidad política se apodera de otra e impone a los vencidos un estatuto inferior, éstos forman parte de la canalla.[39] En cuanto al pueblo lo constituyen todos los demás, a los que a menudo se llama las clases medias. Desde luego, como la élite o la canalla, tampoco el pueblo constituye un universal concreto. Cada una de estas *categorías* está formada por *grupos sociales*, que varían, en su número y composición, con los tipos de sociedades.

El sistema social así definido vuelve a encontrarse en cada una de las sociedades salidas de la mutación neolítica.[40] Por el momento, concluiremos que está ligado por un lazo natural a la vida en sociedad. Lo que quiere decir que, sean las que sean las perturbaciones introducidas por el marchar de las sociedades, este sistema vuelve a aparecer. Lo que no significa que cualquier sistema determinado sea estable. En el punto al que hemos llegado, es fácil de precisar los tipos principales de perturbaciones que pueden trastornar al sistema social y provocar revoluciones, en el sentido estricto, tal como ha sido definido en el tercer gran tipo de fenómenos revolucionarios. Ya hemos rechazado el caso del retardo o el paro en la circulación de las élites, puesto que ésta siempre tiene lugar. Alguien que, según la docimología paretiana, merezca un 9 o un 10, terminará siempre por obtenerlos, con el tiempo necesario (si es preciso en una o dos generaciones), un tiempo tanto más largo, en general, cuanto de más abajo parta. Se admitirá así la mayor probabilidad que tiene un individuo de obtener una nota elevada, cuando su familia o su medio de origen están mejor clasificados. Dicho de otro modo, un sistema social, por un mecanismo normal, tiende siempre a perpetuarse, frenando

39. Por lo menos la mayoría, pues una fracción consigue siempre integrarse, en un nivel más o menos elevado. Cuanto mayor será la proporción de los asimilados, más posibilidades de ser estable tiene la conquista. El Imperio Romano triunfó particularmente en esta operación, gracias a la formación de "burguesías" municipales muy romanizadas.

40. Reservamos el caso de las sociedades basadas en la cogida de frutos, pues escapan a nuestra competencia.

la circulación de las élites, sin que caiga absolutamente en la tentación de apelar a un complot de las élites.

Puede excluirse igualmente, como factor de perturbación, a la canalla, puesto que no existe ningún ejemplo histórico de que haya triunfado en revolución alguna.[41]

Así pues, las perturbaciones graves sólo pueden sobrevenir de las coyunturas siguientes:

— levantamiento del pueblo contra la élite;
— división insuperable de la élite;
— aparición de fuerzas sociales nuevas, que modifican el tablero de las fuerzas.[42]

Aparte del caso de levantamiento nacional contra el ocupante, que, en nuestra terminología, puede comprenderse como un levantamiento de la canalla o del pueblo contra la élite extranjera, no existe ningún ejemplo histórico de un levantamiento *general* del pueblo contra la élite, al contrario de los levantamientos locales o particulares que nos han permitido construir nuestra tipología. Lo que es consecuencia de razones evidentes. El pueblo jamás constituye un universal concreto, está compuesto por grupos sociales diversos, cuyos intereses pueden ser, y generalmente son, divergentes. Así, las luchas entre campesinos bien situados o cultivadores y campesinos pobres o braceros han absorbido más energía que las luchas contra los señores; del mismo modo, la lucha entre obreros especializados y peones durante el siglo XIX, por ejemplo en los Estados Unidos. La constitución del pueblo en una entidad objetiva y subjetiva, a la que se llamará proletariado o clase de los trabajadores, corresponde tal vez a una vista profética del porvenir, pero no recibe la más mínima confirmación ni en el presente ni en el pasado. Las fisuras introducidas por la división del trabajo, la dispersión del hábitat, la diversidad de los géneros de vida y de las mentalidades, todo hace que el pueblo sólo aparezca siempre como tal a los ojos de los teóricos, pero nunca

41. Hemos indicado por qué a propósito de las guerras serviles: en esta ocurrencia, el pueblo y la élite forman frente común y ganan necesariamente.

42. A lo cual hay que añadir una coyuntura evidente y, de lejos, la más frecuente: la guerra y la conquista. Dejamos este caso aparte, puesto que no plantea ningún problema teórico. Aquí no pensamos más que en las perturbaciones endógenas.

en la realidad. Tal vez sea preciso hacer una excepción para las unidades políticas muy pequeñas, del tipo de las ciudades griegas e italianas. Lo exiguo del territorio, el conocimiento recíproco de dónde puede estar cada uno, la visión cotidiana que se tiene de las diferencias entre la élite y el pueblo, todo hace que el pueblo tenga la posibilidad de levantarse como un todo contra la élite. La democracia griega, basada en la lucha de los pequeños explotadores contra la aristocracia hacendada, es un hecho incontestable. Del mismo modo, son conocidos los levantamientos de los pueblos florentinos y sienés, los *ciompi*. Pero estos ejemplos son excepcionales. Cuando el espacio y el número incluidos en una unidad política aumenta, el pueblo interviene, ya sea en los fenómenos de marginalidades y contrasociedades, sea, en el caso de las revoluciones, aprovechándose de la parálisis de la élite para hacer irrupción en la escena política o siguiendo a una fracción de la élite, que lleva al poder.

Por consiguiente, la segunda coyuntura —la división de la élite y, más precisamente, de la élite gubernamental o dirigente— es mucho más determinante. No hemos de detenernos en él, puesto que este punto ha sido o será examinado. En efecto, la élite puede dividirse en grupos antagonistas que se enfrentan para la conquista del poder; ya lo hemos analizado a propósito de los regímenes monopolísticos. También puede dividirse sobre algunos problemas de valor, sobre el sentido a imprimir a la sociedad, tanto hacia el interior como hacia el exterior. Ya estudiaremos estos hechos con las variables éticas. Pareto afirmaba que la historia era un cementerio de aristocracias.[43] Lo que es probable, pero existen pocos ejemplos de que hayan sido conducidas allí por el pueblo; a muchas las mató la guerra, muchas se suicidaron, raramente hasta el punto de no legar una de sus fracciones al sistema siguiente.

43. Las aristocracias, tomadas en el sentido estricto de estratos superiores de una sociedad de órdenes o estados, parecen frágiles en sí mismas. Un sistema de órdenes está fundado en el prestigio, que vienen a ratificar una disposición legal. Como dijo magníficamente Chateaubriand, el prestigio pasa, porque pasa la función precisa que llenaba la aristocracia: "La aristocracia tiene tres edades sucesivas: la edad de las superioridades, la edad de los privilegios, la edad de las vanidades; salida de la primera, degenera en la segunda y se extingue en la última."

La tercera coyuntura concierne a la aparición de grupos sociales nuevos. Para que tal aparición provoque perturbaciones graves, es preciso que estos grupos sean numerosos en efectivo o que ocupen puntos estratégicos en el sistema social. La segunda de estas hipótesis concierne generalmente a los militares. Allí donde la actividad militar es intensa, el peso del grupo militar necesariamente aumenta. Por poco que el poder civil se revele incapaz de resolver los problemas de la paz y la guerra, aumenta la probabilidad del golpe de Estado militar. Esta probabilidad se convierte casi en una certidumbre, cuando el ejército constituye, dentro del sistema social, un cuerpo aparte que sólo acepta órdenes de sus propios jefes. Entre los siglos V y IV, el paso de un ejército de ciudadanos a un ejército de profesionales hizo caer a numerosas ciudades griegas en la tiranía militar.[44] Al caso de los militares puede relacionarse el de los partidos revolucionarios, pero sólo con extremas precauciones. En efecto, para que, en un sistema pluralista, un partido revolucionario, que por definición no reconoce las reglas del juego, vea crecer sus efectivos hasta el punto de trastornar la relación de las fuerzas, es preciso que antes el sistema haya alcanzado un grado de descomposición considerable. Dicho de otro modo, es preciso que las perturbaciones, aparecidas por todas partes dentro del sistema social, desgasten a éste lo suficiente para que el partido revolucionario aparezca como la única solución posible. A decir verdad, el único ejemplo existente es el del partido nazi, que consiguió el éxito, único en los anales, de obtener el 44 % de los sufragios en una elección libre. Se benefició de la corrupción de un régimen, pero no la provocó, como tampoco la provoca cualquier otro partido revolucionario. Brevemente, un partido revolucionario triunfa, ya sea porque la élite se ha suicidado, ya porque se beneficia masivamente del apoyo o de la neutralidad del pueblo; salvo excepción, esta última concurrencia sólo es probable en un régimen monopolístico o en el caso de lucha nacional.

La primera hipótesis —grupo social nuevo con efec-

44. Una excelente puesta a punto, en Claude Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, Presses Universitaires de France, 1969, 2a. parte, p. 93-131.

tivos numerosos— es rarísima. Sólo conocemos tres ejemplos: la burguesía durante los siglos XI al XIII; los obreros en el siglo XIX; la juventud en el siglo XX. El papel representado por la *burguesía* en el sistema social occidental está relacionado con una singularidad histórica:[45] la desaparición casi completa de la vida de relación y de los grupos sociales que la aseguran, durante la alta Edad Media. La reanudación de los intercambios, a partir del siglo XI, hizo renacer a las ciudades, los mercaderes, los artesanos, los cambistas. Ahora bien: el orden que había sido definido en la coyuntura precedente no había previsto la aparición de estos grupos. Por lo tanto, tuvieron que luchar para ser reconocidos en su legitimidad. Este es todo el sentido de las innumerables revoluciones comunales contra los señores, laicos o eclesiásticos. En esta lucha, la burguesía —en su sentido original, que designa a los habitantes de las ciudades— fue ayudada por el poder real, que se apoyaba en ella para luchar contra los grandes. El proceso resultó típico sobre todo en Francia, ya menos en Alemania y en Italia, donde el Estado necesitó ocho siglos para imponer su soberanía. Así que, si quiere hablarse de revolución burguesa, es preciso volver al testimonio de estos hechos. Por el contrario, las revoluciones inglesa y francesa no tienen nada que ver con un levantamiento de la burguesía contra el feudalismo. En su mayor generalidad, se trata, como hemos visto, de una oposición de la élite al poder central, oposición que ha ido para mal. Lo que significa que, desde hacía mucho tiempo, las capas superiores de la burguesía formaban parte de la élite.[46] La visión de una lucha secular e insuperable entre la burguesía y la aristocracia es una ilusión ideológica característica, construida por los historiadores franceses de la primera mitad del siglo XIX, reanudada y teorizada por Marx y difundida por algunos discípulos poco empollados de historia.

Los *obreros* —entendidos como los trabajadores manuales ocupados en los grandes talleres— nacieron de

45. Para detalles más amplios, remitimos a nuestro ensayo sobre los orígenes del sistema capitalista, en "Archives européennes de sociologie", 9, 1968, n.º 2, p. 205-263.

46. Puesta a punto excelente, para Francia, por Denis RICHET, *Autor de la Révolution Française: élite et despotisme*, en "Annales E.S.C.", 24 (1969) n.º 1, p. 1-23.

la mutación industrial del siglo XIX. Se reprodujo, a mayor escala y más intensamente, lo que ya se había visto desde el siglo XI al XIII: el aflujo de campesinos supernumerarios a las ciudades, la ruptura de las comunidades tradicionales, el amontonamiento en barrios donde nada había sido previsto para acogerlos, etc. En una palabra, la mutación industrial concentró en algunas zonas y sobre todo en las grandes ciudades a cohortes de desarraigados. Como cabía esperar —por lo menos con la sabiduría que confiere el conocimiento del porvenir—, se produjo una doble evolución. Por una parte, la lucha por unas reivindicaciones materiales o morales, para mejorar la suerte cotidiana, y ser reconocida en su legitimidad. Por otra parte, a medida que la industrialización se extendía y se intensificaba, se diversificaba técnica y geográficamente, provocando una diversificación paralela de los obreros. Por consiguiente, suponiendo que la clase obrera hubiera conseguido alguna vez constituir un universal concreto,[47] éste sólo resultó circunstancial y local. Ya hace bastante tiempo que la clase obrera se ha incorporado a la sociedad, donde con otros grupos, compone el pueblo. Según esto, no se beneficia de ninguna clase de privilegio revolucionario, ni más ni menos como los campesinos, los empleados, los cuadros, etc. Incluso durante la época en que la clase obrera se encontraba efectivamente al margen —hasta el final del siglo XIX—, no existe ejemplo alguno de revolución obrera,[48] aunque abunden los levantamientos y las contrasociedades obreras. Es lícito explicar esta estabilidad de las sociedades industriales europeas por la emigración de millones de individuos hacia América. Una tesis semejante no puede probarse ni refutarse. Haremos observar simplemente que el ciclo de la inestabilidad se abrió de nuevo con las guerras mun-

47. Estaremos de acuerdo en que, de todos los grupos sociales definidos según los criterios económicos, la clase obrera es la única que nunca se ha aproximado a una definición marxista.

48. No es precisamente porque los obreros participaron en la Comuna por lo que puede ser decretada obrera. Nos inclinaríamos a considerar que, en nuestra terminología, la evolución ha consistido en hacer pasar, a la clase obrera, desde la canalla al pueblo, de una situación marginal a una situación integrada. En junio de 1848, la élite y el pueblo hicieron frente común contra los insurgentes, como en mayo de 1871. El frente unido de la élite y el pueblo contra la canalla es una constante política.

diales; por lo menos existe una presunción, que permite relacionar la estabilidad interior de las naciones europeas con la estabilidad de la escena internacional durante la segunda mitad del siglo XIX. Total, si bien la aparición de los obreros, después de los asalariados, tuvo repercusiones evidentes en el paisaje social y las líneas que lo organizan, ningún hecho viene a apoyar la teoría que les atribuye mayores desórdenes revolucionarios.

Vamos a detenernos un poco más en el tercer caso: la *juventud*, puesto que su actualidad hace de ella un problema todavía sujeto a interpretación. La literatura sobre la juventud se multiplica en una cadencia tan rápida que se corre el riesgo de saturación. Además, no cesamos de asombrarnos de que nadie se atreva a extrañarse de que haya una juventud, es decir un grupo social distinto, definido por unos criterios biológicos. Como ya hemos tenido la ocasión de observar, la juventud como tal sólo aparece muy raramente en la Historia,[49] durante las épocas de descomposición de un orden social. De repente surge la hipótesis razonable de que la juventud aparece allí donde los mecanismos de socialización se oxidan. ¿En qué medida esta hipótesis se verifica actualmente?

Admitamos algunos datos objetivos, sobre los que parece haber acuerdo. La baja de la mortalidad infantil y del número medio de niños por familia se traduce por una escasez relativa por familia y aumenta el valor afectivo de los niños por los padres. El hombre nace inmaduro, precisa de un largo aprendizaje para convertirse en adulto; por otra parte, con la mutación industrial, el aprendizaje no ha cesado de acortarse, arrebatando a los adultos la ventaja de la competencia. Paralelamente, ha podido observarse una maduración sexual más precoz, a lo que sigue una separación entre esta madurez y la madurez social, que se encuentra atrasada. El aumento masivo de la renta nacional o, mejor aún, de la productividad, permite a la comunidad mantener a masas crecientes de jóvenes inactivos, durante un tiempo cada vez más largo. El modo tradicional de socializa-

49. En toda sociedad tradicional, existen reuniones de la juventud por clases de edad, o bien fiestas de la juventud. Pero todo esto está institucionalizado y se encuentra incluido en un orden, en lo que Michel PHILIBERT llama: *L'échelle des âges*, París, Le Seuil, 1968.

ción, la familia, funciona mal, por una serie de razones técnicas que parecen insuperables. En otros tiempos, y aún no hace mucho, el aprendizaje de la vida y del oficio se hacía, en la inmensa mayoría de los casos, dentro de la familia; había una transición gradual e insensible entre la infancia y la edad adulta. Hoy en día, la diversificación extraordinaria y la movilidad de las especializaciones hacen que, salvo excepciones, este aprendizaje deje de poderse hacer en la familia. Se ocasiona así una mayor profundidad, que puede ir hasta la ruptura, entre la célula familiar y la sociedad global. Cuanto mayor se hace esta separación, mayor es la inclinación de la juventud a constituirse en centro de acogimiento separado. La familia tiende a perder su papel de forma privilegiada de socialización en beneficio de la escuela. Además, la escuela, tal como está concebida, consiste en una agrupación separada de los jóvenes, separada de los adultos y de la vida activa. Se produce aquí algo análogo a la concentración de los burgueses en las ciudades y de los obreros en las zonas industriales, acompañado, evidentemente, por una toma de conciencia de la singularidad y la separación.

Todo lo cual, aunque cierto, no parece decisivo. Siguiendo este camino, se puede mostrar que la probabilidad de los fracasados de la socialización ha aumentado y explicar los fenómenos de marginalidad, pero no el carácter masivo y universal del hecho. Nos inclinamos a considerar que el fondo del problema se relaciona con una cuestión de valores. Nuestra civilización parece en situación de realizar un objetivo milenario de valorización de los valores económicos, en detrimento de los demás; es posible que se ceben algunos movimientos de compensación relacionados con la calidad de la vida. A lo que vienen a añadirse algunas contradicciones que parecen insuperables:

— entre el éxito material y la repetición de los núcleos de miseria;
— entre el igualitarismo perseguido por las sociedades occidentales y el resurgimiento de las desigualdades de origen técnico-burocrático;
— entre la universalidad tendencial de la historia contemporánea y la permanencia de la pluralidad de las unidades políticas y de las tensiones que provocan.

Brevemente, para tomar de nuevo una expresión de Raymond Aron, la sociedad industrial no puede dejar de entrar constantemente en contradicción con los valores en los que se apoya. Además, no existe sólo *una* solución a estas contradicciones, sino *varias en competencia*. Por consiguiente, el orden en el que la socialización debería integrar a los jóvenes no existe o, por mejor decir, existen varios de ellos. Así, pueden interpretarse los tres fenómenos básicos que constituyen lo que se ha dado en llamar el problema de la juventud:

— constitución de la juventud en grupo social separado, en una posición de espera, e incluso en un grupo que es en sí mismo su propio fin;
— posibilidad de contestación global, sin objeto en tanto que global y basada en unas fuerzas exteriores a la sociedad industrial;
— posibilidad de implantación de contrasociedades defendiendo otros valores y viviendo de ellos.

Y ¿este proceso resulta irreversible? Pues muy probablemente, en régimen pluralista, puesto que un régimen pluralista tolera la pluralidad de los sistemas de valores.[50] Por el contrario, un régimen monopolista, sobre todo si se basa, como es común en nuestros días, en un sistema ideológico, debe combatir a estas inclinaciones de constitución de la juventud en grupo social. Si una presión semejante puede durar sin arrastrar consigo a graves tensiones, es algo que nos dirá el porvenir.[51]

50. De lo que se deduce también que no hay ninguna razón para que la juventud constituya un universal concreto que ponga en duda el sistema social. Según la probabilidad —y según una constatación cotidiana, por lo menos en el mundo estudiantil— las orientaciones serán múltiples y, como fuerza política, la juventud se repartirá entre las fuerzas existentes. El sistema social se habrá enriquecido con un grupo nuevo, y no con una categoría nueva, que vendría a añadirse a la élite, el pueblo y la canalla.

51. Para un análisis más detallado, ver Jean Baechler, *Les Jeunes et la Révolution en Occident*, en "Contrepoint", n.º 1 (mayo de 1970).

D) *LAS VARIABLES ÉTICAS*

Por este calificativo entendemos todo comportamiento que hace intervenir de alguna manera un juicio de valor, o aun todo comportamiento que procede de una decisión arbitraria. En este sentido, toda clase de acción tiene un lado ético. En efecto, si se entiende por acción la combinación de medios atendiendo a un fin, la arbitrariedad, y por lo tanto el juicio de valor, descansa tanto sobre el fin como sobre los medios. En lo que concierne al fin, todo el mundo lo admitirá sin dificultad: tanto la vida de las sociedades como la vida en sociedad comportan una pluralidad de finalidades, que únicamente una elección puede conducir a la unidad, ya sea para el individuo, ya para el grupo, ya para la sociedad. Que también los medios resulten arbitrarios ya es más problemático. Una vez que el fin está escogido, lo ideal sería una combinación *racional* de los medios, es decir una combinación tal que la probabilidad de que fallase su objetivo fuera nula. Sin embargo, nunca sucede así. Incluso en el dominio técnico, raramente existe *una* solución a un problema o, aun, raramente una solución permite conciliar todos los objetivos. Así, en el dominio de los transportes, la velocidad, la capacidad y la seguridad no pueden simultáneamente llevarse a su grado máximo. Es preciso escoger entre toda una gama de soluciones que concilian a estas tres exigencias en proporciones variables. En una palabra, la vida en sociedad lleva necesariamente a introducir juicios de valor o decisiones arbitrarias a dos niveles: por una parte, sobre los fines perseguidos o el sentido que hay que dar a la vida en sociedad; por otra parte, sobre los medios más idóneos para realizar el fin escogido.

1. Los fines

Los valores que guían a los hombres y a las sociedades son múltiples y exclusivos. No se trata ahora de proceder a un recuento completo y ordenado de esos valores; para esto sería necesario todo un libro. Sin embargo, parece que se les puede agrupar a todos en algunos capítulos, que representan a los que, por lo que sabemos, son los más susceptibles de hacer que los hom-

bres se muevan. Así, se distinguirá a los valores *religiosos*, que hacen referencia a la busca de lo absoluto y del sentido último de la vida; los valores *políticos*, que tienen relación con el ejercicio del poder; los valores *económicos*, que esperan conseguir las riquezas; los valores *militares*, que ambicionan la gloria; en fin, los valores *lúdicos*, que significan el placer.[52]

Estaremos de acuerdo en que una clasificación semejante es arbitraria y que, en la realidad, cada sistema de valores es una mezcla de tales valores. Así, la actividad militar, que ambiciona la gloria, encuentra algún placer en esta actividad, además no desdeña, cuando el momento se presenta, la riqueza, se sirve de la política y puede concebirse como un absoluto. No es difícil proceder del mismo modo con los demás valores. Sólo falta por decir que cada una de estas actividades se basa en una dirección dominante, a la que las demás se encuentran subordinadas; de una manera típicamente ideal, se está pues en el derecho de operar esas distinciones.

En toda sociedad, por lo menos llegada a un cierto grado de complejidad, todos esos valores coexisten. Como son exclusivos uno del otro, necesariamente mantienen conflictos entre los grupos que los sostienen. Una sociedad se suicidaría, si permitiera continuar estos conflictos hasta la victoria definitiva de uno de los valores. En tiempos normales, el conflicto desemboca en unos compromisos que reflejan la relación de las fuerzas. De los que se deduce que toda sociedad recibe la coloración especial del valor que domina la relación de las fuerzas. Hay, así, sociedades con dominante militar, con mucho las más numerosas hasta el presente. Se conocen también sociedades en las que la actividad política se lleva la palma: las ciudades griegas clásicas y, más particularmente, Atenas son un ejemplo de ello, como lo es probablemente Francia después de la Revolución. Más escasas son las sociedades con dominante económica: Fenicia, Cartago, Venecia y, tendencialmente, la civilización occidental desde el siglo XI. Existen también ejemplos de sociedades religiosas: el sistema

52. Las actividades científicas y artísticas no nos conciernen aquí, puesto que, como tales, no determinan fuerzas sociales lo suficientemente potentes para contribuir ni al equilibrio social, ni a su destrucción.

hindú de las castas[53] o el sistema monacal del Tibet. Que sepamos, no existe ningún caso de sociedad lúdica. Al parecer, la explicación de esta ausencia es la siguiente: para que un valor llegue a dominar, es preciso que triunfe sobre los demás; ahora bien: el principio del placer no concilia muy bien con el uso de las armas y de la fuerza, que determina esta victoria. Normalmente, el ludismo se ve arrinconado a la esfera privada; sólo dentro de circunstancias particulares —sobre las cuales volveremos— puede conocer una difusión lo suficientemente grande para convertirse en una fuerza social, que entonces se llamará libertinaje.

Partiremos de la hipótesis —por otra parte absolutamente inverificable— de que cada sociedad contiene, en su seno, a tipos humanos que se corresponden con estas diversas actividades y que cada tipo humano debe sufrir el examen paretiano y puede recibir una nota que va de 0 a 10. Atribuiremos un 10 a Alejandro, Julio César y Napoleón; a Buda y Mahoma; a Pericles, Mutsu-Hito y Lenin; a Fugger, Rockefeller y Rothschild; incluyamos a Aspasia, Mesalina y Mme. de Pompadour. De este modo, y disponiendo de criterios y estadísticas perfectos, se podría repartir a todos los individuos que componen una sociedad en una escala graduada. Una sociedad dada se encuentra orientada hacia un valor dominante; de lo que se desprende que la élite está ocupada en su mayoría por individuos aptos para esta actividad y que, por poco que se mantenga, aparecerá, por selección natural y por educación, una inclinación a producir individuos del tipo dominante.[54]

Así pues, y a la larga, una sociedad tiende a producir los tipos humanos que corresponden a los papeles requeridos por el sistema social. Estos mecanismos tienden a conservar el equilibrio y a reducir los fenómenos revolucionarios. Este equilibrio resulta inestable,

53. Véase el estudio de Louis Dumont, *Homo Hierarchicus*, París, Gallimard, 1966.

54. El párrafo que precede no pretende inscribirse en el rigor científico experimental. Lo tomamos como una hipótesis que debería permitir abrir una página nueva de las ciencias sociales. Podría titularse: "Los tipos humanos y las civilizaciones." A falta de documentos estadísticos, es poco probable que se llegue a aproximaciones satisfactorias para el pasado; para el presente y el porvenir, podría ser interesante construir la problemática y el método de una encuesta de este tipo.

como lo son todos los equilibrios basados en relaciones de fuerzas. Nos parece que cuatro grandes factores de desequilibrio pueden intervenir y determinar reacciones revolucionarias:

— *O bien* la élite dominante —el grupo que sostiene los valores dominantes— acentúa su presión y tiende a eliminar el resto de los valores. Y entonces se producirá necesariamente una reacción, empezando por los individuos mejor situados en la escala; a medida que la presión irá acentuándose, la reacción descenderá por la escala. Los ejemplos de un proceso semejante son innumerables. Las presiones políticas y militares del Bajo Imperio llevaron consigo el monaquismo. El pacifismo interesado de la Monarquía de Julio levantó indignaciones vehementes. Las campañas virtuistas —como decía Pareto— determinan regularmente una oleada de atentados a las costumbres y de alcoholismo. El militarismo del reinado de Luis XIV llevó a la amable Regencia. Los éxitos de la sociedad industrial desembocan en la crítica a la sociedad de consumo. El militarismo japonés ha dejado su sitio a un frenesí económico desconcertante, etc.[55] Observaremos que no existe ejemplo histórico alguno de que una reacción semejante hubiera desembocado en una revolución política. Se trata siempre de fenómenos revolucionarios de los tipos de la marginalidad y la contrasociedad. La explicación es evidente: la élite dominante dispone de la fuerza.

— *O bien* sobreviene una inversión en la dominante, es decir, que una nueva élite ocupa el lugar. El caso más frecuente es el de la aparición de una élite militar que se apropia del poder. Puede señalarse igualmente el caso, excepcional, de la substitución de una élite religiosa, en los Estados pontificios, por una élite política. Una substitución semejante tiene siempre sus raíces en las variables ya estudiadas: políticas, económicas y sociales. Salvo en el caso de la élite militar, que triunfa

55. Igualmente podríamos poner en relación la estabilización de la escena internacional en Europa a partir de 1871 y la conquista de los imperios coloniales. Las energías militares pudieron practicar con ellos, pues es conveniente observar que lo esencial de la colonización fue el hecho de unos aventureros, que, *inmediatamente*, fueron seguidos por los gobernantes y hombres de negocios. Dicho de otro modo, la aventura colonial como sucedáneo de la gloria militar. Jacques Berque adelanta algunas explicaciones en este sentido, en su *Dépossession du monde*, París, Le Seuil, 1964.

siempre en y a través de una revolución política, las demás modificaciones generalmente se realizan de un modo imperceptible: ¿dónde situar, en Occidente, la substitución de la élite ludista que constituía la aristocracia durante los siglos XVIII y XIX, por unas élites económicas y políticas? Por otra parte, los eliminados pueden reaccionar por la marginalidad y la contrasociedad. Un último ejemplo notable de una perturbación semejante es el del cerco sufrido por el Imperio Romano por parte del cristianismo. Que no llegó en ningún momento hasta la teocracia,[56] pero que ocasionó una profunda redistribución de las élites. Es conocida la acusación, dirigida por los paganos contra los cristianos, de haber vaciado al Imperio de su substancia y de haberlo entregado a los bárbaros, acusación vehementemente rechazada por san Agustín, pero continuada por Gibbon y numerosos autores contemporáneos. No es muy seguro que san Agustín tuviera razón.

— *O bien* el sistema social se hunde pura y simplemente. Todo ocurre como si se volviera a la línea de salida, poseyendo cada valor las mismas posibilidades de triunfar. Sigue un concurso del cual saldrá vencedora una nueva élite. Las grandes revoluciones, marcadas por un interregno prolongado, pueden relacionarse a este caso. Se asiste siempre a una intensa actividad política, religiosa, militar, lúdica, incluso económica, en la forma de una especulación intensa. El final de la dinastía de los Han conoció un proceso parecido, prolongándose a lo largo de decenios.[57] Esta circunstancia es la única en la que se constata el libertinaje como actividad social importante.[58]

— *O bien* —y ésta resulta una coyuntura bastante interesante— se asiste a la desvalorización profunda de

56. La originalidad de Occidente está en la separación constante de la Iglesia y el Estado, y en la preeminencia del Estado.

57. Véase los dos ensayos de Étienne BALAZS sobre la crisis del del fin de los Han, reunidos en *Bureaucratie céleste*, París Gallimard, 1968, p. 71-135.

58. A nivel de la ideología, la defensa de los valores lúdicos desemboca necesariamente en la negación de los demás valores, en la exigencia de una sociedad anarquista, pacifista, de abundancia y atea. Un avatar contemporáneo de esta ideología es el situacionismo. Véase Guy DEBORD, *La societé du spectacle*, París, Buchet-Chastel, 1967, y Raoul VANEIGEM, *Traité de savoir-vivre à l'usage des jeunes générations*, París, Gallimard, 1967.

un valor. Esta situación es muy diferente de la primera, en la que existía lucha. Ahora, una actividad humana se convierte en algo así como imposible, porque ya nadie cree en ella. El caso extremo es el de la incredulidad europea desde el siglo XVIII. No tenemos por qué analizar sus causas, sino más bien las consecuencias desde el punto de vista que nos interesa. La desvalorización de los valores religiosos afectó ante todo a las élites, y más que a nadie a la *intelligentsia*. Dicho de otro modo, los mejor clasificados en la escala de los valores religiosos se encontraron bruscamente desprovistos de finalidad. Se produjo una transferencia de los valores religiosos, relacionados con la religión cristiana y la Iglesia, hacia la política —dejando aparte tanto a la ciencia como al arte, que aquí no nos interesan. La correlación nos parece evidente: el Pueblo, la Nación, el Estado, el Proletariado, la Justicia, la Igualdad, la Libertad..., que son nociones viejas como la vida en sociedad, ganaron su letra mayúscula y el estatuto de mitos capaces de elevar los corazones y de obtener sacrificios entusiastas, en un paralelismo impresionante con la disminución de la creencia en Dios. Una de estas corrientes político-religiosas dio lugar, con la Revolución Francesa, a la creencia fanática en *la* Revolución, mientras que hasta entonces los analistas sólo habían hablado *de las* revoluciones. Como cabía esperar, desde hace poco se asiste a un amago de vuelta atrás, que parece querer llevar de nuevo los valores religiosos hacia su lugar de origen, lo que se traduce por un renacimiento de las religiones, la religiosidad y las querellas religiosas.[59] Al lado de este ejemplo flagrante, los demás palidecen. Las actividades militares nunca han cesado lo bastante como para que se pudiera llegar a saber qué clases de suplencias encontrarían; cabría la probabilidad de una recrudescencia de los desórdenes internos, una intensificación de los conflictos entre grupos, un aumento de las neurosis, los crímenes y los suicidios. Por el contrario, ocurre, de tiempo en tiempo, que los valores políticos se hunden: es lo propio de una revolución duradera. Ahora bien: ya hemos visto que una re-

59. Sea cual sea la salida de la mutación que afecta a la Iglesia católica, nos parece que manifiesta un rejuvenecimiento de fervor. La historia de la Iglesia es constante: está en crisis cuando la religión está en un buen momento, e inversamente.

volución tal desemboca en un poder fuerte. Esta solución tiene unas bases casi técnicas. Pero esto no explica la adhesión entusiasta de personas que, el día antes, querían escarnecer a todo poder. Lo probable es que la vacante del poder sea insoportable y que por lo tanto no se soporta. El caso de los franceses es embolismático: tan pronto acogen a la revolución con entusiasmo, como se echan con delicia en los brazos de un salvador. Nos inclinamos a pensar que ambas actitudes están estrechamente relacionadas.

El hecho notable es que únicamente los sistemas pluralistas occidentales toleran la pluralidad de los valores. O, más bien, tal vez no es tanto esta tolerancia la que es notable —puesto que el pluralismo político se basa en el pluralismo cultural y recíprocamente—, sino el carácter único de la experiencia. Ya hemos tenido la ocasión de sugerir que esta singularidad está relacionada con los hechos políticos. De lo que se desprende que la puesta en duda constante de los valores, la equivalencia introducida entre ellos, la imposibilidad de que una visión del mundo sea aceptada por todos..., todo esto no es lo más mínimo el signo de «una crisis de civilización», sino la manifestación lógica y normal del pluralismo. A los que se lamentan de la disolución del orden occidental, así como los que proponen reconstruirlo, hay que meterlos en el mismo saco: se trata de nostálgicos del despotismo, que no sienten que la grandeza de Occidente reside precisamente en la pluralidad de los proyectos que autoriza y en la constante puesta en duda de sus propios fundamentos. ¡Ya es cierto que la servidumbre es más fácil de llevar que la libertad!

2. Los medios

La literatura de los revolucionarios —y de los contrarrevolucionarios— gira siempre alrededor del complot que sus adversarios no cesarían de tramar. Se percibe a la élite dirigente como un bloque unido, extraordinariamente inteligente y eficaz, puesto que se supone que todas sus acciones apuntan sin descanso a un objetivo único: la conservación de sus privilegios. Pero la observación más cotidiana muestra que, si, como es natural, la élite tiende a perseverar en el ser desviando o elimi-

nando a los posibles competidores, no se produce, por decirlo así jamás, una situación en la que no existan divergencias sobre los medios a emplear para llegar a este fin. Incluso cuando se planteó el problema de la descolonización, la gente que tenía intereses directos en la colonia se había dividido entre dos actitudes: mantenerse costara lo que costase, o bien ceder, con el fin de salvaguardar lo esencial una vez la independencia concedida. De una manera general, cuando un *statu quo* cualquiera se encuentra amenazado, existe siempre la alternativa entre la resistencia y el acompañamiento del movimiento para desviarlo en un sentido favorable. La elección entre ambos límites cae dentro del orden de la libertad, es decir de la decisión arbitraria.

Tales elecciones son algo de cada día. Cuanto más aumenta la cantidad de los problemas que deben sufrir elección, en más importante se convierte la función de arbitraje. De arbitraje y de innovación. En efecto, con las transformaciones surgidas de la mutación industrial, los problemas no solamente se han multiplicado, sino que además evolucionan sin cesar. Así pues, es preciso renovar constantemente las decisiones. Esta es probablemente la raíz profunda de dos fenómenos contemporáneos importantes en Occidente: el crecimiento del papel del Estado y, dentro del Estado, el papel creciente de las personalidades, esto que también se llama la personalización del poder.[60] Sin querer minimizar los factores psicológicos ni el papel de la información de las masas, la explicación de este fenómeno nos parece que es ante todo técnica y relacionada con las presiones de la elección.

Decíamos que es algo de cada día. No existe razón alguna para que esto desemboque en una situación revolucionaria. Tal ocurrencia sobreviene cuando el problema planteado es lo suficientemente grave como para, por una parte, dividir a la élite en dos campos opuestos de potencia sensiblemente igual y, por otra, para poner en juego el destino del cuerpo social. El caso más frecuente es el de la división sobre la legitimidad de un régimen surgido de cualquier subversión. Así, la

60. *Cf.* Léo Hamon y Albert Mabileau (edit.), *La personnalisation du pouvoir*, París, Presses Universitaires de France, 1964. En régimen de monopolio, la personalización del poder es un dato natural.

élite francesa se encuentra dividida con respecto al régimen desde hace 180 años; la élite alemana lo estuvo durante la República de Weimar. Cuando se instaura una situación semejante, sin que una interpretación consiga imponerse durante un largo lapso, las revoluciones políticas están siempre latentes y estallan con el menor pretexto. De nuevo, Francia presenta un buen ejemplo. Todavía más impresionantes resultan los golpes de Estado militares de repetición, como, entre otros, en América Latina desde la Independencia. Interpretar tales repeticiones en términos de clases, de lucha entre la «burguesía» y el «feudalismo», entre la «burguesía» y el «proletariado», es dejarse lo esencial en el tintero y condenarse al machaqueo de lugares comunes gastados y sin base.

Hasta el presente, la manzana de la discordia era generalmente un problema preciso: sufragio restringido o sufragio universal, poder personal o régimen parlamentario, guerra o paz,[61] imperio o descolonización...[62] Desde hace algunos años, las divisiones *parecen* profundizar y apuntar al sentido mismo de la vida en sociedad, por lo menos en Occidente. Parece que se dibujan tres grandes orientaciones:

— huida hacia adelante, en el sentido de una racionalización y una eficacia creciente de la sociedad industrial;
— toma en consideración de los gastos sociales del crecimiento en el sentido de la humanización de esta misma sociedad;
— rechazo de la sociedad industrial, de sus presiones y de sus éxitos.

Esas tres orientaciones podrían transformarse en tres políticas coherentes: tecnocrática, humanista y libertaria. Nos parece que resulta evidente que la tercera sólo pueda conseguirse dentro de las contrasociedades, del tipo hippy. Pero, como ya hemos hecho observar en varias ocasiones, esta realización supone el pluralismo político. En Occidente, esto significa que la condición *sine qua non* resulta ser la ausencia de revolución po-

61. Problema del cual dependió la suerte del régimen inestable salido de la Revolución de febrero de 1917.
62. Problema del que murió la IV^a^. República.

lítica. Cualquier amenaza directa contra el orden sólo puede arrastrar consigo una reacción del orden en el sentido de un refuerzo de las presiones y de una represión de las disidencias. En cuanto a las dos primeras orientaciones, no son exclusivas una de la otra y uno se abandona para soñar en un sistema político estable en el que ambas alternarían en el poder y se complementarían en una emulación constante.

No peleemos sobre la veracidad de este análisis. Para nuestro propósito, lo importante es haber establecido que la probabilidad de que la élite forme un bloque no ha sido nunca tan débil como actualmente. Las fisuras y las tensiones que siempre la habían afectado, *parece* que se han hecho más hondas. ¿Cuál será la salida? Si confiamos en los análisis precedentes, hemos de considerar que cuanto más pluralista será un sistema, más estable será también, porque las tensiones podrán expresarse; cuanto más monopolista, más serán ahogadas las tensiones y mayor será el riesgo de que estalle. Lo que no quiere decir que, a corto y medio plazo, desaparecerán los regímenes monopolistas; según la lógica, habrán de acentuar su presión para mantenerse. Dicho de otro modo, la convergencia de los regímenes pluralistas y monopolistas es algo que nos parece salido de la ficción. En ausencia de guerra —hipótesis que siempre es preciso mantener—, mientras unos deberán de evolucionar hacia una intensificación del pluralismo cultural, los demás hacia un refuerzo del monopolio. En todo caso, la evolución que actualmente puede comprobarse corre en el sentido de una divergencia semejante.

Capítulo 5
LOS OBJETOS DE LA ESTASIOLOGÍA

Los capítulos precedentes, dentro de su inconclusión, representan una masa considerable de interrogantes, de problemas y orientaciones para investigación. Se puede y se debe ir más lejos, con el fin de abordar el análisis de otra dimensión de los fenómenos revolucionarios, que proponemos llamar objetos del análisis. Sea cual sea el fenómeno considerado, siempre puede distinguirse en él cinco dimensiones:

— La *ideología* o sistema de pensamiento en que se expresa una visión del mundo, unas intenciones, unas justificaciones...

— Los *revolucionarios,* es decir el personal de los fenómenos estudiados.

— Las *sociedades revolucionarias,* o las agrupaciones originales que constituyen esos revolucionarios.

— Las *crisis sociales,* es decir las situaciones concretas que producen fenómenos revolucionarios.

— En fin, la *anatomía de los fenómenos revolucionarios* o su desarrollo en el tiempo.

Es evidente que estos cinco objetos, aunque siempre se les encuentra en algún grado, no revisten la misma importancia en todos los lugares. Así, la ideología tiene un papel menor en los bandidajes y las mafias, que constituyen, por el contrario, sociedades particularmente completas. Inversamente, en las sectas revolucionarias contemporáneas, la función ideopoética es esencial y casi es suficiente para agotar su esencia.

Partiremos de la hipótesis general de que estos cinco objetos son ampliamente autónomos y deben estudiarse separadamente. En efecto, resulta imposible relacionar a uno cualquiera con otro, afirmando que tal ideología determina tal estructura social, o que tal tipo

humano secreta tal ideología, o que tal crisis produce automáticamente tal ideología o tal forma revolucionaria. Estas afirmaciones sólo constituirán problema en relación a la ideología. Más allá de la simple doxografía o exposición de las ideas emitidas por un grupo revolucionario cualquiera, sobresalen dos grandes interpretaciones. O bien se relaciona a la ideología con la psicología y se pretende explicar las ideas a partir de sentimientos, motivaciones o impulsos subconscientes o inconscientes. A lo que puede objetarse —aparte de las objeciones de tipo epistemológico que apuntan a la imposibilidad de salvar la hendidura que separa a dos órdenes tan diferentes como son el pensamiento racional y los sentimientos—, por una parte, una imposibilidad práctica: salvo para eventuales fenómenos contemporáneos, la documentación resulta siempre insuficiente para que pueda esperarse llegar a proceder al psicoanálisis de los revolucionarios; así pues, uno está obligado a construir el inconsciente *a partir de las* formulaciones ideológicas, a reencontrar el hombre que fue Joachim de Flore a partir de sus escritos; dicho de otro modo, a construir un discurso sobre un discurso, o a transcribir en el lenguaje codificado del psicoanálisis unos datos expresados según otro código; ahora bien: una traducción no podrá constituir una explicación. Por otra parte, se objetará que los conceptos de la psicología y el psicoanálisis son excesivamente generales y universales para exponer los detalles de los pensamientos revolucionarios. Un mismo principio que nos enteraría a la vez de los oráculos sibilinos y de Karl Marx no presenta interés alguno o, por lo menos, no permite comprender las diferencias.

O bien se relaciona a la ideología con grupos sociales concretos y entonces se hablará de ideología burguesa, campesina, proletaria. Si no fuera porque está tan extendida, ya no merecería la pena detenerse en una posición semejante. Porque todavía es más tautológica que la precedente, puesto que el pensamiento de un grupo sólo puede reconstruirse *a partir de los* documentos escritos o hablados. Pero esos documentos siempre son la obra de individualidades. Por lo tanto no es más que una petición de principio perfectamente arbitrario lo que permite afirmar que tal ideología es obre-

ra.[1] Así que partiremos de la hipótesis de que la ideología es una producción del entendimiento humano; por este camino, la ideología se convierte en sistemas intelectuales coherentes e inteligibles, de los cuales puede hablarse despejando las racionalizaciones que los han producido.

Estos objetos forman parte de la realidad social. Pueden pues someterse a un análisis a los cuatro niveles indicados precedentemente. En este último capítulo, nos proponemos esbozar ciertos análisis, insistiendo sobre todo en el nivel I. Perdónesenos la brevedad y el carácter superficial de estas páginas. Nos gustaría que se tomaran, no como un balance, sino como un programa de investigación y una promesa de futuros trabajos.

A) *LA IDEOLOGÍA*

1. Premisas

Partimos, pues, de la hipótesis de que la ideología revolucionaria es un sistema intelectual coherente y cerrado, cuyas articulaciones esenciales pueden reproducirse haciendo de nuevo el mismo itinerario intelectual. Por este hecho, se encuentra emparentada con los sistemas teológicos. Como éstos, presenta dos características fundamentales:

— Toda la construcción intelectual se basa en un axioma indemostrable e irrefutable. El cristianismo, por ejemplo, descansa sobre la divinidad de Cristo. Por su parte, la ideología revolucionaria descansa sobre el siguiente axioma: la Revolución es un bien ineluctable. Esta proposición —evidentemente irrefutable— tiene una vertiente ética que está exenta de toda justificación. Tiene también una vertiente que quiere ser objetiva. Lo

1. Ni qué decir tiene que esto no significa que cualquier ideología será recibida por cualquier grupo social. El liberalismo tiene más posibilidades de reclutar en la élite que en la canalla. Del mismo modo, si la pintura no figurativa es mejor recibida en los medios cultos y la fotografía en los medios poco cultos, esto no significa que los primeros produzcan la primera. Es la obra de los pintores; así pues, de una actividad específica, que encuentra, o no, a su público.

que lleva consigo dos consecuencias importantes. La primera es la necesidad de prolongar la percepción del presente hasta los límites de lo soportable: a través de una inversión relacionada con una psicología elemental, resulta que del exceso del Mal solamente puede surgir el Bien, puesto que las cosas humanas jamás se mantienen en una situación límite. La segunda es el escándalo que provoca la ausencia de revolución. Para justificar el fracaso de las previsiones, se despliegan una energía y una habilidad incansables. Allí donde se requieren ciertas técnicas para que sobrevenga el gran desorden (danzas, ritos, prácticas ascéticas; o bien técnica revolucionaria racional), no se tiene trabajo para sugerir algún fallo que explique el fracaso. Allí donde a la revolución se la ve como a una ruptura orgánica, es preciso mostrar a la sociedad que ha sido acordado un sobreseimiento. Las más imponentes de tales racionalizaciones resultaron ser las teorías del imperialismo, que florecieron desde el final del siglo XIX hasta la guerra de 1914, con el solo objetivo de explicar a través de la expansión colonial la ausencia de revolución en Occidente.

— Este procedimiento pone al descubierto una segunda característica: un sistema ideológico se encuentra siempre en situación de integrar nuevos datos, introduciendo hipótesis suplementarias que no están en desacuerdo con los fundamentos del sistema. La teoría del imperialismo, primitivamente concebida para justificar la ausencia de revolución en Occidente, vaciló a partir del momento en que la Revolución Rusa estalló en un país no industrializado; a través de toda una serie de inflexiones, los países no industrializados han ido apareciendo como los auténticos lugares del socialismo y la vanguardia de la humanidad. Es probable que la recrudescencia actual de los fenómenos revolucionarios en Occidente vaya a traer consigo un nuevo trastorno y un nuevo cambio de la teoría del imperialismo.

A través de adjunciones sucesivas y lógicos refinamientos pueden llegar a constituirse verdaderos *corpus*, cuya perennidad resulta admirable. El judaísmo helenizado había producido una serie de discursos de oráculo en forma de hexámetros griegos y que anunciaban la venida del Salvador. Más tarde los propagandistas cristianos se hicieron de nuevo con este fondo judío,

enriqueciéndolo con una tradición tomada del *Apocalipsis* y lo transmitieron a la Edad Media. «Su capacidad de adaptación era infinita: constantemente reeditados reinterpretados en función de las circunstancias y las preocupaciones de cada momento, siempre proveyeron para las aspiraciones eternas de los mortales, preocupados por disponer de una presciencia infalible del porvenir. Incluso cuando las únicas versiones de estos textos conocidas en Occidente estaban escritas en latín, y por lo tanto eran inaccesibles al vulgo, su contenido penetraba vagamente hasta las capas inferiores de la población. A partir del siglo XIV, las versiones en lengua vulgar se extendieron y, a partir de la invención de la imprenta, figuraron entre los primeros títulos publicados. Hacia el final de la Edad Media, cuando las esperanzas y los temores a los que habían dado forma los primeros oráculos sibilinos tenían ya más de mil años, estos libros todavía se leían y estudiaban por todas partes.» [2] Otro *corpus* extraordinario es el que está representado por el marxismo, del que nada permite suponer que se encuentre en trance de llegar a perder sus virtudes de renovación. Es evidente que estos sistemas no son el producto de cualquiera, sino que requieren la actividad de verdaderos especialistas. Así pues, tienen el máximo de probabilidades de experimentar un intenso desarrollo allí donde existe una categoría social de profesionales del intelecto. Así, los grandes centros de producción revolucionaria coinciden siempre con los grandes centros de la vida intelectual.

2. Método

El análisis de las ideologías revolucionarias empieza por un repugnante trabajo de archivo. Consiste en la recensión de todos los textos, si es posible exhaustiva. Pero no se trata solamente de los textos escritos, fácilmente localizables, sino también de poemas y canciones, de testimonios recogidos por los observadores.[3] Por ejemplo, que nosotros sepamos, todavía se encuentra

2. Norman Cohn, *Les fanatiques de l'Apocalypse*, París, Julliard, 1962, p. 30.

3. Es la única fuente posible para todas las sociedades sin escritura.

por hacer algún estudio sistemático sobre las canciones que, a millares, extendieron las ideas de la Revolución a través de Francia entera.

Sobre este material en bruto se ejerce luego un trabajo de elaboración que debe ir en varias direcciones. Es preciso dividir los documentos en función de los temas y después agrupar estos temas bajo un cierto número de rúbricas: los temas religiosos, filosóficos, políticos, económicos, estéticos, escatológicos... Hay que distinguir luego, el nivel de elaboración: el nivel conceptual (por ejemplo Marx), el nivel catequístico en que el sistema se vuelve un cierto número de fórmulas fijadas y estereotipadas (de ella son un ejemplo perfecto las obras de Stalin), en fin, el nivel vulgar, integrado por *slogans* y balbuceos (las hojas de propaganda política, por ejemplo).

Sólo después de ese trabajo largo y fastidioso, puede empezar la elaboración científica. Que consiste en comprender las concatenaciones lógicas que dan cuenta de todos los temas y de todas las rúbricas. Dado que las proposiciones ideológicas no son ni las emanaciones de un inconsciente cualquiera ni las huellas de no se sabe bien qué estructura subyacente, entonces son racionalizaciones conscientes, que proceden por preguntas y respuestas. Tomemos un ejemplo sencillo. La metempsicosis es una creencia frecuente. Esa es la única solución lógica a un problema que puede enunciarse como sigue:

— todo lo que es, se encuentra afligido por un Mal esencial;
— pero todo podría ser bueno;
— el paso del Mal al Bien ha de desplegarse en el tiempo;
— a través de reencarnaciones sucesivas la proporción de Bien aumenta a expensas del Mal.

Por consiguiente, la metempsicosis es una creencia casi necesaria allí donde al mundo se le percibe como dividido entre el Bien y el Mal y donde el Bien terminará por triunfar. Otro ejemplo sencillo. Cuando, al final del siglo XIX, parecía evidente que el proletariado tardaba realmente demasiado en cumplir su grandioso destino, dos salidas lógicas eran posibles:

— O bien se decretaba que la revolución, compren-

dida como el gran día, ya no resultaba necesaria, sino que podía economizarse gracias a un paso orgánico al socialismo dentro del cuadro del sistema parlamentario.

— O bien uno se veía obligado a considerar que la clase obrera debía ser ayudada con la acción de un grupo de profesionales de la revolución. La idea de una vanguardia consciente del proletariado no germinó solamente en la fértil cabeza de Lenin. Casi todo el mundo parece haber pensado en ella: Kautsky (de quien *¿Qué hacer?* lleva una larga cita bien visible); un trabajador clandestino de Petersburgo que escribió a Lenin en este sentido; Savinkov, futuro fundador del Partido Socialista Revolucionario, que envió un proyecto a la Iskra; también Martov, que afirmó que él y sus amigos habían tenido la misma idea.

Incidentemente, todo esto permite servirnos del problema, ya evocado, de la difusión. Saber quién ha tenido primero tal o cual idea o si una influencia puede detectarse, según nuestro punto de vista, sólo presenta siempre un interés anecdótico. Lo importante no es saber quién, dónde o cuándo se concibió a los judíos como a encarnaciones del Mal, sino mostrar que una ideología revolucionaria opera necesariamente una división en la sociedad y produce una fuente de todo mal; que el grupo concreto víctima de tal atribución resulte ser tal o tal otro importa soberanamente a este grupo, pero en absoluo al sistema ideológico en sí mismo. Del mismo modo, hay necesariamente un sujeto de la Historia que es el que lleva la salvación: que sean los pobres, los obreros, la burguesía o la juventud, esto ya no importa para la coherencia del sistema.

3. Algunos temas constantes

No nos jactamos de pretender haber terminado este trabajo y poder presentar sus resultados.[4] Estaremos contentos con señalar cinco temas que nos parecen constantes y que constituyen los fundamentos de toda ideología revolucionaria:

4. Remitiremos a un resultado tímido e imperfecto del método, esbozado en nuestra: *Politique de Trotsky*, París, Armand Colin, col. "U", 1968.

— *El dualismo:* se encuentra en el centro de todo pensamiento revolucionario, como consecuencia del duelo que constituye efectivamente todo movimiento revolucionario. Se trata de un combate mano a mano entre el Bien y el Mal, entre el Sujeto de la Historia y el Otro. El Sujeto o protagonista puede serlo cualquier grupo —incluso hasta un individuo aislado: la comunidad campesina o nacional, la burguesía, el proletariado, los pobres.... Este punto jamás plantea ninguna dificultad. Por el contrario, la determinación del Otro siempre resulta problemática. En efecto, por lo menos en el punto de partida, los revolucionarios sólo son siempre una ínfima minoría; así que no puede definirse al Otro como todos los que no son revolucionarios, puesto que la desproporción de las fuerzas sería tan grande que una victoria no podría esperarse. De lo que viene a deducirse que debe producirse un tercer término. Así, necesariamente y en todo lugar, tenemos a: los revolucionarios conscientes (una minoría ínfima), la fuente del Mal (una minoría) y los revolucionarios potenciales que todavía no saben nada (la inmensa mayoría). De ahí parten dos direcciones constantes de la práctica revolucionaria, que pretende tanto la conversión del tercer término como la eliminación del segundo. Puede tomarse a esta versión ternaria como una fórmula algebraica: la definición concreta de los símbolos es extremadamente variable. La situación más sencilla, en la que lo real coincide casi con lo ideal, es la situación imperial o colonial, donde el Otro es el extranjero. Como ya hemos indicado a menudo, esta situación desemboca cómodamente en una revolución. Por el contrario, en el interior de una sociedad, la partición ya es más difícil de operar y puede desembocar en disposiciones convenientes: los judíos fueron la fuente del Mal tanto para todos los movimientos milenaristas de los siglos XI al XIII, como para el nazismo; los ricos tanto para los movimientos de los siglos XIV y XV, como para los socialistas; actualmente se han acuñado las nociones particularmente obscuras de imperialismo, revisionismo, comunismo... Esta particularidad permite interpretar un aspecto constante de esas ideologías: el complot. Siendo el Otro, o el Mal, una ínfima minoría, puede concebirse como una agrupación real y coherente, a la que pueden imputarse todas las desgracias como si fueran fechorías conscien-

tes y voluntarias. El buen eclesiástico Barruel atribuía la Revolución Francesa a un complot masón; los nazis veían en el complot judío la fuente única del capitalismo y el comunismo; la CIA es responsable de todas las contrarrevoluciones, y los chinos lo son de las revoluciones, etc...

— *La libertad y la igualdad:* éstas son dos exigencias constantes, las dos motivaciones más universales de todos los tipos revolucionarios. Lo que no tiene nada de misterioso, puesto que esto se desprende de las raíces de los fenómenos revolucionarios, tal como las hemos despejado en el nivel de la unidad. La exigencia de libertad es la expresión de la arbitrariedad de los valores y las instituciones; la exigencia de igualdad surge de la escasez del poder, las riquezas y el prestigio. Sea el que sea el tipo revolucionario considerado: marginalidad, contrasociedad o revolución, vuelve a encontrarse, por lo menos en estado latente o embrionario, a estas dos orientaciones. Pero objetivamente son contradictorias. Efectivamente, hemos intentado mostrar que la libertad se basa en el pluralismo político, que éste se basa en la pluralidad de los centros de decisión, así pues: en desigualdades. Por eso es por lo que el igualitarismo conduce lógica y prácticamente al totalitarismo, mientras que la busca de la libertad no se ocupa, o se ocupa poco, de la igualdad. De lo que se deduce que la dialéctica de la libertad y la igualdad constituye una dialéctica esencial de toda ideología y toda realidad revolucionaria y que es probable que sea ella la que constituya el principio fundamental de diferenciación entre las ideologías y los movimientos.

— *El retorno a los orígenes:* aunque seamos insensibles al juego de las etimologías, es preciso recordar que la palabra revolución tiene en primer lugar un sentido astronómico, que se ocupa del retorno periódico a un punto de partida. Sólo a partir del siglo XVIII la palabra viene a designar un movimiento lineal de paso de un estado a otro.[5] En rigor, pues, es el primer sentido el que es el bueno. En el caso de un retorno a

5. *Cf.* Franz-Wilhelm SEIDLER, *Die Geschichte des Wortes Revolution; ein Beitrag zur Revolutionforschung*, Munich, 1955. De acceso más fácil: Ferdinand BRUNOT, *Histoire de la langue française*, t. 6, p. 44-45 y t. 9, p. 617-622.

un estado anterior considerado como bueno (como por ejemplo en el fascismo, el conservadurismo, todos los movimientos que se oponen al crecimiento del Estado), esto es evidente. Incluso sigue siendo cierto allí donde los fines últimos son proyectados hacia adelante, en un porvenir más o menos lejano. También aquí, una posición semejante responde a una lógica inexorable. En efecto, la concepción de una salvación absoluta supone la noción de caída. Una concepción que viese en el origen un Mal absoluto está imposibilitada para concebir la emergencia y la victoria del Bien. El maniqueísmo se basa en la lucha del Bien y el Mal; para que el Bien termine triunfando, es preciso que el Mal se encuentre afectado por una insuficiencia original, es decir que sea secundario; así, la mejor figura concreta de esta situación es la de la caída del Bien en el Mal. Por esto una ideología revolucionaria hace siempre referencia a algo así como la Edad de Oro o un estado de inocencia que, un día, se perdió. La ocasión de la caída puede ser una falta (Adán), la pérdida de la independencia (en el caso de los nacionalismos), la propiedad, la ambición de algunos... El mito del buen salvaje, del estado natural y el del «tercer mundismo» son mitos revolucionarios.

— *La ruptura catastrófica:* los tiempos que preceden a la revolución y al paso a la salvación, aparecen siempre como acentuación hasta el límite de las desgracias de la humanidad; del exceso del Mal surgirá el Bien. La catástrofe puede tomar diferentes apariencias concretas: hambre, diluvio, guerra, invasión, opresión, crisis económica... Sin embargo, la catástrofe está en el interior de la sociedad y revela su naturaleza profunda. Una visión semejante puede desembocar en construcciones intelectuales grandiosas, como el sistema marxista, que gira enteramente alrededor de las nociones de contradicciones íntimas del sistema capitalista y de acentuación tendencial de esas contradicciones. También esta posición se desprende lógicamente de las premisas revolucionarias. La victoria definitiva del Bien sobre el Mal supone una victoria previa del Mal. En efecto, mientras que los dos polos coexisten, el mundo se encuentra dividido y evoluciona alternativamente hacia uno o hacia el otro: solamente una evolución decisiva hacia el polo del Mal puede dar esperanzas para una inversión esencial. Una visión semejante se opone radical-

mente a otras dos concepciones, también coherentes y extendidas. La primera considera que las ventajas y los inconvenientes que determina la vida en sociedad se encuentran en una proporción fija; así pues, resulta inútil empeñarse en cambiar algo y más sabio conservar el estado presente de las cosas; es una posición frecuente en los intelectuales (Montaigne es un ejemplo perfecto de ello). La otra considera que la proporción es variable y que es posible multiplicar las ventajas en detrimento de los inconvenientes, con la condición de dar tiempo al tiempo; en ella se basan todas las variedades de reformismo.

— *La inversión:* está estrechamente relacionada con los temas precedentes. Se ve la ruptura como un cambio general de signos. Los pobres se convertirán en ricos, los débiles en poderosos, los obscuros en considerados... Esta concepción puede alcanzar extremos singulares. Así, algunos milenarismos polinesios prevén que la piel se volverá blanca, otros prevén la inversión de los sexos. También aquí, la fórmula algebraica general de la inversión se resuelve en ecuaciones concretas en función de los datos sociales particulares. De lo que se deduce que podría llevarse una encuesta reveladora que determinaría, a partir de las inversiones señaladas por tal o tal otra ideología local, las exigencias profundas de un grupo o de una comunidad. La universalidad de la inversión pobres-ricos da testimonio de la universalidad de la escasez y no resulta ninguna sorpresa para nadie. Por el contrario, el hecho de que, durante mayo y junio de 1968, una reivindicación importante haya buscado el derecho a la palabra, puede ser una indicación interesante. El abandono de la calle a los automóviles, la construcción de conjuntos residenciales donde el agrupamiento de las personas es aleatorio e inestable, la inundación con monólogos a través de los medios de información, pueden haber llevado a una situación en que la necesidad de expresarse —incluso cuando no se tiene nada que decir, que es el caso general— se convierte en incomprensible: una venganza de los mudos. Una encuesta semejante podría constituir un ataque original de los problemas, a cual más difícil, que plantea la psicología histórica.

B) *LOS REVOLUCIONARIOS*

El problema del personal revolucionario está planteado. Sin duda que disponemos de biografías localizadas, pero no existe ningún estudio sistemático sobre la composición humana de los movimientos revolucionarios. Estudio que podría orientarse en varias direcciones. La primera tendría que apelar a las técnicas de la psicología para determinar si existe algo así como el tipo universal del contestatario. Ni que decir tiene que no todos los que participan en un movimiento revolucionario son interesantes bajo este punto de vista, puesto que, según los tipos de revoluciones, cualquiera puede verse arrastrado a una de ellas. Se trataría de individuos que, en virtud de ciertos rasgos de carácter estructurales, están siempre a bordo de la disidencia. Es probable que el rasgo esencial de estos caracteres fuera la necesidad de absoluto, la imposibilidad de aceptar las limitaciones impuestas a la condición humana y los compromisos sobre los que se basa la vida en sociedad. En su calidad de buscadores de absoluto, los revolucionarios resultarían ser, pues, almas religiosas. Otro rasgo parece ser la convicción casi neurótica de poseer la verdad y de ser capaz de asegurar la salvación y la felicidad de los demás. Se trata de fanáticos, inaccesibles a la duda e incapaces de considerar la legitimidad de los puntos de vista opuestos. Parecen particularmente representativos individuos como Robespierre, Saint-Just, Lenin, Trotsky, Hitler... Estos dos rasgos son muy preciosos para los hombres que pretenden levantar a las masas, resultando una perfecta verdad que el exceso de convicción es el mejor medio para convencer a los indecisos y los tibios. Resulta de mal imaginar un revolucionario que tuviera alguna duda sobre la malignidad radical de los judíos, de los burgueses, los imperialistas o los comunistas y que consiguiera hacerse entender.

Una segunda dirección intentaría determinar la diversidad de los tipos revolucionarios en función de los tipos de movimiento. Podrían concebirse dos grandes interpretaciones. En una primera perspectiva, se partiría de la hipótesis de que los tipos humanos posibles están en un número limitado y pueden encontrarse en todas las sociedades —lo que parece una hipótesis razo-

nable— y se intentaría ver cómo cada forma revolucionaria selecciona a los tipos que la encarnaran. Así, se lograría construir los tipos humanos de los cuatro tipos de mesianismos, los de los bandidajes, mafias, etc. Una segunda hipótesis —más al gusto actual— daría por admitida la especificidad de cada forma revolucionaria y la indiferenciación de los caracteres humanos. De lo que se deduce que cada movimiento produciría, por una especie de pedagogía interna y por el juego de la selección de los más aptos, el personal que le convendría. En la medida en que los revolucionarios se hayan planteado la cuestión, han debido escoger la segunda salida, puesto que en suma se presentan como la vanguardia que no hace más que expresar las aspiraciones de un grupo más amplio.

Personalmente, nos inclinaríamos más bien por la primera hipótesis. Para apoyarla, sería necesario proceder a una vasta encuesta. Lo que no puede ser, es esperar realizarla entre los grupos revolucionarios actuales, puesto que serían necesarios unos métodos de aproximación que están bastante emparentados con la investigación policial. Hay otro material que está disponible. Pueden utilizarse las biografías, las historias de tal o cual movimiento, los escritos —en particular la correspondencia— de los mismos revolucionarios, y pueden someterse todos estos datos a un cuestionario. En el estado actual de dispersión de las ciencias sociales, únicamente un equipo pluridisciplinario podría aplicarse a esta tarea, puesto que sería preciso unir las competencias respectivas del psiquiatra, el psicólogo, el sociólogo y el historiador.

Aunque imperfectamente, hemos intentado un trabajo semejante a propósito de los *milenarismos*. He aquí los resultados esenciales.[6] Es preciso empezar haciendo una distinción radical entre los mesías y los fieles, puesto que representan un material humano heterogéneo.

6. Deben mucho al libro de Wilhelm MÜHLMANN, *Messianismes révolutionnaires du Tiers Monde*, Paris, Gallimard, 1968.

1. Los mesías

a) *Datos psicológicos*

Se trata de unos datos inciertos, puesto que los observadores (historiadores, etnógrafos, misioneros, administradores) raramente son unos especialistas. A menudo se trata de individuos con una inclinación esquizofrénica, unos hipersensibles de tipo histeroide o epileptoide. Pero nunca son enfermos que, en nuestros días, necesitarían del asilo psiquiátrico. Esta mezcla de normal y de patológico hace pensar irresistiblemente en otros tipos humanos bien conocidos: el chamán, el mago, el brujo. Es probable que se trate del mismo material humano, que tome tal o cual orientación en función de las circunstancias y constituye un dato estructural de toda sociedad. Incidentemente, esto permite resolver un problema que el lector tal vez se ha planteado examinando nuestra tipología. Una misma realidad político-económico-social produce varios tipos revolucionarios. ¿Qué es lo que hace que aparezca una guerra campesina, un milenarismo, los bandidajes? La única explicación razonable se encuentra en el papel de las individualidades, que canalizan las energías disponibles en tal o cual sentido. Dicho de otro modo, la aparición de los mesianismos, los bandidajes o las revoluciones políticas supone, más allá de los datos generales, la presencia de algunos tipos humanos, que hacen pasar una situación de la potencia al acto.

Así puede encontrarse, por lo menos en el área occidental, otra clase de tipo humano, el del débil mental. Es conocido el estatuto ambiguo del tonto del pueblo, objeto a la vez de burla y temor, de respeto y agresión. Es posible que sea necesario poner este hecho en relación con la tradición cristiana que da privilegio al simple de espíritu, cuya modestia intelectual se encuentra más cercana al estado de gracia de lo que lo está el orgullo de los sabios. A menos de que ésta sea una situación universal, que haga intervenir una inclinación en el entendimiento, que tiende a identificar los extremos.

De este retrato-robot se desprende que el Mesías nunca es por decirlo así un impostor: él cree en su misión. Volvemos a encontrarnos así con el rasgo gene-

ral ya señalado de fanatismo. Se desprende también que el Mesías es casi siempre insignificante o ridículo a los ojos de los demás. Las burlas de las que es objeto no hacen más que reforzar su prestigio a los ojos de los creyentes. Es ésta una situación lógica, que se deduce de la posición revolucionaria: es necesario —aunque no suficiente— que el disidente sea rechazado por el orden, si no poco podría representar una alternativa.

b) *Los datos sociales*

El rasgo más constante y más impresionante es el de que no se trata de personas del pueblo. Representan a una especie de *intelligentsia marginale* de monjes evadidos de retorno a sus lugares, sacerdotes que han colgado los hábitos, autodidactas salidos del artesanado, nobles supernumerarios... Se trata de intelectuales o paraintelectuales empollados, si no de ciencia, por lo menos de las tradiciones religiosas heterodoxas. Es comprensible la permanencia y el enriquecimiento, por lo menos en Occidente, de la ideología revolucionaria. Sucede que frecuentemente, detrás de los mesías, quedan individuos más o menos sinceros, francamente venidos de la élite, que pretenden utilizar el prestigio del Mesías para su propio provecho.

En las sociedades primitivas, los mesías siempre han estado en contacto con los blancos y constituyen una élite híbrida: policías, catequistas, viajeros... Generalmente, provienen de la antigua élite dirigente, destruida por el contacto con Occidente.

Tenemos, así, un índice seguro que vendría a probar que los revolucionarios no han salido por decirlo así jamás de la canalla ni incluso del pueblo, sino de los disidentes de la élite. Resultaría del mayor interés verificar esta hipótesis con una encuesta llevada sobre los demás tipos. Por lo demás, esta hipótesis se basa en la teoría, puesto que una de nuestras primeras proposiciones afirmaba que una situación revolucionaria nacía siempre de una división de la élite.

2. Los fieles

Nada indica que presenten unos rasgos psicológicos particulares que los distingan de los «infieles». Son, pues, las variables las que entran en juego. En el caso de los milenarismos nacionalistas, la totalidad del grupo puede ser conquistado. En los demás subtipos, la masa no es reclutada ni entre las comunidades campesinas integradas, ni entre los artesanos agrupados en las corporaciones, sino entre la población flotante de las ciudades y campos. Se trata de elementos desintegrados y desprovistos de toda posibilidad institucional para formular sus reivindicaciones.

C) *LAS SOCIEDADES REVOLUCIONARIAS*

Sería mejor hablar de sociedades *de* revolucionarios. Ni que decir tiene que las encuestas sobre este punto se orientarían ante todo hacia nuestro segundo gran subtipo: las contrasociedades. Sin embargo, no es seguro que el análisis de las muchedumbres encolerizadas, tal y como aparecen en las guerras serviles o campesinas, no resultara interesante. En la ausencia de estudios precisos —y es difícil ver sobre qué documentos podrían basarse—, no se puede hacer nada más que consagrarse a algunas hipótesis basadas en las impresiones de lecturas. Estas muchedumbres no parecen simples masas en ebullición, sino que constituyen sociedades efímeras de contornos inestables. Por este camino, contienen, por lo menos en su estado de nacimiento, todas las formas que caracterizan las actividades humanas. Por ejemplo, pueden observarse unos bosquejos de jerarquías políticas. En efecto, resulta impresionante que estos movimientos tengan por decirlo así siempre a su cabeza a unos jefes, cuyo poder tiene una base carismática. Por esto resulta frecuente que el jefe posea una aureola religiosa que le hace aparecer como investido de virtudes particulares de orden sobrenatural. Recordemos [7] que los jefes de las insurrecciones serviles de Sicilia se encontraban, uno en relación con la diosa

7. *Cf. supra*, p. 86-87 y nota 41.

siria, otro era versado en aruspicina, un tercero era astrólogo. Del mismo modo, en Rusia los jefes de las grandes revueltas campesinas se presentaban siempre a sí mismos como los verdaderos zares, escapados de la espada del usurpador. Otra dimensión interesante de estos movimientos es una impresionante impotencia a concebir y producir algo nuevo. A pesar de su oposición al orden, no hacen nada más que reproducirlo. Así, los esclavos sublevados no suprimen la esclavitud, sino que esclavizan a los hombres libres. Del mismo modo, los campesinos no intentan trastornar las estructuras, sino que a lo más que apuntan es a cambiar a los titulares. Nos encontramos aquí con la forma más primitiva de la inversión revolucionaria, que apunta a poner a los últimos en primer lugar y viceversa. Cuando hablamos de forma primitiva, no queremos decir que estas formas hayan ya desaparecido. Es probable que sean constantes en todas las sociedades. Se las llama primitivas, porque en el fondo sólo amenazan poco al orden mismo. Es bien conocido que los antiguos esclavos constituían los amos más exigentes.

Los análisis más enriquecedores son los que podrían llevarse sobre las contrasociedades. Las ciencias sociales disponen de un material de encuesta tan prometedor como es el de las sociedades arcaicas. En efecto, la pequeñez de los efectivos, el aislamiento voluntario de los miembros de la sociedad y la intensidad de la vida social hacen de ellas verdaderos laboratorios. Sería de desear que equipos tan pacientes y competentes como los que han estudiado a los kwakiutl, los murngin, los bororo, se ocuparan de estas contrasociedades presentes y pasadas. En espera de poder basarnos en estudios precisos, contentémonos con indicar algunas orientaciones.

Estas contrasociedades constituyen sociedades completas o fenómenos sociales totales según la expresión de Mauss. Encontramos en ellas a los órganos y las actividades que definen a toda sociedad. Observemos, por ejemplo, los órganos políticos. Por lo que sabemos, el poder tiene una configuración generalmente carismática. En la cumbre se encuentra un jefe, que es el poseedor de la verdad y conoce la vía que conduce a la salvación; de él emana todo poder. Inmediatamente debajo de él, se encuentra una capa intermedia de apóstoles, que son sus lugartenientes y reciben delegación del poder. El

jefe los escoge, en función de criterios definidos por la finalidad propia de cada contrasociedad. Así, el criterio principal para un movimiento mesiánico es el de la santidad, es decir, en realidad, de la intensidad de la fe del impetrante hacia el Mesías. En principio, cualquiera puede ser el elegido. Prácticamente, sucede que este criterio coincide con un criterio premesiánico. Así, en Brasil, los milenarismos fronterizos y fundadores reproducen a menudo la estructura de la sociedad campesina manteniendo las jerarquías de ella. Estos lugartenientes están encargados de los problemas materiales y de organización y de asegurar el proselitismo. En el fondo se encuentra la masa de los fieles. Así, el jefe aparece como un mediador entre el mundo y lo sagrado (que puede ser el mundo de las ideas) y los apóstoles lo son entre el jefe y la comunidad. El número de los apóstoles es siempre muy limitado, sin que importe la masa de los fieles. La cifra evangélica de doce, sin que se desprenda de ninguna ley, es una buena aproximación. De lo que se deduce que la masa de los fieles no determina demasiado la orientación de una contrasociedad; es un magma deforme que *se une* a una jerarquía preexistente. Éste es precisamente todo el problema de la situación revolucionaria: el de precisar en qué condiciones las jerarquías encuentran a sus tropas. Otra consecuencia de este hecho es la de que no es necesario tener en cuenta a los efectivos para juzgar el interés científico de una contrasociedad: cualquier grupúsculo trotskista puede ser más instructivo tal vez que una secta que ha tenido éxito y posee su propia Iglesia. Es evidente que entre los lugartenientes se instaura una lucha intensa por la influencia y la autoridad. Por el contrario, el mismo jefe está situado en una posición tan elevada que parece imposible combatirle. Por esto las luchas entre clanes se realizan siempre en nombre del jefe, del que representan una interpretación más o menos pura.[8] Inversamente, el jefe tiene interés en mantener estas rivalidades, sobre las que impone su autoridad arbitral.

Las contrasociedades revolucionarias tienen igualmente preocupaciones económicas. En primer lugar, en lo

8. Esta situación llega a la caricatura en los regímenes hitleriano, stalinista y maoísta, en los que las peores disensiones se hacen siempre en nombre de la fidelidad al jefe, cuando no se producen a causa de su instigación.

que concierne a las fuentes de sus rentas. Hay varias soluciones disponibles. Puede suceder que la sociedad subvenga enteramente a sus necesidades con el trabajo y viva entonces en una casi autarquía. Éste es el caso de los monjes benedictinos y cistercienses de otro tiempo. O bien la jerarquía vive de las contribuciones de los fieles. Ésta es la solución general de los milenarismos. Por poco importantes que sean los efectivos, estas contribuciones pueden representar unas sumas considerables y aseguran al Mesías y a sus lugartenientes un nivel de vida bastante más elevado que el de los fieles. Incluso puede ponerse como ley el que cuanto más miserable es la comunidad, más prósperos son sus jefes. La explicación de esta paradoja es evidente: los miserables aseguran a su jefe el consumo ostentoso en el cual ellos sueñan y viven así la opulencia de un modo imaginario. Esta notación no es sólo válida para las contrasociedades, sino también para todas las sociedades: cuanto más pobres son, más prósperos son los jefes y más se acomodan los sujetos a esta diferencia... Incidentalmente, esto nos permite reforzar un punto que ya habíamos establecido: la miseria no es una condición favorable a las intrigas revolucionarias. En una sociedad industrial desarrollada, puede concebirse y comprobarse una forma original de resolver el problema económico. Cuando los valores defendidos en el cuadro de la contrasociedad se acomodan a la frugalidad alimenticia, de vestimenta y residencia, el adepto tiene la posibilidad de consagrar una parte de su tiempo a una actividad en el seno de la sociedad industrial y de utilizar sus rentas para vivir según sus deseos durante el resto del tiempo. Una economía semejante será tanto más posible, cuanto más elevadas sean las rentas y más fluido el mercado laboral. No resulta, pues, extraño que haya aparecido en los Estados Unidos, donde ciertos *beatniks* o *hippies* dividen de este modo su tiempo y sus actividades. Según la probabilidad, en todo caso según la lógica, puede estimarse que en los próximos decenios habrán de hacer escuela.[9]

9. En el fondo, las vacaciones constituyen un embrión de este sistema. Solo un embrión, pues, en el actual estado de cosas, unas vacaciones de tres semanas o un mes son apenas suficientes para recuperar y eliminar la fatiga acumulada durante el año. Por el contrario, unas vacaciones durante dos, tres, cuatro meses, determinarían necesa-

Habría que hacer encuestas de tipo etnográfico sobre el simbolismo de las contrasociedades, sobre su alimentación, su vestido, su vida sexual... Podemos precisar un punto importante, al que ya hemos hecho alusión: la fisiparidad de las sectas revolucionarias. Hemos sugerido que este fenómeno, que es una realidad constante, resulta de la exigencia de pureza que anima a los miembros activos de la secta. La pureza, es decir, el impulso original que hizo nacer el movimiento, a la larga se encuentra siempre empañada por los comprometimientos y las rivalidades. Ahora podemos ir más lejos y examinar algunos datos desvelados por los psicólogos. Por definición, los revolucionarios son unos inadaptados. Constituyen contrasociedades donde puedan encontrar un principio de identidad. El primer movimiento es, pues, el de fusión con la organización revolucionaria: uno se identifica con ella, invierte en ella todos sus deseos y todos sus fantasmas. Sin embargo, el hombre, aunque tiene necesidad de identificarse con alguien o con algo, también siente la necesidad de diferenciarse para afirmar su realidad individual. De lo que se deduce que el proceso de identificación se dobla en un proceso de diferenciación. Así, la única solución lógica a esta postulación simultánea y antinómica es la escisión, es decir la producción de una nueva identificación a partir de una diferenciación. Esto explica un rasgo que ya hemos observado y que apunta a la intensidad de los conflictos y los odios *entre* los miembros de la contrasociedad. La carga de agresividad que mora en todo hombre y toda comunidad sólo difícil y ocasionalmente puede volcarse sobre el orden, dado que éste es demasiado fuerte e invisible. Explota, pues, hacia el interior. Cuando uno no encuentra *flics* a mano, entonces se vuelve contra los demás revolucionarios. Esta situación es constante hasta tal punto que puede tomarse como una ley.[10] De esta manera, esta ley introduce otra limitación a los fenómenos revolucionarios. Una fracción importante de la agresividad y la violencia que, en el

---

riamente una transformación radical de su función. Es probable que se asistiera a una multiplicación de las contrasociedades.

10. Hemos aprovechado algunas anotaciones interesantes esparcidas en el libro sugestivo de Anthony STORR, *L'agressivité nécessaire*, Paris, Robert Laffont, 1969.

buen sentido, los revolucionarios deberían dirigir contra el orden, en realidad se dirige a los mismos revolucionarios.[11] Tal situación explica la extraordinaria proliferación ideológica de los revolucionarios. No es que se combata porque hay una división sobre los principios, sino que uno se bate y, después, encuentra una justificación ideológica. Esta situación recuerda muy exactamente a la que explica la proliferación prodigiosa de los sistemas de parentesco o de los vestidos regionales.

Disponemos de esta manera de los principios generales que tendrían que permitirnos dar cuenta de las ideologías revolucionarias: desprender las hipótesis iniciales que las basan y seguir todas las variaciones lógicas hechas posibles por esas hipótesis. Los mismos principios deberían presidir el análisis de todas las ideologías, en particular los sistemas teológicos. Recordando que tales sistemas no se desarrollan ni inconscientemente ni por casualidad, sino que se trata de producciones lógicas destinadas a demostrar algo, circunstancialmente que las revoluciones son necesarias.

D) *LAS CRISIS REVOLUCIONARIAS*

Las cuestiones que pueden evocarse a su respecto parecen menos individualizadas que las precedentes. Parece que el análisis pueda orientarse en las direcciones que siguen. En el nivel I, la estasiología se incorpora a la ciencia de las mutaciones. En efecto, se trata de determinar el papel y la naturaleza de las crisis que animan la marcha de las sociedades. Dado que una de nuestras primeras exclusivas, en el presente libro, concernía a las mutaciones, estaremos contentos con unas pocas palabras. El conjunto de los análisis que hemos realizado y de las proposiciones que hemos establecido lleva a una conclusión, que constituye una introducción

11. Por ello podemos dudar de la precisión de una táctica que consiste, para el orden, en perseguir, en tiempo normal y en régimen pluralista, a las contrasociedades revolucionarias. Además de que representan receptáculos de elementos asociales y formas útiles de sociabilidad, el peligro que encarnan es de los más limitados. Lo esencial de su energía está dirigido contra sus congéneres. La observación de los grupúsculos ideológico-políticos parisinos nos convencerá fácilmente.

a la ciencia de las mutaciones: las sociedades cambian, por una parte en razón de los contactos, esencialmente guerreros, que mantienen entre ellas, por otra parte en función de los conflictos internos que surgen de la arbitrariedad de los valores y las instituciones y de las presiones de la escasez. Y si fuera necesario llevar los factores a una unidad, nos inclinaríamos por valorar las condiciones exógenas y dar privilegio al papel de las relaciones internacionales, para explicar que las sociedades se transforman. En efecto, los factores endógenos de disensión son tan constantes que hilan los lazos sociales, lo que viene a querer decir que todo sistema social tiende hacia un punto de equilibrio en el que las tensiones se neutralizan. Como ya hemos visto, para que este punto se desplace o para que el equilibrio se rompa, es preciso muy a menudo tener en cuenta a la guerra y a su resultado feliz o desgraciado.

En el nivel II, hace falta distinguir y analizar separadamente las crisis que afectan a los diferentes subsistemas del sistema social. Se examinarán las crisis política, económica, religiosa, militar, cultural..., o bien las crisis generales que pueden minar un sistema. No entraremos en tales análisis, puesto que todavía hay que hacerlos. Sin duda que el estudio de las crisis económimicas se ha beneficiado de una atención particular por el hecho de su particular importancia para las personas. Sin embargo, en gran parte, estos análisis cayeron en desuso desde 1945, por el hecho del crecimiento continuo de las economías occidentales, crecimiento que podía dar la ilusión de que habían roto la fatalidad de los ciclos económicos. Es posible que las renovadas dificultades del sistema económico internacional vayan a hacer fijar de nuevo la atención en las crisis.

En realidad, se entiende que la estasiología no se interesa por las crisis en sí mismas, sino en la manera en que sorbrevienen y en sus repercusiones en los espíritus. Pero sobre ambos puntos planea un misterio que no se sabe ver bien cómo podría superarse. En efecto, la explosión de una crisis es casi siempre una sorpresa, por lo menos en lo que concierne a sus formas concretas. Salvo algunos profesionales de la predicción que, a base de anunciar una crisis, terminan por tener razón de vez en vez, la mayoría se ve impresionada por el estupor. Para nosotros, que logramos bastante fácilmente

reconstruir los encadenamientos que llevaron a 1830 o 1848, nos parecería que los contemporáneos de entonces, en todo caso los que presumían de análisis político, debieron vivir en la espera de estos acontecimientos inevitables. Nada de eso, la sorpresa fue total. Del mismo modo sucedió durante mayo y junio de 1968, aunque se podía predecir razonablemente que el sistema universitario francés se encontraba en un callejón sin salida y debía transformarse radicalmente, la forma explosiva que revistió la situación resultó una sorpresa total. Que esta revuelta universitaria desembocara en una revisión del sistema político, y quizás social, pareció todavía más asombroso. Ninguna de las explicaciones que han podido ofrecerse permiten explicar este efecto de sorpresa.[12] Todo lo cual procede del abismo que separa a los factores que concurren en la determinación de una acción y la adopción de una decisión que desemboca en la acción misma. Puede detectarse a través de qué itinerario mental y por qué clase de razones un hombre ha llegado a considerar el suicidio como una posible alternativa. La decisión misma y el paso hacia el acto quedan en misterio, puesto que dependen de una alquimia interna que escapa a la racionalización. Lo mismo sucede en el terreno colectivo. Existe un abismo entre un hambre y una guerra campesina, entre una situación y un comportamiento colectivo.

Puede intentarse reducir en parte esta zona de misterio, apelando a algunas sencillas explicaciones. La primera es que existen, probablemente en toda sociedad, unos individuos —que hemos llamado revolucionarios estructurales— que son mediadores casi institucionales entre una situación y un comportamiento revolucionarios. Por el hecho de su rechazo constante del orden, están al acecho de todo elemento susceptible de confirmarles en su oposición. Se dan cuenta de los síntomas de crisis cuando están en una fase naciente, los desarrollan, los exprimen y los proclaman.[13] Estos elementos

12. Incluso se ha llegado a reprochar a los sociólogos no haber previsto la explosión. Como si se reprochara a los economistas no haber previsto la crisis de 1929. Todo lo que puede hacerse es prever tipos de acontecimientos y estimar su probabilidad: la predicción del propio acontecimiento pertenece al terreno de los videntes.

13. Por ello, una racionalización constante de los acontecimientos revolucionarios por los defensores del orden consiste en atribuir su

constituyen pasarelas estructurales entre una situación de crisis y un comportamiento revolucionario. En particular, resultaría del máximo interés comparar las estadísticas de los suicidios, los crímenes y las enfermedades mentales los días anteriores a una crisis social grave. Es altamente probable que durante los meses o los años precedentes, las curvas presentaran un brusco crecimiento.[14] Es fácilmente comprensible que los instigadores no falten nunca en un movimiento revolucionario cualquiera. No son dados a luz por una situación, ni aparecen por generación espontánea, sino que están siempre presentes y disponibles.

Resulta más difícil interpretar la extensión del comportamiento revolucionario en masas generalmente muy tranquilas. Con hablar de contagio o de psicosis colectiva no adelantamos demasiado. La explicación más probable nos parece que debe ser la que sigue. El comportamiento sumiso o contestatario no es un dato, sino el resultado de una tensión entre lo ilimitado de los impulsos y las presiones de la realidad (y aquí entran todos los aspectos de la vida en sociedad). Esta tensión se encuentra interiorizada y obra de manera latente en los fantasmas y las enfermedades mentales y quizás incluso físicas. Esta tensión latente es individual, lo que quiere decir que cada cual debe encontrar la solución personal más adecuada. Será suficiente con una perturbación exógena lo bastante fuerte para que estos equilibrios in-

paternidad a estos elementos. No sólo se les hace responsables de la agitación revolucionaria —lo cual es evidente—, sino también de la crisis en sí misma. A pesar de la estupidez evidente de una posición semejante, no falta nunca. *Son los enragés* de Nanterre los que provocaron el mayo-junio —eventualmente ayudados por la C.I.A. o los chinos— y en ningún modo la estructura y la coyuntura del sistema político-social francés.

14. En su *Diario*, DELACROIX observa, poco antes de 1848, que según su opinión la cortesía parece desaparecer entre los hombres y de ello concluye que pronto habrá una revolución. Es una observación muy interesante. Efectivamente, la cortesía puede ser interpretada como el conjunto de gestos simbólicos segregados por un grupo para evacuar la agresividad entre sus miembros. La verdad es que, en un período revolucionario, la cortesía desaparece reemplazada por la espontaneidad o la grosería del pueblo, según los puntos de vista. La observación de Delacroix, si se pudiera apoyar con testimonios más extendidos, demostraría que hay una situación revolucionaria cuando los miembros de la sociedad dejan de utilizar entre sí este sistema simbólico propiciatorio que es la cortesía.

dividuales inestables se rompan y liberen masas de energía disponible. La ruptura intervendrá en primer lugar en los individuos en los que el equilibrio era más inestable y determinaba ya desde antes un comportamiento más o menos anómico.[15] A partir de aquí, se produce una reacción en cadena, mientras la energía liberada por algunos provoca perturbaciones en otros elementos más estables y así sucesivamente. En un caso extremo, pueden concebirse situaciones en las que todos los miembros de una sociedad se separen de su comportamiento «normal». Nos aproximamos a esta situación en el tipo de las revoluciones prolongadas. Parece, no obstante, que tales comportamientos se encuentren más frecuentemente al comienzo de las guerras generales. La exaltación universal e irracional que presidió con ocasión de la explosión de la guerra de 1914 constituye un buen ejemplo de lo que decimos, ejemplo que continua suscitando el asombro y las interrogaciones. De esta forma, cada uno de nosotros sería un revolucionario en potencia, del mismo modo que todos somos muertos en aplazamiento de pena. Si nos gustara la paradoja, incluso se podría llegar a invertir enteramente el orden de las cuestiones. En lugar de preguntarse, tal como hemos hecho hasta ahora, cómo puede ocurrir que algo así como las revoluciones sea posible, pretenderíamos saber por qué mecanismos las sociedades han logrado, hasta el presente, hacerlas tan escasas. La respuesta general hay que buscarla en la disimetría de la relación de las fuerzas, que trabaja en beneficio del orden. Es probable —o por lo menos es la conclusión que se deriva de todos nuestros análisis— que esta victoria la paguen el suicidio, la criminalidad, la locura y la enfermedad. Así volvemos a una de nuestras hipótesis iniciales, que trataba de que un sistema social sólo se comprende haciendo intervenir en él todo lo que lo niega, que norma, anomía y antinomía están relacionadas con lazos indisolubles.

15. De donde, la tendencia universal de los contrarrevolucionarios a interpretar estos comportamientos en términos psiquiátricos. Lo que, en un sentido, corresponde a cierta realidad, pero no explica la naturaleza de los factores perturbadores.

E) *LA ANATOMIA DE LAS REVOLUCIONES*

En nuestra perspectiva bibliográfica, hemos tenido la ocasión de indicar que una orientación de la producción concernía a estos problemas. Se trata de estudiar la evolución interna de un fenómeno revolucionario y de mostrar qué clase de acontecimientos lo acompañan. En el nivel I, confesamos que no vemos la posibilidad de establecer proposiciones constructivas. En efecto, todo lo que podría decirse es que un fenómeno revolucionario se empolla, eclosiona, se desarrolla y muere. O bien, intentando sofocar la vulgaridad de estas afirmaciones con un lenguaje más sabio, diremos que un fenómeno revolucionario consiste en el paso de un equilibrio a otro. Así, pues, parece que únicamente el nivel tipológico puede presentar algún interés. El cual parece variable según los tipos revolucionarios. Así, no resulta muy asombroso enterarse de que los bandidos tienen la vida breve, que duran por término medio de dos a cuatro años y son, lo más a menudo, víctimas de una traición. Tampoco resultará más inquietante saber que las guerras serviles y campesinas pasan casi sin transición de la puesta en marcha a la fisión y desaparecen tan rápidamente. Pero aparecen dos tipos que han de resultar más reveladores y en ellos vamos a detenernos un poco.

Como son los *milenarismos*. El caso más general y frecuente reproduce las siguientes fases: aparición brusca e imprevisible, seguida por una fase de reclutamiento intenso; después, debido a la mediación de las fuerzas del orden, la sociedad interviene, surge un breve combate y el movimiento se dispersa; luego generalmente se prolonga a través de resurgimientos, debidos ya sea a que algunos supervivientes decidan volver a lanzar el movimiento en otra parte, ya a que los acontecimientos hayan prestado las ideas a otros. Así pues, a menudo se dan epidemias milenaristas. Al parecer, pues, dos momentos son los más interesantes y merecen un estudio más profundo: la fase de difusión y la consolidación, cuando el movimiento no se ve interrumpido por la fuerza.

— La *propagación:* es de una asombrosa rapidez y evoca las imágenes del incendio o del reguero de pólvora. Bruscamente, en algunas semanas, toda una mu-

chedumbre se ve poseída por la exaltación religiosa. En realidad, un análisis más detallado muestra que, cualesquiera que sean la intensidad y la extensión del fenómeno, subsisten siempre algunas zonas frías o tibias. El mapa de un milenarismo siempre ostenta el aspecto de una taracea. ¿Por qué? Estamos faltos de documentos para poder responder con certeza. Es probable que la explicación esté relacionada con hechos de orden psicológico. Una comunidad situada en las condiciones favorables para la eclosión de un milenarismo, puede ser comparada con una masa de aire repleta de vapor de agua. Para que se dé una condensación, son precisos unos núcleos que acumulen las moléculas. Estos núcleos son los individuos cuyas barreras internas son las más frágiles y ceden más fácilmente a la exaltación. Basta con que escaseen o se encuentren en número insuficiente para que la condensación no se produzca. Esta fase de expansión brusca se ve precedida, generalmente, por un período de incubación, durante el cual el mesías empieza a predicar y recluta a sus lugartenientes y a sus primeros fieles; a menudo este período está caracterizado por el errabundeo del grupo mesiánico, algo así como si se encontrara en busca del medio más favorable para fijarse allí. En cuanto el movimiento se encuentra bien emprendido, se producen inmediatamente los fenómenos de derivación y dispersión de cultos anejos. Tales movimientos cismáticos se desprenden de la lógica de las sectas, ya analizada. Algunas veces, aunque más raramente, existe una corriente principal y una serie de corrientes paralelas de raíz independiente pero no cismática. El caso más célebre es el de las Cruzadas, por lo menos de las primeras, que se encontraban dobladas por movimientos concurrentes. Aquí, la explicación puede referirse razonablemente a los grupos sociales, puesto que en ningún caso todos ellos se encontraban igualmente afectados por el movimiento. Así, hubo cruzadas de pobres, de niños, de pequeños campesinos...

— La *consolidación:* el movimiento, o bien ha escapado de la represión o bien ha sobrevivido a ella. La consolidación supone siempre unos profundos cambios. Son posibles dos grandes salidas. O bien el movimiento se transforma en capilla o en iglesia. Lo que se traduce por la institucionalización: la puesta a punto de las

reglas, ritos y conductas estereotipadas, que tienen por función y por resultado neutralizar la efervescencia original. En el terreno ideológico, la estabilización lleva al dogma y a la teología, es decir a la racionalización del mensaje. Desde luego, siempre existen varias interpretaciones posibles, por lo tanto aparecerán necesariamente unas fases más o menos largas y coincidentes de escisiones y herejías. Por último, también el reclutamiento social evoluciona. Mientras que durante su fase activa el movimiento recluta sobre todo entre la canalla, convertido en capilla e iglesia depende del pueblo y la élite. Es evidente que a partir de este momento la canalla es eliminada y vuelve a encontrarse disponible para otros movimientos.

O bien, en los subtipos nacionalistas y fundadores, el movimiento pasa al estatuto de sociedad autónoma. Luego pueden observarse los mismos procesos que el caso precedente, pero en un sentido más laico. El esquema general es el de la toma en consideración de la realidad, los obstáculos y las necesidades de la vida en sociedad: constitución de una jerarquía social, problemas económicos, aparición de conflictos... Brevemente, la victoria condena al movimiento milenarista a la vulgaridad de la condición humana.

De todas maneras, un milenarismo que ha triunfado termina siempre por escabullirse de la exaltación revolucionaria y religiosa y por «escotomizar» los fermentos revolucionarios que sobrevivieron en el dogma. Sun Yatsen volvió de un viaje a Occidente confundido de admiración hacia una sociedad que había conseguido construirse sobre un mensaje cristiano cuyo contenido se le aparecía —con razón— como evidentemente subversivo. Del mismo modo, uno queda asombrado de que el marxismo se haya erigido en verdad de Estado en sistemas sociales que se acercan lo máximo al modelo al que Marx tenía tanta tirria. En menor escala, puede encontrarse la misma contradicción en el Partido Comunista francés, tipo perfecto de contrasociedad que ha conseguido imponerse y seguir durando [16] y que, desde luego, en toda exaltación revolucionaria ve un peligro parecido al que ve el orden. Si, en mayo y junio de 1968,

16. Encontraremos un excelente análisis de esta contrasociedad en Annie KRIEGEL, *Les communistes français*, París, Le Seuil, 1968.

más allá de las estrategias y las tácticas políticas, la actitud del PC francés fue de retirada en este punto, intentando detener ante todo a los *gauchistes*, este proceder resulta del simple hecho de que el PC francés se encuentra ya en el poder y dirige a una contrasociedad estable y coherente, a la que una revolución amenazaría tanto como amenaza al orden dominante.

— El paso de una fase a otra plantea, como es evidente, algunos problemas. Sobre todo plantea el problema del mismo mesías. Su simple presencia estorba el proceso de consolidación, puesto que difícilmente puede quedar satisfecho de la baja de tensión que ella supone. Él se inclinará siempre por volver a lanzar el movimiento, por desembocar en algo así como en una revolución permanente. Lo ideal es que los demás maten al Mesías; entonces se transforma en mártir y en símbolo de identidad. El mismo problema se les plantea a las sectas ideológico-políticas que acceden al poder. Se produce entonces una escisión entre los creyentes que quieren lanzar de nuevo el movimiento y los tibios que quieren consolidar lo conseguido. La solución depende de la relación de las fuerzas y puede variar: la Convención eliminó al Comité de Salud Pública y Stalin a Trotsky, pero Hitler dominó el Ejército y los intereses del Estado y Mao Tse-tung eliminó a Liu Chao-chi.

Volvamos a los milenarismos caracterizados. El paso resulta a menudo provocado por una crisis muy particular. Un rasgo frecuente del movimiento milenarista es la predicción fechada de una catástrofe universal. Tales predicciones se ven regularmente desmentidas. Contrariamente a las indicaciones del sentido común, tales fracasos no conducen hacia la anonadación del movimiento, sino a su consolidación. Puesto que la predicción ha fracasado, los fieles se sienten empujados a cerrar las filas y a constituirse en capilla, en clan, de otro modo se verían destinados a la dispersión y al horror del desespero que el movimiento ha producido. Ni qué decir tiene que la imaginación teológica siempre sabrá mostrar, a través de argumentos irrefutables, las razones del fracaso de la predicción.

En fin, los milenarismos pueden recordar a las leyes de la selección de las especies. Existen innumerables movimientos, la mayoría de los cuales desaparecen vencidos por el orden. Gracias a las circunstancias locales

favorables, únicamente algunos logran sobrevivir, pero transformándose radicalmente. Por este camino, constituyen un factor esencial de innovación social. La misma constatación es válida para todos los fenómenos revolucionarios que triunfan, sobre todo las revoluciones políticas.

El segundo tipo cuya anatomía puede resultar reveladora es el de la revolución prolongada. Ya hemos hecho alusión a ella, tanto en la orientación bibliográfica recordando brevemente la obra de Brinton Crane como un poco por todas partes en el curso de nuestra explicación. El carácter impresionante de la revolución prolongada es su aspecto total. Debido al hecho de la vacante del orden —ocasionada a su vez por la profunda división de la élite—, todos los grupos sociales pueden ingresar en la arena política y aportar en ella sus propios proyectos; la disolución de las barreras sociales, morales, institucionales y mentales, hace que el cuerpo social se presente bajo el aspecto de un cráter hirviente, en el que su facultad creativa puede tener libre curso. Por muy convincente que sea la fuerza de los argumentos de Tocqueville, que demuestra que la obra de la Revolución no es una creación *ex nihilo*, sino que prolonga y realiza muchas de las tendencias perceptibles en el Antiguo Régimen, no es menos cierto que la forma que toma esta realización sigue siendo profundamente original e irreductible a cualquier racionalización retrospectiva. He aquí un primer aspecto fundamental de las revoluciones prolongadas, que tiene relación con lo que hemos llamado la fiesta. Un segundo rasgo ya ha sido señalado. El encadenamiento de los acontecimientos y la sucesión de las soluciones políticas provisionales llevan en primer lugar a la radicalización del fenómeno con la emergencia de equipos llevando soluciones extremas, más tarde a una reacción deseada por la mayoría, harta de la incertidumbre o decidida a aprovecharse de sus adquisiciones. Esta reacción toma siempre la forma de un poder monopolista. Por consiguiente, no puede tomarse la revolución prolongada como una realidad positiva, sino más bien como una ausencia o una vacante de orden. No puede comprenderse a este tipo de revolución como una totalidad que determinaría cada uno de sus elementos sino como la *suma* de los acontecimientos que la va-

cante ha hecho posibles. De lo que se deduce que, como la quimera de la leyenda, la revolución prolongada constituye un ser heteróclito, en el que la casi totalidad de los tipos revolucionarios están representados. Allí se encuentra una guerra campesina, sublevaciones plebeyas, sectas, huida social, casi toda la gama de las ideologías revolucionarias, el bandidaje, la criminalidad, el juego de las categorías y los grupos sociales... Debido al hecho de que el contenido de una revolución prolongada es una suma de los acontecimientos, cada revolución es única e incomparable. Por lo menos las comparaciones a las que uno puede entregarse y a las que se ha entregado Brinton Crane, conducen a un bosquejo abstracto, que contrasta debido al profundo fastidio que de él se desprende con la fascinación que ejerce una revolución concreta. Casi algo así como si se intentasen desvelar los rasgos comunes a todas las finales de Wimbledon; se desembocaría ya sea en las reglas abstractas del tenis, ya en unas curvas sin significado, faltando todos los acontecimientos que hicieron la belleza de las finales. Por el contrario, todos los demás tipos que hemos estudiado son, por lo general, insípidos al nivel de los casos históricos. Nada resulta menos apasionante que un golpe de Estado militar particular; por el contrario, la construcción intelectual de un tipo de revolución militar a partir de una investigación comparatista no deja de ser interesante. Esta diferencia se deriva de que todos los tipos, excepto uno, son seres positivos, regidos por leyes internas, cuya elucidación aporta un saber real, mientras que la revolución prolongada sólo es una ficción mental que sólo se ha convertido en una realidad retrospectiva a partir del momento en que han aparecido unos grupos que tenían la revolución en su programa. Dicho de otro modo, las revoluciones prolongadas son elementos de la ideología revolucionaria contemporánea. Así no hay trabajo para comprender que haya sido éste precisamente el tipo de revolución escogido y no la revolución militar o los milenarismos: su inconsistencia esencial permitía a cada grupo revolucionario proyectar en ella sus fantasmas y sus aspiraciones y construirla en función de sus propios postulados. Tenemos así una historia liberal, socialista, anarquista, conservadora, fascista... de la Revolución Francesa. Por consiguiente, si 1789 se ha convertido en un

bien común de la humanidad o, más bien, si cada cual tiene *su* Revolución Francesa, esto no es el resultado de alguna virtud positiva de este decenio, sino el de una plasticidad que tolera toda clase de modelados. Pero no sigamos haciéndonos los iconoclastas, puesto que ésta es una tarea que resulta tan desagradable como inútil.

CONCLUSIÓN

El desarrollo explicativo, tal como lo hemos concebido e intentado realizar, no podría terminarse con una conclusión. En efecto, se presenta como una larga introducción a los trabajos que han de venir. Así, terminaremos insistiendo en los puntos que nos parecen más inciertos y que requieren un examen más profundo. La tipología que hemos construido es sólo un bosquejo, de esto somos plenamente conscientes. Será necesario seguir recolectando datos, construir probablemente otros tipos y hacer más sutiles los que poseemos, antes de pretender ir más adelante y llegar a extraer de ellos el sistema y quizás la combinatoria. También nos inclinamos a considerar que sería útil prolongar la encuesta en una dirección que solamente hemos sugerido. Sería preciso, sobre la base de una tipología de los sistemas sociales, proceder a agrupamientos estadísticos de fenómenos revolucionarios, con el fin de intentar descubrir cómo, en cada sistema social, se reparten unos con relación a los demás: ¿pueden correlacionarse las marginalidades, las contrasociedades y las revoluciones? ¿Existen curvas de frecuencia significativas para cada tipo? ¿Está determinada cada curva por todas las demás o es independiente? Se podría pretender llegar a una visión de los sistemas sociales a través de los tipos revolucionarios que producen o ignoran con mayor frecuencia. Permítasenos una hipótesis general, que podría constituir el hilo de Ariadna para un futuro estudio. Como sea que el poder se encuentra en el horizonte de cualquier fenómeno revolucionario —que es lo que ha constituido nuestro hilo conductor a todo lo largo de estas páginas—, sería necesario tomar a los sistemas sociales bajo su aspecto político y operar una importante distinción entre sistemas pluralistas y sistemas monopo-

listas, si fuera necesario llegando hasta distinguir variedades de unos y de otros. Es probable que se termine por establecer que cuanto más monopolista sea un régimen, más fenómenos de marginalidad y revoluciones ha de conocer; por el contrario, cuanto más pluralista sea un régimen, más abundarán en él las contrasociedades. Si tal hipótesis pudiera ser verificada, esto nos ofrecería una base asegurada para intentar aprehender las orientaciones de las sociedades contemporáneas. En la ausencia de conflicto internacional, se podría tener como probable que las democracias occidentales marcharán en el sentido del pluralismo cultural, de una multiplicación de las contrasociedades que defenderán valores diversos y desarrollarán géneros de vida variados; que las democracias populares se dirigirán progresivamente hacia un período de tormentas políticas y de inestabilidad. Por lo que respecta a las sociedades no industriales o subdesarrolladas, habrán de conocer, aunque no cada una separadamente por lo menos todas a la vez, una gama extremadamente amplia de fenómenos revolucionarios, dado que se encuentran en un estado de mutación general, en que todo puede esperarse o temerse.

Después de haber pagado nuestro tributo a la actualidad y a un bosquejo de prospectiva, confesaremos que las tareas más urgentes conciernen a lo que hemos llamado —faltos de una terminología más satisfactoria— los objetos de la estasiología. Más exactamente a los tres primeros: la ideología, los revolucionarios y las sociedades revolucionarias. Al alcance del conocimiento, tenemos un campo inmenso de investigaciones, de las que hemos intentado indicar tanto el interés como la dificultad. Si la validez de una ciencia se apoya en la especificidad y la cantidad de los datos que permite construir e interpretar, entonces es sobre los resultados que la estasiología alcanzará respecto a estos puntos donde verificará su realidad o su inconsistencia. Que el lector sepa perdonarnos el haber pretendido anticipar acontecimientos sobre el porvenir presentando estas reflexiones y que tenga a bien considerar que, si nos sentimos atrapados en la trampa de nuestra problemática, únicamente las contribuciones exteriores nos permitirán progresar hacia soluciones provisionales.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

N. B. — No vamos a repetir ahora todos los títulos citados, sino solamente los que nos parece que han de aportar algún estímulo a la investigación estasiológica.

AKAMATSU (Paul). *Meïji, 1868. Révolution et contre-révolution au Japon.* París, Calmann-Lévy, 1968.

ALLEN (William S.). *Une petite ville nazie (1930-1935).* París, Robert Laffont, 1967.

ARENDT (Hannah). *Essai sur la Révolution.* París, Gallimard, 1967.

ARISTÓTELES. *La Política.*

ARON (Raymond). *Paix et guerre entre les nations.* París, Calmann-Lévy, 1962.

BALAZS (Etienne). *Bureaucratie céleste.* París, Gallimard, 1968.

BASTIDE (Roger). *Sociologie des maladies mentales.* París, Flammarion, 1965.

BAUER (Arthur). *Essai sur les Révolutions.* París, 1908.

BRENNAN (Gerald). *Le labyrinthe espagnol,* París, Ruedo Ibérico, 1962.

BRINTON (Crane). *Anatomy of Revolution.* Nueva York, 1952.

CAMUS (Albert). *L'homme révolté.* París, Gallimard, 1951.

CHESNEAUX (Jean). *Les sociétés secrètes en Chine (XIX^e-XX^e siècle).* París, Julliard, col. «Archives», 1965.

CLAUSEWITZ (Karl von). *De la guerre.* París, Editions de Minuit, 1955.

COHN (Norman). *Les fanatiques de l'Apocalypse.* París, Julliard, 1962.

CROZIER (Michel). *Le phénomène bureaucratique,* París, Le Seuil, 1963.

DURKHEIM (Emile). *De la division du travail social.* París, Presses Universitaires de France, 1967.

— *Le suicide.* París, Presses Universitaires de France, 1968.

FOUCAULT (Michel). *Histoire de la folie à l'âge classique.* París, Plon, 1961.

HOBSBAWM (Eric J.). *Les primitifs de la révolte dans l'Europe moderne.* París, Fayard, 1966.

LORENZ (Konrad). *L'agression. Une histoire naturelle du Mal.* París, Flammarion, 1968.
MANDROU (Robert). *Magistrats et sorciers en France au XVII^e siècle.* París, Plon, 1968.
MARX (Karl). *Œuvres économiques.* París, Gallimard, La Pléiade (2 vol.).
— *Les luttes de classes en France.* París, Éditions sociales.
— *Le 18 brumaire de Louis-Napoléon Bonaparte.* Ibid.
— *La guerre civile en France.* Ibid.
MONOD (Jean). *Les Barjots. Essai d'ethnologie des bandes de jeunes.* París, Julliard, 1968.
MOSSÉ (Claude). *La tyrannie dans la Grèce antique.* París, Presses Universitaires de France, 1969.
MOUSNIER (Roland). *Fureurs paysannes. Les paysans dans les révoltes du XVII siècle (France, Russie, Chine).* París, Calmann-Lévy, 1967.
MÜHLMANN (Wilhelm). *Messianismes révolutionnaires du Tiers Monde.* París, Gallimard, 1968.
PARETO (Vilfredo). *Traité de sociologie générale.* Ginebra, Droz, 1968.
PEREIRA DE QUEIROZ (Maria Isaura). *Réforme et révolution dans les sociétés traditionnelles. Histoire et ethnologie des mouvements messianiques.* París, Anthropos, 1968.
SOROKIN (Pitirim). *Sociology of Revolution.* Filadelfia, 1925.
STORR (Anthony). *L'agressivité nécessaire.* París, Robert Laffont, 1969.
TOCQUEVILLE (Alexis de). *L'Ancien Régime et la Révolution.* París, Gallimard, 1952.
VEXLIARD (Alexandre). *Introduction à la sociologie du vagabondage.* París, Marcel Rivière, 1956.
WEBER (Max). *Wirtschaft und Gesellschaft.* Colonia-Berlín, Winkelmann, 1964 (2 vol.).
— *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie.* Tübingen, JCB Mohr, 1963 (3 vol.).

ÍNDICE

Prefacio a la edición castellana 5

Introducción. *Principios y métodos* 23

Capítulo 1. *La unidad de los fenómenos revolucionarios* 49

A) La raíz de las revoluciones 49

1. La arbitrariedad de los valores 51
2. La arbitrariedad de la elección 52
3. Las presiones de la escasez 53

B) El concepto de las revoluciones 55

1. El duelo 57
2. La subida a los extremos 58
3. Los frenos 59
4. El objetivo de las revoluciones 63

C) Las funciones de las revoluciones 64

1. La prevención del equilibrio 65
2. La restauración del equilibrio 65
3. La fundación del equilibrio 67
4. La dialéctica de las funciones 68

Capítulo 2. *Tipología general* 71

A) Las marginalidades 73

1. Las marginalidades pasivas 74

2. Las marginalidades activas 78
a) Las guerras campesinas 79
b) Las guerras serviles 84
c) Las revueltas plebeyas 87
d) Los disturbios estudiantiles ... 91

B) Las contrasociedades 92

1. La huida social 94
2. Las contrasociedades agresivas 98
a) Las sectas 99
b) El bandidaje 100
c) Las mafias 107
d) Los milenarismos 110

Capítulo 3. *Tipología de las revoluciones políticas* 121

A) La intensidad 121
B) Los móviles 123
C) La caída del poder 126
D) La toma del poder 129
E) El desarrollo 133
F) La fiesta 135
G) La ideología 137

1. El conservadurismo 138
2. El teocratismo 139
3. El nacionalismo 139
4. El socialismo 142
5. El fascismo 143
6. El liberalismo 145
7. El anarquismo 146

H) Los actores 147
I) Los resultados políticos 154

Capítulo 4. *Las correlaciones fundamentales* 163

A) Las variables políticas 168

1. La guerra 169

2. El crecimiento del Estado 173
3. La corrupción de los regímenes políticos 177

B) Las variables económicas 184
C) Las variables sociales 192
D) Las variables éticas 205

1. Los fines 205
2. Los medios 211

Capítulo 5. *Los objetos de la estasiología* 215

A) La ideología 217

1. Premisas 217
2. Método 219
3. Algunos temas constantes 221

B) Los revolucionarios 226
C) Las sociedades revolucionarias 230
D) Las crisis revolucionarias 235
E) La anatomía de las revoluciones 240

Conclusión 247

Orientación bibliográfica 249